

LECTIO DIVINA NOVIEMBRE de 2025

Salterio Semana	Do.	Lu.	Ma.	Mié.	Jue.	Vie.	Sá.
II Sem. 30							Santos 01
III Sem. 31	Difuntos 02	03	04	05	06	07	08
IV Sem. 32	Letrán 09	10	11	12	13	14	15
I Sem. 33	16	17	18	19	20	21	22
XtoRey II Sem. 34	XtoRey 23	24	25	26	27	28	29
I 1º Adviento	30						

Indulgencia: A los fieles que visiten devotamente el cementerio u oren solo mentalmente por los difuntos se les concede la **indulgencia plenaria** (aplicable solamente a las almas del purgatorio) en cada uno de los días del 1 al 8 de noviembre, e **indulgencia parcial** en los demás días del año.

En el **día de la conmemoración de los fieles difuntos** (o, con el consentimiento del Ordinario, en el domingo anterior o posterior, o en la solemnidad de Todos los Santos), en todas las iglesias y oratorios se puede lucrar de indulgencia plenaria.

Fechas destacadas:

Memoria libre en todos los sábados en el Tiempo ordinario que no sean solemnes, festivos o con memoria obligatoria de **santa María en sábado.**

Día 1: solemnidad de Todos los Santos

Día 2: "Conmemoración de Todos los Fieles Difuntos".

Día 3: **san Martín de Porres, religioso.** Memoria libre.

4: **san Carlos Borromeo, obispo.** Memoria obligatoria.

5: **santa Ángela de la Cruz Guerrero González, virgen.** Memoria libre.

6: **santos Pedro Poveda e Inocencio de la Inmaculada, mártires de la persecución**

religiosa en la España del siglo XX. Memoria obligatoria.

(7: María, Madre y Medianera de la Gracia: Memoria obligatoria en Argentina.)

(8: Virgen de los Treinta y Tres. En Uruguay patrona: solemnidad.)

9: "Dedicación de la basílica de Letrán", fiesta.

10: san León Magno, papa y doctor de la Iglesia. Memoria obligatoria.

11: san Martín de Tours, obispo. Memoria obligatoria.

12: san Josafat, obispo y mártir. Memoria obligatoria.

13: san Leandro, obispo. Memoria libre.

15: san Alberto Magno, obispo y doctor de la Iglesia. Memoria libre.

16: santa Margarita de Escocia, o santa Gertrudis, virgen. Memoria libre.

17: santa Isabel de Hungría, religiosa. Memoria obligatoria.

(Santos Roque González, Alfonso Rodríguez y Juan del Castillo, presbíteros y mártires. En Argentina y Uruguay: memoria obligatoria. En Paraguay: fiesta el 15.)

18: "Dedicación de las basílicas de los santos Pedro y Pablo", apóstoles. Memoria libre.

21: "Presentación de la Bienaventurada Virgen María". Memoria obligatoria.

22: santa Cecilia. Memoria obligatoria.

23 san Clemente I, papa y mártir, o san Columbano, abad. Memoria libre.

24: santos Andrés Dung-Lac, presbítero, y compañeros, mártires. Memoria obligatoria.

25: santa Catalina de Alejandría, virgen y mártir. Memoria libre.

30: san Andrés, apóstol, fiesta.

- El domingo XXXIII: "Jornada mundial de los pobres".

- El último domingo del tiempo ordinario (El domingo XXXIV) es la **solemnidad de Jesucristo, Rey del universo**.

Intenciones de oración:

Del santo Padre: Por la prevención del suicidio.

Oremos para que las personas que están combatiendo con pensamientos suicidas encuentren en su comunidad el apoyo, el cuidado y el amor que necesitan y se abran a la belleza de la vida.

Conferencia Episcopal Española:

Por todos los creyentes, para que descubran y valoren la importancia de pertenecer a la Iglesia diocesana y se sientan corresponsables de sus necesidades.

El primer viernes de mes es el día **7** en el que puedes especialmente desagraviar y honrar al Sagrado Corazón de Jesús. El primer sábado es el día **8** para, mayormente honrar y desagraviar al Inmaculado Corazón de María.

Tabla de contenido

<i>LECTIO DIVINA NOVIEMBRE de 2025</i>	1
<i>Del santo Padre: Por la prevención del suicidio.</i>	2
<i>Conferencia Episcopal Española:</i>	2
Día 1	5
<i>Solemnidad de Todos los Santos</i>	5
Día 2, Domingo	10
<i>Conmemoración de todos los fieles difuntos</i>	10
Día 3	14
<i>Lunes de la 31ª semana del tiempo ordinario año impar</i>	14
<i>Memoria libre de san Martín de Porres</i>	14
Día 4	20
<i>Martes de la 31ª semana del tiempo ordinario año impar</i>	20
<i>Memoria obligatoria de san Carlos Borromeo</i> ..	20
Día 5	24
<i>Miércoles de la 31ª semana del tiempo ordinario año impar</i>	24

Memoria libre: SANTA ÁNGELA DE LA CRUZ GUERRERO GONZÁLEZ, virgen......

Día 6	28
<i>Jueves de la 31ª semana del tiempo ordinario año impar</i>	28
<i>Memoria obligatoria de los santos Pedro Poveda e Inocencio de la Inmaculada, mártires de la persecución religiosa en la España del siglo XX.</i>	28
Día 7	33
<i>Viernes de la 31ª semana del tiempo ordinario año impar</i>	33
Día 8	38
<i>Sábado de la 31ª semana del tiempo ordinario año impar</i>	38
Día 9, Domingo	41
<i>Dedicación de la basílica de Letrán, fiesta</i>	41
Día 10	45
<i>Lunes de la 32ª semana del tiempo ordinario año impar</i>	45
<i>Memoria obligatoria de San León Magno cuando proceda</i>	45
<i>Lectura espiritual para la memoria de san León Magno</i>	49
Día 11	51
<i>Martes de la 32ª semana del tiempo ordinario año impar</i>	51
<i>Memoria obligatoria de san Martín de Tours</i> ...	51
<i>Lectura espiritual para la memoria de san Martín de Tours</i>	55
Día 12	56
<i>Miércoles de la 32ª semana del tiempo ordinario año impar</i>	56
<i>Memoria obligatoria de San Josafat</i>	56
Día 13	60
<i>Jueves de la 32ª semana del tiempo ordinario año impar</i>	60
<i>Memoria libre de san Leandro, obispo, confesor y doctor</i>	60
Día 14	65
<i>Viernes de la 32ª semana del tiempo ordinario año impar</i>	65
Día 15	69

<i>Sábado de la 32ª semana del tiempo ordinario año impar</i>	69	Día 24	118
<i>Memoria libre de san Alberto Magno, obispo y doctor de la Iglesia</i>	69	<i>Lunes de la 34ª semana del tiempo ordinario año impar</i>	118
MEDITATIO para san Alberto Magno	73	<i>Memoria obligatoria de: San Andrés Dung-Lac, presbítero, y compañeros, mártires</i>	118
Día 16	74	PARA LA LECTURA ESPIRITUAL	122
<i>33º Domingo del tiempo ordinario ciclo "C"</i>	74	Día 25	123
<i>Memoria libre cuando proceda de: SANTA MARGARITA DE ESCOCIA, o SANTA GERTRUDIS, virgen</i>	79	<i>Martes de la 34ª semana del tiempo ordinario año impar</i>	123
Día 17	80	<i>Memoria libre: santa Catalina de Alejandría, virgen y mártir</i>	123
<i>Lunes de la 33ª semana del tiempo ordinario año impar</i>	80	Día 26	128
<i>Memoria obligatoria de santa Isabel de Hungría, religiosa</i>	80	<i>Miércoles de la 34ª semana del tiempo ordinario año impar</i>	128
Día 18	85	Día 27	131
<i>Martes de la 33ª semana del tiempo ordinario</i> ...	85	<i>Jueves de la 34ª semana del tiempo ordinario año impar</i>	131
<i>Memoria libre de la "Dedicación de las basílicas de San Pedro y San Pablo"</i>	85	Día 28	135
MEDITATIO para la memoria de la dedicación de la basílicas de san Pedro y san Pablo	90	<i>Viernes de la 34ª semana del tiempo ordinario año impar</i>	135
Día 19	91	Día 29	139
<i>Miércoles de la 33ª semana del tiempo ordinario año impar</i>	91	<i>Sábado de la 34ª semana del tiempo ordinario año impar</i>	139
Día 20	96	Comienzo del año litúrgico 2025/2026; año "par" ciclo litúrgico "A"	144
<i>Jueves de la 33ª semana del tiempo ordinario año impar</i>	96	Día 30	144
Día 21	100	<i>Primer Domingo de Adviento. Ciclo A</i>	144
<i>Viernes de la 33ª semana del tiempo ordinario año impar</i>	100	<i>Cuando proceda: San Andrés. Apóstol.</i>	148
<i>Presentación de la Bienaventurada Virgen María. Memoria obligatoria</i>	100		
MEDITATIO para la Presentación de la Virgen María	104		
Día 22	106		
<i>Sábado de la 33ª semana del tiempo ordinario año impar</i>	106		
<i>Memoria obligatoria de Santa Cecilia</i>	106		
Meditatio para la memoria de santa Cecilia	110		
Día 23	112		
<i>Domingo de la 34ª semana del tiempo ordinario ciclo "C"</i>	112		
NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, REY DEL UNIVERSO, solemnidad	112		

Los textos que siguen proceden de la web

[https://www.santaclaradeestella.es/ORACIONES/LECTIO_DIVINA_\(2025-11-Noviembre\).html](https://www.santaclaradeestella.es/ORACIONES/LECTIO_DIVINA_(2025-11-Noviembre).html)

Si bien, se han utilizado por lo general textos de años anteriores o del genérico año impar, cotejados con los que se indican para este año, realizando algún cambio considerado pertinente.

Se ha seguido el desarrollo habitual del tiempo ordinario, incluyendo alguna memoria de la que se hacía una lectura espiritual en otros años,.

Para la síntesis de las lecturas, los salmos y los aleluyas se ha acudido a la web <https://lecturasmisa.wordpress.com>

El santoral de varias páginas de internet.

Las semblanzas no procedentes de las clarisas son por lo general de <http://www.curas.com.ar>.

Las referencias al Martirologio romano de un archivo en pdf descargado de internet.

Consultas al CLP de la CEE distribuido por internet con alguna aportación de qué lecturas hacer en determinadas memorias o festivos y comentarios dominicales principalmente.

Calendarios de distintas fuentes de internet para fijar fiestas y memorias.

Las solemnidades, fiestas, memorias obligatorias y libres son las determinadas por la Conferencia Episcopal Española, con algún añadido de la Conferencia Episcopal Argentina y países sudamericanos.

Gracias a tod@s.

Disculpen los errores.

Todo para mayor gloria de Dios.

Dios se lo pague.

El cántico de alabanza que resuena eternamente en las moradas celestiales y que Jesucristo, sumo Sacerdote, introdujo en este destierro ha sido continuado fiel y constantemente por la Iglesia situando a Dios como centro de nuestra vida durante todas las horas del día -Liturgia de las horas- y todos los días del año -Lectio Divina-

Día 1

Solemnidad de Todos los Santos

Solemnidad de Todos los Santos, que están con Cristo en la gloria. En el gozo único de esta festividad, la Iglesia Santa, todavía peregrina en la tierra, celebra la memoria de aquellos cuya compañía alegra los cielos, recibiendo así el estímulo de su ejemplo, la dicha de su patrocinio y, un día, la corona del triunfo en la visión eterna de la divina Majestad (elog. del Martiriologio romano).

Del Martiriologio romano:

Solemnidad de Todos los Santos que están con Cristo en la gloria. En el gozo único de esta festividad, la Iglesia Santa, que todavía peregrina en la tierra, celebra la memoria de aquellos cuya compañía alegra los cielos, para recibir el estímulo de su ejemplo, la alegría de su patrocinio y, un día, la corona del triunfo en la visión eterna de la divina Majestad.

Indulgencia: A los fieles que visiten devotamente el cementerio u oren solo mentalmente por los difuntos se les concede la **indulgencia plenaria** (aplicable solamente a las almas del purgatorio) en cada uno de los días del 1 al 8 de noviembre, e **indulgencia parcial en los demás días** del año.

En el **día de la conmemoración de los fieles difuntos** (o, con el consentimiento del Ordinario, en el domingo anterior o posterior, o en la solemnidad de Todos los Santos), en todas las iglesias y oratorios se puede lucrar de indulgencia plenaria.

Misa de la solemnidad (**blanco**).

- **Ap 7, 2-4. 9-14.** *Vi una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de todas las naciones, razas, pueblos y lenguas.*

- **Sal 23.** R. *Esta es la generación que busca tu rostro, Señor.*

- **1 Jn 3, 1-3.** *Veremos a Dios tal cual es.*

- **Mt 5, 1-12a.** *Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo.*

La celebración de hoy nos recuerda que todos estamos llamados a la santidad, a gozar un día plenamente del cielo con la muchedumbre inmensa que nadie podría contar, de todas las naciones, razas, pueblos y lenguas (1 lect.). Hacia esa Jerusalén celeste nos encaminamos alegres, guiados por la fe y contemplando a los que ya están allí, encontramos ejemplo y ayuda para nuestra debilidad (cf. Pf.). Allí esperamos ver a Dios tal cual es porque entonces seremos semejantes a él (2 lect.). El Ev. nos presenta la vivencia de las Bienaventuranzas como camino concreto de santidad y termina diciéndonos que, en medio de los insultos o persecuciones por la fe, estemos alegres y contentos porque nuestra recompensa será grande en el cielo. La eucaristía es la mesa de la Iglesia peregrina que nos anticipa ya el banquete del reino de los cielos (orac. después de la comunión).

LECTIO

Primera lectura: Apocalipsis 7,2-4.9-14:

Vi una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de todas las naciones, razas, pueblos y lenguas.

² *Y vi otro ángel que subía del oriente; llevaba consigo el sello del Dios vivo y gritó con voz potente a los cuatro ángeles encargados de dañar a la tierra y al mar:*

³ *- No hagáis daño a la tierra, ni al mar ni a los árboles hasta que marquemos en la frente con el sello a los servidores de nuestro Dios.*

⁴ *Y oí el número de los marcados con el*

sello: eran ciento cuarenta y cuatro mil procedentes de todas las tribus de Israel.

⁹ Después de esto, miré y vi una muchedumbre enorme que nadie podía contar. Gentes de toda nación, raza, pueblo y lengua; estaban de pie delante del trono y del Cordero. Vestían de blanco, llevaban palmas en las manos

¹⁰ y clamaban con voz potente, diciendo: - A nuestro Dios, que esté sentado en el trono, y al Cordero se debe la salvación.

¹¹ Y todos los ángeles que estaban de pie alrededor del trono, alrededor de los ancianos y de los cuatro seres vivientes, cayeron rostro a tierra delante del trono y adoraron a Dios,

¹² diciendo: - Amén. Alabanza, gloria, sabiduría, acción de gracias, honor poder y fuerza a nuestro Dios por los siglos de los siglos. Amén.

¹³ Entonces uno de los ancianos tomó la palabra y me preguntó: - Estos que están vestidos de blanco ¿quiénes son y de dónde han venido?

¹⁴ Yo le respondí: - Tú eres quien lo sabe, Señor: Y él me dijo: - Estos son los que vienen de la gran tribulación, los que han lavado y blanqueado sus túnicas en la sangre del Cordero.

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

» Sólo «el retoño de David» (Ap 5,5) puede deshacer los sellos que cierran el libro. El sexto sello se corresponde con la visión de un terrorífico trastorno cósmico, bruscamente impedido por un misterioso ángel que viene de oriente y anuncia la salvación «a las servidores de nuestro Dios» (v. 3). Los cuatro ángeles encargados de destruir la tierra tienen que detenerse y esperar a que marquen con el sello la frente de los elegidos: el «resto» de los hijos de Israel, doce mil por cada una de las doce tribus. La imagen evoca el Éxodo, cuando el

ángel exterminador «pasó de largo» (Ex 12) por las casas de los judíos untadas con la sangre del cordero.

Concluido el listado de los marcados, habría que esperar la destrucción. En cambio, inesperadamente irrumpe en la escena una muchedumbre incalculable, que desborda los confines étnicos de Israel: la salvación alcanza a todos los pueblos y naciones, caracterizados por los blancos vestidos del bautismo y las palmas del martirio. Esta muchedumbre inmensa se une al «resto de Israel» y juntos alaban a Dios y al Cordero. Los ángeles, los ancianos y los cuatro vivientes estén postrados delante del trono de Dios.

Uno de los ancianos se dirige al vidente preguntándole; «¿Quiénes son éstos?» y ofreciéndole, posteriormente, la respuesta: son los que vienen de la persecución y el martirio (vv 13ss). Quizá se trate de la persecución de Domiciano, prototipo de todas las tribulaciones que en cualquier tiempo y lugar puedan afligir a los creyentes. Es el testimonio de la fe y, sobre todo, de la sangre redentora de Cristo.

Salmo responsorial

Sa/23, 1-2. 3-4ab. 5-6 (R.: cf. 6)

R. Ésta es la generación que busca tu rostro, Señor.

V. Del Señor es la tierra y cuanto la llena, el orbe y todos sus habitantes: él la fundó sobre los mares, él la afianzó sobre los ríos. **R.**

V. ¿Quién puede subir al monte del Señor? ¿Quién puede estar en el recinto sacro? El hombre de manos inocentes y puro corazón, que no confía en los ídolos. **R.**

V. Ése recibirá la bendición del Señor,
le hará justicia el Dios de salvación.
Ésta es la generación que busca al Señor,
que busca tu rostro, Dios de Jacob. R.

Segunda lectura: 1 Juan 3,1-3: *Veremos a Dios tal cual es.*

Hermanos:

¹ Considerad el amor tan grande que nos ha demostrado el Padre, hasta el punto de llamarnos hijos de Dios; y en verdad lo somos. El mundo no nos conoce, porque no lo ha conocido a él,

² Queridos, ahora somos ya hijos de Dios, y aun no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal cual es.

³ Todo el que tiene en él esta esperanza se purifica a sí mismo, como él es puro.

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

•» Con el capítulo 3 de la primera Carta de Juan da comienzo la segunda parte, dedicada a «vivir como hijos de Dios». La primera se centra en «caminar a la luz». La conexión entre ambas secciones se consigue mediante una disposición quiástica: la manifestación del Hijo de Dios (2,28) se corresponde con las manifestaciones de los hijos de Dios (3,2); la justicia de Dios (2,29) se corresponde con el hecho de ser hijos de Dios (3,1).

El v. 1 pone en paralelo la «consideración» («...qué amor tan grande»), hecha posible por la revelación del amor de Dios, con el rechazo al «conocimiento» que viene de la fe. El mundo no nos conoce porque no conoce el amor: o, mejor dicho, no reconoce a los discípulos porque ha rechazado el amor de Jesucristo. El v. 2 remacha: «Somos hijos de Dios», y juega con los verbos relativos a la revelación: «manifestar y «conocer/ver». Todavía no se nos ha

manifestado lo que seremos. Sabemos (hemos visto con los ojos de la fe) que cuando se manifieste seremos semejantes a él, porque lo «veremos» «tal cual es», en su gloria. El v. 3 explica el sentido de este «ser semejantes a él», es decir; a Dios. Ahora vivimos en la esperanza: apartados de lo profano, transformados en puros y santos para el culto del templo, como Cristo, el modelo perfecto del creyente.

Aleluya

Mt 11, 28

R. Aleluya, aleluya, aleluya.

V. Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados —dice el Señor—, y yo os aliviaré. R.

Evangelio: Mateo 5,1-12ª: *Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo.*

†

¹ Al ver a la gente, Jesús subió al monte, se sentó, y se le acercaron sus discípulos.

² Entonces comenzó a enseñarles con estas palabras:

³ Dichosos los pobres en el espíritu, porque suyo es el Reino de los Cielos.

⁴ Dichosos los que estén tristes, porque Dios los consolara.

⁵ Dichosos los humildes, porque heredarán la tierra.

⁶ Dichosos los que tienen hambre y sed de hacer la voluntad de Dios, porque Dios los saciaré.

⁷ Dichosos los misericordiosos, porque Dios tendrá misericordia de ellos.

⁸ Dichosos los que tienen un corazón limpio, porque ellos verán a Dios.

⁹ Dichosos los que construyen la paz, porque serán llamados hijos de Dios.

¹⁰ Dichosos los perseguidos por hacer la voluntad de Dios, porque de ellos es el Reino

de los Cielos.

¹¹ Dichosos seréis cuando os injurien y os persigan, y digan contra vosotros toda clase de calumnias por causa mía.

¹² Alegraos y regocijaos, porque será grande vuestra recompensa en los cielos.

Palabra del Señor.

R. Gloria a ti, Señor Jesús.

» Las bienaventuranzas son la dirección del «sermón de la montaña»: los pobres en el espíritu, los tristes, los limpios de corazón... son los destinatarios del discurso. Las bienaventuranzas son la «Carta Magna» del Reino de los Cielos: para entrar o tener parte hay que encontrarse en alguna de las categorías mencionadas. No son simples «consejos», sino la «ley» del evangelio. El monte (5,1) es una clara referencia al otro monte, el Sinaí, donde subió Moisés para recibir las tablas de la Ley.

Cada versículo presenta una situación de debilidad, malestar o sufrimiento, que es considerada «dichosa» no en sí misma, sino porque es fuente de bendición y recompensa futura. La primera y la octava forman una inclusión, la promesa es idéntica: «De ellos es el Reino de los Cielos» (5,3.10). La última, la más articulada, se refiere directamente a los discípulos, y en concreto por sufrir persecución «por mi causa». Las cuatro primeras siguen un esquema de contraposición: los pobres poseerán el Reino de los Cielos; los llorones serán consolados; los humildes heredaran la tierra y los hambrientos serán saciados. En otras se hace una constatación: los misericordiosos encontrarán misericordia; los constructores de paz serán llamados hijos de Dios; los perseguidos tendrán su recompensa en los cielos.

Aparecen vocablos muy sugerentes en el lenguaje bíblico, especialmente profético: justicia, misericordia, paz, pureza de

corazón, pobreza. Los «dichosos» descritos por Mateo se corresponden con los «pobres de YHWH», los piadosos, los profetas perseguidos e incomprensidos del Antiguo Testamento, Algunos añadidos de Mateo, con respecto a Lucas, no son atenuaciones, sino profundizaciones. Los pobres «en el espíritu» no excluyen, sino que incluyen, a los «pobres» a secas. No se puede saciar el hambre «de justicia» sin saciar el hambre material.

MEDITATIO

La santidad pertenece únicamente a Dios, y nadie puede reclamarla nunca para sí. La distancia entre nuestro carácter de criaturas y el Creador, la fractura entre nuestros deseos y nuestras realizaciones, la necesidad de ajustar las cuentas con los compromisos y dolores de la historia nos impiden creer que nuestra filiación divina sea algo que se nos debe. Desde este punto de vista, el balance de la historia es aún ruinoso: no somos santos.

Con todo, podemos construir la santidad en parte, armonizando nuestra propia vida con el designio de justicia que Dios ha pensado para el mundo. Lo hacen «los pobres en el espíritu», que no consiguen encontrar en ellos mismos motivos para ir hacia delante y se confían al grano de mostaza del Reino de Dios. Lo hacen los «servidores» del Señor, que intentan imitar el obrar misericordioso de Dios en la historia para convertirse en un posible signo de salvación, en un poco de levadura del Reino de Dios.

Se trata de tareas desmesuradas, que nadie consigue llegar a término por sí solo. Únicamente si nos confiamos a aquella parte todavía no revelada de nosotros mismos, a la semejanza que nos hace hijos e hijas de Dios y amados por él, sólo si creemos y nos confiamos con fe y amor a la promesa de

nuestro bautismo, llegaremos a comprender cómo la salvación forma parte ya de nuestra vida y que es propio de la santidad de Dios sostener nuestra santidad.

ORATIO

Padre santo, tú nos has llamado hijos tuyos. Nosotros te damos gracias por tu santidad, que conduce la historia. No comprendemos todavía hasta el fondo lo que significa sentirse amados por tu santidad, pero tú mantienes viva en nosotros la imagen que has proyectado para cada uno.

Hijo justo del Padre, tú nos has abierto un paso en la historia, donde conseguimos ver cómo actúa el Padre en la historia y cómo obra en ella el Hijo. Ayúdanos a imitar tu única filiación, haznos capaces de confiarnos al Padre.

Espíritu de justicia y de santidad, si tú no purificas nuestros corazones nunca seremos capaces de abrir nuestros ojos a la mirada de Dios, nunca seremos capaces de cantar las alabanzas de Dios en la liturgia, no conseguiremos llamarnos hijos. Infunde en nuestro corazón la capacidad de escuchar la voz del Padre que nos llama hijos suyos amados.

CONTEMPLATIO

También nosotros hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios. Y lo que produce en nosotros la imagen divina no es otra cosa que la santificación, esto es, la participación en el Hijo en el Espíritu. Así que, después de que la naturaleza humana se hubiera encaminado a la perversión y se hubiera corrompido la belleza de la imagen, fuimos restaurados en el estado original, porque mediante el Espíritu ha sido reformada la imagen del Creador, es decir, del Hijo, a través del cual viene todo del Padre.

También el sapientísimo Pablo dice: «¡Hijos míos, por quienes estoy sufriendo de

nuevo dolores de parto hasta que Cristo llegue a tomar forma definitiva en vosotros!» (Gal 4,19). Y él mismo mostrará que la figura de la formación de la que se habla aquí ha sido imprimida en nuestras almas por medio del Espíritu, proclamando: «Porque el Señor es el Espíritu, y donde está el Espíritu del Señor hay libertad. Por nuestra parte, con la cara descubierta, reflejando como en un espejo la gloria del Señor, nos vamos transformando en esa misma imagen cada vez más gloriosa, como corresponde a la acción del Espíritu del Señor» (2 Cor 3,17ss) (Cirilo de Alejandría, *Dialoghi sulla Trinità*, Roma 1982, pp. 302ss).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra: « **Vosotros sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto**» (Mt 5,48).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Tu verdadera identidad es ser hijo de Dios. Esa es la identidad que debes aceptar. Una vez que la hayas reivindicado y te hayas instalado en ella, puedes vivir en un mundo que te proporciona mucha alegría y, también, mucho dolor. Puedes recibir tanto la alabanza como el vituperio que te lleguen como ocasiones para fortalecer tu identidad fundamental, porque la identidad que te hace libre está anclada más allá de toda alabanza y de todo vituperio humano. Tú perteneces a Dios y, como hijo de Dios, has sido enviado al mundo.

Dado que ese lugar profundo que hay dentro de ti y donde se arraiga tu identidad de hijo de Dios lo has desconocido durante mucho tiempo, los que eran capaces de afectarte han tenido sobre ti un poder repentino y a menudo aplastante. Pero no podían llevar a cabo aquel papel divino, y por eso te dejaron, y te sentiste abandonado.

Pero es precisamente esta experiencia de abandono la que te ha atraído a tu verdadera identidad de hijo de Dios.

Sólo Dios puede habitar plenamente en lo más hondo de ti. Puede ser que haga falta mucho tiempo y mucha disciplina para volver a unir tu yo profundo, escondido, con tu yo público, que es conocido, amado y aceptado, aunque también criticado por el mundo; sin embargo, de manera gradual, podrás empezar a sentirte más conectado a él y llegar a ser lo que verdaderamente eres: hijo de Dios (H. J. M. Nouwen, *La voz del amor*, Brescia 21997, pp. 98ss, passim).

[Inicio documento](#)

Día 2, Domingo

Conmemoración de todos los fieles difuntos

Creemos por fe que la muerte no es el final de la existencia humana, sino la entrada en una condición de vida nueva y definitiva: en Dios y junto con todos los redimidos. La realidad de la comunión de los santos nos da la certeza de que los hermanos todavía no purificados del todo pueden recibir ayuda y consuelo por medio de nuestra oración. Por eso la Iglesia, acogiendo una antigua tradición monástica, ha dedicado un día entero a la oración de sufragio por los fieles difuntos, fijando su fecha en el 2 de noviembre, inmediatamente después de la fiesta de Todos los santos.

Del Martirologio romano:

Conmemoración de Todos los fieles difuntos. La Santa Madre Iglesia, después de su solicitud en celebrar con las debidas alabanzas la alegría de todos sus hijos bienaventurados en el cielo, se interesa ante el Señor en favor de las almas de todos cuantos nos precedieron en el signo en fe y duermen en la esperanza de la resurrección, y por todos los difuntos

desde el principio del mundo, cuya fe sólo Dios conoce, para que, purificados de toda mancha del pecado y asociados a los ciudadanos celestes, puedan gozar de la visión de la felicidad eterna.

Misa de la conmemoración (**morado**).

MISAL: ants. y oracs. props. (3 formularios a libre elección del celebrante), Pf. de difuntos. No se puede decir la PE IV.

LECC.: vol. **IV**. Se toman tres lecturas de las misas de difuntos.

Las lecturas que podemos elegir este día nos hablan de la muerte como un paso, una puerta de luz y de verdad que tendremos que atravesar. Jesús nos recuerda que somos suyos y que estaremos con él, pasando antes por un juicio en donde su misericordia será su justicia. Ahora nos sentimos peregrinos con la esperanza de la vida eterna, y por eso oramos por todos nuestros difuntos en la comunión de los santos. Todos buscamos ser purificados por su amor, pues para Dios todos estamos vivos.

□ Todos los sacerdotes pueden celebrar tres misas; pero solo se puede recibir un estipendio; la segunda se debe aplicar por el sufragio de todos los fieles difuntos, la tercera por las intenciones del Sumo Pontífice.

□ Los fieles que hayan recibido la comunión en una misa pueden recibirla otra vez, solamente dentro de la celebración eucarística en la que participe (c. 917).

□ Hoy no se permiten otras celebraciones, excepto la misa exequial.

LECTIO

Primera lectura: Job 19,1-23-27ª: Yo sé que mi Defensor está vivo

¹ Job tomó la palabra y dijo:

²³ ¡Ojalá se escribieran mis palabras! ¡Ojalá se grabaran en el bronce!

²⁴ ¡Ojalá con punzón de hierro y plomo se esculpieran para siempre en la roca!

²⁵ Pues yo sé que mi defensor está vivo y que él, al final, se alzaré sobre el polvo;

²⁶ y después que mi piel se haya consumido, con mi propia carne veré a Dios.

²⁷ Yo mismo lo veré, lo contemplarán mis ojos, no los de un extraño, y en mi interior suspirarán mis entrañas.

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

*.. No resulta fácil compartir el sufrimiento de otro. Los amigos de Job no le ofrecen más que discursos hechos a partir de tópicos y frustrados por una sabiduría demasiado fácil. Muy distintas son las palabras de su respuesta. En efecto, cuando se encuentra casi en el umbral de la muerte y la soledad le destroza el corazón (vv. 19-22), Job intuye que Dios es su redentor, su *go'el*, o sea -siguiendo la práctica jurídica judía-, el pariente cercano que debe comprometerse a rescatar corriendo con los gastos (o vengar) a su pariente en caso de esclavitud, de pobreza, de asesinato. Así pues, Job puede apelar a Dios como a su último defensor, como al ser vivo que se compromete a sí mismo en favor del hombre que muere, puesto que entre Dios y el hombre existe una especie de parentesco, un vínculo indisoluble.

Job lo afirma con vigor (vv. 26ss): sus ojos contemplarán a Dios con la familiaridad de quien no es extraño a su vida.

Salmo responsorial

Sa/ 22, 1b-3a. 3b-4. 5. 6 (R.: 1b)

R. El Señor es mi pastor, nada me falta.

V. El Señor es mi pastor, nada me falta:
en verdes praderas me hace recostar;
me conduce hacia fuentes tranquilas
y repara mis fuerzas. **R.**

V. Me guía por el sendero justo,
por el honor de su nombre.

Aunque camine por cañadas oscuras,
nada temo, porque tú vas conmigo:
tu vara y tu cayado me sosiegan. **R.**

V. Preparas una mesa ante mí,
enfrente de mis enemigos;
me unges la cabeza con perfume,
y mi copa rebosa. **R.**

V. Tu bondad y tu misericordia me
acompañan
todos los días de mi vida,
y habitaré en la casa del Señor
por años sin término. **R.**

Segunda lectura: Romanos 5,5-11: Dios ha infundido su amor en nuestros corazones
Hermanos:

⁵ Una esperanza que no engaña porque, al darnos el Espíritu Santo, Dios ha derramado su amor en nuestros corazones.

⁶ Estábamos nosotros incapacitados para salvarnos, pero Cristo murió por los impíos en el tiempo señalado.

⁷ Es difícil dar la vida incluso por un hombre de bien, aunque por una persona buena quizá alguien esté dispuesto a morir.

⁸ Pues bien, Dios nos ha mostrado su amor haciendo morir a Cristo por nosotros cuando aún éramos pecadores.

⁹ Con mayor razón, pues, a quienes ha puesto en camino de salvación por medio de su sangre los salvará definitivamente del castigo.

¹⁰ Porque si siendo enemigos Dios nos reconcilió consigo por la muerte de su Hijo, mucho más, reconciliados ya, nos salvará para hacernos partícipes de su vida.

¹¹ Y no sólo esto, sino que nos sentimos también orgullosos de un Dios que ya desde ahora nos ha concedido la reconciliación por medio de nuestro Señor Jesucristo.

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

*.. La esperanza del hombre frente al enigma de la muerte no es vana. Como ya había intuido Job, Dios es realmente nuestro «*Redentor*», porque nos ama. Se ha comprometido a rescatarnos de la esclavitud del pecado y de la muerte pagando el precio de la sangre de su Hijo (vv. 6-9), de un modo absolutamente gratuito. Nosotros, en efecto, éramos pecadores, impíos, enemigos, pero el Señor nos ha reconocido como «suyos» y ha muerto por nosotros, arrancándonos de la muerte eterna.

Por medio del bautismo, y participando en el misterio pascual de Cristo, es como acogemos esta gracia. Su muerte nos ha reconciliado con el Padre, su resurrección nos permite vivir como salvados. Rompiendo continuamente los lazos con el pecado y dejándonos guiar por el Espíritu derramado en nuestros corazones, actualizamos cada día la gracia de nuestro nuevo nacimiento.

Aclamación antes del Evangelio

Aleluya, aleluya.

Vengan, benditos de mi Padre, dice el Señor; tomen posesión del Reino preparado para ustedes desde la creación del mundo.

Aleluya.

Evangelio: Juan 6,37-40: El que cree en Jesús tiene la Vida eterna.

†

En aquel tiempo, dijo Jesús a la muchedumbre:

³⁷ Todos los que me da el Padre vendrán a mí, y yo no rechazaré nunca al que venga a mí.

³⁸ Porque yo he bajado del cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado.

³⁹ Y su voluntad es que yo no pierda a ninguno de los que él me ha dado, sino que

los resucite en el último día.

⁴⁰ Mi Padre quiere que todos los que vean al Hijo y crean en él tengan vida eterna, y yo los resucitaré en el último día.

Palabra del Señor.

R. Gloria a ti, Señor Jesús.

**• El verdadero centro de esta perícopa es la voluntad de Dios, a cuyo cumplimiento está orientada por completo la misión de Jesús (v. 38). Esa voluntad es un designio de vida y de salvación ofrecido a todo hombre («*todos*»: v. 40) a través de la mediación de Cristo, a fin de que nadie se pierda (v. 39). El designio de Dios manifiesta así su ilimitada gratuidad y, al mismo tiempo, la afectuosa atención de su caridad con cada uno. Para recibirla, es preciso responder con el libre consentimiento de la fe: quien cree en el Hijo tiene ya desde ahora la vida eterna, porque se adhiere a aquel que es la resurrección y la vida, y sólo él puede llevarnos consigo más allá del insuperable límite de la muerte.

MEDITATIO

Ante la muerte se impone el silencio, ese silencio que, haciéndonos entrar en el diálogo de la eternidad y revelándonos el lenguaje del amor, nos pone en una comunicación profunda con este insondable misterio. Existe un vínculo fortísimo entre aquellos que han dejado de vivir en el espacio y en el tiempo y los que se encuentran aún inmersos en ellos. Si bien la desaparición física de las personas queridas nos hace sufrir su inalcanzable lejanía, mediante la fe y la oración experimentamos una más íntima comunión con ellos. Cuando parece que nos dejan es en realidad el momento en el que se establecen más firmemente en nuestra vida: siguen estando presentes en nosotros, forman parte de nuestra interioridad, los encontramos en esa patria que ya llevamos en el corazón, allí

donde habita la Trinidad.

San Pablo nos anima a vivir de una manera positiva el misterio de la muerte, haciéndole frente día tras día, aceptándola como una ley de la naturaleza y de la gracia, para ser despojados progresivamente de lo que debe perecer hasta encontrarnos ya milagrosamente transformados en aquello en que debemos convertirnos. La «muerte cotidiana» se revela así más bien como un nacimiento: el lento declinar y el ocaso desembocan en un alba luminosa. Todos los sufrimientos, las fatigas y las tribulaciones de la vida presente forman parte de este necesario, de este cotidiano morir, a fin de pasar a la vida inmortal. Debemos vivir fijando nuestra mirada en el objeto de la bienaventurada esperanza, apoyándonos únicamente en la fidelidad del Señor, que nos ha prometido la eternidad.

Si vivimos así, cuando lleguemos al ocaso de esta vida no veremos caer las tinieblas de la noche, sino que aparecerá ante nosotros -una expectativa sorprendente, no obstante-, el alba de la eternidad y tendremos la inefable alegría de sentirnos una sola cosa con el Señor.

Después de una larga fatiga seremos plenamente suyos y esa pertenencia será plenitud de bienaventuranza en la visión cara a cara.

ORATIO

Señor, cada día se eleva desde la tierra una acongojada oración por aquellos que han desaparecido en el misterio: la oración que pide reposo para el que expía, luz para el que espera, paz para quien anhela tu amor infinito.

Descansen en paz: en la paz del puerto, en la paz de la meta, en tu paz, Señor. Que vivan en tu amor aquellos a los que he amado, aquellos que me han amado. No olvides, Señor, ningún pensamiento de bien

que me haya sido dirigido, y el mal, oh Padre, olvídalo, cancélalo.

A los que pasaron por el dolor, a los que parecieron sacrificados por un destino adverso, revélales, contigo mismo, los secretos de tu justicia, los misterios de tu amor. Concédenos esa vida interior para que en la intimidad nos comuniquemos con el mundo invisible en el que están: con ese mundo fuera del tiempo y del espacio que no es lugar, sino estado, y no está lejos de nosotros, sino a nuestro alrededor; que no es de muertos, sino de vivos (Primo Mazzolari).

CONTEMPLATIO

Señor, Señor Jesús, tú eres la vida eterna de la patria verdadera y eterna, puesto que tú nos la has procurado.

Tú eres la lámpara de la casa paterna que ilumina suavemente, tú eres el sol de la justicia en la tierra, tú eres el día que no llega nunca al término, tú eres el lucero del alba. Allí sólo tú eres el templo, el sacerdote y la víctima.

Tú sólo el rey y el jefe, el Señor y el maestro; tú eres el sendero de la unificación, tú eres el manantial y la paz, tú eres la dulzura infinita. Allí todos los que te pertenecen te siguen, y tú estás siempre, no te vas nunca, diriges la casta danza sobre los prados de la alegría...

Por eso, cuando se despierta en nosotros la nostalgia de la vida eterna, de la patria verdadera, de la comunión con todos los santos allá arriba en la ciudad que está sobre los montes elevados, entonces debemos convertirnos aquí abajo en humildemente pequeños en la casa del Señor, debemos cargar sobre nosotros la aflicción junto con nuestra Madre dolorosa, la Iglesia (*Quodvultdeus* de Cartago, cit. en K. Rahner, *Mater Ecclesiae*, Milán 1972, p. 108).

ACTIO

Repite hoy con frecuencia esta oración: *«Dales, Señor, el descanso eterno; brille para ellos una luz perpetua. Descansen en paz- Amén».*

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

No se debe morir cuando se ama. La familia no debería conocer la muerte. Se unen para la eternidad, y para la eternidad dan la vida a otras personas. La muerte no es sólo el huésped que no se puede evitar. Se podría decir que es un miembro de la familia, un miembro celoso que, cuando llega, aleja a otros.

Sea quien sea la persona que veamos alejarse, la vida queda cambiada. Toda muerte lacera la carne común. La familia, precisamente porque es preparación para la vida, es también preparación para la muerte, y en esta cita común con el misterio no es posible saber quién será llamado el primero.

¿Por qué *no se* nos permite morir al mismo tiempo? Éste sería el deseo más vivo del amor, una nueva bendición nupcial a la que consentiríamos con alegría. Pero ese caso es muy raro. La Providencia tiene otros fines. Algunos de ellos son evidentes, otros se nos escapan. Por eso es difícil la fe. Nos creemos víctimas de la fatalidad, y no pensamos que, también con la muerte, sigue siendo el amor un don insigne. En una casa hay desgracias mucho más graves que la muerte. ¡Cuántas tragedias ocurren sin que nadie haya desaparecido, y cuánta ternura conservada en ausencia de las personas queridas!

La muerte no es siempre una enemiga. Mientras la padece, el amor es capaz de vencerla. Vivir significa con frecuencia separarse; morir significa, en cambio, reunirse. No es una paradoja: para aquellos que han llegado al amor más grande, la

muerte es una consagración y no una ruptura. En el rondo, nadie muere verdaderamente, porque nadie puede salir de Dios. Ese que nos parece haberse detenido de improviso continúa su camino. Ha sido como pasar una página, mientras escribía su vida. De él hemos perdido lo que poseíamos de una manera temporal, pero se posee para la eternidad sólo lo que se ha perdido. La vida y la muerte no son más que aspectos diferentes de un único destino; cuando se entra en él con el corazón, ya no se distingue (A. G. Sertillanges, *Nos disparus*, París 1970, pp. 5-10, *passim*).

[Inicio documento](#)

Día 3

Lunes de la 31ª semana del tiempo ordinario año impar

Memoria libre de san Martín de Porres

Nació en Lima, Perú, el 9 de diciembre de 1579. Sus padres fueron Juan, un caballero español, y Ana, una negra libre panameña. Pasó unos años de su infancia en Ecuador. De regreso con su madre en Lima, a los 12 años trabaja de aprendiz de peluquero y asistente de sacamuelas. Conoce al dominico fray Juan de Lorenzana y éste le invita a entrar en el convento. La legislación de entonces le impedía ser religioso por el color y por la raza. Martín ingresa como donado. En una visita que hace su padre al convento, habla con el padre superior y fray Martín pasa a ser hermano cooperador. El 2 de junio de 1603 se consagra a Dios con la profesión religiosa en la orden de Predicadores. Su anhelo es *«pasar desapercibido y ser el último»*. La escoba y la cruz serán las compañeras inseparables de su vida conventual. Muere el 3 de noviembre de 1639. El 6 de mayo de 1963, 300 años después de su muerte, fue canonizado por su buen devoto el papa Juan

XXIII.

Del Martirologio romano:

San Martín de Porres, religioso de la Orden de Predicadores, hijo de un español y de una mujer de color, que, ya desde niño, a pesar de las limitaciones provenientes de su condición de hijo ilegítimo y mulato, aprendió la medicina, que después, ya religioso, ejerció generosamente en Lima, ciudad del Perú, a favor de los pobres, y entregado al ayuno, a la penitencia y a la oración, vivió una existencia áspera y humilde, pero irradiante de caridad (1639).

LECTIO

Primera lectura: Romanos 11,30-36: *Dios nos encerró a todos en desobediencia, para tener misericordia de todos.*

Hermanos:

³⁰ También vosotros erais en otro tiempo rebeldes a Dios, pero ahora, por la desobediencia de los israelitas, habéis alcanzado misericordia.

³¹ De igual modo, ellos son ahora rebeldes debido a la misericordia que Dios os ha concedido, para que también ellos alcancen misericordia.

³² Porque Dios ha permitido que todos seamos rebeldes para tener misericordia de todos.

³³ ¡Oh profundidad de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Qué insondables son sus decisiones e inescrutables sus caminos!

³⁴ Porque *¿Quién conoce el pensamiento del Señor? ¿Quién ha sido su consejero?*

³⁵ *¿Quién le ha prestado algo para pedirle que se lo devuelva?*

³⁶ De él, por él y para él son todas las cosas. A él la gloria por siempre. Amén.

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

*.. Dios quiere que todos los hombres se salven (1 Tim 2,4), y esto sólo puede tener lugar a través de la obediencia de la fe,

prestando oído a la Palabra y acogiendo el Evangelio de Cristo. Es el Evangelio que libera la vida. Si ahora todos, judíos y paganos, pasan por la experiencia de la rebeldía y de la desobediencia de la incredulidad, es para que brille la «*misericordia*» de Dios, que hace concurrir todo para el bien de los hombres.

Así, por la desobediencia de los judíos -su rechazo al Evangelio- se ha dirigido a los paganos el anuncio de la salvación, y estos últimos han conocido la misericordia divina. Y, a la inversa, la misericordia usada con los paganos podrá servir de incitación a los judíos para que rivalicen con ellos en la fe, acogiendo lo que desde el principio han rechazado, puesto que Dios se reserva «*tener misericordia de todos*» (v. 32).

Por consiguiente, la experiencia de la desobediencia por la que pasan todos los pueblos y cada hombre puede ser considerada un instrumento del plan de salvación de Dios, dado que, al fin y al cabo, ayuda a la reconciliación de todos. Y en verdad, los dones y la llamada de Dios constituyen un punto firme, lo mismo que su amor por Israel a causa de los padres (Rom 11,28): es algo que a Dios le importa y en lo que no dará marcha atrás. Nace así, de manera espontánea, el canto paulino (vv. 33-36) que alaba la profundidad y el carácter inescrutable de la sabiduría de Dios: el amor gratuito y misericordioso por el que existen todas las cosas y que llena de sentido la existencia.

Salmo responsorial

Sal 68, 30-31. 33-34. 36-37. (R.: 14c)

R. Señor, que me escuche tu gran bondad.

V. Yo soy un pobre malherido;

Dios mío, tu salvación me levante.

Alabaré el nombre de Dios con cantos,

proclamaré su grandeza con acción de gracias. **R.**

V. Miradlo, los humildes, y alegraos, buscad al Señor, y revivirá vuestro corazón. Que el Señor escucha a sus pobres, no desprecia a sus cautivos. **R.**

V. Dios salvará a Sión, reconstruirá las ciudades de Judá, y las habitarán en posesión. La estirpe de sus siervos la heredará, los que aman su nombre vivirán en ella. **R.**

Aleluya

Jn 8, 31b-32

R. Aleluya, aleluya, aleluya.

V. Si permanecéis en mi palabra —dice el Señor—, seréis de verdad discípulos míos, y conoceréis la verdad. **R.**

Evangelio: Lucas 14,12-14: *No invites a tus amigos, sino a pobres y lisiados.*

†

En aquel tiempo,

¹² dijo Jesús al jefe de los fariseos que le había invitado: -Cuando des una comida o una cena, no invites a tus amigos, hermanos, parientes o vecinos ricos, no sea que ellos a su vez te inviten a ti y con ello quedes ya pagado.

¹³ Más bien, cuando des un banquete, invita a los pobres, a los lisiados y a los ciegos.

¹⁴ ¡Dichoso tú si no pueden pagarte! Recibirás tu recompensa cuando los justos resuciten.

Palabra del Señor.

R. Gloria a ti, Señor Jesús.

****.** Jesús ha sido invitado a comer en casa de uno de los jefes de los fariseos (cf. Lc 14,1): en este marco sitúa el evangelista Lucas algunos de los discursos que,

aprovechando la ocasión que le proporciona el convite, plantean interrogantes profundos a la vida. En los vv. 12-14 se trata la cuestión de la selección de los invitados y, en consecuencia, el tema de la gratuidad.

Sabemos que Jesús está en contra de la hipocresía de los fariseos (cf. Lc 12,1), de la presunción que manifiestan al considerarse justos -con el consecuente desprecio que dirigen a los otros (cf. 18,9)- y de su apego a la riqueza (cf. 16,14). La actitud de los fariseos respecto a Jesús oscila entre la hostilidad -por lo que intentan cogerle en fallo mediante alguna palabra «comprometedora» salida de su boca (cf. 11,54)- y el deseo de escucharle, por tratarse de un personaje de relieve que entusiasma a la gente (cf. 14,25): se trata, a buen seguro, de un invitado especial.

Jesús, reflexionando sobre los criterios que presiden la elección de los invitados a las comidas, exhorta a no convidar a aquellos de los que sea normal esperar que nos correspondan: «*Tus amigos, hermanos, parientes o vecinos ricos*» (v. 12). El amor gratuito es el amor que se entrega *a cambio de nada*, el que se da sin esperar nada (cf. Lc 6,32-35), sin esperar nada a cambio. El primer paso del seguimiento es incluso odiar/renunciar (cf. 14,26.33) a cuanto estimamos (afectos y riquezas).

En consecuencia, es preciso invitar «*a los pobres, a los lisiados y a los ciegos*» (v. 13). El secreto de la bienaventuranza (v. 14) consiste en dar prioridad a los pobres, a los que sólo saben estar acurrucados para llorar (cf. Lc 7,38) o para gritar (cf. 18,38) su nada. Será entonces cuando, allí donde florece la gratuidad, recibiremos la recompensa (v. 14), que será el fruto espontáneo de cuanto hayamos dado con un amor libre y desinteresado.

MEDITATIO

El lenguaje de la *gratuidad* consigue pronunciar palabras liberadoras y expresar gestos vivos y vivificantes. Es un lenguaje al que, tal vez, no estemos acostumbrados, deslumbrados como estamos por los espejismos de lo útil, de lo eficiente, de lo productivo, que nos fascinan con sus lógicas del beneficio; un beneficio, sin embargo, que con frecuencia se nos pudre en el corazón y le impiden latir con regularidad, siempre y por todos. Nos capturan, invadiendo cada aspecto de nuestra existencia y -nos demos cuenta o no - nos hacen asumir actitudes discriminadoras, nos inducen a usar a los otros, a convertirlos en instrumentos para nuestro mezquino interés...

La gratuidad es uno de los atributos de Dios. Dios *es* gratuidad: entrega y se entrega, y no sería Dios-amor si no fuera así. Él nos ha creado a su imagen: eso significa que nosotros no somos verdaderamente humanos si no hacemos crecer y fructificar esa semilla de misericordia que nos hace semejantes a nuestro Creador y Padre. El amor no busca más que el amor. «Amo porque amo. Amo para amar», dice san Bernardo. Conscientes del don del amor de Dios que hemos recibido de manera gratuita, podemos entrar en la lógica sabia de la misericordia divina, una lógica de libertad y de alegría.

ORATIO

¡Qué grande es, oh Dios, tu amor por mí! Es un amor misericordioso, porque me toma como soy donde estoy: cojo, en la profundidad de mis errores; pobre, con las llagas desoladas de mi falta de sentido; ciego, en las nieblas opresoras de mis dudas, de mis fatigas. El tuyo es un amor gratuito, porque no está sometido a condiciones ni esconde chantajes ni intereses sutiles. Amar y sólo amar es tu alegría, es tu vida

misma.

Me estás diciendo que es lo mismo para mí. Señor, me ves: a menudo me dejo seducir por ese egoísmo que me separa de los otros y de mí mismo; con la ilusión de darme fuerza, me hace débil. Dios de misericordia y de gratuidad, que amar y sólo amar sea mi alegría. Al escuchar tu Palabra y al considerar tu ejemplo lo comprendo: amar y sólo amar es vivir.

CONTEMPLATIO

Tu puerta, Señor, está abierta, pero nadie entra; tu gloria es manifiesta, pero nadie fija en ella sus ojos; tu luz ha surgido en las pupilas, pero no queremos ver; tu mano está tendida para dar, pero nadie toma; tú nos incitas a través de seducciones, pero no consentimos; tú nos asombras con cosas terribles mezcladas con la misericordia, pero no acudimos a ti.

Dios nuestro, bueno, ten piedad de nuestra miseria. Creador nuestro, dulce, vena nuestras heridas. Padre nuestro, repleto de clemencia, persuádenos para que nos obliguemos a acercarnos a ti, dado que no queremos persuadirnos nosotros mismos.

Haz salir nuestra alma, Señor, de la prisión en la que estamos encerrados, hacia la luz verdadera, aunque no queramos.

Que prevalezca tu fuerza, Señor, sobre nosotros y nos haga salir del torpor al que somos propensos. Levanta, Señor, de delante de nuestros ojos todos los velos de los que está cubierta la vista de nuestra alma y le impiden ver tu verdadera luz (Juan de Dalyatha, *Mostrami la tua bellezza*, Magnano 1996, p. 18).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra: «¡Oh profundidad de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios!» (Rom 11,33).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Ya hemos visto una cosa: la gracia debe venir al hombre. Éste, con sus solas fuerzas, puede llegar, a lo sumo, hasta la puerta, pero nunca entrar. Además, la gracia puede venir a él sin que él la busque, sin que él la quiera. La gracia es el Espíritu de Dios que se rebaja hasta el alma humana. Por consiguiente, el amor misericordioso puede rebajarse hasta llegar a cada individuo. La gracia puede limitarse a llamar, y hay almas que se abren ya a esta queda llamada. Otras no hacen caso. En esos casos, la gracia puede infiltrarse en el alma y difundirse cada vez más en ella. Cuanto más grande es el espacio que ella, de una manera tan *ilegítima*, ocupa, tanto más inverosímil se vuelve el hecho de que el alma se cierre respecto a la gracia. En ese caso, la fe en el carácter ilimitado del amor y de la gracia divina justifica también la esperanza en la universalidad de la redención...

La bajada de la gracia al alma humana es una acción libre del amor divino, y no hay límites para su difusión. Cuáles son los caminos que elige para su actividad, por qué busca un alma e induce a otra a buscarla, cómo y cuándo está actuando incluso allí donde nuestros ojos no notan efecto alguno..., son preguntas a las que no es posible responder con la razón (E. Stein, // *mistero della vita interiore*, Brescia 1999, pp. 80-83, *passim*).

Lectura espiritual para san Martín de Porres

MEDITATIO

No es necesario ser fariseo ni tener mala voluntad para dejarnos llevar por la tentación de separar el amor a Dios y el amor al prójimo. La parábola del buen samaritano, tan conocida y meditada, es fundamental para captar la experiencia religiosa que nos trae Jesús.

En este relato descubrimos enseguida lo fundamental de su contenido:

- No podemos separar el amor a Dios y el amor al prójimo. Son las dos caras de la misma moneda. «Tuve hambre»... «Tuve sed»... «Estuve enfermo»... «Cuando lo hicisteis con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis».

- Mi prójimo no es aquel que se acerca a mí, sino aquel a quien yo me acerco. ¿Quién de estos tres -pregunta Jesús- se hizo prójimo del herido? Soy yo quien debe aproximarse.

- ¿De quién tengo que hacerme prójimo, a quién tengo que acercarme? La parábola lo expresa con mucha claridad: a cualquiera que esté caído, marginado, atropellado en los caminos o en los juzgados, despojado de sus derechos...

- No nos andemos con rodeos... Los dos personajes, representantes oficiales del templo y el culto, que dieron un rodeo para cumplir con Dios, abandonando al prójimo, quedan descalificados en esta parábola.

- Otro punto clarísimo que descubrimos en este relato es la apertura a los extranjeros, a los que en aquel tiempo eran tenidos por herejes o de otra religión: los samaritanos. Al jurista le da grima pronunciar su nombre, y dice simplemente «aquel». Sin embargo, Jesús le dice: «Anda y haz tú lo mismo».

Todo esto me hace pensar que san Martín de Porres, el sencillo «fray escoba», no sabía mucho de leyes, ni de normas escritas en los papeles. Él se dejaba mover más por la ley del amor escrita en los corazones. ¡Y ahí lo tenemos de modelo!

ORATIO

Señor, Dios nuestro, que has querido conducir a san Martín de Porres por el camino de la humildad a la gloria del cielo, concédenos la gracia de seguir sus ejemplos,

para que merezcamos ser contados con él en la gloria.

CONTEMPLATIO

Martín nos demuestra, con el ejemplo de su vida, que podemos llegar a la salvación y a la santidad por el camino que nos enseñó Cristo Jesús: a saber, si en primer lugar amamos a Dios con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con todo nuestro ser y si, en segundo lugar, amamos a nuestro prójimo como a nosotros mismos.

Él sabía que Cristo Jesús padeció por nosotros y, cargado con nuestros pecados, subió al leño, y por esto tuvo un amor especial a Jesús crucificado, de modo que, al contemplar sus atroces sufrimientos, no podía evitar el derramar abundantes lágrimas. Tuvo también una singular devoción al santísimo sacramento de la eucaristía, al que dedicaba con frecuencia largas horas de oculta adoración ante el sagrario, deseando nutrirse de él con la máxima frecuencia que le era posible.

Además, san Martín, obedeciendo al mandamiento del divino Maestro, se ejercitaba intensamente en la caridad con sus hermanos, caridad que era fruto de su fe íntegra y de su humildad. Amaba a sus prójimos porque los consideraba verdaderos hijos de Dios y hermanos suyos, y los amaba aún más que a sí mismo, ya que, por su humildad, los tenía a todos por más justos y perfectos que él.

Disculpaba los errores de los demás; perdonaba las más graves injurias, pues estaba convencido que era mucho más lo que merecía por sus pecados; ponía todo su empeño en retornar al buen camino a los pecadores; socorría con amor a los enfermos; procuraba comida, vestido y medicinas a los pobres; en la medida que le era posible, ayudaba a los agricultores y a los negros y mulatos, que, por aquel tiempo,

eran tratados como esclavos de la más baja condición, lo que le valió, por parte del pueblo, el apelativo de «Martín de la caridad».

Este santo varón, que con sus palabras, su ejemplo y sus virtudes impulsó a sus prójimos a una vida de piedad, ahora goza de un poder admirable para elevar nuestras mentes a las cosas celestiales. No todos, por desgracia, son capaces de comprender estos bienes sobrenaturales, no todos los aprecian como es debido; al contrario, son muchos más los que, enredados en sus vicios, los menosprecian, los desdeñan o los olvidan completamente. Ojalá que el ejemplo de Martín enseñe a muchos la dulzura y la felicidad que se encuentran en el seguimiento de Jesucristo y en la sumisión a sus divinos mandatos. *(De la homilía del papa Juan XXIII en la canonización de san Martín de Porres.)*

ACTIO

A san Martín de Porres popularmente se le llama con cariño «fray Escoba». Parece que era su instrumento de trabajo. Con él servía a su comunidad. Pues yo hoy, al barrer, al servir con humildad a los demás, le voy a pedir que me haga sencillo y humilde, como lo fue él por amor a Cristo.

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

San Martín ve confirmado en su persona el Evangelio: «El que se humilla será ensalzado». Este hombre, que sintonizaba con la oscuridad de su piel y disfrutaba en Dios al verse humillado y postergado, pasados los siglos será un santo que centre en su persona dos continentes: Europa y América. San Martín es querido por todos, invocado por ricos y pobres, enfermos y menesterosos, por hombres de ciencia y por ignorantes. Juan XXIII sentía verdadera devoción por san Martín de Porres: una pequeña imagen de marfil presidía la mesa

de su despacho y él mismo lo canonizó el 6 de mayo de 1962.

Su imagen o su estampa va en los viajes, está en las casas y en los hospitales, en los libros de rezo y en los de estudio. Todo porque fue humilde, obediente y, como dijera Juan XXIII, «es Martín de la caridad». A nadie extraña que sea patrono de los Hermanos Cooperadores Dominicos, del gremio de los peluqueros, de la limpieza pública, los farmacéuticos y los enfermeros. Una congregación sudafricana le tiene por abogado: son las Hermanas Dominicas de San Martín de Porres. Todos se gozan de que *fray Escoba* sea su patrono y su ejemplo.

Inicio documento

Día 4

Martes de la 31ª semana del tiempo ordinario año impar

Memoria obligatoria de san Carlos Borromeo

Carlos Borromeo (1538-1584), arzobispo cardenal de Milán, plasmó en su persona el modelo del obispo propuesto por el Concilio de Trento. Trabajó en la reforma del clero, convocando sínodos y abriendo seminarios. Quiso restaurar las costumbres cristianas en el pueblo con sus visitas pastorales, dando a todos el ejemplo de una vida auténticamente fiel al Evangelio.

Del Martirologio romano:

Memoria de san Carlos Borromeo, obispo, que nombrado cardenal por su tío materno, el papa Pío IV, y elegido obispo de Milán, fue en esta sede un verdadero pastor fiel, preocupado por las necesidades de la Iglesia de su tiempo, y para la formación del clero convocó sínodos y erigió seminarios, visitó muchas veces toda su diócesis con el fin de fomentar las costumbres cristianas y dio muchas normas para bien de los fieles.

Pasó a la patria celeste en la fecha de ayer (1584).

LECTIO

Primera lectura: Romanos 12,5-16ª:
Existimos en relación con los otros miembros.

Hermanos:

⁵ Así también nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo al quedar unidos a Cristo, y somos miembros los unos de los otros.

⁶ Puesto que tenemos dones diferentes, según la gracia que Dios nos ha confiado, el que habla en nombre de Dios hágalo de acuerdo con la fe;

⁷ el que sirve, entréguese al servicio; el que enseña, a la enseñanza;

⁸ el que exhorta, a la exhortación; el que ayuda, hágalo con generosidad; el que atiende, con solicitud; el que practica la misericordia, con alegría.

⁹ Que vuestro amor no sea una farsa; detestad lo malo y abrazaos a lo bueno.

¹⁰ Amaos de verdad unos a otros como hermanos y rivalizad en la mutua estima.

¹¹ No seáis perezosos para el esfuerzo; manteneos fervientes en el espíritu y pronto para el servicio del Señor.

¹² Vivid alegres por la esperanza, sed pacientes en la tribulación y perseverantes en la oración.

¹³ Compartid las necesidades de los creyentes; practicad la hospitalidad.

¹⁴ Bendecid a los que os persiguen; bendecid y no maldigáis.

¹⁵ Alegraos con los que se alegran; llorad con los que lloran.

¹⁶ Vivid en armonía unos con otros y no seáis altivos; antes bien, poneos al nivel de los sencillos.

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

*.. Del anuncio de gracia -la buena noticia de que Cristo ha muerto y resucitado por

nosotros, la novedad del amor gratuito del Padre- hace derivar Pablo el código de la nueva humanidad: si Dios es amor gratuito, también los hombres deben concebir su vida como don... De la *gracia* a la *gratuidad*, de la *cháris* a los *charísmata*.

Los cristianos constituyen, en Cristo, los muchos y diversos miembros de un único cuerpo. A cada uno de ellos se le da un don, una manifestación diferente de la gracia, un modo específico de vivir la gratuidad. Lo que importa es entender el don como *don*, no como posesión: como algo dado para la utilidad común (cf. 1 Cor 12,7), para edificar la comunidad en la caridad, para que cada uno camine con los otros hacia la plena humanidad de Cristo (cf. Ef 4,11-16). Es preciso cultivar, por tanto, la humildad y la caridad. La «*humildad*» (v. 16) consiste en tener una justa valoración de nosotros mismos (cf. Rom 12,3), para servir al Señor en la comunidad llevando a cabo lo que nos corresponde con pasión y con sencillez. La «*caridad*» es el modo y el fin del servicio: una actitud bendicidora respecto a cada hombre, una compasión que comparte los «*sentimientos*» del otro acogiendo sus alegrías y sus dolores, una confianza serena y perseverante en la oración que atraviesa las estaciones de la tribulación y de la esperanza. La caridad excluye la hipocresía (v. 9: *farsa*) para animar de manera auténtica las fibras de nuestra existencia.

Salmo responsorial

Sa/130, 1bcde. 2. 3.

R. Guarda mi alma en la paz, junto a ti, Señor.

V. Señor, mi corazón no es ambicioso,
ni mis ojos altaneros;
no pretendo grandezas
que superan mi capacidad. **R.**

V. Sino que acallo y modero mis deseos,

como un niño en brazos de su madre.

Como un niño saciado

así está mi alma dentro de mí. **R.**

V. Espere Israel en el Señor
ahora y por siempre. **R.**

Aleluya

Mt 11, 28

R. Aleluya, aleluya, aleluya.

V. Venid a mí todos los que estáis cansados
y agobiados —dice el Señor—,
y yo os aliviaré. **R.**

Evangelio: Lucas 14,15-24: *Sal por los caminos y senderos e insístele hasta que entren y se llene mi casa.*



En aquel tiempo,

¹⁵ uno de los convidados le dijo a Jesús: - Dichoso el que pueda participar en el banquete del Reino de Dios.

¹⁶ Jesús le respondió: -Un hombre daba una gran cena e invitó a muchos.

¹⁷ A la hora de la cena, envió a su criado a decir a los invitados: «Venid, que ya está todo preparado».

¹⁸ Pero todos, uno tras otro, comenzaron a excusarse. El primero le dijo: «He comprado un campo y necesito ir a verlo; te ruego que me excuses».

¹⁹ Otro dijo: «He comprado cinco yuntas de bueyes y voy a probarlas; te ruego que me excuses».

²⁰ Y otro dijo: «Acabo de casarme y, por tanto, no puedo ir».

²¹ El criado regresó y refirió lo sucedido a su señor. Entonces el señor se irritó y dijo a su criado: «Sal de prisa a las plazas y calles de la ciudad y trae aquí a los pobres y a los lisiados, a los ciegos y a los cojos».

²² El criado dijo: «Señor, se ha hecho como mandaste, y todavía hay sitio».

²³ El señor le dijo entonces: «Sal por los

caminos y las veredas y convence a la gente para que entre, hasta que se llene mi casa.

²⁴ Pues os digo que ninguno de aquellos que habían sido invitados probará mi cena».

Palabra del Señor.

R. Gloria a ti, Señor Jesús.

****.** En la comida a la que le habían invitado en casa del fariseo, Jesús, apoyándose en las palabras de uno de los comensales, se inspira una vez más en el contexto de la comida para contar una parábola que trata del tema de la urgencia de responder a la llamada del Reino. La parábola habla de un hombre que dio una «*gran cena e invitó a muchos*» (v. 16). Todos los invitados, sin embargo, se justifican «*a la hora de la cena*» y no se presentan (cf. w. 17ss). El señor se irritó y, como deseaba que su casa se llenara, mandó llamar «*a los pobres y a los lisiados, a los ciegos y a los cojos*» (v. 21).

La *cena preparada* (v. 17) puede muy bien referirse a la Pascua *preparada* para los discípulos antes de la pasión y, en definitiva, al banquete del Reino (cf. Lc 22,7ss): si todo está preparado y la invitación es gratuita, sólo es preciso estar disponible. La hora de la cena (v. 17) es el *hoy* de la salvación - un tema entrañable al evangelista Lucas-, que pide una respuesta pronta a la llamada del Señor.

Hay mucho «*sitio*» (v. 22) en la sala del banquete, pero es fácil encontrar excusas, aducir pretextos. Así, muchos se dejan tentar por la invitación (Lc 9,57-62), pero luego sienten otras voces más fuertes, dan prioridad a otros bienes, materiales o afectivos: campos, bueyes, mujer (cf w. 18-20). De éstos dice Jesús, en otro lugar: «*Nadie que haya puesto la mano en el arado y vuelva la vista atrás es apto para el Reino de Dios*»; sólo el que paga el precio de la renuncia recibirá cien veces más (cf. Lc

18,28-30).

Los que no responden a la invitación son reemplazados con facilidad por otros, recogidos por las calles y plazas e incluso por las «*veredas*» (v. 23: ¿alusión a los que estaban fuera de Jerusalén?): vendrán de todas partes y «*se sentarán a la mesa en el Reino de Dios*» (Lc 13,29). Está claro que la bienaventuranza de quien come el pan del Reino (v. 15) es para todos: no es un privilegio, sino algo puramente gratuito que sólo espera ser acogido. Pero ninguno de los que la rechazan (v. 24) podrá saborear la alegría del convite.

MEDITATIO

Estamos hechos de tal modo que nadie está completo por sí solo, nadie tiene todas las capacidades y todas las competencias posibles, nadie puede bastarse a sí mismo. Dios, que es Trinidad y Unidad, nos ha creado a imagen suya: somos «uno» no como individuos, sino sólo en la comunión, es decir, en la entrega recíproca. Cada uno de nosotros es único: si falla a la llamada de la entrega de sí, todos los demás quedan empobrecidos. Dar y darse no es, por consiguiente, un gesto de magnanimidad particular, sino la manera de ser personas humanas auténticas.

El Señor nos invita a descubrir y vivir esta vocación humana fundamental. Y esto es tanto más urgente cuanto más vacíos de humanidad sufrimos. Muchas veces nos damos cuenta de que somos incapaces de «sentir» con el otro, de participar con verdad (y no de fachada o por conveniencia) tanto de sus dolores como de sus alegrías. Y, por otra parte, lamentamos la misma incapacidad de los demás respecto a nosotros.

Dilatar la mirada y los espacios del corazón más allá de los asuntos que nos ocupan y preocupan en las situaciones

contingentes, ciñéndonos a nosotros mismos; hacer sitio al otro con la misma atención que prestaríamos a esa parte de nuestro cuerpo que es más débil o sufre más; hacerlo a nuestra manera personalísima, según el carácter típico e irrepetible de las actitudes que tiene cada uno de nosotros... A esto nos exhorta hoy la Palabra del Señor. ¡No dejemos vacío nuestro sitio!

ORATIO

Libérame, Señor, del mal del individualismo. Seca la fuente de donde tomo las justificaciones para eludir tu invitación a compartir lo que soy y tengo, a participar en la fiesta de la comunión que tú deseas para tus hijos. ¡Qué necesidad apremiante de entrar en tu casa, de vivir como miembro de tu cuerpo como soy!

Por eso, te pido con las palabras de san Pablo: sostén mi compromiso de vivir la caridad sin ficciones, amando a los otros con afecto fraterno, estimándoles, dispuesto a socorrerles en sus necesidades, atento a acogerles. Concédeme tu Espíritu, que me ponga en sintonía con tu voluntad y con el corazón de los otros.

Será hermoso entonces gozar juntos y sufrir juntos, esperar y orar, apoyarnos en la dificultad, no presumir de nosotros mismos, sino confiarnos con sencillez a tu misericordia, que no se cansa de preparar a cada uno el sitio en el banquete de la amistad.

CONTEMPLATIO

Ésta es la sabiduría: ayudar a alguien mejor que perjudicar, y estar contento con la condición de que Dios nos ha dispensado también según el mérito de la fe de cada uno y no acaparar lo que uno ve que no se le ha concedido. Esto es *no estimarse en más*, porque a una misma persona no se le puede conceder todo. En efecto, si alguien lleva

una vida buena, no por ello deberá pretender también la ciencia de la enseñanza, o no porque tenga experiencia de la ley deberá reclamar para sí el obsequio que corresponde a los diáconos. El apóstol exhorta, por tanto, y enseña *por la gracia* que se le ha dado. Esta gracia ha de ser entendida como experiencia de la doctrina del Señor, en virtud de la cual nos transmite que es preciso buscar la humildad y la justicia [...].

Con el ejemplo del cuerpo nos enseña el apóstol que nosotros, por separado, no podemos hacerlo todo, porque somos miembros los unos de los otros, de modo que uno tiene necesidad del otro, y que debemos cuidarnos recíprocamente los unos a los otros sin oponernos entre nosotros, porque todos necesitamos mutuamente nuestros servicios. Esto será amar a Cristo: que los miembros se exhorten entre sí a colmar la medida por la que el cuerpo es perfecto en Cristo (Ambrosiaster, *Commento alia lettera ai Romani*, Roma 1984, p. 264, *passim*).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra: *«Amaos unos a otros como hermanos»* (Rom 12,10).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Cuando el cristiano reconoce, gracias a la irrupción de los otros en su vida, a Dios que le interpela, encuentra en este encuentro - que no excluye nunca la lucha- el comienzo de una reconciliación real con Dios y con los hombres, puesto que por el mismo camino será conducido al uno y a los otros. Esta paz le viene ante todo de un asentimiento más profundo a la tarea que Dios le fija. Con el conflicto aparece, en efecto, la heterogeneidad: la de los temperamentos, la de las situaciones, la de los intereses, la de los grupos. Las diferencias rompen la

uniformidad que el egoísmo del fuerte, el conformismo del débil o la ideología de la utopía quisieran imponer o mimar. Éstas resisten a una asimilación. Ahora bien, además de esta purificación negativa, el hecho de las divergencias no puede dejar de imponer al cristiano una visión al mismo tiempo más religiosa y más realista de su situación. Si las condiciones de su tarea, sus responsabilidades de todo tipo y las necesidades de los hombres que ha convertido en sus prójimos le impiden traicionar un deber, descubre en este deber un sentido nuevo: las determinaciones de su carácter y de su trabajo, las posibilidades propias de que dispone le indican una vocación *particular* a la que no puede faltar sin caer en infidelidad a Dios.

Ha recibido, entre otras cosas, *una* fuerza y una misión, y éstas le indican cómo debe colaborar en la obra común. El vigor (la «virtud») requerido por esta fidelidad al deber de estado ya no le permiten las cóleras que simulan o apuntan a la supresión de los otros. Al contrario, el respeto a la tarea que le ha sido confiada consigue dominar esta violencia exclusiva, precisamente porque se basa en la exigencia de una vocación particular. Del mismo modo que no autoriza el abandono, tampoco autoriza la agresividad. Allí donde los sentimientos son superficiales y las pasiones totalitarias, la fidelidad religiosa, definida como responsabilidad o tareas objetivas, requiere una fuerza incompatible tanto con una paz ficticia que evita al otro, como con una violencia que busca destruirle (M. de Certeau, *Mai senza l'altro*, Magnano 1993, pp. 47-49, *passirn*).

[Inicio documento](#)

Día 5

Miércoles de la 31ª semana del

tiempo ordinario año impar

Memoria libre: SANTA ÁNGELA DE LA CRUZ GUERRERO GONZÁLEZ, virgen.

SANTA ÁNGELA DE LA CRUZ

(1846-1932)

Ángela nació en Sevilla el año 1846, de familia numerosa y pobre, trabajadora y piadosa. Desde muy joven trabajó en un taller de zapatería, a la vez que se entregaba al servicio de los más pobres y marginados. Bajo la guía de un experto confesor, el P. Torres, intentó hacerse religiosa, hasta que comprendió que el Señor la llamaba a fundar una congregación, la Compañía de Hermanas de la Cruz, que, viviendo en gran austeridad, atendían a enfermos y menesterosos. A pesar de no tener estudios, dejó escritos de gran profundidad. Su vida y espiritualidad tienen rasgos franciscanos muy marcados. Murió el 2 de marzo de 1932 en Sevilla. Juan Pablo II la beatificó el 5 de noviembre de 1982 y la canonizó en 2003.

Del Martirologio romano:

En Sevilla, en España, santa Ángela de la Cruz Guerrero González, fundadora del Instituto de las Hermanas de la Cruz, que no se reservó ningún derecho para sí sino que lo dejó todo para los pobres, a los cuales acostumbraba llamar sus señores, y los servía de verdad (1932).

Primera lectura: Romanos 13,8-10: *La plenitud de la ley es el amor.*

Hermanos:

⁸ Con nadie tengáis deudas, a no ser la del amor mutuo, pues el que ama al prójimo ha cumplido la ley.

⁹ En efecto, los preceptos de *no cometerás adulterio, no matarás, no robarás, no codiciarás*, y cualquier otro que pueda existir, se resumen en éste: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo.*

¹⁰ El que ama no hace mal al prójimo; en resumen, el amor es la plenitud de la ley.

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

*.. Tras haber recordado que es bueno dar a cada uno lo que se le debe {cf. Rom 13,7), Pablo nos recuerda la existencia de una «*deuda*» que nunca puede ser liquidada y que no es preciso cansarse en pagar: el amor recíproco. El amor «*resume*» los mandamientos y «*es la plenitud de la ley*». Según el Talmud, también Hillel, padre de Gamaliel, maestro de san Pablo -en el comentario a Tob 4,15-, enseñaba lo siguiente (aunque de forma negativa): «Lo que detestes para ti, no se lo hagas al prójimo: en eso consiste toda la ley; el resto no es más que explicación».

San Pablo dedica un gran espacio a valorar críticamente la función de la ley; ahora bien, para que se cumpla la justicia de la ley no hay, en última instancia, más que un camino: el amor gratuito de Cristo, que, precisamente, ha venido para darle cumplimiento y no para abolirla. Consiste este amor en mostrarse sencillo a la hora de hacer el bien, en no cerrar los ojos a las contiendas y los celos devolviendo mal por mal, que es dejarse vencer por el mal, pues se vence al mal con el bien (cf. 12,17-21). Amor al otro (v. 8), a *cualquier* otro (cf Gal 3,28): un amor del que Cristo, en quien Dios ha querido resumirlo todo, nos ha dado ejemplo y con el que es necesario que conformemos nuestra propia vida para participar en la plenitud de Dios (cf. Ef 1,10; 3,17-19). Porque, si el amor resume y cumple la ley, es Cristo quien resume y realiza de manera cabal nuestra humanidad.

Salmo responsorial

Sa/111, 1-2. 4-5. 9. (R.: 5a)

R. Dichoso el que se apiada y presta.

V. Dichoso quien teme al Señor
y ama de corazón sus mandatos.

Su linaje será poderoso en la tierra,

la descendencia del justo será bendita. **R.**

V. En las tinieblas brilla como una luz
el que es justo, clemente y compasivo.

Dichoso el que se apiada y presta,
y administra rectamente sus asuntos. **R.**

V. Reparte limosna a los pobres;
su caridad dura por siempre
y alzará la frente con dignidad. **R.**

Aleluya

1 Pe 4, 14

R. Aleluya, aleluya, aleluya.

V. Si os ultrajan por el nombre de Cristo,
bienaventurados vosotros,
porque el Espíritu de Dios reposa sobre
vosotros. **R.**

Evangelio: Lucas 14,25-35: *Aquel que no renuncia a todos sus bienes no puede ser discípulo mío.*



En aquel tiempo,

²⁵ como le seguía mucha gente, Jesús se volvió a ellos y les dijo:

²⁶ -Si alguno quiere venir conmigo y no está dispuesto a renunciar a su padre y a su madre, a su mujer y a sus hijos, hermanos y hermanas, e incluso a sí mismo, no puede ser discípulo mío.

²⁷ El que no carga con su cruz y viene detrás de mí no puede ser discípulo mío.

²⁸ Si uno de vosotros piensa construir una torre, ¿no se sienta primero a calcular los gastos y a ver si tiene para acabarla?

²⁹ No sea que, si pone los cimientos y no puede acabar, todos los que le vean se pongan a burlarse de él,

³⁰ diciendo: «Éste comenzó a edificar y no pudo terminar».

³¹ O si un rey está en guerra contra otro, ¿no se sienta antes a considerar si puede enfrentarse con diez mil hombres al que le va a atacar con veinte mil?

³² Y si no puede, cuando el enemigo aún está lejos, enviará una embajada para negociar la paz.

³³ Del mismo modo, aquel de vosotros que no renuncia a todo lo que tiene no puede ser discípulo mío.

Palabra del Señor.

R. Gloria a ti, Señor Jesús.

****.** La Palabra de Jesús y las *«maravillas que realizó»* (Lc 13,17) le procuraron que le siguiera mucha gente: ahora le vemos insistiendo en las exigencias que implica el seguimiento. En primer lugar, es preciso volver a apostar por la gratuidad y poner en cuestión nuestros propios vínculos afectivos e incluso nuestra propia vida (v. 26: nuestro texto traduce *«renunciar»* en vez del *«odiar»* que aparece literalmente en el texto original, porque *«odiar»* es un hebraísmo que implica un desprendimiento radical). El hombre de la parábola de Lc 14,15-24 había comprendido bien que estaba justificado no poder corresponder a una invitación a cenar: *«Acabo de casarme y, por tanto, no puedo ir»* (Lc 14,20). Es preciso renunciar, además, *«a todo lo que tiene»* (v. 33).

Si lo más urgente es buscar el Reino de Dios (cf. Lc 12,31), el seguimiento asume entonces la forma de la pobreza (pobreza de afectos, pobreza de bienes materiales): dejarlo *«todo»* (característica del relato de la llamada a los discípulos de Lc 5,1-11) para ponerse *«detrás»* de uno (cf. 9,23), llevando la propia cruz (v. 27). No se trata de *odiar*, sino -como explica de manera adecuada Lc 16,13- de la imposibilidad de servir a dos señores, de tener dos absolutos en nuestra propia vida. Parecerá que estamos perdiendo la vida, pero es el único modo de salvarla, y esto, en efecto, resulta evidente si nos preguntamos qué es aquello de lo que depende la vida: a buen seguro, no de los

bienes (Lc 12,15).

Es verdad, sin embargo, que la decisión de seguir a Cristo debe ser meditada de manera adecuada: del mismo modo que es necesario valorar los recursos disponibles para construir una torre y la oportunidad de hacer frente a un enemigo declarándole la guerra o preparando la paz (w. 28-32). Es preciso calcular nuestra propia fuerza/capacidad (w. 28-32), pero sabiendo - a ejemplo del Maestro, del *fuerte* que tuvo necesidad de *consuelo* (cf. Lc 3,16; 22,43)- que *«lo que es imposible para los hombres es posible para Dios»* (Lc 18,27).

MEDITATIO

La Palabra del Señor interpela mi libertad y me provoca a elegir: ¿por quién y por qué vivo? Estoy invitado a hacer que brille la verdad dentro de mí, a decirme cuál es el valor absoluto que jerarquiza mi vida. Jesús nos dice claramente que la opción por él no puede estar subordinada a nada más. No se trata de una pretensión por parte del Señor, sino de una indicación preciosa: el hombre se convierte en tal cuando se unifica a sí mismo en torno a un polo; si no lo hace, se dispersa, asume mil rostros y se encuentra dividido. El radicalismo que el Señor me propone es la condición necesaria para llevar una vida auténtica.

Pero me dice algo más: que es preciso que yo sea consciente de la opción que realizo. En esto consiste la invitación a conocerme a mí y a conocerle a él. No tiene sentido elegir *«al azar»* o hacerlo siguiendo la onda emotiva de cualquier experiencia *«fuerte»*, por exaltadora o decepcionante que sea.

Jesús quiere ser seguido por personas libres y responsables, que asuman de una manera coherente las consecuencias de la opción que han tomado. En el seguimiento de Jesús está implicado todo lo que soy, porque se trata de una cuestión de amor, de un

amor que no es ciego, sino inteligente, de un amor auténtico y no de un amor trivial, de un amor que sabe atravesar los amplios espacios de la fidelidad, de la perseverancia, de la gratuidad.

Fidelidad, perseverancia, gratuidad: son palabras que con excesiva frecuencia me dejan turbado, palabras que tengo miedo de llevar a la práctica, palabras con las que me parece que casi pierdo la vida. Jesús me repite que precisamente este amor es la realización cabal -no la pérdida- de la vida. ¿Qué elijo?

ORATIO

Oh Dios, concédeme el valor de experimentar el amor que tú nos has mostrado con tu ejemplo. Me ves titubeante, reacio a soltar las amarras con las que acostumbro a anclar mis días en una seguridad hecha a mi medida. El amor que tú propones lo conoce el que te sigue, porque tú lo has dado a conocer con tus palabras y tu ejemplo; ese amor me parece como el océano, cuyos límites no logro ver y me parece imposible surcar.

Te doy gracias, Dios mío, porque me hablas con claridad, porque no me engañas ni, más aún, me invitas a engañarme a mí mismo, con mis fáciles entusiasmos y los igualmente fáciles derrotismos. Quieres que reflexione antes de decirte: «Aquí estoy, Señor», porque me quieres como protagonista responsable de mi historia.

Pero, precisamente porque quieres para mí un bien infinito, me recuerdas -y me lo recuerdas siempre- que sólo el amor me hace persona humana, que sólo el amor me da esa plenitud que tanto busco: el amor que aprendo de ti, siguiéndote.

CONTEMPLATIO

Quien sólo se posee a sí mismo no posee nada, porque no subsiste sin muchos (otros).

En efecto, sin los miembros, no subsiste

el alma en el cuerpo, y sin ellos no recibe la recompensa por sus fatigas.

El alma tiene necesidad de los miembros, aunque sea alma.

El hombre aún tiene más necesidad del otro.

El hombre lleva a cabo el camino de la justicia con el otro, y si es justificado sin el otro no es un hombre.

El hombre no puede llegar a ser hombre sin el otro, y la justicia sin el hombre no es justicia.

Tú, hombre, que intentas ser justo y bueno: haz a tus compañeros lo que deseas que te hagan a ti.

Quieres recibir el salario por tus fatigas en el día de la recompensa: paga a tu compañero la deuda del amor y recibirás la recompensa.

Deseas encontrar al esposo celestial revestido de luz: haz resplandecer tu rostro ante tus amigos y lo habrás encontrado.

Quieres entrar con los sabios en esta felicidad: instruye a los necios y estarás a la cabeza de los sabios.

Nadie entra en ese sitio hasta que no lleva a alguien con él: eso es lo que se pide a lo que entran (Narsai di Edessa, *L'olio della misericordia*, Magnano 1997, p. 33).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra: «*Con nadie tengáis deudas, a no ser la del amor mutuo*» (Rom 13,8).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

El amor, para llegar a su cabal realización, exige la entrega mutua de las personas. Sólo de este modo puede ser el amor un «sí» pleno, porque una persona sólo se abre a la otra en la entrega. Sólo cuando llegan a ser una sola cosa es posible el verdadero conocimiento de las personas. El amor en esta forma suya, que es la más

elevada, incluye por eso el conocimiento. Es, al mismo tiempo, recepción y acción libre; por consiguiente, incluye asimismo la voluntad y es satisfacción del deseo [...]. Ahora bien, debe ser siempre entrega para ser amor auténtico. Un deseo que sólo quiera sacar ventajas para sí, sin entregarse, no merece el nombre de amor. Podemos decir, tranquilamente, que el espíritu finito alcanza su vida más elevada y más plena en el amor...

Si, en su realización más elevada, el amor es entrega mutua y un llegar a ser una sola cosa, eso incluye una pluralidad de personas. El «apego» a nuestra propia persona y la autoafirmación de nosotros mismos -típicos del amor a nosotros mismos equivocado- constituyen exactamente lo contrario de la esencia divina, que es entrega de sí. La única realización perfecta del amor es la misma vida divina, la mutua entrega de las personas divinas. Aquí cada persona encuentra en la otra a sí misma, y puesto que su vida es, como su esencia, una, así el amor recíproco es, al mismo tiempo, amor de sí mismas, es un «sí» dicho a la propia esencia y a la propia persona (E. Stein, // *mistero della vita interiore*, Brescia 1999, pp. 75-77, *passim*).

[Inicio documento](#)

Día 6

Jueves de la 31ª semana del tiempo ordinario año impar

Memoria obligatoria de los santos Pedro Poveda e Inocencio de la Inmaculada, mártires de la persecución religiosa en la España del siglo XX.

Encabezan la multitud de santos y beatos, obispos, sacerdotes, consagrados y laicos, que dieron a Cristo el testimonio supremo del amor, martirizados en odio a la fe en España, entre 1931 y 1939, durante la

persecución religiosa contra la Iglesia.

Del Martirologio romano:

En Madrid, capital de España, san Pedro Poveda Castroverde, presbítero y mártir, fundador de la Institución Teresiana destinada a promover la formación cristiana, que al comienzo de la persecución contra la Iglesia fue asesinado por odio a la religión, dando un claro testimonio de su fe (1936).

En la localidad de Turón, en la región española de Asturias, santos mártires Inocencio de la Inmaculada (Manuel) Canoura Arnau, presbítero de la Congregación de la Pasión, y ocho compañeros, de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, que, durante la revolución, en odio a la fe fueron asesinados sin juicio previo, alcanzando así la victoria (1934).

Pedro Poveda Castroverde nació en Linares (Jaén) el 3 de diciembre de 1874. Ya de niño sintió atracción por el sacerdocio. Ingresó en el seminario de Jaén y concluyó los estudios en el de Guadix, diócesis en la que recibió el presbiterado en 1897. A partir de 1911, con unas jóvenes colaboradoras, comenzó la fundación de Academias y Centros pedagógicos que darían inicio a la Institución Teresiana. Se trasladó a Jaén para consolidar la misma Institución que recibiría allí la aprobación diocesana y después, estando él ya en Madrid como capellán real, la aprobación pontificia. Sacerdote prudente y audaz, pacífico y abierto al diálogo, entregó su vida por causa de la fe en la madrugada del 28 de julio de 1936, identificándose: "Soy sacerdote de Cristo" ante quienes le conducirían al martirio. Fue beatificado por el 10 de octubre de 1993.

Manuel Canoura Arnau nació el 10 de Marzo de 1887 en Sta. Cecilia (Lugo). Ingresó en los Pasionistas en Peñafiel y después entró en el Noviciado de Deusto, en

Vizcaya, para volver al final del mismo a Mondoñedo y cursar en su tierra natal los estudios de Filosofía y Teología. El 2 de octubre de 1910 recibió el subdiaconado en Mieres; y en junio de 1912 se le confiere el orden del diaconado en la misma localidad. También allí recibió la ordenación sacerdotal el 20 de Septiembre de 1920. Desde entonces comenzó para el P. Inocencio una vida de intenso apostolado sacerdotal, en el cual cabe resaltar su dedicación a la docencia de la filosofía, la Teología y la Literatura, en las diversas casas a las que fue destinado: la de Daimiel (Ciudad Real), la de Corella (Navarra), la de Peñaranda (Burgos), la de Mieres (Asturias); y en las de Ponferrada y Santander, como predicador apostólico de aquellas zonas industriales.

En septiembre de 1934, un mes antes del martirio, el P. Inocencio regresa a Mieres en la inquieta región minera de Asturias, donde ya había estado siendo muy conocido y apreciado. La comunidad cuenta con 29 religiosos, de los cuales 17 son jóvenes estudiantes. La situación política puede estar fuera de control de un momento a otro y el clima es muy hostil para los religiosos. El 5 de octubre de 1934 se sublevan 30.000 insurgentes en Asturias: tanto los creyentes, como los sacerdotes y los religiosos son señalados como cómplices de la derecha, y contra ellos se vuelca un odio singular e incontrolado. El día anterior, los Pasionistas desarrollan las habituales ocupaciones. El P. Inocencio va a Turón, pueblo minero, para confesar en el colegio de los hermanos de las Escuelas Cristianas en preparación al primer viernes del mes: se hace tarde y viajar de noche es poco prudente, por eso decide pernoctar allí. El día 5 se levanta muy temprano y celebra la Eucaristía. Al ofertorio llegan los

revolucionarios: el Señor asocia a sus mártires a su propio sacrificio. Registran la casa, buscan las armas "de los fascistas y de la acción católica". Arrestan al P. Inocencio y a los 8 religiosos de la comunidad de los Hermanos de las Escuelas Cristianas y los llevan a la "casa del pueblo". El padre Inocencio pasa esos pocos días orando y escribiendo. Pero le será quitado todo. Hacia la una de la madrugada del 9 de octubre fueron llevados al cementerio donde había sido ya excavada una fosa común. Se intercambian de nuevo la absolución y se dirigen al martirio orando en voz baja. Todos son puestos en fila junto a la fosa y, luego, fusilados.

LECTIO

Primera lectura: Romanos 14,7-13: *Ya vivamos ya muramos, somos del Señor.*

Hermanos:

⁷ Ninguno de nosotros vive para sí mismo ni muere para sí mismo;

⁸ si vivimos, vivimos para el Señor; y si morimos, morimos para el Señor. Así pues, tanto si vivimos como si morimos, somos del Señor.

⁹ Para eso murió y resucitó Cristo: para ser Señor de vivos y muertos.

¹⁰ Entonces, ¿cómo te atreves a juzgar a tu hermano? ¿Cómo te atreves a despreciarlo, si todos hemos de comparecer ante el tribunal de Dios?

¹¹ Porque dice la Escritura: *Por mi vida, dice el Señor, que ante mí se doblará toda rodilla, y todos darán gloria a Dios.*

¹² Así pues, cada uno de nosotros rendirá cuentas a Dios de sí mismo.

¹³ Por tanto, dejemos ya de criticarnos los unos a los otros. Procurad, más bien, no ser ocasión de caída y de pecado para el hermano.

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

****.** «Así pues, tanto si vivimos como si

morimos, somos del Señor» (v. 8): la vida nueva del cristiano brota de un sentido de pertenencia {cf. también 1 Cor 3,23), de la decisión de estar de *Yaparte* de Cristo, acogido como Señor de nuestros propios días. En los pasajes de Is 45,23 y 49,18 leemos el reconocimiento del señorío de Dios, que se extiende a todo el universo: un señorío de misericordia y escucha, al que el pueblo de Israel gozaba con volver.

La necesidad de dar cuentas ante el «tribunal de Dios» se convierte así en una invitación a mirar con ojos profundos nuestra propia existencia, reorientándola en virtud de una pasión (vivir *para* el Señor, morir *para* el Señor: v. 8), que es lo único que le puede dar sentido.

La calidad de una vida que se desarrolla enteramente ante el Señor induce, por consiguiente, a superar el prejuicio mediante la acogida de la diversidad y de la debilidad. La modalidad más profunda de *hospitalidad* (Rom 12,13) es la acogida del otro {cf. 14,1; 15,7). El prójimo es hermano.

De la pertenencia a Cristo Señor, de la conciencia de que con su muerte y resurrección ha rescatado nuestra vida del absurdo, a la pertenencia cultivada en la vida de un modo cada vez más totalizador: ninguna vida puede encerrarse y replegarse en sí misma, sino que -en un clima de respeto a los caminos personales- cada uno de nosotros está llamado a abrirse a unas relaciones de caridad de las que Cristo mismo es fuente en última instancia.

Salmo responsorial

Sa/26, 1. 4. 13-14. (R.: 9bc)

R. El Señor es mi luz y mi salvación.

O bien:

R. Dios anuncia la paz a su pueblo.

V. El Señor es mi luz y mi salvación,

¿a quién temeré?

El Señor es la defensa de mi vida,
¿quién me hará temblar? R.

V. Una cosa pido al Señor,
eso buscaré:

habitar en la casa del Señor
por los días de mi vida;
gozar de la dulzura del Señor,
contemplando su templo. R.

V. Espero gozar de la dicha del Señor
en el país de la vida.

Espera en el Señor, sé valiente,
ten ánimo, espera en el Señor. R.

Aleluya

Mt 11, 28

R. Aleluya, aleluya, aleluya.

V. Venid a mí todos los que estáis cansados
y agobiados,
—dice el Señor—, y yo os aliviaré. R.

Evangelio: Lucas 15,1-10: *Habrá alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta.*



En aquel tiempo,

¹ todos los publicanos y pecadores se acercaban a Jesús para oírle.

² Los fariseos y los maestros de la Ley murmuraban: -Éste anda con pecadores y come con ellos.

³ Entonces Jesús les contó esta parábola:

⁴ -¿Quién de vosotros, si tiene cien ovejas y se le pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto y va a buscar a la descarriada hasta que la encuentra?

⁵ Y cuando da con ella, se la echa a los hombros lleno de alegría

⁶ y, al llegar a casa, reúne a los amigos y vecinos y les dice: «¡Alegraos conmigo, porque he encontrado la oveja que se me

había perdido!».

⁷ Pues os aseguro que también en el cielo habrá más alegría por un pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse.

⁸ O ¿qué mujer, si tiene diez monedas y se le pierde una, no enciende una lámpara, barre la casa y la busca con todo cuidado hasta encontrarla?

⁹ Y cuando la encuentra, reúne a sus amigas y vecinas y les dice: «¡Alegraos conmigo, porque he encontrado la moneda que se me había extraviado!».

¹⁰ Os aseguro que del mismo modo se llenarán de alegría los ángeles de Dios por un pecador que se convierta.

Palabra del Señor.

R. Gloria a ti, Señor Jesús.

**. Jesús, que se junta con pecadores y come con ellos (v. 2), se atrae las críticas y las murmuraciones de los fariseos y de los maestros de la Ley. Por tanto, las tres parábolas que forman el capítulo 15 del evangelio de Lucas van dirigidas a ellos: son las llamadas «parábolas de la misericordia», porque ilustran la misericordia de Dios, que acoge a cuantos se acercan para escuchar su Palabra (v. 1) y, además, es el primero en salir en busca del hombre.

De estas tres parábolas hemos leído hoy dos. La primera (w. 4-7) narra la recuperación de una «oveja» por parte de un pastor; la segunda (w. 8-10), la recuperación de una moneda, concretamente un *dracma* (moneda griega que corresponde al denario romano y equivale al salario de una jornada de trabajo de un jornalero agrícola). La estructura de ambas es análoga. De «cien» ovejas se pierde «una»; de diez «dracmas» se pierde «uno». Es digno de señalar el cuidado con el que se lleva a cabo la búsqueda del bien perdido, olvidando todo lo demás; el

evangelista lo subraya describiendo las acciones del que se pone a buscar: el pastor «*deja*» las otras ovejas (por otra parte, el lugar donde pastan normalmente los rebaños en Palestina es el desierto) y «*va a buscar*» a la descarriada; la mujer «*enciende*» la lámpara, «*barre*» la casa y «*busca con cuidado*». La reacción ante la recuperación es idéntica: el pastor vuelve a casa «*alegre*» con la oveja sobre los hombros (Is 49,22 describe de la misma forma el regreso de los hijos de Israel del exilio), y la mujer llama a sus amigas y vecinas para invitarlas a compartir la alegría del feliz desenlace de la búsqueda.

Algunos breves rasgos, de una buena eficacia plástica, expresan el cuidado amoroso y la preocupación sincera de Dios, que va en busca del hombre que se ha perdido, así como la alegría porque uno *-uno sólo-* se haya convertido y haya vuelto a dirigir su mirada al Padre. Está también la alegría del que escucha, de quien ya tiene experiencia de este Dios que no sabe quedarse esperando, sino que sale al encuentro, se conmueve, corre (*cf.* Lc 15,20) «*a buscar y salvar lo que estaba perdido*» (Lc 19,10).

MEDITATIO

Vivimos: es un hecho que damos por descontado, tan por descontado que no es raro trivializarlo o incluso sentirnos aburridos, de suerte que, sin llegar a gestos extremos, sobrevivimos sin «*ganas de vivir*». Si no consigo apreciar mi vida, muy difícilmente podré estimar y valorar la de los otros.

La imagen del pastor atento a su oveja pretende comunicarme la pasión de Dios por mi vida. No se siente en paz hasta que no me ha recuperado, después de que yo me haya alejado de él, y desborda de alegría apenas me dejo abrazar. Tal vez sea éste

precisamente el mensaje que estoy esperando: que alguien se interesa por mí. Más aún, alguien, mi Creador, no desea otra cosa sino que esté vivo y me sienta seguro.

Necesito estar disponible para dejarme buscar, para «ver» la alegría que Dios siente por mí. Así podré captar algo de la belleza de la vida, que no es un terreno de rapiña para explotar lo más posible, sino un don para celebrar.

Dios me ha dado la vida y recurre a todo para que yo la viva en plenitud. Ésa es su misericordia. Es inútil que me engañe a mí mismo: viviendo con él y para él es como la vida tiene sentido y sabor. Junto a él aprendo a no poner obstáculos a la vida de los otros y, más aún, a ser yo mismo «dador» de misericordia. Es posible que entonces la vida se vuelva consistente también para mí, y no será ése un valor evanescente, ese ave fénix que aparece a veces, sino que será la experiencia de la comunión.

ORATIO

He recorrido senderos escarpados, Señor, en mi huida... Una carrera afanosa e inquieta la mía. Pero ¿hacia dónde?

A tientas agarro tu mano, la descubro siempre tendida hacia mí; y me aplaco. Dejo que mi corazón se caliente con la chispa de alegría de tus ojos, Señor de mi vida. Ahora te reconozco: tú eres mi respiración, mi luz, mi quietud, mi alegría. Si vivo es porque tú me mantienes en la vida. ¿Qué tengo que no haya recibido? En mi rendimiento a tu misericordia, me descubro con una mirada diferente hacia los otros: también eres la respiración, la luz, la quietud y la alegría para ellos.

Y te ruego: ayúdanos, a todos, a no juzgarnos. Haz que sepamos darnos, recíprocamente, el bien más precioso que hemos recibido: tu misericordia. Haz que

sepamos gozar de la alegría que sientes por cada uno de nosotros.

CONTEMPLATIO

Esta manera de amar es la que yo querría que tuviésemos nosotras; aunque a los principios no sea tan perfecta, el Señor la irá perfeccionando. Comencemos en los medios, que aunque lleve algo de ternura, no dañará, como sea en general.

Es bueno y necesario algunas veces mostrar ternura en la voluntad, y aún tenerla, y sentir algunos trabajos y enfermedades de las hermanas, aunque sean pequeños; que algunas veces acaece dar una cosa muy liviana tan gran pena como a otra daría un gran trabajo, y a personas que tienen de natural apretarle mucho pocas cosas. Si vos le tenéis al contrario, no os dejéis de compadecer. Y por ventura quiere nuestro Señor reservarnos de esas penas y las tememos en otras cosas; y de las que para nosotras son graves -aunque de suyo lo sean- para la otra serán leves. Ansí que en estas cosas no juzguemos por nosotras ni nos consideremos en el tiempo que, por ventura sin trabajo nuestro, el Señor nos ha hecho más fuertes, sino considerémonos en el tiempo que hemos estado más flacas.

Mirad que importa este aviso para sabernos condoler de los trabajos de los prójimos, por pequeños que sean, en especial a almas de las que quedan dichas: que ya éstas, como desean los trabajos, todo se les hace poco, y es muy necesario traer cuidado de mirarse cuando era flaca y ver que si no lo es, no viene de ella; porque podría por aquí el demonio ir enfriando la caridad con los prójimos y hacernos entender es perfección lo que es falta. En todo es menester cuidado y andar despiertas, pues él no duerme; y en los que van en más perfección, más, porque son muy más disimuladas las tentaciones, que no se

atreve a otra cosa, que no parece que se entiende el daño hasta que está ya hecho, si -como digo no se trae cuidado. En fin, que es menester siempre velar y orar, que no hay mejor remedio para descubrir estas cosas ocultas del demonio y hacerle dar señal que la oración. Procurad también holgaros con las hermanas cuando tienen recreación, con necesidad de ella, y el rato que es de costumbre, aunque no sea a vuestro gusto, que, yendo con consideración, todo es amor perfecto (Teresa de Jesús, *Camino de perfección*, 7, 5-6 (código de Valladolid), Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 91997, p. 269).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra: *«Os aseguro que del mismo modo se llenarán de alegría los ángeles de Dios por un pecador que se convierta»* (Lc 15,10).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Es, pues, de importancia suprema que consintamos en vivir para otros y no para nosotros mismos. Cuando hagamos esto, podremos enfrentarnos a nuestras limitaciones y aceptarlas. Mientras nos adoremos en secreto, nuestras deficiencias seguirán torturándonos con una profanación ostensible. Pero si vivimos para otros, poco a poco descubriremos que nadie cree que somos «dioses». Comprenderemos que somos humanos, iguales a cualquiera, que tenemos las mismas debilidades y deficiencias, y que estas limitaciones nuestras desempeñan el papel más importante en nuestras vidas, pues por ellas tenemos necesidad de otros y los otros nos necesitan. No todos somos débiles en los mismos puntos, y por eso nos complementamos y nos suplementamos mutuamente, cada uno rellenando el vacío del otro [...].

Todo hombre es un pedazo de mí mismo,

porque yo soy parte y miembro de la humanidad. Todo cristiano es parte de mi cuerpo, porque somos miembros de Cristo. Lo que hago, para ellos y con ellos y por ellos lo hago también. Lo que hacen, en mí y por mí y para mí lo hacen. Con todo, cada uno de nosotros permanece responsable de su participación en la vida de todo el cuerpo. La caridad no puede ser lo que se pretende que sea si yo no comprendo que mi vida representa mi participación en la vida de un organismo totalmente sobrenatural al que pertenezco.

Únicamente cuando esta verdad ocupa el primer sitio, encajan las otras doctrinas en su contexto adecuado. La soledad, la humildad, la negación a uno mismo, la acción y la contemplación, los sacramentos, la vida monástica, la familia, la guerra y la paz: nada de esto tiene sentido sino en relación con la realidad central que es el amor de Dios viviendo y actuando en aquellos a quienes él ha incorporado en su Cristo (Th. Merton, *Nessun uomo é un'isola*, Milán 1956, 19ss, *passim* [versión española tomada de www.feyrazon.org]).

[Inicio documento](#)

Día 7

Viernes de la 31ª semana del tiempo ordinario año impar

LECTIO

Primera lectura: Romanos 15,14-21: *Ministro de Cristo Jesús para con los gentiles, para que la ofrenda de los gentiles sea agradable.*

¹⁴ Estoy convencido, hermanos míos, de que estáis llenos de bondad, repletos de todo conocimiento, preparados para amonestaros unos a otros. ¹⁵ Con todo, os he escrito un tanto atrevidamente, con la intención de recordaros algunas cosas. Lo hago en virtud de la gracia que Dios me ha concedido,

¹⁶ de ser ministro de Cristo Jesús entre los paganos, ejerciendo el oficio sagrado de anunciar el Evangelio, a fin de que la ofrenda de los paganos, consagrada por el Espíritu Santo, sea agradable a Dios.

¹⁷ Podría enorgullecerme en Cristo Jesús de la tarea llevada a cabo al servicio de Dios,

¹⁸ pero sólo me atreveré a hablar de lo que Cristo ha realizado sirviéndose de mí, para que, con la palabra o con la acción,

¹⁹ a través de signos y prodigios, y con la fuerza del Espíritu Santo, los paganos acogieran la fe. Así que desde Jerusalén y en todas direcciones hasta llegar a Iliria he dado a conocer el Evangelio de Cristo.

²⁰ Eso sí, he procurado no proclamar el Evangelio allí donde Cristo ya era conocido, para no edificar sobre fundamento ajeno,

²¹ pues como dice la Escritura: *Los que nada conocían de él, lo verán y los que nada habían oído, entenderán.*

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

*»• Con extrema delicadeza justifica san Pablo, en la conclusión de su carta dirigida a los cristianos de Roma, el atrevimiento (*cf* v. 15) con el que se ha dirigido a ellos. Reconoce, por consiguiente, que también ellos son ricos en «bondad» y «conocimiento», capaces de crecer en la ayuda mutua para edificarse recíprocamente según el pensamiento del Señor, e interpreta su ministerio como el de quien ayuda a *recordar* lo que ya se ha aprendido.

Apelando a la «gracia» que Dios le ha concedido de ser predicador del Evangelio entre los paganos, describe su propio ministerio empleando términos propios de un auténtico ministerio litúrgico (v. 16): Pablo es el *liturgo* de Cristo, alguien que ejerce el «oficio sagrado», y aquellos a quienes ha llegado su predicación constituyen la «oblación» a Dios. La liturgia

del apóstol (*cf* Rom 1,9) presenta el modo propio en el que da culto a Dios con su vida, algo que ya había exhortado a hacer a los cristianos de Roma (*cf.* 12,1). Ese culto nace de la conciencia de estar en «deuda» (*cf* 1,14): la deuda de quien sabe que ha recibido de Cristo una gracia particular a la que intenta corresponder prestando su propia «debilidad» al «poder» del Evangelio. De este modo, el apóstol Pablo se convierte en instrumento de Dios, «con la palabra y con la acción», confirmado «a través de signos y prodigios», «con la fuerza del Espíritu Santo» (w. 18s).

San Pablo predicó el Evangelio de Cristo en la zona comprendida entre la frontera extrema de Jerusalén (sudeste) y la Iliria (noroeste), para llevar a todos a la «obediencia», a la escucha de la Palabra, esforzándose por llegar en particular a cuantos todavía no habían sido evangelizados por otros (cita a Is 52,15, en el v. 21; *cf.* 2 Cor 10,15s). La comunidad cristiana de Roma, a decir verdad, había sido fundada por otros -y eso había constituido un impedimento para una eventual visita del apóstol (*cf* Rom 1,13; 15,22)-, pero, ahora que tiene la ocasión, desea ir a visitar a los romanos para recoger algún fruto entre ellos (Rom 1,13), recibir ayuda y gozar de su presencia (15,24), descansando entre ellos (15,32) antes de salir para España.

Salmo responsorial

Sal/97, 1. 2-3ab. 3cd-4. (R.: cf. 2)

R. El Señor revela a las naciones su salvación.

V. Cantad al Señor un cántico nuevo, porque ha hecho maravillas.
Su diestra le ha dado la victoria, su santo brazo. **R.**

V. El Señor da a conocer su salvación,
revela a las naciones su justicia.
Se acordó de su misericordia y su fidelidad
en favor de la casa de Israel. R.

V. Los confines de la tierra han contemplado
la victoria de nuestro Dios.
Aclama al Señor, tierra entera;
gritad, vitoread, tocad. R.

Aleluya

1 Jn 2, 5

R. Aleluya, aleluya, aleluya.

V. Quien guarda la Palabra de Cristo,
ciertamente el amor de Dios ha llegado en
él a su plenitud. R.

Evangelio: Lucas 16,1-8: *Los hijos de este mundo son más astutos con su propia gente que con los hijos de la luz.*



En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

¹ -Había un hombre rico que tenía un administrador a quien acusaron ante su amo de malversar sus bienes.

² El amo lo llamó y le dijo: «¿Qué es lo que oigo decir de ti? Dame cuenta de tu administración, porque no vas a poder seguir desempeñando ese cargo».

³ El administrador se puso a pensar: «¿Qué voy a hacer ahora que mi amo me quita la administración? Cavar ya no puedo; pedir limosna me da vergüenza.

⁴ Ya sé lo que voy a hacer para que alguien me reciba en su casa cuando me quiten la administración».

⁵ Entonces llamó a todos los deudores de su amo y dijo al primero: «¿Cuánto debes a mi amo?».

⁶ Le contestó: «Cien barriles de aceite». Y él le dijo: «Toma tu recibo, siéntate y escribe en seguida cincuenta».

⁷ A otro le dijo: «Y tú ¿cuánto debes?». Le contestó: «Cien sacos de trigo». Él le dijo: «Toma tu recibo y escribe ochenta».

⁸ Y el amo alabó a aquel administrador inicuo, porque había obrado sagazmente. Y es que los que pertenecen a este mundo son más sagaces con su propia gente que los que pertenecen a la luz.

Palabra del Señor.

R. Gloria a ti, Señor Jesús.

*» Tras haberse dirigido en particular a los maestros de la Ley y a los fariseos {cf Lc 15,3), Jesús habla ahora también a sus discípulos (16,1) y les cuenta ellos la parábola del hombre rico y de su administrador. Este último, acusado de haber malversado los bienes de su amo (v. 1), reflexiona (v. 3) sobre lo que debe hacer en caso de que sea despedido del cargo. Fruto de esta reflexión, decide llamar a los que tienen deudas contraídas con su señor, para condonarles una parte de ellas; de este modo, se asegura su reconocimiento y la posibilidad de ser acogido en sus casas (w. 4-7) cuando lo necesite. Es posible que la deuda condonada correspondiera al interés que el administrador retenía habitualmente para él -y es en esta especulación donde debemos buscar la raíz de la injusticia y de la malversación-, pero la renuncia a los barriles de aceite (lit. *bat*: ¿entre 21 y 45 litros?) y a los sacos de trigo (lit.: *kor*: ¿corresponde a unos 10 *bat*?) constituye una actitud astuta.

Del mismo modo que es preciso evaluar los gastos para la construcción de una torre o la oportunidad de declarar la guerra o pactar la paz (Lc 14,28-32), el administrador evalúa sus propias fuerzas (v. 3) y se procura amigos (cf 16,9) con su clemencia (imitación, aunque sea también *interesada*, de la misericordia de Dios; cf. 7,41ss).

Lejos de parecerse al rico necio (12,29) al que la muerte cogió sin estar preparado, se puede decir de este administrador que es astuto, aunque no sea «*fiel*» (cf. 12,42), pues en el limitado horizonte en el que se mueve (v. 8: «*con su propia gente*») sabe hacerse amar, pensando en el futuro: así, aunque no sepan mirar lejos, «*los que pertenecen a este mundo son más sagaces*» que «*los que pertenecen a la luz*» (Dios es luz: cf. 1 Jn 1,5), puesto que son capaces de darse cuenta de la urgencia del momento y comportarse con prudencia (= de manera previsor; cf. Mt 10,16).

MEDITATIO

La Palabra de Dios nos puede dejar desconcertados: ¿acaso nos está diciendo que el fin justifica los medios? ¿Que los pillos son los que salen ganando? ¿Qué debemos preferir el arte de buscar arreglos a la honestidad? En ese caso, nuestro mundo sería ejemplar en más aspectos.

Las provocadoras palabras de Jesús nos «obligan» a escucharlas de manera profunda. Está el modo de proceder ingenioso de quien obra de manera deshonesto y en- ganoso, que es una actitud que implica análisis, inventiva, abnegación. Es posible que los discípulos de Jesús no se caractericen por el mismo grado de compromiso, porque en ocasiones ceden en seguida frente a los imprevistos, a las dificultades, y se presentan con el rostro demacrado, con el paso apático...

Tenemos que sentirnos interpelados: se trata de una invitación a verificar la calidad de nuestro apostolado. La Palabra del Señor que hemos escuchado hoy nos ofrece un modelo: Pablo y su apasionada y agotadora carrera evangelizadora. Ser discípulos del Señor significa ser hombres y mujeres vivos y creativos, que se han reconocido a sí

misimos en la relación vital con Jesucristo, una relación nueva y renovada cada día. Se trata de dejarle vivir a él en nosotros y de arreglárnoslas para estar activamente con él y con los hermanos en él. Entonces, todos los fragmentos cotidianos de nuestra existencia se compondrán con armonía; como escribió santa Clara de Asís, «que, al vivir, tu vida sea una alabanza al Señor».

ORATIO

¡Ven, Espíritu Santo, fuerza creadora de Dios, fuente siempre fluyente! Enséñanos la fantasía del amor: que seguir a Jesús sea lo que me tome más a pecho y para ello esté dispuesto a todo.

¡Ven, Espíritu Santo, sabiduría fecunda de Dios, luz que brilla para siempre! Hazme comprender qué es el bien y cómo puedo conseguirlo, sin reparar en medios, poniendo en juego las capacidades que me has dado. Espíritu Santo, Espíritu santificador, que mi vida sea restituida a Dios y que, gracias también a mi contribución, puedan conocer los hermanos qué bello y deseable es ser discípulos tuyos.

CONTEMPLATIO

Estar arraigados y fundados en el amor, ésta es, a mi modo de ver, la condición para cumplir dignamente mi oficio de *Laudem gloriae* [...].

Para que pueda realizar personalmente este plan divino, una vez más viene san Pablo en mi ayuda y me traza él mismo mi regla de vida: «Camina en Jesucristo, me dice, arraigada en él, edificada sobre él, consolidada en la fe, creciendo de continuo en él mediante la acción de gracias». Caminar en Jesucristo me parece que equivale a salir de sí, perderse de vista, desprenderse de uno mismo para entrar más profundamente en él en cada instante que pase, de un modo tan profundo que estemos arraigados en él y poder lanzar en cada

acontecimiento, en cada cosa, este hermoso desafío: «¿Quién me separará de la caridad de Cristo?». Cuando el alma está fijada en él a tales profundidades, cuando todas sus raíces han penetrado en él, la linfa divina fluye de manera copiosa en ella y todo lo que es vida imperfecta, trivial, natural, queda destruido. Entonces, según el lenguaje del apóstol, «lo que es mortal es absorbido por la vida». Despojada así de ella misma y revestida de Jesucristo, el alma no tiene que temer ya ni los contactos de fuera ni las dificultades de dentro.

Estas cosas, lejos de serle un obstáculo, no hacen más que «arraigarla más profundamente en el amor» de su Maestro [...]. Ahora bien, estoy convencida de que el «cántico nuevo» capaz de hacer las delicias y cautivar a mi Dios por encima de cualquier otra cosa es el de un alma despojada y libre de sí misma en la que pueda reflejar todo lo que es y hacer todo lo que quiere. Esta alma se mantiene bajo el toque de su mano como una lira, y todos sus dones son otras tantas cuerdas que vibran para cantar día y noche la alabanza de su gloria (Isabel de la Trinidad, «Ultimo ritiro di Laudem gloriae», en *id.*, *Opere*, Roma 1967, pp. 646.656-658, *passim* [edición española: *Obras completas*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 21964]).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra: «*Que tu Espíritu, Señor, actúe también por medio de nosotros*» (cf. Rom 15,18).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

¿Qué se nos dice sobre el contenido del seguimiento? Sígueme, ven detrás de mí. Esto es todo. Ir detrás de él es algo desprovisto de contenido. Realmente, no es un programa de vida cuya realización podría aparecer cargada de sentido, no es un fin, un ideal, hacia el que habría que tender. No

es una causa por la que, desde un punto de vista humano, merecería la pena comprometer algo, incluso la propia persona.

¿Y qué pasa? El que ha sido llamado abandona todo lo que tiene no para hacer algo especialmente valioso, sino simplemente a causa de la llamada, porque, de lo contrario, no puede marchar detrás de Jesús. A este acto no se le atribuye el menor valor. En sí mismo sigue siendo algo completamente carente de importancia, indigno de atención. Se cortan los puentes y, sin más, se continúa avanzando. Uno es llamado y debe salir de la existencia que ha llevado hasta ahora; tiene que «existir», en el sentido más estricto de la palabra.

Lo antiguo queda atrás, completamente abandonado. El discípulo es arrancado de la seguridad relativa de la vida y lanzado a la inseguridad total (es decir, realmente, a la seguridad y salvaguarda absolutas en la comunidad con Jesús); es arrancado del dominio de lo previsible y calculable (o sea, de lo realmente imprevisible) y lanzado al de lo totalmente imprevisible, al puro azar (realmente, al dominio de lo único necesario y calculable); es arrancado del dominio de las posibilidades finitas (que, de hecho, son infinitas) y lanzado al de las posibilidades infinitas (que, en realidad, constituyen la única realidad liberadora).

Esto no es una ley general; más bien, es exactamente lo contrario de todo legalismo. Insistamos en que sólo significa la vinculación a Jesucristo, es decir, la ruptura total de toda programática, de toda abstracción, de todo legalismo. Por eso no es posible ningún otro contenido: porque Jesucristo es el único contenido. Al fado de Jesús no hay otro contenido. Él mismo es el contenido (D. Bonhoeffer, *El precio de la gracia. El seguimiento*, Sígueme, Salamanca 51999, p. 27).

Día 8

Sábado de la 31ª semana del tempo ordinario año impar

LECTIO

Primera lectura: Romanos 16,3-9.16.22-27: *Saludaos unos a otros con el beso santo.*

Hermanos:

³ Saludad a Prisca y Aquila, mis colaboradores en Cristo Jesús,

⁴ quienes, por salvar mi vida, se jugaron la suya. Y no sólo tengo que agradecerse yo, sino todas las iglesias de procedencia pagana.

⁵ Saludad también a la iglesia que se reúne en su casa. Saludad a Epéneto, tan querido para mí, el primero en creer en Cristo de la provincia de Asia.

⁶ Saludad a María, que tanto se ha fatigado por vosotros;

⁷ a Andrónico y a Junias, mis paisanos y compañeros de prisión, insignes entre los apóstoles, y cristianos incluso antes que yo.

⁸ Saludad también a Ampliato, a quien tanto aprecio en el Señor;

⁹ a Urbano, que ha colaborado con nosotros como auténtico cristiano, y a mi querido Estaquis.

¹⁶ Saludaos, en fin, unos a otros con el beso santo. Os saludan, a su vez, todas las iglesias de Cristo.

²² Y yo, Tercio, que he escrito esta carta, os saludo también en el Señor.

²³ Os saluda Gayo, en cuya casa me hospedo y en la que se reúne toda la iglesia. Saludos de Erasto, el tesorero de la ciudad, y del hermano Cuarto.

²⁵ Al Dios que tiene poder para consolidaros en la fe según el Evangelio que yo anuncio y según la proclamación que hago de Cristo Jesús; al Dios que ha revelado el misterio

mantenido en secreto desde la eternidad,
²⁶ pero manifestado ahora por medio de las Escrituras proféticas según la disposición del Dios eterno, y dado a conocer a todas las naciones de modo que respondan a la fe;
²⁷ a ese Dios, el único sabio, sea la gloria por siempre a través de Jesucristo. Amén.

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

*• Es característico del apóstol saludar, en la conclusión de sus cartas, a las personas con las que mantiene alguna relación: de afecto, de colaboración en el apostolado, de comunidad de estirpe y de suerte. Así sucede también en este caso, en el que la hipótesis es que se trata de un *postscriptum*, aunque para algunos exégetas está sometida a discusión la inclusión del capítulo 16 -al que pertenece el pasaje que hemos leído hoy- en la primitiva Carta a los Romanos. Entre otros, se nombra a Prisca y Aquila, matrimonio que hospedó a Pablo en Corinto (1 Cor 16,19) y, más tarde, en Éfeso (Hch 18,2-3.26) -y aquí posiblemente arriesgaron su vida por él, con motivo de la revuelta de los orfebres (Hch 19,23-20,1)-. En la trama de relaciones aparece una referencia constante a Cristo: «*en Cristo*» y «*a través de Cristo*» aparecen constantemente en los saludos, así como el recuerdo de lo que ha originado el vínculo con el apóstol. Es digno de señalar el saludo que une a toda la Iglesia de Cristo y, símbolo de solidaridad, el «*beso santo*» (v. 16) -tal vez un gesto litúrgico- que los creyentes están invitados a intercambiar. De Cristo brota y por él se mantiene la nueva fraternidad, que penetra también la sencillez de las relaciones cotidianas.

Concluye el fragmento con una doxología -canto de alabanza a Dios- centrada en el misterio del proyecto divino de salvación que, subsistiendo en el silencio de la eternidad, fue preanunciado por la

Escritura y plenamente revelado en Cristo «y dado a conocer a todas las naciones de modo que respondan a la fe» (v. 26: vuelve al tema de la carta). Es Dios quien confirma a los creyentes en la fe y rige con sabiduría el universo: a él sea elevada la alabanza «a través de Jesucristo» (v. 27), expresión máxima de la sabiduría divina y lugar improrrogable de la fe, y, por eso, del sentido de la existencia creyente.

Salmo responsorial

Sal/144, 2-3. 4-5. 10-11. (R.: Cf. 2)

R. Bendeciré tu nombre por siempre, Dios mío, mi rey.

V. Día tras día, te bendeciré
y alabaré tu nombre por siempre jamás.
Grande es el Señor, merece toda alabanza,
es incalculable su grandeza. **R.**

V. Una generación pondera tus obras a la otra,
y le cuenta tus hazañas.
Alaban ellos la gloria de tu majestad,
y yo repito tus maravillas. **R.**

V. Que todas tus criaturas te den gracias,
Señor,
que te bendigan tus fieles;
que proclamen la gloria de tu reinado,
que hablen de tus hazañas. **R.**

Aleluya

1 Jn 2, 5

R. Aleluya, aleluya, aleluya.

V. Jesucristo, siendo rico, se hizo pobre,
para enriqueceros con su pobreza. **R.**

Evangelio: Lucas 16,9-15: *Si no fuisteis fieles en la riqueza injusta, ¿quién os confiará la verdadera?*

†

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

⁹ Hacedos amigos con los bienes de este mundo. Así, cuando tengáis que dejarlos, os recibirán en las moradas eternas.

¹⁰ El que es de fiar en lo poco, lo es también en lo mucho. Y el que es injusto en lo poco, lo es también en lo mucho.

¹¹ Pues si no fuisteis de fiar en los bienes de este mundo, ¿quién os confiará el verdadero bien?

¹² Y si no fuisteis de fiar administrando bienes ajenos, ¿quién os confiará lo que es vuestro?

¹³ Ningún criado puede servir a dos amos, pues odiará a uno y amará a otro, o será fiel a uno y despreciará al otro. No podéis servir a Dios y al dinero.

¹⁴ Estaban oyendo todo esto los fariseos, que eran amigos del dinero, y se burlaban de Jesús.

¹⁵ El les dijo: -Vosotros queréis pasar por hombres de bien ante la gente, pero Dios conoce vuestros corazones, porque, en realidad, lo que parece valioso para los hombres es despreciable para Dios.

Palabra del Señor.

R. Gloria a ti, Señor Jesús.

****.** Jesús, al valorar la perspectiva del administrador deshonesto, preocupado por tener a alguien que le reciba en su casa (cf. Lc 16,4), nos invita a considerar la riqueza en su valor de instrumento mediante el que podemos procurarnos amigos que nos reciban «en las moradas eternas» (v. 9): se trata de los pobres de Lc 14,12-14, un tesoro indefectible (cf. asimismo 12,33) de intercesión en los cielos, cuando nos falte la misma riqueza.

Es menester elegir el señor al que hemos de servir (v. 13) o bien el absoluto hacia el que orientar nuestra vida: una vez realizada la elección, todo lo demás -y así la riqueza, si hemos elegido a Dios- debe concurrir a

este servicio. En los vv. 10 ss el servicio, en cuanto asunción del primado de Dios en nuestra vida, se traduce en la fidelidad que no se puede ejercer en la riqueza «verdadera» si no la ejercemos primero en la «*inícu*a» (que no garantiza la vida: cf. 12,22-31), no en la propia (el bien de la vida verdadera) si no la ejercemos antes en la «*ajena*» (los bienes exteriores que no son propios del hombre): en definitiva, es preciso ser fieles en lo «*poco*» para poder serlo en lo «*mucho*» (cf. también Mt 25,21). Así pues, la riqueza es «*mammona*» de injusticia (cf. Eclo 27,2: «*Entre la compra y la venta se insinúa el pecado*»). Es necesario replantear nuestra propia esperanza (fiarse, construir = '*aman* en hebreo, que tiene una curiosa asonancia con el vocablo de origen fenicio *mammona*) en Dios, no en la riqueza insegura, y enriquecernos con obras buenas para adquirir la vida verdadera (cf 1 Tim 6,17-19).

En conclusión (w. 14ss), Jesús condena la presunción de justicia de los fariseos que, por ser «*amigos del dinero*», veían en sus riquezas un signo de predestinación: Dios, que conoce los corazones, desenmascarará su hipocresía, y, así, el que ahora es «*exaltado*» será «*humillado*»; la burla (cf. Lc 23,35) se volverá en contra del que se burla (cf. Sant 1,9).

MEDITATIO

Los grandes ideales toman cuerpo en los pequeños gestos ordinarios. Sabemos bien que no son las proclamas altisonantes las que hacen mejor el mundo, sino la fiel y constante obra de los que intentan poner en práctica, en los ámbitos propios de su vida, los valores en los que creen. La concreción del saludo enviado por Pablo a unos amigos lejanos, signo de un recuerdo vivo y afectuoso, nos hace comprender que la caridad -amor de Dios vertido en nuestro

corazón- toma forma en las relaciones humanas; nos recuerda que el mandamiento nuevo debe ser encarnado entre las paredes domésticas del cotidiano fluir de la existencia.

Lo «poco» que tenemos a diario entre las manos es, en realidad, un espacio precioso en el que se revela la gloria del Señor, en el que actualizamos la obediencia de fe en él. Dios no «salta» la humanidad: la ha asumido en él. Somos nosotros quienes continuamente hacemos discrepar materia y espíritu y los obligamos a contraponerse entre sí. Sin embargo, podemos hacer la experiencia de la unificación interior en lo «poco» que se nos ha confiado. Vivir así -lo descubriremos- es la verdadera e incorruptible riqueza, a la que debemos «servir» con todas nuestras fuerzas y la que hemos de perseguir a toda costa.

ORATIO

Pienso en ti, Jesús, que recorriste los caminos de Galilea, te encontraste con gente, tejiste relaciones de amistad y las viviste con la intensidad única de tu humanidad. Pienso en ti, que comprendiste cómo hablarnos del amor infinito del Padre implicándote en relaciones de amor con tu familia, con tus vecinos, con tus discípulos...

¡Que la belleza de todo esto me fascine cada vez más, Señor! ¡Que yo vislumbre la presencia del amor inimaginable del Dios Uno y Trino en gestos de amor cotidianos! Que yo sea capaz de ser fiel a este regalo que me has hecho y puesto en mis manos para que lo comparta. Y así también yo podré cantarte por la eternidad, como Francisco de Asís: «Tú eres toda nuestra riqueza de manera suficiente».

CONTEMPLATIO

El que se muestra digno de Dios, cuando hace desaparecer el amor a sí mismo mediante la caridad, hace desaparecer al

mismo tiempo toda la multitud de los vicios, que no tienen en él otro motivo para existir ni otro fundamento [...] e introduce, en cambio, todas las modalidades de la virtud que lleva a su realización cabal el poder de la caridad. Ésta reunifica lo que está dividido, recompone al hombre en un solo pensar y obrar, iguala y allana en todos toda desigualdad y diferencia de voluntad, y conduce justamente, en cambio, a esa otra laudable desigualdad, por la que cada uno atrae hacia sí a propósito al prójimo y lo prefiere a sí mismo en la misma medida en que antes estaba dispuesto a rechazarlo y a ponerse por delante de él. Por la caridad, cada uno se libera voluntariamente de sí mismo, separándose de los pensamientos y disposiciones personales conformes con su propia voluntad, y es reconducido a una única simplicidad e identidad, por la que nadie es separado en cosa alguna de lo que es común, sino que cada uno para cada uno, todos para todos, y todavía más para Dios, para quien los unos para los otros somos un solo ser, por haber hecho visible en nosotros mismos el único *logos*, unicísimo tanto en la naturaleza como en la voluntad, y Dios, que está incluido en él.

En Dios debe ser contemplado y a él debe ser referido, como a su causa y a su artífice, el *logos* de las cosas, el cual permanece custodiado en nosotros con toda atención, puro e inmaculado, purificado de las pasiones que se rebelan contra él mediante nuestro sabio celo por las virtudes y por las fatigas que las acompañan (Máximo el Confesor, *Lettera sulla canta*, Magnano 1994, pp. 15ss, *passim*).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra: «*Concédenos, Señor, ser fieles en lo "poco" que nos has confiado*»(cf. Lc 16,10).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

[Desde la cárcel de Tegel, 20 de mayo de 1944, *Ad Eberhard Bethge*] ...Dios y su eternidad quieren ser amados con todo el corazón; no de manera que resulte comprometido o debilitado el amor terreno, sino, en cierto modo, como *cantus fírmus*, respecto al cual las otras voces de la vida suenan como contrapunto; uno de estos temas contrapuntistas, que tienen su *plena autonomía* y que están relacionados, sin embargo, con el *cantus fírmus*, es el amor terreno [...]. Allí donde el *cantus fírmus* es claro y distinto, puede desplegarse el contrapunto con el máximo vigor [...].

¿Comprendes lo que pretendo? Quería rogarte que hicieras sonar con claridad juntos en vuestra vida el *cantus fírmus*, y sólo después se producirá un sonido pleno y completo, y el contrapunto se oirá siempre sostenido, no podrá desviarse ni separarse, y seguirá siendo, no obstante, algo específico, total, completamente autónomo. Sólo cuando nos encontramos en esta polifonía la vida es total, y, al mismo tiempo, sabemos que no puede suceder nada funesto mientras se mantiene el *cantus fírmus*.

Tal vez se volverán más fáciles de soportar muchas cosas en estos días de vida juntos y en los de la separación que probablemente vendrán (D. Bonhoeffer, *Resistencia e resa*, Cinisello B. 1988, 373ss, *passim* [edición española: *Resistencia y sumisión*, Ediciones Sígueme, Salamanca 1983]).

[Inicio documento](#)

Día 9, Domingo Dedicación de la basílica de Letrán, fiesta

La basílica del Santísimo Salvador y de San Juan fue fundada por el papa Melquíades (311 -314) sobre la colina

romana de Letrán, en un terreno cedido para tal fin por el emperador Constantino. Desde el siglo XII se viene celebrando el aniversario de su dedicación con una fiesta litúrgica, primero sólo en Roma y después en todas las Iglesias de rito romano, por ser considerada la «iglesia madre de todas las iglesias de la urbe y del orbe».

Del Martirologio romano:

Fiesta de la dedicación de la basílica de Letrán en honor de Cristo Salvador, construida por el emperador Constantino como sede de los obispos de Roma. Su anual celebración en toda la Iglesia latina es un signo permanente de amor y de unidad con el Romano Pontífice (s. IV).

LECTIO

Primera lectura: Ezequiel 47, 1-2.8-9.12: *Vi agua que manaba del templo, y habrá vida allí donde llegue el torrente.*

¹ Me llevó a la entrada de la Casa, y he aquí que debajo del umbral de la Casa salía agua, en dirección a oriente, porque la fachada de la Casa miraba hacia oriente. El agua bajaba de debajo del lado derecho de la Casa, al sur del altar.

² Luego me hizo salir por el pórtico septentrional y dar la vuelta por el exterior, hasta el pórtico exterior que miraba hacia oriente, y he aquí que el agua fluía del lado derecho.

⁸ Me dijo: "Esta agua sale hacia la región oriental, baja a la Arabá, desemboca en el mar, en el agua hedionda, y el agua queda saneada.

⁹ Por dondequiera que pase el torrente, todo ser viviente que en él se mueva vivirá. Los peces serán muy abundantes, porque allí donde penetra esta agua lo sana todo, y la vida prospera en todas partes adonde llega el torrente.

¹² A orillas del torrente, a una y otra margen, crecerán toda clase de árboles frutales cuyo follaje no se marchitará y

cuyos frutos no se agotarán: producirán todos los meses frutos nuevos, porque esta agua viene del santuario. Sus frutos servirán de alimento, y sus hojas de medicina."

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

****» La visión de Ezequiel profetiza con extraordinaria claridad la auténtica significación del "Templo de Dios". No es un simple edificio sino el lugar de los sacrificios, de las alabanzas a Dios y, lo que es más importante todavía, el lugar donde mana en abundancia el agua de la vida que todo lo purifica. El que beba de ese agua no morirá y vivirá para siempre produciendo frutos nuevos.

Salmo responsorial

Sal 45, 2-3. 5-6. 8-9 (R.: 5)

R. Un río y sus canales alegran la ciudad de Dios,
el Altísimo consagra su morada.

V. Dios es nuestro refugio y nuestra fuerza,
poderoso defensor en el peligro.
Por eso no tememos aunque tiemble la tierra,
y los montes se desplomen en el mar. **R.**

V. Un río y sus canales alegran la ciudad de Dios,
el Altísimo consagra su morada.
Teniendo a Dios en medio, no vacila;
Dios la socorre al despuntar la aurora. **R.**

V. El Señor del universo está con nosotros,
nuestro alcázar es el Dios de Jacob.
Venid a ver las obras del Señor,
las maravillas que hace en la tierra. **R.**

Segunda lectura: 1 Corintios 3, 9c-11.16-17: *Sois templo de Dios.*

⁹ ya que somos colaboradores de Dios y

vosotros, campo de Dios, edificación de Dios.

¹⁰ Conforme a la gracia de Dios que me fue dada, yo, como buen arquitecto, puse el cimiento, y otro construye encima. ¡Mire cada cual cómo construye!

¹¹ Pues nadie puede poner otro cimiento que el ya puesto, Jesucristo.

¹⁶ ¿No sabéis que sois santuario de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?

¹⁷ Si alguno destruye el santuario de Dios, Dios le destruirá a él; porque el santuario de Dios es sagrado, y vosotros sois ese santuario.

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

****» El apóstol Pablo explica de forma nítida la autenticidad del Templo de Dios tras la venida del Espíritu Santo

Este texto se inserta en el marco de uno de los mayores males que aflige a la comunidad de Corintio: es una comunidad dividida, de ahí su advertencia clara: "mire cada uno cómo construye". Se trata de ver si se construye para el bien propio o para el bien del conjunto. Si lo que interesa es el bien personal, o de mi grupo, o de mi congregación, o de mi movimiento particular, y no el bien del conjunto, la amenaza de desplome del edificio es real.

La metáfora del "templo" la ha usado Pablo con frecuencia. La comunidad alberga a Dios y a su Espíritu cuando se construye con las premisas del Evangelio que no son otras sino la entrega, la generosidad, el desprendimiento y, en definitiva, el amor. Un templo sin amor no es el templo de Dios; una comunidad sin Espíritu de entrega mutua no es la comunidad de Jesús.

Pablo advierte contra la "destrucción" de este templo que no es obra de una demolición de un edificio, sino del socavamiento de las relaciones comunitarias, de las relaciones sociales que,

según el Evangelio, habrían de ser fraternas y humanizadoras. Por eso mismo las envidias, los medres a costa de otro, las divisiones, las postergaciones, cualquier opresión son maneras de destruir el templo de la comunidad creyente. Es preciso estar siempre atentos al bien del conjunto, pasando del horizonte de unos al horizonte de todos.

Aleluya

2 Cro 7, 16

R. Aleluya, aleluya, aleluya.

V. He elegido y santificado este templo — dice el Señor—, para que mi Nombre esté en él eternamente. R.

Evangelio: Juan 2, 13-22: *Hablaba del templo de su cuerpo.*

†

¹³ Se acercaba la Pascua de los judíos y Jesús subió a Jerusalén.

¹⁴ Y encontró en el Templo a los vendedores de bueyes, ovejas y palomas, y a los cambistas en sus puestos.

¹⁵ Haciendo un látigo con cuerdas, echó a todos fuera del Templo, con las ovejas y los bueyes; desparramó el dinero de los cambistas y les volcó las mesas;

¹⁶ y dijo a los que vendían palomas: «Quitad esto de aquí. No hagáis de la Casa de mi Padre una casa de mercado.»

¹⁷ Sus discípulos se acordaron de que estaba escrito: "El celo por tu Casa me devorará."

¹⁸ Los judíos entonces le replicaron diciéndole: «¿Qué señal nos muestras para obrar así?»

¹⁹ Jesús les respondió: «Destruid este Santuario y en tres días lo levantaré.»

²⁰ Los judíos le contestaron: «Cuarenta y seis años se han tardado en construir este Santuario, ¿y tú lo vas a levantar en tres

días?»

²¹ Pero él hablaba del Santuario de su cuerpo.

²² Cuando resucitó, pues, de entre los muertos, se acordaron sus discípulos de que había dicho eso, y creyeron en la Escritura y en las palabras que había dicho Jesús.

Palabra del Señor.

R. Gloria a ti, Señor Jesús.

MEDITATIO

La liturgia renovada subraya de un modo más claro el significado de la Iglesia-edificio como signo visible del único verdadero templo que es el cuerpo personal de Cristo y su cuerpo místico, esto es, la Iglesia esposa y madre, la cual celebra en un determinado lugar el culto en espíritu y en verdad (cf. Jn 4,23; Hch 2,46ss). Por encima de la sacralización del espíritu material, se nos estimula a captar en el Cristo hombre-Dios la verdadera sacralidad que de él se comunica a todo el pueblo santo y sacerdotal, bautizado y confirmado en el Espíritu, unido en la única oblación al sumo y eterno sacerdote (Heb 10,14). [...]

La casa del pueblo de Dios, en lo que se refiere a la estructura, el decoro y la funcionalidad, es algo que deben tomarse muy a pecho todos los creyentes, pues en ella renacen a la vida divina y en ella serán bendecidos para su último éxodo pascual hacia la patria. Es la casa de todos y como tal debe ser cuidada y custodiada con amor; también en su aspecto exterior, que es signo de nuestra pureza interior (Conferencia Episcopal Italiana, *Rito della dedizione di una chiesa*, Indicazioni pastorali, Roma 1981, 12-14).

ORATIO

De la oración de la dedicación de una iglesia:

Oh Dios, que diriges y santificas a tu

Iglesia, acoge nuestro canto en este día de fiesta. Este lugar es signo del misterio de la Iglesia santificada por la sangre de Cristo, escogida por él como esposa, virgen por la integridad de la fe, madre siempre fecunda por el poder del Espíritu. Iglesia santa, viña elegida del Señor; Iglesia bienaventurada, morada de Dios entre los hombres; Iglesia sublime, ciudad elevada sobre el monte, clara a todos por su fulgor, donde resplandece como lámpara perenne el Cordero y donde se eleva festivo el coro de los bienaventurados. Ahora, oh Padre, envuelve de tu santidad esta Iglesia, a fin de que sea un lugar santo para todos.

CONTEMPLATIO

El pavimento

Aquí tocan nuestros pies la tierra sobre la que se levantan tantas paredes y columnas... Si no te pierdes entre ellas, sino que vas encontrando unidad y significado, es porque el Pavimento te guía. Él unifica no sólo los espacios de una estructura renacentista, sino también los espacios dentro de nosotros, que caminamos así conscientes de nuestras debilidades y derrotas.

Eres tú, Pedro. Quieres ser aquí el pavimento sobre el que caminan los otros (que avanzan ignorando la meta) para llegar al lugar a donde diriges sus pasos unificando los espacios con la mirada que facilita el pensamiento. Quieres ser aquel que sostiene los pasos, como la roca sostiene el ruido del paso de un rebaño: roca también del pavimento de un templo gigantesco. Y el pasto es la cruz.

ACTIO

Repite y medita a menudo durante el día de hoy la enseñanza de san Pablo: «*El templo de Dios es santo, y ese templo sois vosotros*» (1 Cor 3,17).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

El misterio de la Iglesia se remonta más allá de la historia. Son muchos los textos que hablan de ello: «Él nos eligió en Cristo antes de la creación del mundo, para que fuéramos su pueblo y nos mantuviéramos sin mancha en su presencia [...], misterioso plan, *escondido desde el principio de los siglos en Dios*» (Ef 1,4y 3,9). Su preexistencia en la sabiduría de Dios indica la *naturaleza metahistórica* de la Iglesia. Las formas de la vida social son contingentes, pueden existir o no en función de la evolución histórica, pero la Iglesia no depende de la historia; la Iglesia irrumpe en el mundo precisamente porque *su génesis está en otro lugar*. La Iglesia, «*escondida desde toda la eternidad*» en Dios, preiniciada en el paraíso, prefigurada en Israel, desciende del cielo en las lenguas de fuego, *entra* en la historia en Jerusalén, el día de Pentecostés. Es la manifestación gradual de lo que está escondido y se dirige hacia la «*plenitud del que llena totalmente el universo*» (Ef 1,23). Todas las criaturas en la tierra, bajo la tierra y en los cielos doblan la rodilla y convergen en la plenitud del Cristo total (P. Evdokimov, *L'Orfodossia*, Bolonia 1981, pp. 176ss [edición española: *Ortodoxia*, Edicions 62-Península, Barcelona, s.f.]).

Inicio documento

Día 10

Lunes de la 32ª semana del tiempo ordinario año impar

Memoria obligatoria de San León Magno cuando proceda

De origen toscano, subió a la cátedra de Pedro en el año 440 y desarrolló una acción decisiva sobre el destino de la Iglesia y del Imperio. En el año 451, por tanto durante su pontificado, se celebró el Concilio de Calcedonia, que definió la naturaleza humana y divina de la única persona de

Cristo.

Salvó a Roma de la invasión de los hunos, guiados por Atila, y consiguió mitigar el saqueo de los vándalos. Como orador y escritor, comentó las principales solemnidades litúrgicas y dejó una colección de sermones, preludio del «magisterio» papal que habría de tener después tanta importancia en la dirección de la Iglesia. Murió en el año 461 y fue reconocido con el sobrenombre de «Grande».

Del Martirologio romano:

Memoria de san León I, papa, doctor de la Iglesia, que, nacido en Etruria, primero fue diácono diligente en la Urbe y después, elevado a la cátedra de Pedro, mereció con todo derecho ser llamado “Magno”, tanto por apacentar a su grey con una exquisita y prudente predicación como por mantener la doctrina ortodoxa sobre la encarnación de Dios, valientemente afirmada por los legados del Concilio Ecuménico de Calcedonia, hasta que descansó en el Señor en Roma, donde en este día tuvo lugar su sepultura en San Pedro del Vaticano (461).

LECTIO

Primera lectura: Sabiduría 1,1-7: *La sabiduría es un espíritu amigo de los hombres: el espíritu del Señor llena la tierra.*

¹ Amad la justicia los que gobernáis la tierra, tened rectos pensamientos sobre el Señor y buscadlo con sencillez de corazón.

² Porque se manifiesta a quienes no exigen pruebas, se revela a quienes no desconfían.

³ Los pensamientos torcidos alejan de Dios, y el poder, puesto a prueba, confunde a los necios.

⁴ La sabiduría no entra en alma perversa ni habita en cuerpo esclavo del pecado.

⁵ Pues el santo espíritu que nos educa huye de la doblez, se aleja de los pensamientos sin sentido, es rechazado cuando sobreviene la injusticia.

⁶ La sabiduría es un espíritu que ama a los hombres, pero no dejará sin castigo a los labios blasfemos, porque Dios es testigo de su conciencia, es vigilante veraz de su corazón, y escucha lo que su boca profiere.

⁷ Pues el espíritu del Señor llena el universo, lo abarca todo y tiene conocimiento de cuanto se dice.

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

****.** El autor del libro de la Sabiduría - probablemente un judío residente en Egipto que escribía en griego hacia la mitad del siglo I a. de C - se dirige a los reyes de la tierra (cf. v. 1), pero, al margen de la ficción literaria, se dirige a todos cuantos pretenden participar del don de la sabiduría: una cualidad que se requiere, qué duda cabe, a los gobernantes, pero que necesita asimismo todo el mundo para llevar una vida feliz.

La primera invitación que formula es que amemos la justicia. Esto no es difícil de entender, porque *«en el sendero de la justicia está la vida, el camino torcido conduce a la muerte»* (Prov 12,28): sabio es el justo, el impío es necio. Dios y la Sabiduría -figura personificada de origen y naturaleza divinos- y la necedad/injusticia se rechazan inexorablemente: se expulsan (Sab 1,3.5) recíprocamente.

Se describen algunas características de los necios: no creer, poner a prueba a Dios (w. 2ss; pensemos también en la relectura de la historia de Israel en clave de incredulidad del Sal 78) y obrar el mal. Los *«pensamientos torcidos»* y los *«pensamientos sin sentido»* (w. 3 y 5; cf. 2, 1ss) conducen a los necios a la muerte, cosa que ellos mismos eligen, porque la consideran amiga (cf. 1,16), siendo que sólo la sabiduría, a la que desprecian, conduce a la vida: y es que Dios ama la vida y *«en el temor del Señor está la sabiduría; en*

apartarse del mal, la inteligencia» (Job 28,28).

Por consiguiente, la sabiduría -y no la muerte o la vida impía- *«es un espíritu que ama a los hombres»* (v. 6). Bien lo sabe Dios, que, por haber plasmado el corazón del hombre (cf. Sal 33,15; 138), es testigo veraz de los pensamientos de su corazón y de las palabras de su boca (v. 6), pues él *«tiene conocimiento de cuanto se dice»* (v. 7) y es el único que está en condiciones de guiarnos por el camino de la vida.

Salmo responsorial

Sal/138, 1-3a. 3b-6. 7-8. 9-10 (R.: 24b)

R. Guíame, Señor, por el camino eterno.

V. Señor, tú me sondeas y me conoces.

Me conoces cuando me siento o me levanto,
de lejos penetras mis pensamientos;
distingues mi camino y mi descanso. **R.**

V. No ha llegado la palabra a mi lengua,
y ya, Señor, te la sabes toda.

Me estrechas detrás y delante,
me cubres con tu palma.

Tanto saber me sobrepasa,
es sublime, y no lo abarco. **R.**

V. ¿Adónde iré lejos de tu aliento,
adónde escaparé de tu mirada?

Si escalo el cielo, allí estás tú;
si me acuesto en el abismo, allí te
encuentro. **R.**

V. Si vuelo hasta el margen de la aurora,
si emigro hasta el confín del mar,
allí me alcanzará tu izquierda,
me agarrará tu derecha. **R.**

Aleluya

F/p 2, 15d. 16a

R. Aleluya, aleluya, aleluya.

V. Brilláis como lumbreras del mundo,
manteniendo firme la palabra de la vida. R.

Evangelio: Lucas 17,1-6: *Si siete veces en un día vuelve a decirte: «Me arrepiento», lo perdonarás.*



En aquel tiempo,

¹ Jesús dijo a sus discípulos: -Es inevitable que haya ocasiones de pecado, pero ¡ay de quien las provoque!

² Más le valdría que le ataran al cuello una piedra de molino y lo tiraran al mar, antes que ser ocasión de pecado para uno de estos pequeños.

³ ¡Estad atentos! Si tu hermano llega a pecar, repréndelo, pero si se arrepiente, perdónale.

⁴ Y si peca contra ti siete veces al día y otras siete viene a decirte: «Me arrepiento», perdónale.

⁵ Los apóstoles dijeron al Señor: -Auméntanos la fe.

⁶ Y el Señor dijo: -Si tuvierais fe, aunque sólo fuera como un grano de mostaza, diríais a esta morera: «Arráncate y trasplántate al mar», y os obedecería.

Palabra del Señor.

R. Gloria a ti, Señor Jesús.

**. «¡Estad atentos!» (v. 3) es la exhortación que dirige hoy Jesús a sus discípulos. Sus enseñanzas están relacionadas con la vida fraterna, lugar de escándalos y de contraste: es algo «inevitable» (v. 1). Ahora bien, si la fragilidad es el camino del hombre, en la vigilante atención a nosotros mismos y en la incansable acogida al hermano (v. 3) se juega el primado de Dios, la opción por servirle.

El discernimiento de la caridad es un recorrido delicado: incluye la preocupación amorosa por los «pequeños» (v. 2: los

débiles, los sencillos, en cualquier acepción que queramos darle; cf. Lc 10,21) y no excluye la corrección fraterna, sino que hace que el perdón sobreabunde sobre todo (v. 4: «siete veces» simboliza un perdón ilimitado que resiste a una debilidad que perdura).

Se confirma así que, en el interior de la trama de las relaciones cotidianas, la atención principal debe centrarse en nosotros mismos y en nuestro propio camino, un camino marcado, a buen seguro, por las dificultades, aunque también por la esperanza de poder experimentar, incluso en los inevitables contrastes, la alegría de la mirada del hermano que vuelve a dirigirse a nosotros (esto es el «arrepentirse» de los vv. 3ss).

Así es como la fe, que aunque sea tan pequeña «como un grano de mostaza» (v. 6) engendra y acoge milagros, es no sólo *don* invocado, sino *compromiso* de caridad que transforma la confianza en Dios en confianza recíproca.

MEDITATIO

A lo largo de la vida ocurren muchas cosas que nos indignan. A pesar de todo, pensamos que debe existir un mundo bueno, aunque en realidad no existe y no existirá nunca. Dios debería encargarse de hacer bueno este mundo, pero no lo hace. Por nuestra parte, probablemente nos consideremos exonerados de ayudar para mejorar un mundo que, por otro lado, sigue adelante del mismo modo que lo hacía antes sin nosotros.

La consecuencia más obvia es que «vamos tirando», sin atender a nadie más que a nosotros mismos. Ahora bien, ¿eso es vida? Nos responde la Palabra del Señor. El arte de vivir, de «governarnos» a nosotros mismos, se aprende con la sencillez de la confianza, no con razonamientos torcidos.

No es obrar por nuestro propio interés empleando la falsedad y el subterfugio lo que construye la vida, sino el respeto al otro y la acogida renovada continuamente a quienes tenemos a nuestro lado, conscientes de no ser por eso mejores que ellos. A través del perdón otorgado, a través de la atención a no ser un obstáculo para el hermano con actitudes o con palabras, a través de la transparencia de los sentimientos y de los pensamientos es como llegamos a ser lo que somos: semejantes a Dios. Y de este modo es también como lo imposible se vuelve posible.

ORATIO

Tú no estás, Señor, en los complejos remolinos de mis oleadas interiores, ni te escondes en las intrincadas espesuras del raciocinio.

No moras allí donde se responde al mal con el mal allí donde la acerba perversión de los grandes golpea al niño.

No encuentras reposo en el corazón que te levanta barreras y se hace la ilusión de bastarse a sí mismo, desprecia al hermano y se burla de la fuerza de tu amor. La confianza sencilla te atrae, suma sabiduría que sabe guardar tu amistad.

CONTEMPLATIO

Los verdaderos creyentes, que se mantienen firmes en la esperanza en Dios, se alegran en sus corazones esperando sus beneficios y están llenos de la alegría del Espíritu, necesitan, en primer lugar, ceñirse del amor de Dios. En él se engrandece y se dilata la magnífica construcción de su justicia [...].

Feliz el hombre de amor, que hace habitar en su corazón al Dios que es amor.

Feliz el corazón, aunque sea humilde y estrecho, que pone dentro de sí, espiritualmente, como en una morada tranquila, a aquel que ni el cielo ni la tierra

puede contener [...].

El amor crece y se dilata en aquellos que están ligados por una pasión natural, estando el uno junto al otro. Y en el connubio de las miradas permanece vigilante su pasión. Y crece y se vigoriza por el intercambio de palabras de pasión. Y la memoria permanece siempre vigilante, bajo los alicientes de la gran fuera del amor.

Así, por el morar incesante junto a él, por la mirada sencilla de la inteligencia y la contemplación espiritual de éste y por el diálogo incesante con su recuerdo y la meditación de sus palabras, se dilata en el hombre la pasión por Dios [...].

El que se encuentra consumado por el amor de Dios dirige hacia él el impulso de su carrera y vuela por encima de todo. (Martyrios [Sahdona], *Sull'amore perfetto per Dio e per glialtri*, Magnano 1993, I l s s , *passim*).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra: «*Amad la justicia y buscad al Señor con sencillez de corazón*» (cf. Sab 1,1).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Dios mío, tú, que me has enriquecido tanto, permíteme también dar a manos llenas. Mi vida se ha convertido en un diálogo ininterrumpido contigo, Dios mío, en un largo diálogo. Cuando me encuentro en un rincón del campo, con los pies plantados en tu tierra y los ojos elevados hacia tu cielo, tengo a menudo el rostro inundado de lágrimas, único exutorio de mi emoción interior y de mi gratitud. También por la noche, cuando, acostada en mi litera, me recojo en ti, Dios mío, lágrimas de gratitud inundan a veces mi rostro, y ésta es mi oración.

Estoy muy cansada desde hace algunos días, pero es una cosa que pasará como todo lo demás. Todo progresa siguiendo un ritmo

profundo, un ritmo propio en cada uno de nosotros.

Debería enseñarse a la gente a escuchar y a respetar ese ritmo: es lo más importante que un ser humano puede aprender en esta vida. No lucho contigo, Dios mío. Mi vida no es más que un largo diálogo contigo. Es posible que no llegue a ser nunca la gran artista que quisiera ser, pues estoy demasiado bien resguardada en ti, Dios mío. En ocasiones, quisiera grabar con un buril pequeños aforismos y pequeñas historias vibrantes de emoción. Mas la primera palabra que me viene a la mente, siempre la misma, es: Dios. Contiene todo y hace inútil todo lo demás. Toda mi energía creadora se convierte en diálogos interiores contigo. El oleaje de mi corazón se ha vuelto más ancho desde que estoy aquí, más animado y más apacible a la vez, y tengo la impresión de que mi riqueza interior se incrementa sin cesar (E. Hillesum, *Diario: 1941-1943*, Milán 1996, pp. 253ss [tomado de Paul Lebeau, *Etty Hillesum. Un itinerario espiritual. Amsterdam, 1941 - Auschwitz, 1943*, Sal Terrae, Santander 2000, pp. 200-201]).

Lectura espiritual para la memoria de san León Magno

MEDITATIO

Al acercarnos a san León Magno es significativo señalar que no poseemos de él más datos biográficos que los ligados a su ministerio. Podemos decir que el hombre ha sido absorbido completamente por la misión que le confió el Señor. Como el apóstol Pablo, también León vivió la entrega de sí mismo a Dios por la Iglesia, y tuvo un vivísimo sentido de ser el sucesor de aquel Pedro que -por revelación del Padre- fue capaz de reconocer en Jesús al Mesías esperado. El misterio de Cristo, verdadero

hombre y verdadero Dios, del que fue apasionado defensor, volvió cálida y profunda su palabra, le suscitó un vivísimo amor por la liturgia y le hizo capaz de convertir toda su vida -parafraseando una expresión que le era muy querida- en una espléndida realización de cuanto celebraba en el sacramento.

ORATIO

Demos, por tanto, queridos hermanos, gracias a Dios Padre por medio de su Hijo, en el Espíritu Santo, puesto que se apiadó de nosotros a causa de la inmensa misericordia con la que nos amó; estando nosotros muertos por los pecados, nos ha hecho vivir con Cristo, para que gracias a él fuésemos una nueva creatura, una nueva creación.

Despojémonos, por tanto, del hombre viejo con todas sus obras y, ya que hemos recibido la participación de la generación de Cristo, renunciemos a las obras de la carne. Reconoce, cristiano, tu dignidad y, puesto que has sido hecho partícipe de la naturaleza divina, no pienses en volver con un comportamiento indigno a las antiguas vilezas. Piensa de qué cabeza y de qué cuerpo eres miembro. No olvides que fuiste liberado del poder de las tinieblas y trasladado a la luz y al Reino de Dios.

Gracias al sacramento del bautismo, te has convertido en templo del Espíritu Santo; no se te ocurra ahuyentar con tus malas acciones a tan noble huésped. (León Magno, «Sermón primero en la Natividad del Señor», 3.)

CONTEMPLATIO

Por tanto, todo lo que el Hijo de Dios hizo y enseñó con miras a la reconciliación del mundo no sólo lo conocemos por el relato de sus hechos pretéritos, sino que también lo experimentamos por la eficacia de sus obras presentes.

El mismo, nacido de la Virgen Madre por obra del Espíritu Santo, es quien fecunda con el mismo Espíritu a su Iglesia incontaminada, para que, mediante la regeneración bautismal, sea engendrada para Dios una multitud innumerable de hijos, de los cuales se afirma que *traen su origen no de la sangre, ni del deseo carnal, ni de la voluntad del hombre, sino del mismo Dios*. Es en él mismo en quien es bendecida la posteridad de Abraham por la adopción del mundo entero, y en quien el patriarca se convierte en padre de las naciones, cuando los hijos de la promesa nacen no de la carne, sino de la fe. Él mismo es quien, sin exceptuar pueblo alguno, constituye, de cuantas naciones hay bajo el cielo, un solo rebaño de ovejas santas, cumpliendo así día tras día lo que antes había prometido: *Tengo otras ovejas que no son de este redil; es necesario que las recoja, y oirán mi voz, para que se forme un solo rebaño y un solo pastor*.

Aunque dijo a Pedro, en su calidad de jefe: *Apacienta mis ovejas*, en realidad es él solo, el Señor, quien dirige a todos los pastores en su ministerio; y a los que se acercan a la piedra espiritual él los alimenta con un pasto tan abundante y jugoso que un número incontable de ovejas, fortalecidas por la abundancia de su amor, están dispuestas a morir por el nombre de su pastor, el buen pastor, que se dignó dar la propia vida por sus ovejas.

Y no sólo la gloriosa fortaleza de los mártires, sino también la fe de todos los que renacen en el bautismo, por el hecho mismo de su regeneración, participa en sus sufrimientos. Así es como celebramos de manera adecuada la Pascua del Señor, con ázimos de pureza y de verdad: cuando, rechazando la antigua levadura de maldad, la nueva creatura se embriaga y se alimenta

del Señor en persona. La participación del cuerpo y de la sangre del Señor, en efecto, nos convierte en lo mismo que tomamos y hace que llevemos siempre en nosotros, en el espíritu y en la carne, a aquel junto con el cual hemos muerto, bajado al sepulcro y resucitado. (León Magno, «Sermón 12, sobre la pasión del Señor», 3, 6-7; PL 54, 355-357.)

ACTIO

Repite a menudo y medita hoy esta sentencia de san León Magno: «*Reconoce, cristiano, tu dignidad*».

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

San León no es un teólogo especulativo, sino más bien el doctor que encuentra la formulación adecuada, precisa, destinada a fines catequéticos en la doctrina católica. Su actividad doctrinal brota de la tarea pastoral y del gobierno de la Iglesia. Se trata de una exposición clara y sencilla, exenta de artificio, que no tiene la finalidad de atraer la atención con imágenes y especulaciones maravillosas. Está dirigida a la fe del fiel y quiere llegar a él límpida como un rayo de sol y sencilla como Palabra de Dios.

El trabajo espiritual es el cultivo del campo de Dios, que es el alma: se trata de una batalla que el cristiano, que forma parte de la milicia de Cristo, entabla contra el diablo, usando como arma la cruz; es una preparación para el encuentro con el Señor; es adorno pascual del templo de Dios; es camino y progreso, constante e ininterrumpido, *por el camino angosto y difícil que lleva a Dios y aleja del camino ancho y fácil que San León Magno conduce a la perdición*; al camino estrecho le corresponde el amor a Dios y al prójimo, como indefectible energía que nos hace correr y volar por los senderos de Cristo; al segundo le corresponde el amor a sí mismo y

a las creaturas. El trabajo espiritual es asimismo victoria de la buena voluntad sobre todas las pasiones y enemigos espirituales; es embriaguez, es insuperable deleite en la práctica de la virtud; es bienaventuranza o, mejor, es la escalada a la bienaventuranza a través de los escalones indicados por Cristo en el Evangelio: pobreza, sufrimiento, misericordia, sencillez, pureza, paz (A. Valeriani, en *León Magno, L'osservanza cristiana*, Alba 1965, pp. 34.53).

Inicio documento

Día 11

Martes de la 32ª semana del tiempo ordinario año impar

Memoria obligatoria de san Martín de Tours

Martín, nacido en Panonia (Hungría) en el año 316, fue destinado por su padre a la carrera militar. Siendo todavía catecúmeno, dio pruebas de coherencia cristiana y de amor a los pobres. Dejó las armas, bajo la guía de san Hilario de Poitiers, y se consagró a Dios profesando la vida monástica. Llevó, primero, una vida eremítica; más tarde, por consejo del mismo Hilario, fundó en Ligugé el primer monasterio de Occidente. En el año 373 fue elegido obispo de Tours, y hasta su muerte, acaecida el 397, se consagró con una solicitud incansable a la formación del clero, a la pacificación de los pueblos y a la evangelización. Fue uno de los primeros santos no mártires en ser honrado en la liturgia de la Iglesia.

Del Martirologio romano:

Memoria de san Martín, obispo, en el día de su sepultura. Nacido en Panonia de padres gentiles, siendo soldado en las Galias y aún catecúmeno, cubrió con su manto a Cristo en la persona de un pobre,

y luego, recibido el bautismo, dejó las armas e hizo vida monástica en un cenobio fundado por él mismo en Ligugé, bajo la dirección de san Hilario de Poitiers. Después, ordenado sacerdote y elegido obispo de Tours, teniendo ante sus ojos el ejemplo del buen pastor, fundó en distintos pueblos otros monasterios y parroquias, adoctrinó y reconcilió al clero y evangelizó a los campesinos, hasta que fue al encuentro del Señor en Candes (397).

LECTIO LECTIO

Primera lectura: Sabiduría 2,23-3,9: *Los insensatos pensaban que habían muerto, pero ellos están en paz.*

^{2,23} Dios creó al hombre para la inmortalidad y lo hizo a imagen de su propio ser,

²⁴ mas por envidia del diablo entró la muerte en el mundo, y tienen que sufrirla los que le pertenecen.

³¹ Pero las almas de los justos están en las manos de Dios y ningún tormento los alcanzará.

² Los insensatos piensan que están muertos; su tránsito les parece una desgracia,

³ y su salida de entre nosotros, un desastre, pero ellos están en paz.

⁴ Aunque a juicio de los hombres han sufrido un castigo, su esperanza estaba llena de inmortalidad,

⁵ y por una leve corrección recibirán grandes bienes. Porque Dios los puso a prueba y los halló dignos de él.

⁶ Los probó como oro en el crisol y los aceptó como un holocausto.

⁷ En el juicio de Dios aparecerá su resplandor y se propagarán como chispas en un rastrojo.

⁸ Dominarán sobre naciones, gobernarán pueblos y su Señor reinará sobre ellos para siempre.

⁹ Los que ponen en él su confianza comprenderán la verdad, y los fieles permanecerán junto a él en el amor, pues la

gracia y la misericordia son para sus elegidos.

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

****** «Dios creó al hombre para la inmortalidad» (2,23), y la esperanza de «los que ponen en él su confianza» (3,9) «estaba llena de inmortalidad» (3,4): éste es el mensaje del fragmento de hoy, que trata sobre la suerte aparente/real de los justos. El destino originario del hombre es la inmortalidad -o sea, la experiencia de una vida que no conoce la muerte-, puesto que está hecho «a imagen» (2,23) de Dios, aunque «por envidia del diablo» (2,24) la muerte se asoma cual espectro sobre la existencia.

Por primera vez, con un lenguaje filosófico (eco de la cultura helenística del autor del libro) y ahondando en la cuestión de la retribución (el justo debe ser recompensado y el malvado castigado), se habla de vida eterna, y eso tiene lugar casi comentando los primeros capítulos (2 y 3) del Génesis: el relato de cómo, ya desde los orígenes, vida y muerte se cruzan, en desgarradora tensión, en el camino del hombre.

Es preciso confiar en el Señor, rechazando elegir la carne como propio apoyo (cf. Jr 17,5-8). Es necesario ir más allá de lo que se presenta a los ojos de los necios (cf. Sab 3,2.4), de los que miran con la mirada miope y superficial del tiempo que acaba. Es necesario aceptar atravesar el tiempo de la prueba (que se presenta a cada uno, aunque en los w. 5ss se alude, probablemente, al martirio del pueblo judío en la época de los Macabeos, en tiempos del rey Antíoco Epifanes). Entonces se verá satisfecha la confianza del justo, de cada hombre que haya esperado contra toda esperanza, a pesar de las apariencias (como ya profetizaba Isaías a propósito del Siervo

de YHWH: cf. Is 52,13-53,12). Los justos «recibirán..., aparecerá su resplandor..., gobernarán...», etc. (w. 5-9), porque verdaderamente «están en paz» (v. 3), «están en las manos de Dios» (v. 1): en el tiempo breve y para la eternidad.

Salmo responsorial

Sal 33, 2-3. 16-17. 18-19. (R.: 2a)

R. Bendigo al Señor en todo momento.

V. Bendigo al Señor en todo momento, su alabanza está siempre en mi boca; mi alma se gloria en el Señor: que los humildes lo escuchen y se alegren. **R.**

V. Los ojos del Señor miran a los justos, sus oídos escuchan sus gritos; pero el Señor se enfrenta con los malhechores, para borrar de la tierra su memoria. **R.**

V. Cuando uno grita, el Señor lo escucha y lo libra de sus angustias. El Señor está cerca de los atribulados, salva a los abatidos. **R.**

Aleluya

Cf. Jn 14, 23

R. Aleluya, aleluya, aleluya.

V. El que me ama guardará mi palabra —dice el Señor—, y mi Padre lo amará, y vendremos a él. **R.**

Evangelio: Lucas 17,7-10: *Somos siervos inútiles, hemos hecho lo que teníamos que hacer.*

†

En aquel tiempo, dijo Jesús:

⁷ ¿Quién de vosotros que tenga un criado arando o pastoreando le dice cuando llega del campo: «Ven, siéntate a la mesa»?

⁸ ¿No le dirá más bien: «Prepárame la cena y

sírveme mientras como y bebo; y luego comerás y beberás tú?»

⁹ ¿Tendrá quizás que agradecer al siervo que haya hecho lo que se le había mandado?

¹⁰ Así también vosotros, cuando hayáis hecho lo que se os mande, decid: «Somos siervos inútiles; hemos hecho lo que teníamos que hacer».

Palabra del Señor.

R. Gloria a ti, Señor Jesús.

*•• Tras haber tratado el tema de la vigilancia sobre nosotros mismos, el evangelista Lucas, en el itinerario que conduce a una caridad que es fe recibida y responsablemente vivida, investiga sobre otra actitud que se pide a los discípulos de Jesús: la conciencia de la propia inutilidad (v. 10). Somos siervos de los que no hay necesidad.

Jesús condena la presunción de justicia de los fariseos (cf. Lc 18,9) que, con una religiosidad de fachada basada en la acumulación de obras, esperan su recompensa de Dios: no espera recompensa alguna el pobre que se sabe por completo en manos de Dios (humildad de los siervos del *Magnificat*).

No debemos esperar recompensa, pues no hay motivo de gloria en lo que hacemos: como dirá san Pablo, «*anunciar el Evangelio no es para mí un motivo de gloria; es una obligación que tengo*» (1 Cor 9,16). Quien es consciente de estar constantemente en deuda de amor con Dios (v. 10), quien sabe que su vida es fruto de un *don exagerado* (perdón), no espera ninguna gracia de aquel a quien presta servicio, porque su misma existencia *es* gracia recibida (v. 9: el señor no está «*obligado*» respecto al siervo). También el siervo podrá comer y beber *después* (v. 8), participar en la alegría de su señor (cf. Mt 25,21), pero no en seguida (cf. v. 7): antes es preciso estar preparados

«*con la cintura ceñida y la lámpara encendida*», en actitud de servicio, esperando a su señor (cf. Lc 12,36-40).

MEDITATIO

El dolor y la muerte nos acomunan a todos, con el carácter trágico de los «¿por qué?» que les acompañan. Se oye decir: «Venimos a este mundo a sufrir», tan cruda y persuasiva se muestra esta experiencia, frente a la cual sentimos nuestra precariedad, impotencia y pequeñez.

No es ésta, sin embargo, nuestra verdad profunda y esencial: no hemos sido creados para sufrir, no hemos sido creados para morir, sino que *estamos vivos para vivir y para vivir para siempre*. Nuestra vida no es una vida para perderla, condenada a la derrota. ¡Bien al contrario! Dios nos tiene en sus manos: no nos ha hecho inmunes al dolor y a la muerte, pero los vive con nosotros y nos ha mostrado en Jesús cómo vivirlos. El amor y la misericordia levantan los asedios del sufrimiento que atenazan el corazón. El amor y la misericordia son la vida eterna que empieza ya en esta tierra, cuando dejamos que las reivindicaciones cedan el paso a la gratuidad, cuando ni siquiera en medio de la persecución no perdemos la esperanza ni la confianza. El amor y la misericordia son el lenguaje de Dios. Dichoso el que lo aprende: comprenderá qué es la muerte y qué es la vida.

ORATIO

No me importa, Señor, presentarte la cuenta, como si tú debieras pagarme por lo que hago por ti. Tú me has dado todo, todo lo he recibido de ti: mi existencia no es más que un restituirte el don. Soy alguien a quien no se le debe nada.

Sólo te pido, Señor, que no desaparezca en mí la certeza de estar ya contigo en esa vida que durará para siempre, para la cual la muerte no es más que un terrible paso.

Refuerza mi fe en esa eternidad de amor que ya saboreo ahora en cada chispa de amor humano. Demasiadas veces, hoy, me apremian cerrando los confines de la existencia en este mundo, en una autocondena a una vida que ya es muerte.

Creo, Señor, que del mismo modo que ahora me despierto por la mañana, resucitaré un día en tu aurora. No será un premio que me debas: será el rebosar definitivo de tu misericordia.

CONTEMPLATIO

¡Qué maravillosos son, Dios nuestro, tus secretos!,

¿quién los creará?

Mi corazón se ha transformado con su recuerdo

y por su dulzura se han separado
los miembros de mi cuerpo.

He olvidado lo que es mío

en la meditación sobre cosas de las que no
estoy cerca,

y apremio con (mi) deseo al Dador.

He olvidado (también) lo que es suyo,

y es para obtenerle a él mismo por lo que
me fatigo.

Lo aferró, pero no es aferrado;

lo capturo, pero no es capturado.

Cuando estoy lleno, estoy vacío;

cuando lo aferró, no es él,

y cuando moro en él, en mí mora.

Cuando quiero llevarlo a alguna parte, se
me resiste,

porque si está vestido no se detiene,

si está despojado no se encamina,

si lo dejan (solo) no se queda,

si viene conmigo a algún lugar, no se mueve
de allí.

Cuando camino con él, mora en mí

y se dilata como cuando está fuera de mí;

cuando lo respiro sale de dentro (de mí)

y cuando lo vislumbro en lo íntimo de cada
cosa

está revestido de todas ellas y (las) vela.

Me siento llevado por él y avanzo.

(Juan de Dalyatha, *Mostrami la tua
belleza*, Magnano 1996, pp. 26ss, *passim*).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la
Palabra: «*Las almas de los justos están en
las manos de Dios*» (Sab3,1).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

¡Dios mío, cógeme de la mano! Te seguiré
de manera resuelta, sin mucha resistencia.
No me sustraeré a ninguna de esas
tormentas que caerán sobre mí en esta vida.
Soportaré el choque con lo mejor de mis
fuerzas. Pero dame, de vez en cuando, un
breve instante de paz. No voy a creer, en mi
inocencia, que la paz que descienda sobre mí
es eterna. Aceptaré la inquietud y el
combate que vendrán después. Me gusta
mantenerme en el calor y la seguridad, pero
no me rebelaré cuando haya que afrontar el
frío, con tal de que tú me lleves de la mano.
Yo te seguiré por todas partes e intentaré
no tener miedo. Esté donde esté, intentaré
irradiar un poco de amor, de ese amor al
prójimo que hay en mí. Pero tampoco debo
jactarme de este «amor».

No sé si lo poseo. No deseo ser nada
especial; sólo quiero tratar de ser esa que
pide desarrollarse en mí plenamente [...].
Prometo vivir esta vida hasta el fondo,
seguir adelante. Unas veces me da por
pensar que mi vida apenas está en sus
comienzos y que las dificultades están
todavía por venir, y otras veces me parece
que ya he luchado bastante. Estudiaré e
intentaré comprender, pero creo que
también deberé dejarme asombrar por lo
que me sucede y, aparentemente, me desvía:
siempre me dejaré asombrar, para llegar,
tal vez, a una mayor seguridad [...]. Es como
si cada día fuera echada en un gran crisol y
cada día consiguiera salir de él (E. Hillesum,

Diario: 1941-1943, Milán 1996, pp. 74ss, *passim*).

Lectura espiritual para la memoria de san Martín de Tours

MEDITATIO

Martín es verdaderamente hijo bendito del Padre, y es venerado en todas partes. Colmado del Espíritu del Señor, amó a los hermanos con el corazón de Cristo. Por eso fue capaz de dar sin medida, con una caridad intuitiva y preveniente, todo lo que había recibido, y antes que nada la vida de gracia.

Como monje, deseó entregarse enteramente a la oración; como obispo, se prodigó en el servicio a los enfermos y a los pobres, que le esperaban en el umbral de la iglesia para obtener de él la curación y recibir limosnas; y una vez llegó incluso a darles su capa, cuando acababa de ponerse las vestiduras litúrgicas. El alegre anuncio le llegó cuando prestaba el servicio militar: desde entonces, toda su vida se convirtió en una milicia por el Evangelio. Se mostró infatigable a la hora de llevar alegría a los afligidos, en conducir a los contendientes al perdón y a la paz, en señalar con su ejemplo la meta a la que todo hombre tiende: el Cielo, el Reino de Dios.

ORATIO

Haz, Señor, que, como san Martín, nadie pueda vernos nunca en cólera, que nadie nos encuentre turbados o desconsolados; enséñanos a estar constantemente serenos y pacificados, de modo que nuestro rostro se muestre siempre radiante, con una alegría, por así decirlo, celestial. Que no se encuentre en nuestros labios a nadie, sino a Cristo; ninguna otra cosa en nuestro corazón, sino el amor, la paz, la misericordia. Concédenos mantener en nosotros la calma en las dificultades e

incluso llorar los pecados de quienes nos persiguen (*cf* Sulpicio Severo, *Vita di san Martirio* [existe edición española de sus *Obras completas*, Tecnos, Madrid 1987]).

CONTEMPLATIO

Los méritos de Martín son demasiado grandes para que podamos formularlos con palabras. Nunca pasó un solo instante en el que no se entregara a la oración o no se aplicara a la lectura de las Sagradas Escrituras, y ni en la lectura ni en cualquier otra cosa que hiciera disminuía la intensidad de la oración en su alma. Nada hay de extraordinario en ello: del mismo modo que acostumbran los herreros, que en el intervalo de su trabajo, para aliviarse un poco de la fatiga, golpean el yunque, así Martín, incluso cuando parecía hacer cualquier otra cosa, oraba sin pausa. Oh varón verdaderamente santo, en el que no hubo fraude; a nadie juzgaba, a nadie condenaba, a nadie devolvía mal por mal. Mostró tanta paciencia en la defensa de las criaturas que hasta podía ser ultrajado impunemente hasta por los últimos clérigos, siendo él el sumo sacerdote, sin que por ello les retirara su afecto (Sulpicio Severo, *Vita di san Martino* XXVI, 3-5 [existe edición española de sus *Obras completas*, Tecnos, Madrid 1987]).

ACTIO

Repíte hoy la frase que pronunció san Martín cuando se le acercaba la muerte: «*Señor, si aún soy necesario a tu pueblo, no rehuyo el trabajo; hágase tu voluntad*» («Carta a Bassula», 6).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Si alguna vida de santo ha influido en la historia de las mentalidades es la de san Martín. Este personaje de ayer tiene la sorprendente capacidad de plantear las preguntas de siempre según el modo de pensar evangélico. Martín fue un perenne

emigrante, como tanta gente de nuestros días, y lo fue, esencialmente, por razones «profesionales», antes de serlo por motivos religiosos. Esta impresionante migración en la larga vida de este hombre no fue nunca en él origen de ninguna desestabilización: sus raíces se encuentran claramente fuera de la tierra de los hombres. Por eso, en los lugares por donde se movió o vivió, dio siempre la impresión de estar de paso, de modo semejante a los patriarcas, que iban en busca de una patria.

Martín lo hacía todo guiado por el Espíritu Santo. La calidad de una vida espiritual se mide por los frutos de la gracia y, especialmente, por la práctica de la caridad con humildad. Las características de su vida mística son las de un hombre resuelto, con la voluntad de un soldado, la fe de un niño, la obediencia de un monje, el ardor de un misionero y la seguridad de un sabio.

Martín es, de manera incontestable, un santo para nuestro tiempo: frente al desarraigo, nos anima a echar nuestras raíces en otra tierra, la de Dios. Ya siendo un catecúmeno muy joven, orientaba a todos los que se preparaban para el bautismo, para el sacramento de la confirmación y para su primera comunión eucarística, en la búsqueda de su propia vocación. Como hombre que compartía y hombre de caridad, despertó la responsabilidad de cada uno frente a todo tipo de rechazo del pobre y del enfermo. Como monje antes que nada, permitió mirar la vida religiosa con ojos nuevos. Como obispo, invitó a encontrar al hombre en su integridad, a destruir los ídolos que lo mantienen esclavo para devolverlo a la vida. Como místico, es un guía segurísimo que conduce a Dios, siempre a la escucha del Verbo bajo la inspiración del Espíritu (J.-P. Longeat, «*Saint-Martin hier*

et aujourd'hui», en *Lettre de Ligugé*, 1996).

[Inicio documento](#)

Día 12

Miércoles de la 32ª semana del tiempo ordinario año impar

Memoria obligatoria de San Josafat

Nace en Vladimir de Volhinia por el año 1580 de padres ortodoxos; se convirtió a la fe católica e ingresó en la Orden de san Basilio. Ordenado sacerdote en el rito bizantino en 1609. Ordenado obispo de Vitebsk 1617, meses más tarde, Arzobispo de Polotzk, Lituania. Trabajó infatigablemente por la unidad de la Iglesia. Perseguido a muerte por sus enemigos, sufrió el martirio el año 1623. Protomártir de la re-unificación de la cristiandad. Canonizado en 1867.

Del Martirologio romano:

Memoria de san Josafat (Juan) Kuncewicz, obispo de Polotsk, en Rutenia, y mártir, que con ardor incesante impulsó a su pueblo hacia la unidad católica, cultivó con piadoso amor el rito bizantino-eslavo en Witebsk, en Bielorusia, entonces bajo la jurisdicción de Polonia, y cruelmente perseguido por una chusma enemiga, murió por la unidad de la Iglesia y la defensa de la verdad católica (1623).

LECTIO

Primera lectura: Sabiduría 6,1-11:
Escuchad, reyes, para que aprendáis sabiduría.

¹ Escuchad, pues, reyes, y entended; aprended quienes regís los confines de la tierra.

² Prestad oído los que domináis a muchedumbres y os sentís orgullosos de la multitud de vuestros pueblos.

³ Porque el Señor os ha dado el poder, y la soberanía procede del Altísimo. El juzgará vuestras acciones y examinará vuestros designios.

⁴ Porque, siendo ministros de su Reino, no gobernasteis rectamente, no respetasteis la ley ni pusisteis en práctica la voluntad de Dios.

⁵ Terrible y repentino caerá él sobre vosotros, porque un juicio inexorable espera a los grandes.

⁶ Al pequeño se le perdona por piedad, pero los grandes serán examinados con rigor.

⁷ Pues el Señor de todos no retrocede ante nadie, ni la grandeza lo intimida, porque él hizo al pequeño y al grande, y cuida de todos por igual;

⁸ pero a los poderosos les espera un riguroso examen.

⁹ A vosotros, pues, soberanos, se dirigen mis palabras, para que aprendáis sabiduría y no pequéis.

¹⁰ Porque los que se conducen según las leyes santas serán reconocidos como santos, y los que se dejen instruir por ellas tendrán en ellas su defensa.

¹¹ Así pues, desead mis palabras, anheladlas y seréis instruidos.

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

*.. El autor, renovando la invitación lanzada ya al comienzo del libro, se dirige a los que gobiernan la tierra y dominan a las muchedumbres (w. 1s) para que escuchen: esa escucha -que es principio de sabiduría- tiene por objeto la ley/sabiduría (según la identificación recogida, por ejemplo, en Bar 4,1), y es una escucha eficaz, que realiza lo que ha oído, configurando la vida a la Palabra del Señor (v. 4).

La perspectiva en la que se sitúa esta exhortación es la del juicio de Dios (v. 3): toda autoridad viene de Dios (cf. 1 Cro 29,12: «*La riqueza y la gloria proceden de ti. Tú eres el dueño de todo, en tu mano están la fuerza y el poder, la estabilidad y consistencia de todo*»), y los soberanos son «*ministros*» -o sea, servidores- «*de su*

Reino», de modo que serán juzgados según la fidelidad al servicio prestado, que, en última instancia, es el servicio al hombre. El juicio de Dios es imparcial -Job diría que él «*no prefiere el pobre al rico*» (Job 34,19), pues «*ha creado al pequeño y al grande*» (v. 7)-, pero su rigor está proporcionado a la responsabilidad de cada uno.

Así pues, Dios «*cuida*» (v. 7) de todos, garantiza la justicia a los pequeños, pero mira con amor vigilante todo camino y, precisamente por eso, pide a cada uno según el poder (de servir) que se le ha concedido: por eso el mensaje, la invitación a la sabiduría que aparece en este fragmento, va dirigido a todos.

La «*defensa*» (v. 10) y la «*instrucción*» (v. 11) del sabio es la Sabiduría, esposa ideal {cf. Sab 8,2ss), porque su compañía abre el camino de la inmortalidad, de la vida.

No sorprende, por tanto, leer, en los versículos de la conclusión del fragmento (w. 9-12), los verbos del deseo y de la búsqueda amorosa: la sabiduría, mucho más que una filosofía, es un itinerario místico; encuentra y se hace encontrar, dejando satisfecha la pasión de quien «*vela por ella*» (6,15).

Salmo responsorial

Sa/81, 3-4. 6-7. (R.: 8a)

R. Levántate, oh Dios, y juzga la tierra.

V. Proteged al desvalido y al huérfano, haced justicia al humilde y al necesitado, defended al pobre y al indigente, sacándolos de las manos del culpable. **R.**

V. Yo declaro: «Aunque seáis dioses, e hijos del Altísimo todos, moriréis como cualquier hombre, caeréis, príncipes, como uno de tantos». **R.**

Aleluya

1 Tes 5, 18

R. Aleluya, aleluya, aleluya.

V. Dad gracias en toda ocasión:

ésta es la voluntad de Dios en Cristo Jesús respecto de vosotros. R.

Evangelio: Lucas 17,11-19: *¿No ha habido quien volviera a dar gloria a Dios más que este extranjero?*

†

¹¹ De camino hacia Jerusalén, Jesús pasaba entre Samaría y Galilea.

¹² Al entrar en una aldea, vinieron a su encuentro diez leprosos, que se detuvieron a distancia

¹³ y comenzaron a gritar: -Jesús, Maestro, ten piedad de nosotros.

¹⁴ Él, al verlos, les dijo: -Id a presentaros a los sacerdotes. Y mientras iban de camino quedaron limpios.

¹⁵ Uno de ellos, al verse curado, volvió alabando a Dios en voz alta,

¹⁶ y se postró a los pies de Jesús dándole gracias. Era un samaritano.

¹⁷ Jesús preguntó: -¿No quedaron limpios los diez? ¿Dónde están los otros nueve?

¹⁸ ¿Tan sólo ha vuelto a dar gracias a Dios este extranjero?

¹⁹ Y le dijo: -Levántate, vete; tu fe te ha salvado.

Palabra del Señor.

R. Gloria a ti, Señor Jesús.

*» El evangelista Lucas nos propone en la perícopa de hoy el relato de un milagro hecho por Jesús: la curación de diez leprosos. La indicación «*de camino hacia Jerusalén*» (v. 11) recuerda a las que aparecen en Lc 9,51 y 13,22: el episodio narrado se desarrolla en el camino que conduce a Jesús hacia la cruz y la gloria de la resurrección, hacia la consumación de su vida; a lo largo de este recorrido, no cesa

de enseñar a sus discípulos, de palabra y con obras.

Diez leprosos salen al encuentro de Jesús y, gritando a voces (habla el dolor del hombre: cf. Lc 4,33; 8,28; 23,46), piden su intervención piadosa (w. 12ss). Le llaman «*maestro*», nombre típico empleado por los discípulos, que, frecuentemente, es invocación y reconocimiento del poder de Jesús (cf. Lc 5,5; 8,33; 9,33-49).

Mientras van «*a los sacerdotes*» (v. 14), según el ritual de la purificación de Lv 14,2), quedan curados. Sin embargo, sólo uno vuelve y se echa a los pies de Jesús para darle las gracias (w. 15ss). Se trata de «*un samaritano*» (v. 16), de un «*extranjero*», por tanto (v. 18): para subrayar la condición de marginalidad en la marginación experimentada ya en la vida (v. 12: según Lv 13,45ss, los impuros estaban excluidos de la comunidad). Únicamente de él se dice que, por su «*fe*», no sólo ha sido curado, sino también y sobre todo «*salvado*» (v. 19). Como él, también los discípulos están llamados a vivir la fe como reconocimiento: con la capacidad de reconocer y, por consiguiente, de agradecer al Señor que se hace presente en la vida y en las muchas curaciones que realizó, venciendo la ignorancia que se abandona al goce de la saciedad del presente (cf. Jn 6,26).

MEDITATIO

Puedo reconocerme en uno de los leprosos con los que se encontró Jesús; también yo he implorado su benévola intervención, también yo he sido curado, puesto que existo gracias a su misericordia.

¿Y qué más? ¿Puedo reconocerme también en el único que volvió sobre sus pasos y fue capaz de agradecer el favor recibido? La invitación a reflexionar y a verificar en qué medida la gratitud marca mis acciones me alcanza y me agita. No es

fácil dar las gracias. Hay agradecimientos de conveniencias que casi oprimen a quien los recibe. Más frecuente es el silencio que expresa con elocuencia que "todo se me debe". Es ésta una actitud interior semejante a la del que, teniendo algún poder sobre otros, se arroga el derecho a hacer la ley.

El Señor nos repite que no tiene acepción de personas, que cuida de todos y de cada uno. Las diferencias las marcamos nosotros: diferencias que se convierten en juicio. Si nos apropiamos de los dones de Dios -sean cuales sean-, nos excluimos del abrazo de su misericordia. Si nos mostramos agradecidos, manifestamos que nos reconocemos como criaturas, atentas a no enviar al vacío las palabras del Creador y Señor, contentas de poder servirle a él y a los hermanos.

ORATIO

Hoy, mi oración, Señor, no puede ser más que agradecimiento. Gracias, porque me permites conocer lo que te gusta y eso es lo que me hace vivir. Gracias, porque no me juzgas siguiendo un arbitrio arcano, sino que dejas que mis obras mismas sean mi juicio. Gracias, porque tienes cuidado de todas las personas y lo manifiestas sobre todo dando tu Palabra que salva, que cura el mal profundo en cada uno.

Gracias, porque tú mismo te has hecho para mí "acción de gracias", eucaristía. Cada vez que me alimento del pan y del vino eucarístico entro en comunión contigo: que, junto a ti, mi vida, toda ella, se convierta en una acción de gracias al Padre.

CONTEMPLATIO

Hijo mío, acoge la disciplina y la sabiduría. No huyas de la disciplina y de la sabiduría, sino que si te es enseñada la sabiduría, acógela con alegría, y si te corrige en algo, haz lo que está bien.

Mediante la corrección harás una corona para tu guía interior. Cíñete la santa sabiduría como un vestido; ten la nobleza de una buena conducta. Adquiere la austeridad de la disciplina; júzgate sólo a ti mismo como un juez sabio. No descuides mi enseñanza ni seas presa de la ignorancia, para que no extravíes a tu pueblo. No huyas de lo divino ni de la sabiduría que hay en ti, porque quien te instruye te ama mucho y te impondrá una austeridad adaptada a tu medida. Envía lejos la naturaleza animal que hay en ti y no permitas que entre en ti el pensamiento malvado.

Está bien que llegues a saber el modo en el que te formo en la sabiduría. Si, como ves, está bien gobernar las cosas visibles, ¡cuánto mejor será que tú, que eres grande en toda la asamblea y en todo el pueblo, gobiernes cada cosa y te eleves de todas las maneras posibles mediante un *Logos* divino, una vez que te hayas convertido en señor de todo poder que da muerte al alma!

Hijo mío, ¿acaso es normal que uno desee hacerse esclavo? ¿Por qué hay en ti esa mala turbación? Hijo mío, a nadie temas, excepto sólo a Dios, el Altísimo. Rechaza lejos de ti la astucia del diablo. Acoge la luz en tus ojos y rechaza lejos de ti las tinieblas. Vive en Cristo y conquistarás un tesoro en el cielo. No te conviertas en una selva de muchas cosas inútiles ni en guía de tu ignorancia, que es ciega (Abba Silvano el Egipcio, *Voi siete miei amici*, Magnano 1999, lss).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra: *"Así pues, desead mis palabras, anheladlas y seréis instruidos"* (Sab6,II).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

En primer lugar, debemos comprender bien lo que se dice aquí a propósito del *retorno*. Sabemos que el retorno se

encuentra en el centro de la concepción judía del camino del hombre: tiene el poder de renovar al hombre desde el interior y de transformar su ámbito en el mundo de Dios, hasta el punto de que el hombre del retorno es ensalzado por encima del *zaddik* perfecto, el cual no conoce el abismo del pecado. Ahora bien, retorno significa aquí algo mucho más grande que arrepentimiento y penitencia; significa que el hombre que está extraviado en el caos del egoísmo -en el que él mismo era siempre la meta prefijada- encuentra, a través de un viraje de todo su ser, un camino hacia Dios, a saber: el camino hacia la realización de la tarea particular a la que Dios le ha destinado precisamente a él, ese hombre particular (M. Buber, // *Cammino dell'uomo*, Magnano 1990, p. 51).

Inicio documento

Día 13

Jueves de la 32ª semana del tiempo ordinario año impar

Memoria libre de san Leandro, obispo, confesor y doctor

Fue hermano de otros tres santos: Fulgencio, Isidoro y Florentina. Vivió muchos años en el claustro, desde muy joven. Siendo metropolitano de Sevilla, influyó extraordinariamente en la conversión de los godos al catolicismo. Fue tal lo que trabajó en el Concilio III de Toledo, que con razón se dice que fue el alma del mismo. Dejó al morir, en el 697, admirables escritos, entre ellos una santa regla para vírgenes, dedicada a su santa hermana Florentina.

Del Martirologio romano:

En Sevilla, en Hispania, san Leandro, obispo, hermano de los santos Isidoro, Fulgencio y Florentina, que con su predicación y diligencia convirtió,

contando con la ayuda de su rey Recaredo, a los visigodos de la herejía arriana a la fe católica (c. 600).

LECTIO

Primera lectura: Sabiduría 7,22-8,1:

Irradiación de la luz eterna es la sabiduría, y espejo límpido de la actividad de Dios.

^{7,22} La sabiduría posee un espíritu inteligente, santo, único, múltiple, sutil, ágil, penetrante, límpido, diáfano, impasible, amante del bien, agudo,

²³ expedito, benéfico, amigo de los hombres, estable, firme, libre de inquietudes, que todo lo puede, todo lo vigila y penetra en todos los espíritus, los inteligentes, los puros, los más sutiles.

²⁴ Pues más móvil que todo movimiento es la sabiduría, y con su pureza todo lo atraviesa y lo penetra.

²⁵ Es ella un hálito del poder de Dios, una emanación pura de la gloria del Omnipotente; por eso nada manchado entra en ella.

²⁶ Es una irradiación de la luz eterna, un espejo inmaculado de la actividad de Dios, una imagen de su bondad.

²⁷ Aunque es una, lo puede todo; sin salir de sí, todo lo renueva, y, entrando en cada época en las almas santas, hace amigos de Dios y profetas.

²⁸ Porque Dios sólo ama al que vive con la sabiduría.

²⁹ Ella es más bella que el sol y supera a todas las constelaciones. Comparada con la luz sale vencedora,

³⁰ porque la luz tiene que dejar paso a la noche, pero no hay maldad que prevalezca sobre la sabiduría.

^{8,1} Ella despliega su fuerza de un extremo a otro, y todo lo gobierna acertadamente.

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

*. El autor, en la línea de algunos precedentes veterotestamentarios y con el

respaldo de la tradición profético-sapiencial (véase, por ejemplo, Prov 8,22), procede a la personificación de la sabiduría, de la que elabora un elogio multiforme.

La describe, de entrada, con una sucesión de *veintiún* atributos (w. 22ss), cifra simbólica que expresa la perfección absoluta, dado que se obtiene de multiplicar *siete* (número de la perfección) por *tres* (plenitud). Hay quien ha leído en el Nuevo Testamento la atribución a Cristo de las mismas características: pensemos, entre otras, en la agudeza (Ap 1,16), en el poder benéfico (Hch 10,38), en la filantropía (Tit 3,4)...

En consecuencia, se ponen de manifiesto el origen y la naturaleza divinos de la sabiduría, utilizando (w. 25ss), en parte, la terminología bíblica y, en parte, la filosófica: en particular, *hálito*, *emanación* e *irradiación* expresan, aunque sea con diferentes matices, el origen y la consustancialidad con Dios; *espejo* e *imagen* expresan la identidad de la naturaleza (en la distinción). Por último, se trata de la actividad de la sabiduría, que se explica o bien haciendo «*amigos de Dios y profetas*», o bien (creando) renovando y gobernando «*todo*», puesto que la sabiduría lo mantiene todo unido {cf. Sab 1,7}.

En la teología posterior, el «*espíritu de sabiduría*» (Is 11,2) informará la acción de Cristo, a quien se atribuirá el primado en la creación (cf. Col 1,15-29) con las mismas funciones indicadas aquí y de quien se señalará su existencia, iluminada por el escándalo de la cruz, como «*sabiduría de Dios*» (cf. 1 Cor 1,24.30).

Salmo responsorial

Sa/118, 89. 90. 91. 130. 135. 175. (R.: 89a)

R. Tu palabra, Señor, es eterna.

V. Tu palabra, Señor, es eterna,
más estable que el cielo. R.

V. Tu fidelidad, de generación en
generación;
fundaste la tierra y permanece. R.

V. Por tu mandamiento subsisten hasta hoy,
porque todo está a tu servicio. R.

V. La explicación de tus palabras ilumina,
da inteligencia a los ignorantes. R.

V. Haz brillar tu rostro sobre tu siervo,
enséñame tus decretos. R.

V. Que mi alma viva para alabarte,
que tus mandamientos me auxilien. R.

Aleluya

Jn 15, 5

R. Aleluya, aleluya, aleluya.

V. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos —
dice el Señor—;
el que permanece en mí y yo en él, ése da
fruto abundante. R.

Evangelio: Lucas 17,20-25: *El reino de Dios está en medio de vosotros.*



En aquel tiempo,

²⁰ a una pregunta de los fariseos sobre cuándo iba a llegar el Reino de Dios, respondió Jesús: -El Reino de Dios no vendrá de forma espectacular,

²¹ ni se podrá decir: «Está aquí o allí», porque el Reino de Dios ya está entre vosotros.

²² Después, dijo a sus discípulos: -Llegará el día en el que desearéis ver uno solo de los días del Hijo del hombre y no lo veréis.

²³ Entonces os dirán: «Está aquí, está allí»; no vayáis ni los sigáis.

²⁴ Porque como el relámpago brilla desde un punto a otro del cielo, así se manifestará el Hijo del hombre en su día.

²⁵ Pero antes es preciso que sufra mucho y sea rechazado por esta generación.

Palabra del Señor.

R. Gloria a ti, Señor Jesús.

****.** La perícopa de Lc 17,20-37, a la que pertenece el fragmento que acabamos de leer, constituye una especie de «pequeño apocalipsis lucano» (en Lc 21,5-36 se encuentra una intervención más amplia) que se ocupa de la cuestión de la venida del Reino de Dios (w. 20ss) y del Hijo del hombre (w. 22-25).

Ya está cerca Jerusalén, la meta del viaje de Jesús, y los discípulos *«creían que el Reino de Dios debía manifestarse de un momento a otro»* (Lc 19,11). Sin embargo, son los fariseos quienes interrogan a Jesús respecto al *«cuándo»* (v. 20): tras la experiencia del exilio de Babilonia (cf. Jr 25,11; 29,10) lo esperaban evaluando los tiempos y los signos (cf. Dn 9,2; 12,1ss). En lo que respecta al Hijo del hombre, hay que mantener un discurso análogo.

Con todo, tanto en un caso como en el otro -y ésta es la advertencia de Jesús- nadie puede decir: *«Está aquí o está allí»* (v. 21 y también en el v. 23). Es una invitación a acoger el Reino que ya está presente *«entre vosotros»* (v. 23) en la persona de Cristo (*«dedo de Dios»*: Lc 11,20), aunque no sea fácil reconocer la visita del Señor dentro de la historia, en los acontecimientos.

Por lo que se refiere al retorno escatológico de Cristo, se llevará a cabo de improviso -especialmente para los que se dejen coger sin estar preparados-, pero será visible *«desde un punto a otro del cielo»* (v. 24). Ahora bien, antes es preciso que se cumpla el tiempo de la pasión y del rechazo por parte de los hombres (como

está preanunciado en Lc 9,22 y ratificado en 18,31-33).

Hemos de recorrer todos los días de la vida, con su carga de sufrimientos y contradicciones: no puede haber historia de la salvación fuera de la misma historia.

MEDITATIO

Dios está en medio de nosotros y está como Señor de lo que existe, porque él lo ha creado todo, porque lo ha redimido todo en la Pascua de Jesús. Sin embargo, el mundo funciona y sigue adelante sin él. Por otra parte, no hay necesidad de Dios como justificación de la realidad; ya Dietrich Bonhoeffer declaraba el final del «Dios-tapagujeros».

Con todo, precisamente ese mundo «autónomo» respecto a Dios, confiado a la técnica como nuevo espacio de «salvación», siente una gran voracidad de milagrería, de anuncios apocalípticos y corre allí donde el «santón» de turno proclama algo extraordinario. Viejos y nuevos milenarismos siguen atrayendo con gran fragor.

La Escritura nos dice hoy que Dios está presente y actúa: nada ni nadie está excluido de su acción salvadora. La suya es una obra de amor, una acción que da valor de eternidad a lo que nosotros hacemos en el tiempo. Es una obra en favor nuestro: hace más significativo nuestro vivir y afirma nuestra dignidad de hijos suyos. ¡Dios está aquí! No para sustituirnos a nosotros, sino para hacer eterno nuestro vivir en el tiempo. Dios está aquí no para poner un remiendo a nuestras insuficiencias, sino para que no se pierdan ni siquiera las migajas de nuestra existencia.

Abramos los ojos, el corazón y las manos a él, que con la fuerza suavísima de su Espíritu colma de sí mismo toda realidad y la lleva a su consumación definitiva.

ORATIO

Señor Dios, que acoges cada deseo de tus hijos y haces que dé frutos de vida, concédeme tu sabiduría, amante del bien, para que yo sepa reconocer el bien que hay en mí y a mi alrededor, semilla fecunda de tu Reino que está aquí.

Concédeme tu sabiduría, amiga del hombre, para que yo sepa acoger y ofrecer una amistad sincera y fiel, profecía de tu Reino que está aquí.

Concédeme tu sabiduría, estable, segura, sin afanes, para que yo sepa arraigarme en la roca de tu Palabra y consiga la certeza y la confianza en tu providencia, signo de tu Reino que está aquí.

CONTEMPLATIO

[...] Este apetito tiene siempre el alma de entender pura y claramente las verdades divinas; y cuanto más ama, más adentro de ellas apetece entrar, y por eso pide lo tercero, diciendo: Entremos más adentro en la espesura.

En la espesura de tus maravillosas obras y profundos juicios, cuya multitud es tanta y de tantas diferencias que se puede llamar espesura; porque en ellas hay sabiduría abundante y tan llena de misterios que no sólo la podemos llamar espesura; más aún, cuajada, según lo dice David, diciendo: *Mons Dei, mons pinguis. Mons coagulatus, mons pinguis*, que quiere decir: el monte de Dios es monte grueso y monte cuajado. Y esta espesura de sabiduría y ciencia de Dios es tan profunda e inmensa que, aunque más el alma sepa de ella, siempre puede entrar más adentro, por cuanto es inmensa y sus riquezas incomprensibles, según lo exclama san Pablo, diciendo: *O altitudo divitiarum sapientiae, et scientiae Dei: quam incomprehensibilia sunt judicial ejus, et investigabiles viae ejus!* (¡Oh alteza de riquezas de sabiduría y ciencia de Dios, cuan

incomprensibles son sus juicios e incomprensibles sus vías!). Pero el alma en esta espesura e incomprensibilidad de juicios desea entrar, porque le mueve el deseo de entrar muy adentro del conocimiento de ellos, porque el conocer en ellos es deleite inestimable que excede todo sentido. De donde, hablando David del sabor de ellos, dijo: *Judicia Domini vera, justificata tu semetipsa. Desiderabilia super aurum, et lapidem praetiosum multum: et dulciora super mel, et favum. Etenim servus tuus custodit ea*, que quiere decir: los juicios del Señor son verdaderos y en sí mismos tienen justicia. Son más agradables y codiciados que el oro y que la preciosa piedra de gran estima, y son dulces sobre la miel y el panal; tanto, que tu siervo los amó y guardó. Por lo cual desea el alma en gran manera engolfarse en estos juicios y conocer más adentro en ellos, y a trueque de esto le sería gran consuelo y alegría entrar por todos los aprietos y trabajos del mundo y por todo aquello que le pudiese ser medio para esto, por dificultoso y penoso que fuese, y por las angustias y trances de la muerte, por verse más dentro en su Dios. De donde, también por esta espesura en la que aquí el alma desea entrarse, se entiende harto propiamente la espesura y multitud de los trabajos y tribulaciones en que desea esta alma entrar, por cuanto le es sabrosísimo y provechosísimo el padecer, porque ello es medio para entrar más adentro en la espesura de la deleitable sabiduría de Dios, porque el más puro padecer trae más puro e íntimo entender, y por consiguiente más puro y subido gozar, porque es de más adentro saber. Por tanto, no se contentando con cualquier manera de padecer, dice: «Entremos más adentro en la espesura»; es a saber, hasta los aprietos de la muerte por ver a Dios. De donde,

deseando el profeta Job este padecer por ver a Dios, dijo: *Quis detur veniat petitio mea: et quod expecto, tribuat mihi Deus? Et qui coepit, ipse me conterat: solvat manum suam, et succidat me? Et haec mihi sit consolatio, ut affligens me dolore, non parcat*, que quiere decir: ¿quién me dará que mi petición se cumpla y que Dios me dé lo que espero, y que el que me comenzó ése me desmenuce, y desate su mano y me acabe, y tenga yo esta consolación, que, afligiéndome con dolor, no me perdone? ¡Oh si se acabase ya de entender cómo no se puede llegar a la espesura y sabiduría de las riquezas de Dios, que son de muchas maneras, sino es entrando en la espesura del padecer de muchas maneras, poniendo en esto el alma su consolación y deseo, y cómo el alma que de veras desea sabiduría divina, desea primero el padecer en la espesura de la cruz para entrar en ella! Que por eso san Pablo amonestaba a los de Éfeso que no desfalleciesen en las tribulaciones, que estuviesen fuertes y arraigados en la caridad, para que pudiesen comprender con todos los santos qué cosa sea la anchura y la largura y la altura y la profundidad, y para saber también la supereminente caridad de la ciencia de Cristo: *In chántate radicati, et fundati, ut possitis comprehendere cum ómnibus Sanctis, quae sit latitudo, et longitudo, et sublimitas, et profundum: scire etiam supereminentem scientiae charitatem Christi*; y para ser llenos de todo henchimiento de Dios: *Ut impleamini in omnem plenitudinem Dei*. Porque para entrar en estas riquezas de sabiduría la puerta es la cruz, que es angosta. Y desear entrar por ella es de pocos, mas desear los deleites a que se viene por ella es de muchos (Juan de la Cruz, *Cántico espiritual* B, estrofa 36, nn. 9-12).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra: «*La sabiduría hace amigos de Dios y profetas*» (Sab 7,27).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Cuando yo era joven, la «religiosidad» era para mí la excepción. La «religiosidad» me alejaba por sí misma. Por otra parte estaba la existencia habitual, con sus negocios, aquí, en cambio, imperaba el arrobamiento, la iluminación, el éxtasis, sin tiempo ni causalidad. No tuvo lugar nada de particular: un día, tras una *mañana* de exaltación «religiosa», recibí la visita de un joven desconocido, sin estar presente allí, no obstante, con toda el alma... No había venido a mí por casualidad, sino enviado por el destino no para una charla, sino para tomar una decisión, y precisamente a mí, precisamente en aquel momento.

¿Qué esperamos cuando estamos desesperados, pero buscamos también una persona? Probablemente, una presencia a través de la cual se nos diga que, pese a todo, la cosas tienen sentido. Desde entonces abandoné esa «religiosidad» que es solamente excepción, extrañamiento, evasión, éxtasis, o tal vez fui yo el abandonado por ella. Ahora no tengo más que la vida cotidiana de la que nunca me distraigo. El misterio ya no se pronuncia, se ha sustraído o bien mora aquí, donde todo sucede tal como sucede. Ya no conozco otra plenitud que la de cada hora mortal compuesta de pretensiones y responsabilidades. Muy lejos de estar en las alturas, sé, no obstante, que en la pretensión se me dirige la palabra y que puedo responder de manera responsable. Sé quién habla y me pide una respuesta. No sé mucho más. Si esto es religión, entonces la religión es *todo*, la totalidad vivida simplemente en su posibilidad de diálogo (M.

Buber, *Incontro. Frammenti autobiografia*, Roma 1994, pp. 73ss, *passim*).

Inicio documento

Día 14

Viernes de la 32ª semana del tiempo ordinario año impar

LECTIO

Primera lectura: Sabiduría 13,1-9: *Si fueron capaces de escudriñar el universo, ¿cómo no encontraron a su Señor?*

¹ Totalmente insensatos son todos los hombres que no han conocido a Dios, los que por los bienes visibles no han descubierto al que es, ni por la consideración de sus obras han reconocido al artífice.

² En cambio, tomaron por dioses, rectores del mundo, al fuego, al viento y al aire sutil; a la bóveda estrellada, al agua impetuosa y a los luceros del cielo.

³ Pues, si embelesados con su hermosura los tuvieron por dioses, comprendan cuánto más hermoso es el Señor de todo eso, pues fue el mismo autor de la belleza el que lo creó.

⁴ Y si tal poder y energía los llenó de admiración, entiendan cuánto más poderoso es quien los formó,

⁵ pues en la grandeza y hermosura de las criaturas se deja ver, por analogía, su Creador.

⁶ Éstos, con todo, merecen más ligero reproche, porque quizás se extravián buscando a Dios y queriendo hallarlo.

⁷ Se mueven entre sus obras y las investigan, y quedan seducidos al contemplarlas, itan hermosas son las cosas que contemplamos!

⁸ De todas formas, ni siquiera éstos son excusables,

⁹ porque, si fueron capaces de escudriñar el universo, ¿cómo no hallaron primero al que es su Señor?

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

****.** «*Los cielos cuentan la gloria de Dios*» (Sal 19,2), pero los hombres no siempre han sido capaces de leer lo que cuenta la creación. Y así, el autor del libro de la Sabiduría, que vive en un contexto en el que la cultura helenística sirve de fondo a los cultos paganos politeístas, se encuentra reflexionando con el lenguaje filosófico de la analogía sobre cómo la grandeza y la belleza de la naturaleza no pueden hacer otra cosa que remitir a su autor. Es posible que se trate de una reflexión nacida de la meditación de los relatos del Génesis sobre el origen del cosmos (el *todo* armónico y bello), explicitado aquí, no obstante, por vez primera de esta forma. No es nueva la consideración de la grandeza de lo creado y del poder de Dios que a través de ella se expresa (v. 4; cf. Job 36,22-26; Is 40,12-14), pero sí es digno de señalar el acento que se pone en la belleza del mismo (v. 3).

El autor nos invita a remontarnos al Señor de todas las criaturas, al que ha formado todo lo que existe, puesto que «*lo invisible de Dios, su eterno poder y su divinidad, se ha hecho visible desde la creación del mundo, a través de las cosas creadas*» (Rom 1,20), y él, aun dejando que «*cada pueblo siguiera su camino*» (Hch 14,16), ha dejado en la creación sus huellas para que todos puedan encontrarle. Sin embargo, no siempre los hombres le reconocieron (v. 1): no le han encontrado (v. 9), se han equivocado (v. 6) dejándose seducir por las apariencias y por la belleza de las cosas (v. 7), llegando a considerar en ocasiones como dioses a los elementos de la naturaleza (v. 2). Su ignorancia (v. 1) no es, en definitiva, excusable (v. 8), «*pues lo que se puede conocer de Dios lo tienen claro ante sus ojos, por cuanto Dios se lo ha revelado*» (Rom 1,18).

Salmo responsorial

Sa/18, 2-3. 4-5. (R.: 2a)

R. El cielo proclama la gloria de Dios.

V. El cielo proclama la gloria de Dios,
el firmamento pregonar la obra de sus
manos:

el día al día le pasa el mensaje,
la noche a la noche se lo susurra. **R.**

V. Sin que hablen, sin que pronuncien,
sin que resuene su voz,
a toda la tierra alcanza su pregón
y hasta los límites del orbe su lenguaje. **R.**

Aleluya

Lc 21, 28

R. Aleluya, aleluya, aleluya.

V. Levantaos, alzad la cabeza;
se acerca vuestra liberación. **R.**

Evangelio: Lucas 17,26-37: *El día que se
revele el Hijo del hombre.*



En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

²⁶ Cuando venga el Hijo del hombre sucederá
lo mismo que en tiempos de Noé.

²⁷ Hasta que Noé entró en el arca, la gente
comía, bebía y se casaba. Pero vino el diluvio
y acabó con todos.

²⁸ Lo mismo sucedió en los tiempos de Lot:
comían, bebían, compraban, vendían,
plantaban y edificaban.

²⁹ Pero el día en el que Lot salió de Sodoma,
llovió del cielo fuego y azufre y acabó con
todos.

³⁰ Así será el día en el que se manifieste el
Hijo del hombre.

³¹ Ese día, el que esté en la azotea y tenga
en casa sus enseres que no baje a tomarlos;
igualmente, el que esté en el campo que no
vuelva atrás.

³² Acordaos de la mujer de Lot.

³³ El que intente salvar su vida la perderá,
pero el que la pierda la salvará.

³⁴ Os aseguro que esa noche estarán dos
juntos en la misma cama: a uno se lo llevarán
y a otro lo dejarán.

³⁵ Estarán dos moliendo juntas: a una se la
llevarán y a otra la dejarán.

³⁷ Ellos le preguntaron: -¿Dónde, Señor? Y
les contestó: -Donde esté el cadáver, allí se
reunirán los buitres.

Palabra del Señor.

R. Gloria a ti, Señor Jesús.

*.. En el marco de la reflexión sobre los
últimos tiempos, Jesús se remite a los
acontecimientos de Noé (*cf.* Gn 6-8) y de
Lot con su consorte (*cf.* Gn 19,24.26) para
caracterizar los días del Hijo del hombre.
Como en tiempos de Noé (w. 26ss) y de Lot
(w. 28ss) el diluvio y el fuego,
respectivamente, sorprendieron a los
hombres, ocupados en comer, beber,
casarse, trabajar, también es posible que
ahora la venida del Señor nos coja sin estar
preparados.

Es preciso mirar bien a qué se dirige
principalmente nuestra atención: comer,
beber y darse a la alegría es el proyecto -
frustrado por la muerte- del rico necio de
Lc 12,19. No son los «*enseres*» (v. 31), las
realidades materiales, lo que nos dará la
vida; al contrario, tras haber convertido a
Dios en el fulcro de nuestra vida, es preciso
renunciar a ellas, sin echar la vista atrás,
como hizo la mujer de Lot (v. 31; *cf.* Lc
9,62). Recogiendo ahora lo que ya había
dicho en Lc 9,23, Jesús afirma: «*El que
intente salvar su vida la perderá, pero el
que la pierda la salvará*» (v. 33). Nótese que,
en el primer caso, salvar (*peripoiéomai*)
tiene el valor de conservar lo que se tiene;
en el segundo caso, salvar (*zoogonéo*)
implica no la conservación, sino la

generación de una vida nueva que se produce en la pérdida.

Hombres y mujeres (v. 34) tienen que estar preparados: «*dónde*» (v. 37), donde cada uno se *encuentre*, porque allí donde cada uno desarrolla su vida, *allí* le visita el Señor {cf. Ap 19,17 e Is 18,6; 34,15ss; Jr 7,33; 12,9; 15,3 para la imagen de las aves rapaces).

MEDITATIO

La Palabra de Jesús nos dice hoy que él volverá, aunque no sabemos cuándo. Volverá, y entonces comprenderemos que nuestra vida vale en cuanto la entregamos a él, la gastamos en las ocupaciones diarias junto a él. Estar preparados es un hecho cotidiano: no puede sorprendernos la venida de aquel con quien estamos en continua relación.

El orden creado, en su multiplicidad de formas y manifestaciones, nos ofrece el espacio de la relación con Dios. Y no sólo eso: las criaturas dicen algo del Creador. De esta suerte, la creación es el primer relato de la belleza y del amor de Dios y es también la primera palabra con la que respondemos a tanto amor. Hoy se habla mucho de «medio ambiente», de «naturaleza», de «ecología», y se habla con razón, porque nuestro sistema económico y nuestro estilo de vida occidental están devastando, alterando, suprimiendo lo que constituye nuestro espacio vital. Con todo, no tiene sentido convertirlo en un ídolo. No es en sí misma una cuestión de fina sensibilidad ecológica -aunque esta atención al orden creado tenga un valor-, sino que está en juego nuestra conciencia de criaturas en relación con el Creador. Estar preparados para el encuentro definitivo con él significa asimismo haber aprendido a encontrarle en las criaturas, respetándolas, admirándolas y promoviendo la vida particular y específica de cada uno.

ORATIO

Hoy, Señor mío, quiero orarte haciendo mías las palabras de san Francisco. Como él, quiero unir mi voz a la de las otras criaturas para alabarte, Creador y Señor del universo. *¡Alabado seas, mi Señor, en todas las criaturas tuyas, especialmente el señor hermano Sol, por quien nos das el día y nos alumbras, y es bello y radiante con grande esplendor: de ti, Altísimo, es significación! ¡Alabado seas, mi Señor, por la hermana Luna y las estrellas: en el cielo las formaste claras y preciosas y bellas! ¡Alabado seas, mi Señor, por el hermano Viento, por el Aire y la Nube, por el Cielo sereno y todo Tiempo: por ellos a tus criaturas das sustento! Alabado seas, mi Señor, por la hermana Agua, la cual es muy útil y humilde, preciosa y casta! ¡Alabado seas, mi Señor, por el hermano Fuego: por él nos alumbras la noche, y es bello y alegre, vigoroso y fuerte! ¡Alabado seas, mi Señor, por la hermana nuestra madre Tierra, que nos mantiene y sustenta, y produce los variados frutos con las flores coloridas y las hierbas!*

Y quiero invocarte: envía tu Espíritu para que nosotros, criaturas humanas, comprendamos la importancia de poner todos los medios para no apagar la voz de los seres que, con nosotros, pueblan este mundo: cada uno por su parte refleja algo de tu belleza, preparado para estar contigo en la eternidad.

¡Alabado seas, mi Señor, por nuestra hermana la Muerte corporal, de quien ningún hombre viviente puede escapar! ¡Ay de aquellos que mueran en pecado mortal! ¡Bienaventurados los que encuentre cumpliendo tu muy santa voluntad, pues la muerte segunda no les podrá hacer mal!

CONTEMPLATIO

Dios, a causa de su caridad, hizo de modo que cuantos estaban lejos de él [...]

percibieran su caridad con ellos y se [le] acercaran gracias a la mediación de las criaturas, puestas como escritura por su Poder y por su Sabiduría, es decir, por su Hijo y por su Espíritu. A través de las criaturas, pues, no sólo perciben la caridad de Dios Padre con ellas, sino también su Poder y su Sabiduría.

En efecto, así como el que lee una escritura percibe a través de ella su belleza, junto con la voluntad de su redactor, el poder y la inteligencia de la mano y del dedo que la han escrito, así también quien observa a las criaturas de modo intelectual percibe la mano y el dedo de su creador junto con su voluntad, o sea, su caridad [...].

Ahora bien... del mismo modo que la cosa escondida en la escritura está oculta a los que no saben leer esta [última], aunque la miren, así también quien carece de inteligencia de las criaturas visibles carece [también] de la percepción intelectual escondida en ellas, aunque las mire. En cambio, el que en virtud de su solicitud y pureza está instruido en ellas, sabe que todas le revelan a él [en su interioridad], y, cuando haya percibido estas cosas, entonces también él anunciará la sabiduría y el poder de su propia constitución y proclamará incesantemente la voluntad de la Caridad incomprensible, a la que sirven el Poder y la Sabiduría [...].

Y si la escritura, que sirve a los alejados, puede hacer saber lo que ha sucedido y lo que sucederá, cuánto más la Palabra y el Espíritu conocerán y anunciarán todo al intelecto, su «cuerpo». Y digo en verdad: muchas puertas, llenas de diversas distinciones, me han salido al encuentro en este lugar... (Evagrio Póntico, *Lo scrigno Della sapienza*, Magnano 1997, pp. lóss, *passim*).

ACTIO

Repíete con frecuencia y vive hoy la Palabra: «*El que intente salvar su vida la perderá, pero el que la pierda la salvará*» (Lc 17,33).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

El sentido de lo bello, aunque mutilado, deformado, ensuciado, permanece, a pesar de todo, como un impulso poderoso en el corazón humano. Está presente en todas las preocupaciones de la vida profana. Si se volviera auténtico y puro, transportaría toda la vida profana como un solo bloque a los pies de Dios y así haría posible la encarnación total de la fe. Por lo demás, la belleza del orden creado es, en general, la vía más común, la más fácil y natural. Como Dios se precipita a cada alma en cuanto ella parece abierta, para amar y servir a través de ella a los desventurados, así se precipita también para amar y admirar a través de ella la belleza sensible de su propia creación.

Con todo, lo contrario es todavía más verdad: la tendencia natural del alma a amar la belleza es la trampa más frecuente de la que se sirve Dios para abrirla al soplo que viene de lo alto. La belleza del orden creado es la sonrisa de ternura que nos dirige Cristo a través de la materia. El está realmente presente en la belleza del universo. También éste, por tanto, se asemeja a un sacramento.

El amor físico, en todos sus aspectos, desde el más noble -tanto el verdadero matrimonio como el amor platónico- hasta el más bajo, incluso hasta el vicio, tiene por objeto la belleza del orden creado. El deseo de amar en un ser humano la belleza de la creación es, en su esencia, el deseo de la encarnación. El amor físico, en todos sus aspectos, se siente atraído unas veces más y otras menos por la belleza -y las

excepciones tal vez sean sólo aparentes-, porque la belleza de un ser humano lo hace aparecer a la imaginación como algo equivalente a la belleza del orden creado. Por eso son graves los pecados en ese campo: constituyen una ofensa a Dios por el hecho mismo de que el alma, sin saberlo, está buscando a Dios (S. Weil, *Attesa di Dios*, Milán 1991, pp. 123ss, *passim* [edición española: *A la espera de Dios*, Editorial Trotta, Madrid 1996]).

Inicio documento

Día 15

Sábado de la 32ª semana del tiempo ordinario año impar

Memoria libre de san Alberto Magno, obispo y doctor de la Iglesia

San Alberto nació en 1206 en el seno de una familia noble en Lauingen, en la Baviera alemana. Quien lo conoció dice de él que «era de buena talla y bien dotado de formas físicas. Poseía un cuerpo formado con bellas proporciones y perfectamente moldeado para todas las fatigas del servicio de Dios». Su familia soñaba con que fuera un hombre de leyes, pues no le faltaba ni dinero ni talento. Estudió en las mejores universidades que existían en Europa. Conoció a un gran predicador compatriota suyo y, movido por su oratoria y por el espíritu de sus sermones, decidió ingresar, con la oposición de su familia, en la orden de predicadores. Muy joven, fue enviado como profesor a su tierra, a Colonia, y más tarde a París. En la Sorbona tuvo como discípulo ilustre y predilecto a santo Tomás de Aquino. El papa Alejandro IV le nombró obispo, pero a los dos años, con nostalgia de su vida conventual dominicana, renunció al obispado. El 15 de noviembre de 1280, debilitado física y mentalmente, murió con serenidad y paz sobre su mesa de trabajo.

San Alberto Magno fue un místico que descubría a Dios en el encanto de la creación. Y un místico mariano, con una sencilla y profunda devoción a la Virgen María. Fue canonizado por Pío XI el 16 de diciembre de 1931.

Del Martirologio romano:

San Alberto, apellidado “Magno”, obispo y doctor en Iglesia, que ingresó en la Orden de Predicadores en París, enseñó de palabra y en sus escritos las disciplinas filosóficas y divinas, y fue maestro de santo Tomás de Aquino, uniendo maravillosamente la sabiduría de los santos con la ciencias humanas y naturales. Después se vio obligado a aceptar la sede episcopal de Ratisbona, esforzándose asiduamente en fortalecer la paz entre los pueblos, pero al cabo de un año prefirió la pobreza de la Orden a toda clase de honores y murió santamente en Colonia, en la Lotaringia Germánica (1280).

LECTIO

Primera lectura: Sabiduría 18,14-15b; 19,6-9: *Se vio el mar Rojo convertido en un camino practicable, y retozaban como corderos.*

^{18,14} Cuando un silencio apacible lo envolvía todo y la noche llegaba a la mitad de su veloz carrera,

¹⁵ tu omnipotente palabra se lanzó desde el cielo, desde el trono real, cual implacable guerrero, sobre aquella tierra destinada al exterminio.

^{19,6} porque toda la creación, obediente a tus mandatos, tomaba nuevas formas en su misma naturaleza, para guardar de todo mal a tus hijos:

⁷ se vio a la nube dar sombra al campamento y de lo que antes era agua emerger la tierra seca. El mar Rojo se convirtió en un camino transitable y el oleaje impetuoso en una llanura verdeante,

⁸ por donde pasó un pueblo entero,

protegido por tu mano, contemplando prodigios admirables.

⁹ Parecían caballos pastando en la pradera, y retozaban como corderillos mientras te alababan a ti, Señor, su libertador.

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

.. El autor del libro de la Sabiduría, recorriendo en sus etapas principales la historia del pueblo de Israel, lee en ella la obra de la Sabiduría, que obra de acuerdo con la voluntad de Dios. En los pasajes que hemos leído hoy, se detiene a considerar los acontecimientos del éxodo. En los vv. 14-16 del capítulo 18 relata, en una escena de sabor apocalíptico, la muerte de los primogénitos egipcios, atribuida a Dios por mano del ángel exterminador: signo decisivo que abre el camino a la salida del pueblo de Israel de Egipto (cf. Ex 11-12). Se hace una mención particular del tiempo («la noche llegaba a la mitad»*: v. 14; cf. Ex 11,4.12.29) en el que se dio ese signo.

La Sabiduría es identificada con la Palabra eficaz de Dios (cf. Is 11,4; 55,11): como el guerrero que produce un «exterminio» con su espada afilada (v. 15), la Palabra de la Sabiduría que llena el universo actúa en favor del pueblo de Dios, en una noche de tragedia y libertad.

En los vv. 6-9 del capítulo 19 se pone la atención en la travesía del mar Rojo. Y aparece casi una nueva creación donde al «espíritu» que «aleteaba sobre las aguas» del caos primordial (Gn 1,2) le corresponde la «nube» que acompaña en su camino al pueblo (Nm 9,15-23) y fecunda como «sombra» (cf. Lc 1,35) sus etapas: aparecen entonces la «tierra seca», la «llanura verdeante» y el «camino libre» para el paso de los hombres protegidos por la mano de Dios (Ex 14,21ss como en Gn 1,9-12). En definitiva, no sólo la naturaleza lleva en sí misma las huellas de Dios, que la ha creado,

sino que toda la historia está surcada por su presencia, como se dirá, con mirada sintética, al final de este libro: *«Por todos los medios, Señor, engrandeciste y cubriste de gloria a tu pueblo y no dejaste de asistirlo en todo tiempo y lugar»* (19,22).

Salmo responsorial

Sal 104, 2-3. 36-37. 42-43. (R.: 5a)

R. Recordad las maravillas que hizo el Señor.

V. Cantadle al son de instrumentos, hablad de sus maravillas.

Gloriaos de su nombre santo, que se alegren los que buscan al Señor. **R.**

V. Hirió de muerte a los primogénitos del país, primicias de su virilidad. Sacó a su pueblo cargado de oro y plata, y entre sus tribus nadie enfermaba. **R.**

V. Porque se acordaba de la palabra sagrada, que había dado a su siervo Abrahán. Sacó a su pueblo con alegría, a sus escogidos con gritos de triunfo. **R.**

Aleluya

Cf 2 Tes 2, 14

R. Aleluya, aleluya, aleluya.

V. Dios nos llamó por medio del Evangelio para que lleguemos a adquirir la gloria de nuestro Señor Jesucristo. **R.**

Evangelio: Lucas 18,1-8: Dios hará justicia a sus elegidos que claman ante él.

†

En aquel tiempo,

¹ para mostrarles la necesidad de orar siempre sin desanimarse, Jesús les contó esta parábola:

² -Había en una ciudad un juez que no temía a Dios ni respetaba a los hombres.

³ Había también en aquella ciudad una viuda que no cesaba de suplicarle: «Hazme justicia frente a mi enemigo».

⁴ El juez se negó durante algún tiempo, pero después se dijo: «Aunque no temo a Dios ni respeto a nadie,

⁵ es tanto lo que esta viuda me importuna que le haré justicia, para que deje de molestarme de una vez».

⁶ Y el Señor añadió: -Fijaos en lo que dice el juez inicuo.

⁷ ¿No hará, entonces, Dios justicia a sus elegidos, que claman a él día y noche? ¿Les hará esperar?

⁸ Yo os digo que les hará justicia inmediatamente. Pero, cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará fe en la tierra?

Palabra del Señor.

R. Gloria a ti, Señor Jesús.

* «*Velad, pues, y orad en todo tiempo, para que os libréis de todo lo que ha de venir y podáis presentaros sin temor ante el Hijo del hombre*» (Lc 21,36). Jesús, para ilustrar la necesidad de «*orar siempre*» (18,1), cuenta la parábola del juez inicuo y la viuda importuna.

Si la verdadera religión es «*socorrer a los huérfanos y las viudas*» (Sant 1,27), el juez del relato es verdaderamente un juez *inicuo* -ni teme a Dios ni se preocupa por nadie (w. 2 y 4)-; sin embargo, la insistencia de la viuda, que, en su necesidad, continúa importunándole (recuerda al amigo importuno de Lc 11,1-8), logra triunfar sobre su indiferencia. Del mismo modo, es preciso que nos dirijamos continuamente (v. 5) a Dios, seguros de que escuchará a quien grita a él «*día y noche*» (v. 7; cf. La relación que existe entre la justicia divina y la oración del humilde en Eclo 35,11-24). También san Pablo, que se ocupa en

diferentes ocasiones del tema de la oración incesante (cf. Ef 6,18; 1 Tes 5,17), subraya que la *oración* es una auténtica lucha con Dios (cf. Rom 15,30).

Ahora bien, la condición es que tengamos «*fe*» (v. 8): el riesgo que se cierne ahora es que estemos tan preocupados por otras cosas (cf. Lc 17,27ss: comer, beber...) que olvidemos buscar, en primer lugar, el Reino de Dios. Dios hace justicia (expresión repetida en otras ocasiones: vv. 3,5,7ss) a quien no se cansa de pedirla; escucha y abre la puerta, incluso cuando la noche ya está avanzada, a quien no deja de insistir.

MEDITATIO

No existe -posiblemente- ninguna persona que, en algún momento de su existencia, no haya deseado percibir de una manera sensible la presencia de Dios, tener signos inequívocos que prueben que se interesa por nosotros y que nuestra fatigosa oración llega a él.

Es posible que también yo lo haya deseado, pero tal vez me he quedado perplejo y decepcionado. ¡Qué difícil es entrar en relación con Dios! ¡Qué difícil es estar en relación con él, una relación en la que me escapa el «tú»... Pero la Palabra de Dios -puesto que él me habla en las Escrituras- me recuerda hoy algo que olvido con frecuencia: Dios me cita en la historia, en ella puedo tejer una relación con él. No son los espacios indefinidos de experiencias esotéricas los que me conducen al encuentro con Dios, sino que son los acontecimientos concretos que forman mi vivir y el vivir humano los que me dicen algo de Dios, los que me revelan algo de él, los que me evocan algo de su acción misericordiosa y salvadora. Dios no «*maniobra*» en la historia: la custodia y la sostiene, hace que todo concurra a la realización de su obra de salvación.

Todo esto interpela a mi fe. ¿Acaso pienso que la relación con Dios es algo distinto a la fe? ¿Acaso pienso que la relación con Dios es un hecho que se produce por necesidad, el reflejo de un ímpetu emotivo? El Señor -que tanta importancia a da mi relación con él- me lo repite una vez más: si creo en él, le descubriré presente; si creo en él, me dará cuenta de que me escucha. La fe no inventa algo que no es, sino que nos hace capaces de ver lo que escapa a la mirada presurosa, superficial, encerrada en sí misma, y nos hace capaces de ver lo que es verdaderamente real.

ORATIO

Quisiera tener, oh Dios, la fuerza suficiente para no cesar nunca de importunarte; quisiera esa inquietud que no encuentra reposo hasta que no llega a ti. Sé tú, Señor, el interlocutor de mis peticiones en esta historia que, en ocasiones, parece enloquecida y, muchas otras, me resulta incomprensible. Dime cómo hacer para vislumbrar tus huellas en nuestros caminos envueltos en nieblas, fangosos, tortuosos...

¡Dios de la historia, haz crecer mi fe! Te pido esa fe sencilla que no tiene miedo de reconocerte entre las curvas de nuestro andar; que es capaz de verte obrando como roca que sostiene todo el lodo de nuestro vivir; que es capaz de verte vivo, como luz radiante que disipa nuestras nieblas en un destino de vida eterna.

CONTEMPLATIO

La causa también por que el alma no sólo va *segura* cuando va así a *oscuras*, sino aun se va más ganando y aprovechando, es porque comúnmente, cuando el alma va recibiendo mejoría de nuevo y aprovechando, es por donde ella menos entiende; antes muy de ordinario piensa que se va perdiendo, porque, como ella nunca ha

experimentado aquella novedad que le hace salir y deslumbrar y desatinar de su primer modo de proceder, antes piensa que se va perdiendo que acertando y ganando, como ve que se pierde acerca de lo que sabía y gustaba, y se ve por donde no sabe si gusta. Así como el caminante que, para ir a nuevas tierras no sabidas, va por nuevos caminos no sabidos ni experimentados, que [camina no] guiado por lo que sabía antes, sino en dudas y por el dicho de otros, y claro está que éste no podría venir a nuevas tierras ni saber más de lo que antes sabía si no fuera por caminos nuevos nunca sabidos, y dejados los que sabía. Ni más ni menos el que va sabiendo más particularidades en un oficio o arte, siempre va a oscuras no por su saber primero, porque si aquél no dejase atrás nunca saldría de él ni aprovecharía en más.

Así, de la misma manera, cuando el alma va aprovechando más, va a oscuras y no sabiendo. Por tanto, siendo (como habernos dicho) Dios [aquí] el maestro y guía de este ciego del alma, bien puede ella -ya que lo ha venido a entender (como aquí [decimos])- con verdad alegrarse y decir: a *escuras* y *segura* (Juan de la Cruz, «Noche oscura», II, 16, n. 8, en *id.*, *Obras completas*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 141994, pp. 560-561).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra: *«Tú escuchas, Señor, el grito de nuestra fe»* (cf. Lc 18,7ss).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Es necesario que encontremos el silencio de Dios no sólo en nosotros mismos, sino también en el otro. Si los otros no nos hablan con palabras que proceden de Dios y comunican con el silencio de Dios que hay en nuestras almas, permaneceremos aislados en nuestro mismo silencio, del que Dios tiende a sustraerse.

Y es que el silencio interior depende de una búsqueda continua, de un arito incesante en la noche, de un repetido inclinarse sobre el abismo. Si nos adherimos a un silencio que pensamos haber encontrado para siempre, desistimos de la búsqueda de Dios y muere el silencio en nosotros. Un silencio en el que ya no buscamos a Dios cesa de hablarnos de él. Un silencio del que Dios no parece ausente amenaza de manera peligrosa su continua presencia. Y es que lo encontramos cuando le buscamos, y cuando no le buscamos huye de nosotros. Lo oímos sólo cuando esperamos oírle, y si dejamos de escucharle, creyendo que nuestra esperanza ya se ha realizado, él deja de hablar; su silencio ya no es vida, sino que se convierte en muerte, aunque lo carguemos de nuevo con el eco de nuestro estrépito emotivo (Th. Merton, *Pensieri nella solitudine*, Roma 1959, p. 83 [edición española: *Pensamientos de la soledad*, Edhasa, Madrid 1971]).

MEDITATIO para san Alberto Magno

Los jardines, los parques, los frutales y los majuelos tienen que ser escardados y podados. En esta alegoría que utiliza el evangelista Juan, nosotros somos los sarmientos; Jesús, la vid, y el Padre, el viñador. Él, como buen viñador, nos poda. Poda a los que dan fruto para que den más. Nos corta los brotes de soberbia y de comodidad que nos impiden dar fruto. A los sarmientos improductivos y bravíos no los poda, sino que los corta.

El Padre tiene muchos instrumentos para podarnos: la comunidad, los amigos, también los que nos critican y nos hacen frente. Otras veces, es la vida misma, con sus luces y sus sombras, con sus vendavales o sus brisas serenas, la que nos arranca o nos invita a ser coherentes y desprendernos de

las ramas superfluas...

ORATIO

Corta por lo sano, Señor, mis ramas improductivas de orgullo y vanidad. Elimina, sin dolor, el follaje que en mí sólo es apariencia y superficialidad. No me arrojes lejos de tu viña. Límpiame y abóname una vez más. Amén.

COMTEMPLATIO

Haced esto en conmemoración mía. Dice: *Haced esto.* No podríamos imaginarnos un mandato más provechoso, más dulce, más saludable, más amable, más parecido a la vida eterna. Y lo vamos a demostrar punto por punto. Lo más *provechoso* en nuestra vida es lo que nos sirve para el perdón de los pecados y la plenitud de la gracia. Él, el Padre de los espíritus, nos instruye en lo que es provechoso para recibir su santificación. Su santificación consiste en su sacrificio, esto es, en su ofrecimiento sacramental, cuando se ofrece al Padre por nosotros y se ofrece a nosotros para nuestro provecho.

Por ellos me consagro yo. Cristo, que en virtud del Espíritu eterno se ha ofrecido a Dios como sacrificio sin mancha, podrá purificar nuestras conciencias de las obras muertas, llevándonos al culto del Dios vivo.

Es también lo más *dulce* que podemos hacer. ¿Qué puede haber más dulce que aquello en que Dios nos muestra toda su dulzura? A tu pueblo lo alimentaste con manjar de ángeles, proporcionándole gratuitamente, desde el cielo, pan de mil sabores, a gusto de todos; este sustento tuyo demostraba a tus hijos tu dulzura, pues servía al deseo de quien lo tomaba y se convertía en lo que uno quería.

Es lo más *saludable* que se nos podía mandar. Este sacramento es el fruto del árbol de la vida, y el que lo come con la devoción de una fe sincera no saboreará

jamás la muerte.

Es lo más *amable* que se nos podía mandar. Este sacramento es causa de amor y unión. La máxima prueba de amor es darse uno mismo como alimento. Es imposible un modo de unión más íntimo y verdadero.

Y es lo más parecido a la vida eterna que se nos podía mandar. La vida eterna viene a ser una continuación de este mandamiento, en cuanto que Dios penetra con su dulzura en los que gozan de la vida bienaventurada.

(Del comentario de san Alberto Magno a Lc 22,19.)

ACTIO

Repite con frecuencia y vive durante la jornada de hoy: *«Entre vosotros, el más importante ha de ser como el menor, y el que manda, como el que sirve».*

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Él mismo contaba que de joven le costaban los estudios, y por eso una noche decidió huir del colegio donde estudiaba. Pero al tratar de salir por una escalera colgada de una pared, en la parte de arriba, le pareció ver a Nuestra Señora la Virgen María, que le dijo: «Alberto, ¿por qué en vez de huir del colegio, no me rezas a mí, que soy "Trono de la Sabiduría?"». Si me tienes fe y confianza, yo te daré una memoria prodigiosa. Y para que sepas que sí fui yo quien te la concedí, cuando ya te vayas a morir olvidarás todo lo que sabías». Y así sucedió: al final de su vida, un día en un sermón se le olvidó todo lo que sabía, y dijo: «Es señal de que ya me voy a morir, porque así me lo anunció la Virgen Santísima». Y se retiró de sus labores y se dedicó a orar y a prepararse para morir, y a los pocos meses murió.

[Inicio documento](#)

Día 16

33° Domingo del tiempo ordinario

ciclo "C"

- **Mal 3, 19-20a.** *A vosotros os iluminará un sol de justicia.*

- **Sal 97.** R. *El Señor llega para regir los pueblos con rectitud.*

- **2 Tes 3, 7-12.** *Si alguno no quiere trabajar, que no coma.*

- **Lc 21, 5-19.** *Con vuestra perseverancia salvaréis vuestras almas.*

La liturgia de la Palabra hoy nos orienta hacia el juicio de Dios, especialmente el final y definitivo. La irrevocable sentencia se describe como un fuego devorador para todos los que hayan cometido injusticia y, por el contrario, como sol de justicia para los que hayan dado el verdadero culto a Dios (cf. 1 lect.).

En ese contexto, se sitúa como elemento de fondo la destrucción del templo de Jerusalén (Ev.). Jerusalén era el símbolo de la religión y de las instituciones del Antiguo Testamento. La profecía indica la superación del viejo mundo y de la Antigua Alianza y la inauguración de un orden nuevo y de una Nueva Alianza.

El preanuncio de guerras, revoluciones y cataclismos cósmicos y de persecuciones describe de manera expresiva la maduración difícil y sufrida del reino de Dios, destinado a alcanzar, al fin, su plenitud.

• **JORNADA MUNDIAL DE LOS POBRES** (pontificia). Liturgia del día, alusión en la mon. de entrada y en la hom., intención en la oración universal.

LECTIO

Primera lectura: Malaquías 3,19-20ª: *A vosotros os iluminará un sol de justicia.*

Así dice el Señor:

¹⁹ Ya viene el día, abrasador como un horno; todos los arrogantes, todos los malvados, no serán entonces más que paja. Ese día que está llegando, dice el Señor todopoderoso, los abrasará y no dejará de

ellos ni rama ni raíz.

²⁰ Pero sobre vosotros, los que honráis mi nombre, se alzará un sol de justicia.

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

*.. El fragmento que hemos leído, tomado de la sección sexta del libro (3,13-21), está iluminado por la llegada de un día cuyo calor abrasará hasta la raíz de los árboles que dan frutos venenosos, sin que puedan volver a germinar. Sin embargo, un «sol de justicia» extenderá sus rayos como alas para recubrir y calentar a quienes todavía experimentan los escalofríos ante los crímenes y los delitos.

Ese día, una vez eliminados los asesinos, se podrá salir, por fin, de casa y vivir con alegría, como terneros que salen del cercado. Ese día, por tanto, permite recuperar la calidad de la vida para aquellos que apuestan por ser personas rectas ante Dios, mientras que marcará el fracaso de los que buscan ganar explotando a los miembros de su pueblo, conspirando junto con los criminales que encuentran.

También en otros libros de la Biblia se habla del «día del Señor» como día de salvación y de condena (Mal 3,2; Is 2,6-22; Am 5,18-20; Sof 1,15-18). Malaquías también habla de él porque quiere que el pueblo, una vez vuelto del exilio, recupere su cualidad más pura: en el culto, en la vida, en sus valores más elevados. No se contenta con la mediocridad, no le basta, por ejemplo, que se haya reconstruido el templo. Quiere que, empezando por el templo, todo se haga bien, en un clima de respeto al mismo Dios. Quiere que todo el pueblo esté preparado para contemplar el sol de su justicia y no dude de que éste permanecerá aunque, en plena tempestad, se acumulen las nubes (cf. 2,18).

Salmo responsorial

Sal/97, 5-6. 7-8. 9ab. 9cd (R.: cf. 9)

R. El Señor llega para regir los pueblos con rectitud.

V. Tañed la cítara para el Señor, suenen los instrumentos: con clarines y al son de trompetas, aclamad al Rey y Señor. **R.**

V. Retumbe el mar y cuanto contiene, la tierra y cuantos la habitan; aplaudan los ríos, aclamen los montes. **R.**

V. Al Señor, que llega para regir la tierra. Regirá el orbe con justicia y los pueblos con rectitud. **R.**

Segunda lectura: 2 Tesalonicenses 3,7-12: *Si alguno no quiere trabajar, que no coma.*

Hermanos:

⁷ Conocéis perfectamente el ejemplo que os hemos dado, porque no hemos vivido ociosamente entre vosotros

⁸ ni hemos comido de balde el pan de nadie; al contrario, hemos trabajado con esfuerzo y fatiga día y noche para no ser gravosos a ninguno de vosotros.

⁹ ¡Y no es que no tuviéramos derecho a ello! Pero quisimos daros un ejemplo que imitar.

¹⁰ Porque ya cuando estábamos entre vosotros os dábamos esta norma: El que no quiera trabajar que no coma..

¹¹ Pues bien, tenemos noticia de que algunos de vosotros viven ociosamente, sin otra preocupación que curiosearlo todo.

¹² De parte de Jesucristo, el Señor, les mandamos y exhortamos a que trabajen en paz y se ganen el pan que comen.

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

*.. Tras la ortodoxia, en la última parte

de la segunda Carta a los Tesalonicenses se recomienda la ortopraxis. Un pasaje como éste está dictado por el comportamiento extravagante de algunos miembros de la comunidad que habían abandonado su puesto de trabajo en nombre del Evangelio, tal vez a causa de la fe en una inminente manifestación del Señor. Este cristianismo vivido entre las nubes no ayudaba al crecimiento de la comunidad ni a su credibilidad en el ambiente de Tesalónica.

Pablo había encontrado ya muchos vagabundos dedicados a procurar molestias al prójimo y se había visto obligado a demostrar, trabajando, que no era como ellos. Por consiguiente, no había necesidad de tener otros precisamente dentro de la comunidad. El apóstol, que aunque estaba revestido de la autoridad de guía se había «camuflado» en Tesalónica entre los trabajadores y no se había avergonzado de ganarse el pan como ellos, no quiere que nadie deje de trabajar y viva sin esquemas de referencia. Propone, más bien, la *mimesis-es* decir, la imitación- de su propia conducta.

En efecto, el mismo Pablo les suministra la más evidente demostración de la viabilidad del mensaje cristiano en todos los ambientes de vida. Las palabras de la carta recuerdan los dichos del Evangelio sobre el siervo fiel y vigilante que el señor encuentra despierto. Éste recibirá su recompensa precisamente porque no ha abandonado su ocupación, sino que, por estar seguro de la vuelta del Señor, le hace encontrar todo en orden y a él mismo dispuesto (cf. Le 12,35-48).

Aleluya

Cf. Jn 18, 12b

R. Aleluya, aleluya, aleluya.

V. Yo soy la luz del mundo —dice el Señor—;

el que me sigue tendrá la luz de la vida. R.

Evangelio: Lucas 21,5-19: «¿Qué quieres que haga por ti?». «Señor, que recobre la vista».

†

En aquel tiempo,

⁵ al oír a algunos que hablaban sobre la belleza de las piedras y exvotos que adornaban el templo, dijo:

⁶ -Vendrá un día en que todo eso que veis quedará totalmente destruido; no quedará piedra sobre piedra.

⁷ Entonces le preguntaron: -Maestro, ¿cuándo será eso? ¿Cuál será la señal de que esas cosas están a punto de suceder?

⁸ Él contestó: -Estad atentos, para que no os engañen. Porque muchos vendrán usurpando mi nombre y diciendo: «Yo soy, ha llegado la hora». No vayáis detrás de ellos.

⁹ Y cuando oigáis hablar de guerras y de revueltas, no os asustéis, porque es preciso que eso suceda antes, pero el fin no vendrá inmediatamente.

¹⁰ Les dijo además: -Se levantará nación contra nación y reino contra reino.

¹¹ Habrá grandes terremotos y, en diversos lugares, hambres, pestes, apariciones terroríficas y grandes portentos en el cielo.

¹² Pero antes de todo eso, os echarán mano y os perseguirán, os arrastrarán a las sinagogas y a las cárceles y os harán comparecer ante reyes y gobernadores por causa de mi nombre.

¹³ Esto os servirá para dar testimonio.

¹⁴ Hacedos el propósito de no preocuparos por vuestra defensa,

¹⁵ porque yo os daré un lenguaje y una sabiduría a los que no podrá resistir ni contradecir ninguno de vuestros adversarios.

¹⁶ Seréis entregados incluso por vuestros

padres, hermanos, parientes y amigos, y a algunos de vosotros os matarán.

¹⁷ Todos os odiarán por mi causa.

¹⁸ Pero ni un cabello de vuestra cabeza se perderá.

¹⁹ Si os mantenéis firmes, conseguiréis salvaros.

Palabra del Señor.

R. Gloria a ti, Señor Jesús.

*»• Las piedras del templo caerán bajo los golpes de las legiones romanas en el año 70, después de que el fuego de los dominadores extranjeros se inflame para incendiar los paramentos sagrados. La comunidad cristiana de los orígenes, sostenida por la Palabra de su Señor, reflexiona sobre estos acontecimientos y verifica su capacidad de resistencia en este trance delicado de la historia.

La enseñanza de Jesús nos lleva a comprender que el final del templo no coincide ni con el final del tiempo ni con la *parusía*. Si bien desde muchos lugares se habían elevado voces en este sentido por parte de personajes que se presentaban con prerrogativas mesiánicas, en la comunidad cristiana resuena con fuerza la voz de aquel que dice «Yo soy» en el hoy salvífico de la historia, incluso en medio de la confusión producida por los desbarajustes políticos y bélicos. Lo que tienen que hacer los discípulos, en medio de tantos falsos profetas de mal agüero, es ser testigos del verdadero Señor de la historia, sus siervos fieles que saben esperar, soportar, perseverar en el trabajo humilde y sencillo de cada día (Lc 17,10).

Como siervos proclamarán unas palabras tan verdaderas ante los jefes de las sinagogas, los gobernadores y los reyes que éstos no sabrán qué responder. En consecuencia, se hace justicia a la sabiduría tanto en el tiempo de la fiesta como en el

tiempo del llanto y del luto (7,35). Bendito sea, pues, el Padre celestial, que ha revelado a los pequeños el misterio de su Reino (cf. 10,21). Lo hace ahora, con la Palabra de Jesús, y lo hará siempre a lo largo de la historia, con la palabra repetida y predicada por los apóstoles y por los discípulos. Es una palabra de aliento: «*Ni un cabello de vuestra cabeza se perderá*» (Lc 21,18; cf. 12,7). La capacidad de aguante debe ser entendida, pues, no como victimismo, sino como alegría en el martirio (cf. Esteban en Hch 7,59), paz en la hora de la disidencia doméstica, deseo de dar la vida por el Señor. Aunque el templo haya sido destruido, Dios no deja de construir su Reino, no permite que su pueblo, reunido por Cristo, sea presa del pánico.

MEDITATIO

La Palabra de Dios presenta la posibilidad de hacer, de construir, de trabajar en torno a un proyecto como algo real en cada momento de la historia, incluso en los más tenebrosos. Ante el hundimiento de cierto modelo de vida y la disgregación de los valores tradicionales, sería un acto de desconfianza decir: «No puedo hacer nada». Sería, además, vivir fuera del tiempo intentar volver a poner en pie viejas instituciones, echando de menos con nostalgia la vida de un tiempo pasado, mostrándonos incapaces de dialogar con el mundo actual.

El compromiso que tenemos es el de construir el Reino de Dios en el hoy, reconociéndolo como tiempo de salvación en el que Dios nos pide que trabajemos en su nombre. Pablo, en un pasaje de la primera Carta a los Corintios, habla de la obra de edificación de la comunidad, de trabajar con el mejor material, que será cribado y varado al final (1 Cor 3,12-17). Del mismo modo que las construcciones son sometidas a prueba

en los cataclismos, así los desbarajustes de la historia ponen a prueba la resistencia de una comunidad cristiana, el aguante de nuestra fe. En determinados momentos se ve cómo hemos construido, qué material hemos empleado, en qué proyectos está basado. ¿Se apoya nuestra casa en la roca que es Cristo (*cf.* Mt 7,24-27)?

La certeza de que habrá un final no puede llevarnos a dejar de remar, sino a garantizar un futuro a nuestros hermanos, a obrar de modo que todos se sientan inflamados y alegrados por la aparición del «*sol de justicia*». De ahí la imposibilidad de huir de este tiempo. El trabajo cotidiano, sea del tipo que sea, es el lugar de la fiel espera de la intervención definitiva de Dios por parte del hombre, es el lugar donde, como cristianos, estamos llamados a dar un buen testimonio de Cristo. La vida cotidiana, el silencio, la sencillez, son los caminos que hemos de escoger, en este tiempo, para hablar de la sabiduría ante los poderosos del mundo.

ORATIO

Señor Jesús, concédeme hoy tu espíritu de perseverancia, para llevar adelante los compromisos que me han sido confiados.

Concédeme poder amar a los que me persiguen y haz que, a tu vuelta, me puedas encontrar dispuesto.

Que yo pueda resplandecer por tu justicia delante de los hombres gracias a tu luz en el momento de tu venida.

Te ruego también por mis compañeros de trabajo y por aquellos que, a causa de su profesión, están lejos de sus seres queridos. Llena de valor su corazón y recompénsales por sus fatigas.

CONTEMPLATIO

Vemos, un mar turbado desde los abismos, navegantes que flotan muertos sobre las olas y otros sumergidos, las tablas

de los barcos sueltas, las velas desgarradas, los mástiles destrozados, los remos sueltos de las manos de los remeros, los pilotos no sentados al timón, sino en el puente, con las manos entre las rodillas: gimen por su impotencia frente a los elementos, gritan, se lamentan, sollozan; no se divisa ni el cielo ni el mar, sino sólo las tinieblas profundas, impenetrables y turbias, hasta tal punto que ni siquiera se puede ver al vecino, y de todas partes caen monstruos marinos sobre los navegantes.

Pero ¿por qué intento describir lo que no se puede? Aunque busque cualquier imagen que exprese los males presentes, mi discurso queda superado por la realidad y retrocede. Sin embargo, aunque lo vea bien, no renuncio a la buena esperanza, pensando en el piloto de todo el universo, que no supera la borrasca con su arte, sino que deshace el huracán con un ademán. No lo hace de buenas a primeras o de inmediato, sino que acostumbra a actuar así: no aniquila los males al principio, sino cuando han crecido, cuando llegan al extremo, cuando los más ya desesperan: entonces realiza sus prodigios y sus maravillas, mostrando de este modo su poder y ejercitando en la paciencia a aquellos sobre quienes han caído los males.

No te abatas por tanto. Una sola cosa, oh Olimpia, hay que temer, una sola es la tentación verdadera: el pecado. Nunca he cesado de repetir este discurso a tus oídos: todo lo demás son fábulas, aunque se hable de insidias, de hostilidades, de engaños, de calumnias, de insultos, de acusaciones, de confiscaciones, de exilio, de espadas afiladas, de mar, de guerra en toda la tierra. Por muy glandes que sean estas tribulaciones, son temporales, limitadas; subsisten sólo en el cuerpo mortal y no perjudican al alma vigilante. Por eso, el

bienaventurado Pablo, queriendo mostrarnos la mezquindad de lo que es útil y de lo que es doloroso en la vida presente, lo resume todo con una sola expresión diciendo: «*Las realidades que se ven son transitorias*». ¿Por qué, entonces, tienes miedo de lo que es transitorio y discurre como la corriente de un río? Así son, en efecto, las realidades presentes, sean favorables o molestas (Juan Crisóstomo, *Carta a Olimpia*, 1,1).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra: «*Nos visitará el sol que nace de lo alto*» (Lc 1,78).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Hemos sido testigos silenciosos de acciones malvadas, conocemos una más del diablo, hemos aprendido el arte de la simulación y del discurso antiguo, la experiencia nos ha hecho desconfiar de los hombres y con frecuencia hemos quedado en deuda con ellos en lo que respecta a la verdad y a la palabra libre, conflictos insostenibles nos han vuelto dóciles o tal vez incluso cínicos: ¿podemos ser útiles todavía? No tenemos necesidad de genios, de cínicos, de despreciadores de hombres, de estrategias refinados, sino de hombres sinceros, sencillos, rectos. ¿Habrà quedado bastante grande nuestra fuerza de resistencia interior contra lo que se nos impone? ¿Habrà quedado la sinceridad para con nosotros mismos suficientemente implacable, de suerte que nos haga volver a encontrar el camino de la sinceridad y de la rectitud? (D. Bonhoeffer, *Resistencia e resa*, Cinisello B. 21988, pp. 73ss [edición española: *Resistencia y sumisión*, Ediciones Sígueme, Salamanca 1983]).

**Memoria libre cuando proceda de:
SANTA MARGARITA DE ESCOCIA, o
SANTA GERTRUDIS, virgen.**

Santa Margarita de Escocia

Princesa inglesa, Margarita (1046-1093) nació en Hungría cuando su padre vivía desterrado allí. Reintegrada en Inglaterra, se casó con el rey de Escocia Malcolm III, a quien le dio ocho hijos. Por su cultura, por su sentido político y sobre todo por su caridad, ejerció una influencia profunda sobre su marido y contribuyó a la renovación religiosa de su pueblo. Los dos esposos murieron a pocos días de distancia en Edimburgo.

Del Martirologio romano:

Santa Margarita, nacida en Hungría y casada con Malcolm III, rey de Escocia, que dio a luz ocho hijos, fue sumamente solícita por el bien del reino y de la Iglesia, y a la oración y a los ayunos añadía la generosidad para con los pobres, dando así un óptimo ejemplo como esposa, madre y reina (1093).

Santa Gertrudis. Virgen.

Gertrudis (1256-1302), monja cisterciense de la abadía de Helfta (Sajonia) tenía 25 años cuando "el Señor la tomó, la levantó y la colocó cerca de Él", según palabras de la santa. Vivió, entonces en una profunda unión con Dios, dedicándose a la meditación de la Escritura y de los Padres de la Iglesia. Dejó por escrito el fruto de su contemplación de Cristo en la Cruz.

Del Martirologio romano:

Santa Gertrudis, apellidada "Magna", virgen, que entregada con mucho fervor y decisión, desde su infancia, a la soledad y al estudio de las letras, y convertida totalmente a Dios, ingresó en el monasterio cisterciense de Helfta, cerca de Eisleben, en Sajonia, de Alemania, donde progresó de modo admirable por el camino en perfección, consagrándose a la oración y contemplación de Cristo crucificado. Falleció el día diecisiete (1256/1302).

Día 17

Lunes de la 33ª semana del tiempo ordinario año impar

Memoria obligatoria de santa Isabel de Hungría, religiosa

A los 15 años fue dada en matrimonio por su padre el Rey de Hungría al príncipe Luis VI de Turingia, el matrimonio tuvo tres hijos. Se amaban tan intensamente que ella llegó a exclamar un día: "Dios mío, si a mi esposo lo amo tantísimo, ¿Cuánto más debiera amarte a Ti?". Su esposo aceptaba de buen modo las santas exageraciones que Isabel tenía en repartir a los pobres cuanto encontraba en la casa. Él respondía a los que criticaban: "Cuanto más demos nosotros a los pobres, más nos dará Dios a nosotros". Cuando apenas de veinte años y con su hijo menor recién nacido, su esposo, un cruzado, murió en un viaje a defender Tierra Santa. Isabel casi se desespera al oír la noticia, pero luego se resignó y aceptó la voluntad de Dios. Rechazó varias ofertas de matrimonio y se decidió entonces a vivir en la pobreza y dedicarse al servicio de los más pobres y desamparados.

El sucesor de su marido la desterró del castillo y tuvo que huir con sus tres hijos, desprovistos de toda ayuda material. Ella, que cada día daba de comer a 900 pobres en el castillo, ahora no tenía quién le diera para el desayuno. Pero confiaba totalmente en Dios y sabía que nunca la abandonaría, ni a sus hijos. Finalmente algunos familiares la recibieron en su casa, y más tarde el Rey de Hungría consiguió que le devolvieran los bienes que le pertenecían como viuda, y con ellos construyó un gran hospital para pobres, y ayudó a muchas familias necesitadas.

Un Viernes Santo, después de la

ceremonia, consagró su vida al servicio de los más pobres y desamparados y los últimos cuatro años de su vida (de los 20 hasta los 24 años) se dedicó a atender a los pobres enfermos del hospital que había fundado. Cuando apenas cumplía 24 años, el 17 de noviembre del año 1231, pasó de esta vida a la eternidad.

Del Martirologio romano:

Memoria de santa Isabel de Hungría, que, siendo casi una niña, se casó con Luis, langradve de Turingia, a quien dio tres hijos, y al quedar viuda, después de sufrir muchas calamidades y siempre inclinada a la meditación de las cosas celestiales, se retiró a Marburgo, en un hospital que ella misma había fundado, donde, abrazándose a la pobreza, se dedicó al cuidado de los enfermos y de los pobres hasta el último suspiro de su vida, que fue a los veinticinco años de edad (1231).

LECTIO

Primera lectura: 1 Macabeos 1,10-15.41-43.54.62-64: *Una cólera terrible se abatió sobre Israel.*

En aquellos días,

¹⁰ *de aquellos generales salió un retoño impío, Antíoco Epífanés, hijo del rey Antíoco. Había estado en Roma como rehén, y comenzó a reinar el año 137 de la era de los griegos.*

¹¹ *Por entonces surgieron israelitas apóstatas que sedujeron a muchos diciendo: -Pactemos con los pueblos de alrededor, pues desde que nos hemos separado de ellos nos han venido muchos males.*

¹² *Les pareció bien la propuesta,*

¹³ *y algunos del pueblo - fueron a ver al rey. El rey les autorizó a seguir las costumbres paganas*

¹⁴ *y, siguiendo dichas costumbres, edificaron un gimnasio en Jerusalén,*

¹⁵ *disimularon la circuncisión, abandonaron la alianza santa para asociarse a los paganos y*

se vendieron para hacer el mal.

⁴¹ El rey ordenó que todos sus súbditos formaran un solo pueblo

⁴² y que cada uno abandonara sus costumbres propias. Todos los gentiles aceptaron la orden del rey,

⁴³ y muchos israelitas se acomodaron a la religión oficial, ofrecieron sacrificios a los ídolos y profanaron el sábado.

⁵⁴ El quince del mes de Casleu del año ciento cuarenta y cinco, Antíoco mandó colocar un altar sacrílego encima del altar del sacrificio y edificó altares en las ciudades judías de los alrededores.

⁵⁵ En las puertas de las casas y en las calles se ofrecía incienso;

⁵⁶ rasgaban y quemaban los libros de la ley que encontraban.

⁵⁷ Al que le encontraban el libro de la alianza y al que observaba la ley se les condenaba a muerte de acuerdo con el decreto real.

⁶² Pero hubo muchos israelitas que se mantuvieron firmes y decidieron no comer alimentos impuros.

⁶³ Prefirieron morir antes que contaminarse con tales alimentos y profanar la alianza santa, y efectivamente murieron.

⁶⁴ Una cólera terrible se abatió sobre Israel.

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

****** El primer libro de los Macabeos, del que sólo tenemos la versión griega, relata los acontecimientos de la insurrección judía contra Antíoco IV de Siria, en el siglo II a. de C. Los fragmentos que constituyen la lectura de hoy presentan la figura del rey perseguidor, así como la de los impíos que, entre los mismos israelitas, abandonaron la fe de los padres para seguir la idolatría del dominador.

Antíoco IV es definido, desde el mismo momento de su ascensión al trono, como un «*un retoño impío*» (y. 10). Sin embargo, la

atención se concentra de inmediato en los judíos que se pusieron de parte del rey pagano, que eran, por tanto, todavía más condenables que él: éstos traicionaban esperando obtener ventajas personales, y por eso se dice de ellos que se «*vendieron*» (v. 15). Fueron ellos quienes introdujeron los usos paganos en la ciudad santa: construyeron el gimnasio, renegaron de la alianza, ocultaron de una manera artificial el signo sagrado de la circuncisión. Los w. 41-43 refieren el decreto del rey que unificaba a los pueblos sometidos aboliendo las leyes particulares y las autonomías: es una unidad buscada en oposición a la voluntad del Señor, como en el mito de la torre de Babel. Fueron muchos los judíos que aceptaron la imposición y abandonaron la ley del Señor, particularmente el precepto del sábado.

El colmo de la profanación se produjo cuando Antíoco hizo colocar un ídolo sobre el altar del templo de Jerusalén y ordenó hacer sacrificios a los ídolos en todas las ciudades de Judá. La persecución se abatió sobre los judíos fieles: la simple posesión de libros sagrados, que tenían que ser destruidos, era castigada con la muerte (w. 54-57). Con todo, muchos conservaron la fe a pesar de la persecución: siguieron escrupulosamente la observancia de las disposiciones alimentarias por ser el símbolo de una fidelidad que se debía conservar incluso a costa de la vida. Esta perseverancia de los creyentes desencadenó el furor de los perseguidores (w. 62-64).

Salmo responsorial

Sa/118, 53. 61. 134. 150. 155. 158.

R. Dame vida, Señor, para que observe tus preceptos.

V. Sentí indignación ante los malvados,

que abandonan tu ley. **R.**

V. Los lazos de los malvados me envuelven,
pero no olvido tu ley. **R.**

V. Líbrame de la opresión de los hombres,
y guardaré tus mandatos. **R.**

V. Ya se acercan mis inicuos perseguidores,
están lejos de tu ley. **R.**

V. La justicia está lejos de los malvados
que no buscan tus decretos. **R.**

V. Viendo a los renegados, sentía asco,
porque no guardan tus palabras. **R.**

Aleluya

Cf. Jn 18, 12b

R. Aleluya, aleluya, aleluya.

V. Yo soy la luz del mundo —dice el Señor—;
el que me sigue tendrá la luz de la vida. **R.**

Evangelio: Lucas 18,35-43: *«¿Qué
quieres que haga por ti?». «Señor, que
recobre la vista».*



³⁵ Cuando se acercaba Jesús a Jericó, un
ciego, que estaba sentado junto al camino
pidiendo limosna,

³⁶ oyó pasar gente y preguntó qué era
aquello.

³⁷ Le dijeron que pasaba Jesús, el Nazareno.

³⁸ Entonces él se puso a gritar: -Jesús, Hijo
de David, ten compasión de mí.

³⁹ Los que iban delante le reprendían
diciéndole que se callara. Pero él gritaba
todavía más fuerte: -Hijo de David, ten
compasión de mí.

⁴⁰ Jesús se detuvo y mandó que se lo
trajesen. Cuando lo tuvo cerca, le preguntó:

⁴¹ -¿Qué quieres que haga por ti? El
respondió: -Señor, que recobre la vista.

⁴² Jesús le dijo: -Recóbrala; tu fe te ha
salvado.

⁴³ En el acto recobró la vista y siguió dando
gloria a Dios. Y todo el pueblo, al verlo, se
puso a alabar a Dios.

Palabra del Señor.

R. Gloria a ti, Señor Jesús.

****.** Los dos personajes, Jesús y el ciego,
se perfilan sobre el fondo de la
muchedumbre, que sirve de contraste. El
movimiento de ambos es opuesto y
convergente: el ciego *«estaba sentado»* con
una actitud de inactividad pasiva y
resignada (pide limosna), de marginación y
aislamiento (junto al camino); Jesús se hace
prójimo, *«se acercaba»* a la ciudad rodeado
por la gente que se apiña, tal vez sólo por
curiosidad, a su alrededor.

El ciego, sin embargo, parece ir
despertando de manera progresiva a la vida:
de la curiosidad (v. 36) a la petición
insistente (v. 38ss), hasta la fe y el
seguimiento (vv. 41-43). Se distingue de la
muchedumbre no ya por su enfermedad,
sino porque toma conciencia de su propia
condición y pide ayuda: intentan hacerle
callar, pero él grita cada vez más fuerte.
Jesús, por el contrario, pasa del movimiento
a la detención: *«se detuvo»* para oírle y le
escucha casi en sordina, sólo después de su
petición (v. 41), sin realizar ninguno de los
gestos que acompañan a menudo a los
milagros. Parece como si quisiera ceder al
ciego el papel principal: *«¿Qué quieres que
haga por ti?»* y *«tu fe te ha salvado»* son
dos expresiones que ponen el acento
voluntariamente en la oración y en la fe, más
que en las dotes extraordinarias del
taumaturgo.

El protagonista es el ciego, figura y
modelo de la humanidad necesitada de
salvación: se produce en él un cambio
interior, una conversión, más importante

que la curación, que es sólo una manifestación externa. La transformación del hombre convertido y salvado tiene consecuencias sobre los que asisten a ella: la muchedumbre de los curiosos, que antes le reprendía por lo molesto de sus gritos, *«al verlo, se puso a alabar a Dios»* (v. 43).

MEDITATIO

Hay muchos modos de ser ciegos y muchos modos de ver. «Lo esencial es invisible a los ojos», dice el principito de Saint-Exupéry, y tal vez por eso el ciego de Jericó parece tener gancho. Tiene necesidad de los otros para saber quién es el que pasa seguido de tanta gente, pero, a diferencia de los otros, no se detiene en la primera apariencia *«le dijeron que pasaba Jesús, el Nazareno»*-, sino que va más allá del reconocimiento de la identidad de Jesús: *«Hijo de David, ten compasión de mí»*.

Así pues, en la primera lectura, la astucia ilusoria de los impíos, que siguen un «razonamiento» aparentemente clarividente y prudente *«pactemos con los pueblos de alrededor»*-, se contrapone a la «locura» de los que prefieren morir antes que romper la alianza con el Señor.

El Evangelio impone una opción de vida: o con él o contra él. Impone un vuelco, un dar la vuelta a nuestros modos de ver, un cambio radical en el modo de pensar y actuar, una *conversión*. Ésta es la verdadera vida que los testigos de la fe saben elegir y la que les hace fuertes y capaces de afrontar el martirio. Esta es la curación obrada por Jesús, que abre los ojos al ciego y nos los puede abrir también a nosotros, que somos ciegos sin saber que lo somos.

ORATIO

Te lo ruego, Señor, haz que vea. Que vea quién eres, que sepa reconocerte entre la multitud cuando pases mezclado con los

desconocidos de los que no me preocupo, cuando te escondas en el mendigo que me importuna o en la persona cansada a la que no quiero ceder el asiento en el autobús.

Te lo ruego, Señor, haz que reconozca mi debilidad. Que reconozca que tengo necesidad de ti, que sea capaz de invocar tu ayuda y pedirte perdón cuando te escondes en los hermanos a los que he ofendido, en los que me resultan antipáticos, en los rivales a los que tal vez intento enredar en mi propio beneficio.

Te lo ruego, Señor, haz que acepte cambiar. Que acepte convertirme, que no pretenda que no tengo necesidad, que siempre acierto en mis convicciones y mis hábitos. Que sea capaz de levantarme del cómodo rincón que me he creado, para seguirte por tu camino, el único que lleva a la vida.

CONTEMPLATIO

El ciego es símbolo de todo el género humano, expulsado del paraíso terrenal en la persona de su primer padre, Adán. Desde entonces, los hombres han dejado de ver el esplendor de la luz eterna. A pesar de todo, la humanidad está iluminada por la presencia de su Salvador, de suerte que puede ver -al menos con el deseo- el gozo de la luz interior y caminar con los pasos de las buenas obras por el camino de la vida. Mientras nuestro autor se acerca a Jericó, el ciego recobra la vista. Eso quiere decir que cuando el Señor asume la debilidad de nuestra naturaleza, el género humano recobra la luz que había perdido. La respuesta al gesto de Dios, que empieza a padecer las debilidades humanas, es el nuevo modo de ser del hombre, elevado a alturas divinas.

El que ignora el esplendor de la luz eterna es ciego, y el que cree en el Redentor se sienta junto al camino. Sin

embargo, si, aun creyendo, se olvida de pedir para recibir la luz eterna, es un ciego que se sienta junto al camino sin mendigar. Por eso, todo el que reconoce las tinieblas de su propia ceguera invoca con todas las fuerzas del alma: «*Jesús, Hijo de David, ten piedad de mí*».

Insistamos con vigor en la oración, detengamos en nuestra alma a Jesús, que pasa. Cuando insistimos con fuerza en la oración, Jesús se detiene para volver a darnos la luz. En consecuencia, queridos hermanos, si conocemos ya la ceguera de nuestro peregrinar; si, con la fe en el misterio de nuestro Redentor, ya estamos sentados junto al camino; si, con la oración cotidiana, pedimos la luz de nuestro autor; si, además, después de la ceguera, somos iluminados por el don de la luz que penetra en nosotros, esforcémonos en seguir con las obras al Jesús que conocimos con la inteligencia. Observemos a dónde se dirige el Señor y, con la imitación, sigamos sus huellas. En efecto, sólo sigue a Jesús quien le imita... (Gregorio Magno, *Homilías sobre los evangelios* II, 1-8, *passim*).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra: «*Jesús, Hijo de David, ten piedad de mí*» (Lc 18,38ss).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

La experiencia de la luz en la luz nos hace intuir una presencia que no vemos con sus contornos, puesto que el Señor no tiene limitaciones. Sin embargo, «gustamos» su presencia. Todas las manifestaciones de Dios en la Biblia van en este sentido. Existe una presencia, Dios habla, pero no le vemos (Ex 3,1-6; 33,18-23). El hombre lo siente, participa de su luz, pero no ve al Señor (Ex 34,29; 2 Cor 3,7-4,6). La experiencia de una presencia que no se ve es luz porque se «siente» que el Señor es el Dios

«*misericordioso y piadoso, lento a la rica y rico en gracia y fidelidad*» (Ex 34,6ss). Como a Moisés, esta experiencia nos lleva a invocarle «*mientras está cerca*» (Is 55,6) con una certeza confiada de que seremos oídos, porque él es «*rico en misericordia con los que le invocan*» (Sal 85,8; Rom 10,12) y no deja a nadie sin respuesta (Eccl 2,12). De hecho, como su grandeza, así es su misericordia (Eccl 2,18; Sab 7,7).

Es luz porque se percibe la presencia de una Bondad que nos envuelve y que antes no conocíamos. Por consiguiente, es un nuevo modo de ser, puesto que esta «presencia» nos libera de nuestras tinieblas, de nuestra soledad. Instaura una nueva relación con nosotros mismos. Nos damos cuenta de que somos diferentes porque somos amados, algo que antes no era posible.

Estábamos ciegos, había una oscuridad en la que estábamos sumergidos. Ahora existe la luz, la luz del amor. «*En un tiempo fuisteis tinieblas, ahora sois luz en el Señor.*» Y la luz, como decíamos, no se puede expresar en cuanto tal; se percibe en la luz, pero su expresión necesita concretarse. Por eso «*el fruto de la luz consiste en toda bondad*» (Ef 5,8ss). Se trata de la experiencia de la bondad del Señor, que ilumina el corazón y se difunde en todo nuestro ser.

La experiencia de esta Bondad se convierte, si así podemos llamarla, en oración. Es oración en el sentido de que el amor quiere crecer, la alegría quiere ser completa y la alabanza quiere ser simplemente exultación. Es oración porque la prenda requiere la compleción (B. Boldini, *Dal profondo a te grido*, Mondovi 1984, pp. 84ss [edición española: *Desde lo hondo a ti grido*, Ediciones San Pablo, Madrid 1986]).

[Inicio documento](#)

Día 18

Martes de la 33ª semana del tiempo ordinario

Memoria libre de la "Dedicación de las basílicas de San Pedro y San Pablo"

En este día se celebra, desde el siglo IV, una fiesta en honor de los templos dedicados a los dos grandes apóstoles Pedro y Pablo. Han sido tantas las peregrinaciones a estos lugares, donde, según la tradición, murieron estos dos santos, que se ha reservado este día para festejar y venerar la basílica de san Pedro, en el Vaticano, y la de san Pablo, en la vía Ostiense.

Es el aniversario de las basílicas de los santos apóstoles, protectores de la ciudad de Roma, meta de peregrinaciones a lo largo de los siglos. La basílica de San Pedro fue construida por el emperador Constantino hacia el año 350, en la colina Vaticana, sobre el sepulcro que guarda las cenizas venerables del Apóstol, y la consagró el papa san Silvestre; la basílica actual fue consagrada por el papa Urbano VIII el año 1626. El mismo Constantino mandó edificar la basílica de San Pablo, junto a la vía Ostiense, extramuros de la ciudad de Roma, en el lugar donde se cree que fue decapitado el apóstol; fue consagrada por el papa Siricio y está regida desde el siglo VIII por monjes benedictinos; la basílica actual, construida tras el incendio de la anterior, fue consagrada por Pío IX en 1854. La conmemoración conjunta expresa simbólicamente la fraternidad de los Apóstoles y la unidad de la Iglesia. El recuerdo de los dos apóstoles debe fortalecer la fe que nos transmitieron con su palabra y su martirio.

Del Martirologio romano:

La primera de ellas fue edificada por el emperador Constantino sobre el sepulcro de san Pedro en la colina del Vaticano, y

al deteriorarse por el paso de los años fue reconstruida con mayor amplitud y de nuevo consagrada en este mismo día de su aniversario. La otra, edificada por los emperadores Teodosio y Valentiniano en la vía Ostiense, después de quedar aniquilada por un lamentable incendio fue reedificada en su totalidad y dedicada el diez de diciembre. Con su común conmemoración se quiere significar, de algún modo, la fraternidad de los apóstoles y la unidad en Iglesia (1626; 1854).

LECTIO

Primera lectura: 2 Macabeos 6,18-31:

Legaré un noble ejemplo para que aprendan a arrostrar una muerte noble, por amor a nuestra Ley.

En aquellos días,

¹⁸ a Eleazar, uno de los principales maestros de la Ley, de avanzada edad y aspecto venerable, querían obligarle a comer carne de cerdo, abriéndole a la fuerza la boca.

¹⁹ Pero él prefirió una muerte gloriosa a una vida infame: escupió la carne y afrontó voluntariamente el suplicio,

²⁰ como deben hacer, aún jugándose la vida, los que tienen el valor de rechazar los alimentos prohibidos.

²¹ Los que presidían el impío banquete, llevados por la antigua amistad que tenían con él, lo llevaron aparte y le rogaron que trajera manjares permitidos, preparados por él mismo, para simular que había comido de los manjares de los sacrificios, como mandaba el rey.

²² Haciendo esto, se libraría de la muerte. Le hacían este favor por la antigua amistad que tenían con él.

²³ Pero él tomó una noble determinación, digna de su edad y de su venerable ancianidad, de sus canas y de su conducta ejemplar desde la infancia y, sobre todo, de las leyes santas establecidas por Dios. Respondió que prefería que lo enviasen

pronto al lugar de los muertos.

²⁴ Y añadió: -Es indigno de mi edad simular y fingir, ya que los jóvenes podrían decir que Eleazar, a sus noventa años, se había pasado al paganismo;

²⁵ serían inducidos a error a causa de mi mal ejemplo, y todo por un poco de vida que me queda. Esto me acarrearía vergüenza y oprobio en mi vejez. ²⁶ Pues, aunque pudiera escapar de las manos de los hombres, ni vivo ni muerto escaparía de las manos del Dios Omnipotente.

²⁷ Por tanto, moriré valientemente y me mostraré digno de mi ancianidad,

²⁸ dejando a los jóvenes un ejemplo noble para morir voluntaria y generosamente por nuestras venerables y santas leyes. Dicho esto, se dirigió prontamente al suplicio.

²⁹ Los que lo conducían cambiaron su benevolencia por odio, considerando insensatas las palabras que acababa de pronunciar.

³⁰ A punto de morir por los golpes que le daban, les decía entre gemidos: -El Señor, que todo lo sabe, es testigo de que, habiendo podido librarme de la muerte, estoy sufriendo en mi cuerpo los atroces tormentos de la flagelación, pero todo esto lo sufro con gusto por su santo temor.

³¹ Eleazar murió, dejando no sólo a los jóvenes sino a todos sus compatriotas un ejemplo de nobleza, un monumento de valentía y un recuerdo de virtud.

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

****.** El segundo libro de los Macabeos cuenta, de una manera absolutamente independiente del primero, la insurrección de Judas Macabeo contra Antíoco IV, con diferentes episodios de heroísmo y martirio.

El fragmento que vamos a examinar presenta al personaje ejemplar de Eleazar, un anciano irreprochable, que hace frente

con serenidad al martirio antes que transgredir las normas alimentarias. Eleazar no se preocupa de su propia salvación, no es víctima de una religiosidad formal y rígida, de un legalismo excesivo: cuando se le propone fingir para salvar su propia vida, sin comer las carnes prohibidas, se niega, por temor a que su ficción pueda constituir un mal ejemplo para los israelitas jóvenes.

El relato se abre con la noble figura del anciano, que opone un firme rechazo a las imposiciones del rey pagano. Viene, a continuación, la propuesta de los perseguidores, encargados de hacerle comer las carnes de los sacrificios: le sugieren alimentarse de carnes puras, fingiendo comer las prohibidas. Pero ese comportamiento habría parecido una traición a los judíos, y eso es lo que Eleazar no puede permitir: se insiste aquí en la figura del anciano y en la conducta irreprochable seguida por él durante toda la vida {cf. v. 23}. El discurso de Eleazar (w. 24-28) es límpido: los jóvenes creerían que se ha pasado a los ídolos, y este ejemplo negativo pesaría sobre su conciencia como una traición. Por consiguiente, prefiere afrontar la muerte.

Las últimas palabras del mártir contraponen el dolor físico a la alegría del corazón (v. 30). El versículo final (v. 31) se une al primero (18) para proponer a Eleazar como ejemplo para todo el mundo.

Salmo responsorial

Sal/3, 2-3. 4-5. 6-7. (R.: 6b)

R. El Señor me sostiene.

V. Señor, cuántos son mis enemigos,
cuántos se levantan contra mí;
cuántos dicen de mí:

«Ya no lo protege Dios». **R.**

V. Pero tú, Señor, eres mi escudo y mi gloria,
tú mantienes alta mi cabeza.
Si grito invocando al Señor,
él me escucha desde su monte santo. R.

V. Puedo acostarme y dormir y despertar:
el Señor me sostiene.
No temeré al pueblo innumerable
que acampa a mi alrededor.
Levántate, Señor; sálvame, Dios mío. R.

Aleluya

1 Jn 4, 10b

R. Aleluya, aleluya, aleluya.

V. Dios nos amó y nos envió a su Hijo
como víctima de propiciación por nuestros
pecados. R.

Evangelio: Lucas 19,1-10: *El Hijo del hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido.*



En aquel tiempo,

¹ Jesús entró en Jericó y atravesaba la ciudad.

² Había en ella un hombre llamado Zaqueo, jefe de publicanos y rico,

³ que quería conocer a Jesús. Pero, como era bajo de estatura, no podía verlo a causa del gentío.

⁴ Así que echó a correr hacia adelante y se subió a una higuera para verlo, porque iba a pasar por allí.

⁵ Cuando Jesús llegó a aquel lugar, levantó los ojos y le dijo: -Zaqueo, baja en seguida, porque hoy tengo que alojarme en tu casa.

⁶ Él bajó a toda prisa y lo recibió muy contento.

⁷ Al ver esto, todos murmuraban y decían: - Se ha alojado en casa de un pecador.

⁸ Pero Zaqueo se puso en pie ante el Señor y le dijo: -Señor, la mitad de mis bienes se la

doy a los pobres, y, si engañé a alguno, le devolveré cuatro veces más.

⁹ Jesús le dijo: -Hoy ha llegado la salvación a esta casa, pues también éste es hijo de Abrahán.

¹⁰ Pues el Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido.

Palabra del Señor.

R. Gloria a ti, Señor Jesús.

+ El episodio de Zaqueo está casi calcado del precedente (el ciego de Jericó). También aquí se ve interrumpido un movimiento de Jesús (que *atravesaba* la ciudad) por la iniciativa de un hombre. Esta vez no se trata de un mendigo, sino de un rico publicano; sin embargo, es también un marginado (los publicanos eran despreciados), golpeado asimismo por una inferioridad física (era pequeño de estatura) y, sobre todo, necesitado también de redención. Zaqueo pasa de una curiosidad inicial (*ver* quién era Jesús: v. 3) a un movimiento (*se subió* a una higuera: v. 4), a la acción febril y alegre con la que *recibió* a Jesús en su casa (v. 6) y, por último, a la conversión y al cambio de vida (v. 8).

Jesús *se detiene*, pero en esta ocasión, en vez de una pregunta, dirige a Zaqueo una orden: «Zaqueo, baja en seguida, porque hoy tengo que alojarme en tu casa» (v. 5). Zaqueo no pide ningún milagro, exteriormente no parece que se encuentre en ninguna necesidad; sin embargo, Jesús responde a su petición implícita, porque la atención y la premura con las que obra muestran ya el comienzo de la fe. La muchedumbre, con la murmuración en contra de Jesús (v. 7), sirve también aquí de contrapunto, pero no reacciona a la conversión de Zaqueo.

También este episodio valora la iniciativa humana: el deseo de Zaqueo es algo más que una simple curiosidad: le impulsa a realizar

un gesto impropio de un hombre conocido. El poder de Jesús se expresa con su simple presencia y con la palabra: llama a Zaqueo por su nombre (v. 5), y esto basta para suscitar en él la alegría (v. 6), el arrepentimiento y la reparación (v. 8); en pocas palabras, la vida nueva. Con Jesús ha entrado la *salvación* en casa de Zaqueo, y el mismo Jesús da testimonio de ello.

MEDITATIO

«Hoy ha llegado la salvación a esta casa»: el don de la gracia se muestra sobreabundante, mayor de lo que Zaqueo se habría atrevido a esperar. Sin embargo, el movimiento sincero de su corazón, el deseo de *«ver a Jesús»*, tal vez haya sido el resorte que impulsó a Jesús a salir a su encuentro.

En la liturgia de hoy aparecen dos figuras muy diferentes. El anciano Eleazar, que había llevado una larga vida irreprochable a la sombra de la Ley, parece que no tiene nada en común con el pequeño funcionario de los impuestos, sometido al extranjero y azeado en las componendas y en los fraudes. Sin embargo, les une el coraje necesario para tomar una decisión importante: la de poner toda su vida y su propia muerte bajo el juicio de la Palabra de Dios. Eleazar podría salvar tanto su propia fidelidad a la Ley como su propia vida: ¿qué importa fingir que se venera a los ídolos, si los ídolos no son nada? Zaqueo podría seguir con su oficio, despreciado pero rentable: ¿qué le importaban a él las discusiones entre los *rabinos* del judaísmo? Sin embargo, Eleazar sabe que un solo gesto hipócrita, una sola debilidad, anularía años de fidelidad; sabe que prolongar su vida a costa de su propia conciencia significaría condenarse a una muerte peor que la del suplicio. A Zaqueo le basta con cruzar su mirada con la de Jesús -él, pequeño, mira

desde arriba, desde la higuera; el Maestro levanta los ojos para encontrar los suyos- para comprender al momento que todo el dinero que ha ganado no vale lo que una sola hora con Jesús en su casa.

ORATIO

Cuántas veces, Señor, me diriges tu mirada y yo no me doy cuenta. Me lamento y protesto porque no escuchas mis oraciones; sin embargo, soy yo el incapaz de levantarme por encima de mi pequeña estatura para intentar verte.

Señor, concédeme la sencillez de corazón de Zaqueo y la firmeza de Eleazar. Pierdo mi vida corriendo detrás de muchas cosas que me distraen, presto oído a las lisonjas del mundo y a las murmuraciones de los holgazanes, tengo miedo de exponerme al juicio de la gente...

Señor, hazme comprender lo que quieres de mí, qué es lo verdaderamente importante. Hazme comprender que la vida tiene sentido y nos da alegría sólo si correspondemos a tu voluntad.

CONTEMPLATIO

Reconoce a Cristo: él está lleno de gracia. Quiere verter en ti todo aquello de lo que él está lleno. Te dice esto: busca mis dones, olvida tus méritos, porque si yo buscara tus méritos, no alcanzarías mis dones. No te exaltes; sé pequeño, sé Zaqueo.

Pero dirás: Si he de ser Zaqueo, no podré ver a Jesús a causa de la muchedumbre. No te pongas triste, sube al árbol donde por ti pendía Jesús y le verás. Ahora mira a mi Zaqueo, obsérvale, te lo ruego, mientras quiere ver a Jesús en medio de la muchedumbre y no puede. Zaqueo era humilde, la muchedumbre era soberbia. La muchedumbre hace que no se vea a Jesús, sirve de obstáculo para que no se vea a aquel que, crucificado, dice: *«Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen»*

(Lc 23,34). En efecto, a causa de la cruz de Cristo, los sabios de este mundo nos insultan y dicen: «¿Qué sabiduría tenéis vosotros, que adoráis a un Dios crucificado?». ¿Qué sabiduría tenemos? A buen seguro, no es la vuestra. La sabiduría de este mundo es necedad ante Dios. No tenemos en verdad vuestra sabiduría, pero vosotros decís que nuestra sabiduría es necedad. Decid también lo que queréis; nosotros podemos subir a la higuera y ver a Jesús. Que se aferre Zaqueo a la higuera, que suba humilde a la cruz. Y el Señor vio precisamente a Zaqueo. Fue visto y vio, pero si no hubiera sido visto, no habría visto. *«Y a los que desde el principio destinó, también los llamó»* (Rom 8,30).

[...]. Hemos sido vistos para que podamos ver; hemos sido amados para que podamos amar. Ahora, pues, el Señor, que había acogido a Zaqueo en el corazón, se ha dignado ser hospedado en su casa. Dice Zaqueo a Cristo: *«Señor, la mitad de mis bienes se la doy a los pobres, y si engañé a alguno, le devolveré cuatro veces más»*. Como si dijera: «Por eso me quedo una mitad no como posesión, sino para tener de qué dar». Eso es en realidad lo que significa recibir a Cristo, acogerle en el corazón (Agustín de Hipona, *Sermón 134*, 3-5, *passim*).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra: *«El Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido»* (Lc 19,10).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

En el camino de Jericó hay mucha gente, pero sólo emerge uno, aunque *«pequeño de estatura»*. Como Zaqueo, somos siempre demasiado «pequeños», aunque nos creamos «alguien», y, como él, demasiado impedidos por una muchedumbre, que es nuestro

mundo, del que tomamos los juicios y opiniones. No son muchos los que están desprendidos de su propia «suficiencia» y del modo común de pensar de su propio ambiente, de suerte que podamos enumerarlos entre los hombres libres y, por consiguiente, entre los dispuestos a aceptar cualquier invitación de la verdad. Eso es lo que vemos hacer a Zaqueo. Éste, sin importarle poco o nada el nombre, el censo o el cargo, desafía el ridículo para ver a Jesús, subiendo, con la espontaneidad y la humildad de un niño, a una higuera, y de este modo reconquista esa inestimable libertad por la que puede ser él mismo también frente a Jesús.

Los hombres sencillos permanecen siempre libres y, como los niños, que participan de algún modo en el poder liberador del Hijo de Dios, que es la sencillez, nos ayudan a encontrar nuestra libertad. Zaqueo no se siente a disgusto en ese lugar en el que está acurrucado, no le inquieta la muchedumbre, que, a medida que Jesús se acerca, se hace cada vez más numerosa. Ni siquiera lleva cuidado. Se ha vuelto niño (*«Dejad que los niños se acerquen a mí»*), y casi le vendrían ganas de cantar si el Señor no viniera ya por el camino, por aquel camino. La libertad es el aire de la caridad. *«Eché a correr hacia delante y se subió a una higuera para verlo»*. «Correr» y «subir» son dos modalidades de la búsqueda. Existe el riesgo de la aventura y el riesgo de ser echados fuera, lo que nos hace pensar en el riesgo del grano de trigo que debe podrirse si quiere germinar...

El riesgo es, por consiguiente, una palabra cristiana. Arriesga quien *«tiene hambre y sed de justicia y de verdad»*. He sido creado para «ver a Dios». Zaqueo sube a la higuera para *«ver a Jesús»*. Uno lo ve fuera, si lo ha visto dentro, y entonces, lo

ve en todas partes-, en cada criatura, en cada nombre (P. Mazzolari, *Zaccheo*, Vicenza 1960, pp. 19-26, *passim*).

MEDITATIO para la memoria de la dedicación de la basílicas de san Pedro y san Pablo

No es malo tener miedo; es como una señal de alarma que nos pone en guardia ante lo que puede dañarnos o destruirnos. Cuando un creyente acosado por el miedo grita como Pedro: «¡Sálvame, Señor!», ese grito quizás no le quite el miedo. La fe no dispensa de buscar otros remedios a la angustia. Sin embargo, todo cambia si en el fondo del corazón despierta la confianza en Dios. Esa confianza es la que nos salva. Pablo hace un elenco largo de las fatigas, peligros y miedos que ha tenido que pasar por Cristo (2 Cor 11,22-33), y todo lo fue superando por la fuerza de aquel que lo salvó. Dios es una mano tendida que nadie puede quitar: La fidelidad y la misericordia de Dios están por encima de todo. Por encima, incluso, de toda fatalidad y de toda culpa.

ORATIO

«¡Sálvame, oh Dios, que estoy con el agua al cuello!» (salmo 69).

CONTEMPLATIO

Vale mucho a los ojos del Señor la vida de sus fieles, y ningún género de crueldad puede destruir la religión fundada en el misterio de la cruz de Cristo. Las persecuciones no son en detrimento, sino en provecho de la Iglesia, y el campo del Señor se viste siempre con una cosecha más rica al nacer multiplicados los granos que caen uno a uno.

Por esto, los millones de bienaventurados mártires atestiguan cuan abundante es la prole en la que se han multiplicado estos dos insignes vástagos plantados por Dios, ya que

aquéllos, emulando los triunfos de los apóstoles, han rodeado nuestra ciudad por todos los lados con una multitud purpurada y rutilante, y la han coronado a la manera de una diadema formada por una hermosa variedad de piedras preciosas.

De esta protección, amadísimos hermanos, preparada por Dios para nosotros como un ejemplo de paciencia y para fortalecer nuestra fe, hemos de alegrarnos siempre que celebramos la conmemoración de cualquiera de los santos, pero nuestra alegría ha de ser mayor aún cuando se trata de conmemorar a estos padres, que destacan por encima de los demás, ya que la gracia de Dios los elevó, entre los miembros de la Iglesia, a tan alto lugar, que los puso como los dos ojos de aquel cuerpo cuya cabeza es Cristo.

Respecto a sus méritos y virtudes, que exceden cuanto pueda decirse, no debemos hacer distinción ni oposición alguna, ya que son iguales en la elección, semejantes en el trabajo, parecidos en la muerte.

Como nosotros mismos hemos experimentado y como han comprobado nuestros mayores, creemos y confiamos que no ha de faltarnos la ayuda de las oraciones de nuestros particulares patronos para obtener la misericordia de Dios en medio de las dificultades de esta vida; y así, cuanto más nos oprime el peso de nuestros pecados, más levantarán nuestros ánimos los méritos de los apóstoles. (*Sermón 82 del papa san León Magno, en el natalicio de los apóstoles Pedro y Pablo.*)

ACTIO

Repite hoy esta frase de Pedro a Jesús:
¡Sálvame, Señor!

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Encuentro de Pedro y Pablo en Jerusalén:
Cuando Dios, que me había elegido desde el vientre de mi madre, me llamó por su

gracia y me dio a conocer a su Hijo para que yo lo anunciara entre los paganos, inmediatamente, sin consultar a nadie, en lugar de ir a Jerusalén a ver a los que eran apóstoles antes que yo, me fui a Arabia y luego volví a Damasco.

Al cabo de tres años fui a Jerusalén para conocer a Pedro y estuve con él quince días. Y no vi a ningún otro apóstol fuera de Santiago, el hermano del Señor. En todo esto que os escribo, bien sabe Dios que no miento. Después fui a las regiones de Siria y de Cilicia, y, en cambio, era desconocido personalmente por las iglesias cristianas de Judea. Tan sólo oían decir: «El que antes nos perseguía, ahora anuncia la fe que trataba de destruir», y glorificaban a Dios por mi causa.

Al cabo de catorce años, volví a Jerusalén con Bernabé, llevando también a Tito. Fui, impulsado por una revelación divina, y, en privado, expuse a los dirigentes el Evangelio que predico a los paganos, para saber si estaba o no trabajando inútilmente. Pues ni Tito, mi compañero, que era griego, fue obligado a circuncidarse, a pesar de que esos falsos hermanos intrusos se habían infiltrado entre nosotros para espiar la libertad que tenemos en Cristo Jesús y hacernos esclavos de la ley. Pero ni por un momento les prestamos sumisión, para que la verdad del Evangelio perseverara entre vosotros. Los dirigentes no me añadieron nada -lo que ellos fueron antes, no me interesa, pues Dios no juzga por las apariencias-; antes al contrario, vieron que yo había recibido la misión de anunciar el Evangelio a los paganos, como Pedro a los judíos, pues el mismo Dios que hizo a Pedro apóstol de los judíos me ha hecho a mí apóstol de los paganos; y Santiago, Pedro y Juan, que eran considerados como columnas, reconocieron que Dios me ha dado este

privilegio, y nos dieron la mano a mí y a Bernabé en señal de que estaban de acuerdo en que nosotros nos dedicáramos a los paganos y ellos a los judíos, con tal que nos acordásemos de los pobres, lo que he procurado hacer con el máximo interés (Gall,15).

[Inicio documento](#)

Día 19

Miércoles de la 33ª semana del tiempo ordinario año impar

LECTIO

Primera lectura: 2 Macabeos 7,1.20-31:
El Creador del universo os devolverá el aliento y la vida.

En aquellos días,

^{2,7} siete hermanos apresados junto con su madre fueron forzados por el rey a comer carne de cerdo prohibida por la ley y fueron azotados con látigos y nervios de toro.

²⁰ La madre, mujer admirable y digna de gloriosa memoria, al ver morir a sus siete hijos en un día, lo soportaba con valor, gracias a su esperanza en el Señor.

²¹ Exhortaba a cada uno en la lengua materna llena de un noble valor y, uniendo la fuerza varonil a la ternura femenina, les decía:

²² -Yo no sé cómo habéis aparecido en mi seno, pues no he sido yo la que os he dado el aliento vital, ni he tejido yo los miembros de vuestro cuerpo.

²³ Dios, creador del universo, que hizo el género humano y ha creado todo lo que existe, os devolverá misericordiosamente la vida, ya que por sus santas leyes la despreciáis.

²⁴ Antíoco pensó que le insultaba y que se burlaba de él con esas palabras. Y como todavía quedaba con vida el más joven, intentó convencerlo, prometiéndole con juramento que lo haría rico y feliz, que lo

haría su amigo y le daría un alto cargo si renegaba de sus tradiciones.

²⁵ Pero como el muchacho no le hacía caso, el rey llamó a la madre y la exhortó para que le diese consejos saludables.

²⁶ Tanto le insistió el rey, que la madre accedió a convencer a su hijo.

²⁷ Se inclinó hacia él y, burlándose, del cruel tirano, dijo al niño en su lengua materna: - Hijo mío, ten piedad de mí, que te he llevado en mi seno nueve meses, te he amamantado tres años, te he alimentado y te he educado hasta ahora.

²⁸ Te pido, hijo mío, que mires al cielo y a la tierra y lo que hay en ella; que sepas que Dios hizo todo esto de la nada y del mismo modo fue creado el hombre.

²⁹ No temas a este verdugo; muéstrate digno de tus hermanos y acepta la muerte, para que yo te recobre con ellos en el día de la misericordia.

³⁰ Cuando ella terminó de hablar, el joven exclamó: -¿Qué esperáis? No obedezco las órdenes del rey, sino a la ley dada a nuestros antepasados por Moisés.

³¹ Tú, autor de todos estos males contra los hebreos, no podrás huir del castigo de Dios.

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

****.** De nuevo, un relato de martirio de tiempos de la insurrección de Judas Macabeo. El personaje en el que se concentra aquí la atención es el de la madre de los siete mártires, que soporta heroicamente asistir a su muerte antes de morir ella a su vez. «*La madre, mujer admirable y digna de gloriosa memoria*» (v. 20), sufrió, en efecto, por cada uno de sus hijos más que por sí misma, pero no cedió y hasta exhortó y animó a sus hijos hablándoles en la lengua sagrada cuyo uso estaba prohibido.

El discurso de la mujer (w. 22ss) es una admirable profesión de fe en el Dios de la

vida: el Creador, que ha plasmado de una manera misteriosa a los seres humanos, sabrá restituir, a buen seguro, la vida a quienes la han perdido por serle fieles. Esta es la expresión más precisa, en todo el Antiguo Testamento, de la fe en la resurrección. Antíoco IV está irritado por esta resistencia y se encarniza contra el más joven de los hermanos, el único que seguía vivo. Como no le hacen efecto las lisonjas (v. 24), vuelve el rey a la carga con la madre, para que persuada a su hijo a ceder (v. 25). Echando mano a una argucia, el narrador hace creer que ésta acepta (v. 26), para mostrar de inmediato la burla: la mujer dirige en hebreo a su hijo exactamente la misma exhortación opuesta a la petición del rey (w. 27-29). Se afirma una vez más la fe en la resurrección: «*Para que yo te recobre con ellos en el día de la misericordia*» (v. 29).

El fragmento concluye con la valiente profesión de fe del joven («*No obedezco las órdenes del rey, sino a la ley dada a nuestros antepasados por Moisés*»: v. 30) y con el anuncio de la condena del rey («*Tú, autor de todos estos males contra los hebreos, no podrás huir del castigo de Dios*»: v. 31).

Salmo responsorial

Sal 16, 1. 5-6. 8 y 15. (R.: 15d)

R. Al despertar me saciaré de tu semblante, Señor.

V. Señor, escucha mi apelación, atiende a mis clamores, presta oído a mi súplica, que en mis labios no hay engaño. **R.**

V. Mis pies estuvieron firmes en tus caminos, y no vacilaron mis pasos.

Yo te invoco porque tú me respondes, Dios mío;
inclina el oído y escucha mis palabras. **R.**

V. Guárdame como a las niñas de tus ojos,
a la sombra de tus alas escóndeme.
Yo con mi apelación vengo a tu presencia,
y al despertar me saciaré de tu semblante.
R.

Aleluya

Cf. Jn 15, 16

R. Aleluya, aleluya, aleluya.

V. Yo os he elegido del mundo —dice el Señor—,
para que vayáis y deis fruto,
y vuestro fruto permanezca. **R.**

Evangelio: Lucas 19,11-28: *¿Por qué no pusiste mi dinero en el banco?*



En aquel tiempo,

¹¹ mientras la gente lo escuchaba, les contó otra parábola, porque estaba cerca de Jerusalén y ellos creían que el Reino de Dios iba a manifestarse inmediatamente.

¹² Les dijo, pues: -Un hombre noble marchó a un país lejano para ser coronado como rey y regresar después.

¹³ Llamó a diez criados suyos y a cada uno le dio una importante cantidad de dinero, diciéndoles: «Negociad con ello hasta que yo vuelva».

¹⁴ Pero sus conciudadanos lo odiaban y enviaron tras él una embajada a decir que no lo querían como rey.

¹⁵ Cuando regresó, investido del poder real, mandó venir a sus criados, a quienes había dado el dinero, para saber cómo había negociado cada uno.

¹⁶ El primero se presentó y dijo: «Señor, tu dinero ha producido diez veces más».

¹⁷ Él dijo: «Muy bien, has sido un buen

criado; puesto que has sido fiel en lo poco, recibe el gobierno de diez ciudades».

¹⁸ Vino el segundo y dijo: «Tu dinero, señor, ha producido cinco veces más».

¹⁹ Y también a este le dijo: «Tú recibirás el mando sobre cinco ciudades».

²⁰ Vino el otro y dijo: «Señor, aquí tienes tu dinero; lo he tenido guardado en un pañuelo

²¹ por temor a ti, que eres un hombre severo, pues exiges lo que no diste y quieres cosechar lo que no sembraste».

²² El señor le replicó: «Eres un mal criado, y tus mismas palabras te condenan. ¿Sabías que soy severo, que exijo lo que no he dado y cosecho lo que no he sembrado?

²³ Entonces, ¿por qué no pusiste mi dinero en el banco para que, al volver, lo recobrase con los intereses?».

²⁴ Y dijo a los que estaban presentes: «Quitadle lo que le di y dádsele al que lo hizo producir diez veces más».

²⁵ Le dijeron: «Señor, ¡pero si ya tiene diez veces más!».

²⁶ Pues yo os digo: «Al que tiene se le dará, y al que no tiene se le quitará incluso lo que tiene.

²⁷ En cuanto a mis enemigos, éstos que no me querían como rey, traedlos aquí y degolladlos en mi presencia».

²⁸ Y dicho esto, Jesús siguió su camino, subiendo hacia Jerusalén.

Palabra del Señor.

R. Gloria a ti, Señor Jesús.

*»• La parábola de las minas («una importante cantidad de dinero» en nuestro texto), comparada con la de los talentos (Mt 25,14-30), se presenta en Lucas más compleja y une dos temas diferentes: el comportamiento de los discípulos obedeciendo las disposiciones recibidas (w. 13.15b-26), y el tema del rey rechazado por sus súbditos (w. 12.14-15a.27). El fragmento está encerrado entre dos versículos (11 y

28) que se refieren a Jerusalén o a la inminente conclusión de la vida terrena de Jesús. La alusión a la manifestación del Reino, que los discípulos creían ya próxima, precisa la clave de lectura escatológica de toda la parábola. El señor que confía el dinero a sus siervos está destinado aquí a recibir la investidura real (v. 12), en contraste con la oposición que le viene de sus mismos conciudadanos (v. 14).

El contraste queda superado (v. 15), no obstante, y el juicio del rey sobre sus enemigos será terrible (v. 28). Puede tratarse de una referencia histórica inmediata a Arquelao, hijo de Herodes el Grande, que obtuvo el reino de los romanos, a pesar de la oposición de una parte de los judíos, pero el evangelista tiene, seguro, en su mente la segunda venida de Jesús (cf. v. 13b), que establecerá el Reino definitivamente y hará justicia a los cristianos perseguidos y a sus perseguidores.

En la parábola de Lucas, a diferencia de la de Mateo, cada servidor recibe una mina: existe, por tanto, una igualdad inicial que hace resaltar aún más su diferente comportamiento. El premio y la alabanza del señor van dirigidos a los que han trabajado con empeño, mientras que el siervo perezoso es condenado no tanto por la pereza como por el miedo, que le hace perder la confianza en el señor. El siervo es juzgado por sus mismas palabras (v. 22): el señor, como ha sido considerado como un hombre «severo», muestra toda su severidad. La conclusión de la parábola es sorprendente: la mina arrebatada al siervo holgazán pasa a enriquecer al más rico de los otros, lo que parece injusto desde el punto de vista humano. Pero así funciona la «banca» de la gracia: sobreabunda y se multiplica en quien la recibe y la acoge, y se

seca hasta desaparecer en quien se aleja de ella.

MEDITATIO

La vida no nos pertenece. Somos simplemente sus administradores y nos ha sido confiada por un amo exigente, que nos pedirá cuentas de cómo la hemos empleado.

Ahora bien, es también un amo liberal y generoso: será él quien nos pague los intereses, quien nos restituya la posesión perpetua de lo que hayamos sido capaces de rendirle al final del depósito. La parábola de las minas sorprende por la desproporción del trato, un trato que no se corresponde con nuestros criterios de justicia: el amo da al siervo más rico lo que quita al siervo miedoso.

¿Qué es lo que se premia aquí: la iniciativa económica, la eficiencia, la despreocupación? Nos ilumina la comparación con la historia ejemplar de los siete hermanos mártires con su madre en tiempos de la insurrección macabea. Su comportamiento es irresponsable y necio a los ojos de los paganos: se juegan la vida, «invierten» los talentos que han recibido, al apostar por lo que parece una pérdida segura, pues serán torturados y muertos. Sin embargo, la lúcida conciencia de la madre apunta a un «título» que no les defraudará: *precisamente por arriesgarlo todo*, el Dios de la vida les devolverá todo, ¡y con intereses!

El siervo holgazán no es castigado por desconocer cómo se opera en la bolsa; es castigado porque no confía en el Señor, le imagina cruel y despiadado y prefiere mantenerse aferrado a su mina: quiere conservar su vida para sí mismo, como si fuera suya, pero por eso la perderá. En cambio, dar la vida, sin temores ni cálculos, generosamente, nos permitirá recibirla como don, para siempre, «en el día de la

misericordia».

ORATIO

Señor, tengo miedo.

Tengo miedo de sufrir, tengo miedo de arriesgar y perder, tengo miedo de no estar a la altura de mis tareas, tengo miedo de fracasar. No sé cuántas monedas me has confiado, Señor, y me afano en contarlas: no quisiera perder un solo instante de mi vida, me gustaría realizar grandes empresas...

Ayúdame, Señor. Hazme comprender que todas estas preocupaciones no tienen ninguna razón de ser. Hazme capaz de realizar, día a día, con sencillez, las pequeñas cosas que pueden contentar a las personas con las que me encuentro. Hazme capaz de recorrer cada día el pedacito de camino que me pones por delante, sin pretender ser un héroe, sin cálculos ni temores. Hazme capaz de confiarte mi vida con generosidad y seguridad, porque tú eres el Señor de la vida.

CONTEMPLATIO

El justo, sembrando en el espíritu, recogerá la vida eterna. El justo, en efecto, pertenece a Dios. Diremos, pues, así: el justo ha sembrado, ha dado a los hombres, y el Señor recogerá para sí todo lo que el justo ha sembrado de este modo. Cosechando lo que no ha sembrado y recogiendo lo que no ha esparcido, juzgará como ofrendas para él todas las cosas que han sido sembradas o esparcidas entre los pobres, diciendo a los que han beneficiado a su prójimo: *«Venid, benditos de mi Padre...»* (Mt 25,34ss). Y puesto que quiere cosechar donde no ha sembrado y recoger donde no ha esparcido, cuando no encuentre nada dirá a los que no le han dado esta posibilidad: *«Apartaos de mí...»* (Mt 25,41ss). Se muestra verdaderamente duro, como dice Mateo, y severo, como lo define Lucas (19,21), pero con los que abusan de la

misericordia de Dios por su propia negligencia.

Si alguien, sin embargo, está convencido de que Dios es bueno y espera ser perdonado si se convierte a él, Dios se muestra bueno con ése. Ahora bien, con el que lo considera tan bueno que no se preocupa de los pecados de los hombres, Dios no se mostrará bueno, sino severo. Así pues, Cristo cosechará lo que no hayamos sembrado y recogerá lo que no hayamos esparcido. Sembremos en el espíritu, distribuyamos nuestros bienes a los pobres y no escondamos bajo tierra el talento de Dios. Este temor no es bueno ni nos libera de las tinieblas exteriores, donde seremos condenados como siervos malvados e indolentes.

Malvados, por no haber usado la preciosa moneda de las palabras del Señor, con las que podríamos haber podido difundir la doctrina del cristianismo y penetrar en los profundos misterios de la bondad de Dios; indolentes, por no haber negociado con la Palabra de Dios para nuestra salvación y la de los otros. En efecto, toda riqueza, es decir, toda palabra que lleva la impronta real de Dios y la imagen de su Verbo, es un auténtico tesoro (Orígenes, *Commento su Matteo 68ss,passim*).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra: *«El Creador del mundo os devolverá misericordiosamente la vida»*(cf. 2 Mac 7,23).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Los hombres, en las pocas páginas del evangelio, son bastante numerosos: son paganos e hijos de Israel, son jóvenes y hombres maduros, tal vez incluso ancianos, hombres del culto y hombres que sólo tienen la religión del poder y del dinero. Sobre todo, hay hombres afligidos por

enfermedades... Hay hombres que tienen necesidad o, por el contrario, están satisfechos de sí mismos. En el fondo, se pueden dividir en hombres que entran en relación con Cristo y hombres que la rechazan. Parece que es precisamente ésta, fundamentalmente, la diferencia entre ellos. Pueden negarse por orgullo, resistirse a la atracción de la persona de Cristo, alejarse porque es demasiado lo que les pide.

Por el contrario, pueden amarle, implorar su ayuda, seguirle. Él mismo proclama que es el camino, la luz del mundo, la verdad, la vida y hasta la resurrección. Es el pan, la fuente de agua viva, el esposo que ha venido a la fiesta de las bodas. Quienes le acogen experimentan lo que dice de sí mismo.

El Evangelio es el mensaje de la salvación, un mensaje que se identifica prácticamente con la persona de Cristo. Ahora bien, así como la obra de Cristo es su presencia, la obra del hombre es creer en él; ninguna obra del hombre podría sustituir esa fe por la que se adhiere a Cristo y se confía a él. Cuando el hombre descubre que la razón de su vida es Dios, abandona cualquier otra búsqueda.

Lo afirmaba ya el anciano Simeón al comienzo del evangelio: está puesto como «*señal de contradicción*». La relación con él puede ser positiva en la fe, en el amor, y puede ser negativa en la resistencia a ultranza, en el odio mortal. De este modo, el evangelio nos descubre, el drama de la vida humana que se desarrolla en el tiempo. Ésta es la verdadera realidad de la vida, éste es el contenido verdadero de la historia, éste es el combate que se desarrolla en el corazón de cada hombre, en el corazón de la humanidad (D. Barsotti, *L'uomo nel Vangelo*, Roma 1998, Pp. 127-130).

[Inicio documento](#)

Día 20

Jueves de la 33ª semana del tiempo ordinario año impar

LECTIO

Primera lectura: 1 Macabeos 2,15-29:

Viviremos según la alianza de nuestros padres.

En aquellos días,

¹⁵ los emisarios del rey, encargados de promover la apostasía y organizar los sacrificios, llegaron a Modín.

¹⁶ Muchos israelitas se unieron a ellos, pero Matatías y sus hijos se mantuvieron apartados.

¹⁷ Entonces los emisarios del rey dijeron a Matatías: -Tú eres un personaje importante y famoso en esta ciudad y estás respaldado por tus hijos y parientes.

¹⁸ Acércate, pues, tú el primero y cumple el decreto del rey, como hacen todos los hombres, incluidos los de Judá y los que residen en Jerusalén. Tú y los tuyos seréis amigos del rey y él os recompensará con plata, oro y muchos regalos.

¹⁹ Matatías les respondió enérgicamente: - Aunque todos los pueblos del reino obedezcan al rey, renuncien a la religión de sus antepasados y cumplan vuestras órdenes,

²⁰ yo, mis hijos y mis parientes seremos fieles a la alianza de nuestros antepasados.

²¹ Dios nos libre de abandonar la ley y sus preceptos.

²² No obedeceremos las órdenes del rey ni nos apartaremos lo más mínimo de nuestra religión.

²³ Cuando terminó de hablar, se acercó un judío al altar para ofrecer un sacrificio delante de todos, conforme al decreto real.

²⁴ Matatías, al verlo, se indignó, se estremeció y, en un arrebatado de santa ira, se abalanzó sobre él y lo mató sobre el

altar.

²⁵ Al mismo tiempo, mató al emisario del rey que obligaba a ofrecer sacrificios y, después destruyó el altar.

²⁶ Su afán por defender la ley fue como el de Pinjas con Zimrí, hijo de Salú.

²⁷ Después, Matatías hizo esta proclama en la ciudad: -El que quiera defender la ley y ser fiel a la alianza que me siga.

²⁸ Él y sus hijos huyeron a los montes, abandonando todo lo que tenían en la ciudad.

²⁹ Entonces, muchos que deseaban vivir rectamente de acuerdo con la ley se fueron al desierto.

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

*• Estamos en la cima de la dominación de Antíoco IV Epífanés sobre Judá, en su intento de erradicar la religión de Israel y de establecer el culto pagano en Jerusalén. Matatías y su familia se han establecido en Modín, cuando llegan allí los mensajeros del rey para obligar a la apostasía a los israelitas. La táctica de los perseguidores es siempre la misma: comienzan por las lisonjas, intentando atraerse a los hombres influyentes de la ciudad, para pasar a continuación a las amenazas y a la fuerza.

Tenemos, por consiguiente, un elogio de Matatías y la promesa de ciertos beneficios por parte del rey (w. 17ss) y, de inmediato, la respuesta indignada y firme del israelita (w. 19-22): aunque todos siguieran al rey, Matatías y su familia permanecerían fieles a la alianza, sin desviarse de los caminos del Señor. El lenguaje empleado recuerda al del Deuteronomio.

Sigue, a continuación, el golpe de efecto que da comienzo a la insurrección. Un judío se acerca al altar para sacrificar a los ídolos, y Matatías, estremecido por la indignación, no puede contenerse: mata al apóstata y a los mensajeros del rey y destruye el altar (w. 24ss). Llegados a este

punto, se toma la decisión: Matatías y los suyos escapan: no por miedo, sino para organizar la resistencia en los montes (v. 28). Sus palabras son una verdadera declaración de guerra: «El que quiera defender la ley y ser fiel a la alianza que me siga» (v. 27). Y fueron muchos los que le siguieron (w. 29ss).

Salmo responsorial

Sal/49, 1b-2. 5-6. 14-15. (R.: 23cd)

R. Al que sigue buen camino
le haré ver la salvación de Dios.

V. El Dios de los dioses, el Señor, habla:
convoca la tierra de oriente a occidente.
Desde Sión, la hermosa,
Dios resplandece. R.

V. «Congregadme a mis fieles,
que sellaron mi pacto con un sacrificio».
Proclame el cielo su justicia;
Dios en persona va a juzgar. R.

V. «Ofrece a Dios un sacrificio de alabanza,
cumple tus votos al Altísimo
e invócame el día del peligro:
yo te libraré, y tú me darás gloria». R.

Aleluya

Cf. Sal/94, 8a. 7d

R. Aleluya, aleluya, aleluya.

V. No endurezcáis hoy vuestro corazón;
escuchad la voz del Señor. R.

Evangelio: Lucas 19,41-44: *¡Si reconocieras lo que conduce a la paz!*



En aquel tiempo,

⁴¹ cuando Jesús se fue acercando, al ver la ciudad, lloró por ella

⁴² y dijo: -¡Si en este día comprendieras tú también los caminos de la paz! Pero tus ojos

siguen cerrados.

⁴³ Llegará un día en el que tus enemigos te rodearán con trincheras, te cercarán y te acosarán por todas partes;

⁴⁴ te pisotearán a ti y a tus hijos dentro de tus murallas. No dejarán piedra sobre piedra en tu recinto, por no haber reconocido el momento en el que Dios ha venido a visitarte.

Palabra del Señor.

R. Gloria a ti, Señor Jesús.

.. El lamento de Jesús por Jerusalén, muy arcaico en el tono y en la lengua, parece remontarse a una fuente muy próxima al Jesús histórico. Es uno de los poquísimos episodios en los que Jesús llora, mostrando la profunda humanidad de sus sentimientos. El destino de la ciudad santa, que simboliza el destino de todo el pueblo, es considerado como el cumplimiento de una voluntad superior, de un juicio divino ineluctable («tus ojos siguen cerrados»* para el camino de la paz: en la pasiva del lenguaje bíblico se sobreentiende que Dios es el sujeto activo de la acción).

El lenguaje escatológico de Jesús, que recuerda las invectivas proféticas, contrapone *«este día»*, el de la posible salvación, a los *«días»* del juicio que vendrán. Salvación y juicio se conjugan en la expresión *«el momento en el que Dios ha venido a visitarte»* (v. 44): la *«visita»*, en efecto (*episcopé*) puede significar en su raíz hebrea *paqadh* «castigo», pero también «gracia».

La destrucción de Jerusalén es claramente una profecía *ex eventu*: Lucas escribe después del año 70. Sin embargo, eso no disminuye su valor: Jesús fue ejecutado, como ya lo habían sido muchos profetas, también a causa de sus palabras sobre la suerte del templo y del pueblo (cf. Mt 26,61). El episodio tiene valor no como

demostración de una capacidad adivinatoria, sino como clave de lectura para interpretar el significado de la historia vivida por la comunidad a la que se dirige el evangelista.

MEDITATIO

El cuadro apocalíptico de la destrucción de Jerusalén, castigada por su infidelidad, se contrapone a la figura ejemplar de Matatías, que escoge la lucha armada contra el opresor antes que transgredir la ley del Señor.

Se trata de unas imágenes crudas, imágenes que nuestra sensibilidad tiende a rechazar: la ciudad santa, cegada por una decisión divina que la condena de una manera inexorable; el gesto sanguinario de Matatías, que golpea con la misma violencia contra el altar profanado y contra los profanadores... Ahora bien, por encima del lenguaje, es el radicalismo de la decisión de fe lo que cuenta.

El *«día de la salvación»* y el *«día del juicio»* coinciden: es el día de la elección absoluta, día que corresponde en nuestro caso a toda la vida y se condensa en el instante de la muerte. Se trata del día en el que hemos de decidir si estamos *«con él»* o *«contra él»*, y no valen medias tintas, componendas, vacilaciones, distinciones. La persecución es gracia siempre que se convierta en ocasión de un testimonio de fe. El Señor «visita» para salvar. Si su visita se transforma en condena, es sólo obra nuestra.

ORATIO

Lloraste por tu ciudad, Señor. Lloraste por tu gente. Señor, que yo te encuentre como amigo junto a mí en el día de tu «visita». Que yo no cierre ni el corazón ni la mente, de suerte que no sea capaz de leer en los acontecimientos el signo de tu voluntad. Haz que te reconozca presente en los hermanos, a lo largo de los caminos y en

los acontecimientos de este mundo atormentado, para que el juicio no recaiga sobre mí como recayó sobre la ciudad que fue incapaz de reconocer a tus profetas. Haz que yo opte siempre por ti, incluso cuando esta opción exija una buena dosis de valor. Haz que no pierda ni la confianza ni la esperanza aunque se presenten graves obstáculos a la manifestación de mi fe.

CONTEMPLATIO

El hombre había sido creado para servir a su Creador. ¿Qué puede haber más justo para ti que servir a aquel por el que has sido creado y sin el cual no puedes existir? ¿Y qué puede ser más bello y sublime, si servir es reinar? «No serviré», dijo el hombre a su Creador.

»Pues bien, te serviré yo», dijo el Creador al hombre. «Reposa, tomaré sobre mí tus males, me cargaré con tus debilidades. Usa de mí como te plazca, según tus necesidades; no sólo como de tu esclavo, sino incluso como de un asno... Si estás cansado, yo te llevaré para ser el primero en cumplir mi ley, que dice: *"Llevad los unos las cargas de los otros"*. Si te reducen a esclavitud o si quieren venderte, aquí estoy, véndeme... Si estás enfermo y temes la muerte, yo moriré en tu lugar y con mi sangre tendrás el remedio que da vida».

¡Oh siervo bueno y fiel! Has servido realmente; has servido con fidelidad y realidad; has servido con paciencia y longanimidad; sin tibieza, puesto que te has lanzado como un gigante a correr por el camino de la obediencia; sin murmuración, puesto que, flagelado, no abriste la boca. ¡Qué detestable es el orgullo humano que desdeña servir! No podía ser doblegado de ningún otro modo que con el ejemplo del servicio -¡y qué servicio!- rendido por nuestro Señor. ¡Oh, si al menos hubiera valido ese ejemplo! ¡Si se diera gracias por

tanta humildad y bondad! Sin embargo, aún me parece oír el lamento del Señor, que llora por la ingratitud... Ciertamente, Señor mío, has sufrido mucho por servirme. Sería verdaderamente justo y una obligación que al menos de ahora en adelante tú reposaras y tu siervo te sirviera: ha llegado tu turno. Tú has triunfado, Señor; has triunfado sobre los rebeldes. Tiendo mis manos a las tuyas y pongo mi cuello bajo tu yugo. Permíteme servirte y poder sufrir algunas penas por ti (Guerrico dIigny, *Primer sermón para el domingo de Ramos*, 1-3, *passim*).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra: «*Dios nos libre de abandonar la ley y sus preceptos*» (1 Mac 2,21).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

»Convertirse» significa seguir a Jesús, ir con él, por su camino. Consiste, esencialmente, en esta decisión, en que el hombre cesa de ser su propio creador, cesa de buscarse sólo a sí mismo y de buscar su autorrealización, y acepta su dependencia del verdadero Creador. Fundamentalmente, existen sólo estas dos posibilidades: la autorrealización, en la que el hombre intenta crearse a sí mismo para poseer su ser completamente para él, y la opción de la fe y del amor. Esta opción es, al mismo tiempo, la decisión en pro de la verdad. Por ser criaturas, no lo somos por nosotros mismos; sólo si «perdemos» la vida, podemos ganarla.

Esta alternativa corresponde a la elección fundamental entre la muerte y la vida: una civilización del tener y una civilización de la muerte; sólo una cultura del amor es también una cultura de la vida: «*Quien quiera salvar su propia vida la perderá, pero quien la pierda la salvará*» (Mc 8,35). Podemos decir asimismo que la alternativa entre autorrealización y amor

corresponde a la alternativa entre el poder terreno y la cruz, entre una redención que consiste sólo en el bienestar y una redención que se abre y se confía a la infinitud del amor divino. La conversión exige que no sólo de una manera general, sino día a día, en las pequeñas cosas, la verdad, la fe y el amor se vuelvan más importantes que nuestra vida biológica, que el bienestar, que el éxito, que el prestigio y que la tranquilidad de nuestra vida. De hecho, el éxito, el prestigio, la tranquilidad y la comodidad son los falsos dioses que mayormente impiden la verdad y el verdadero progreso en la vida personal y en la vida social (J. Ratzinger, // *cammino pasquale*, Milán 1985, pp. 19ss, *oassim* [edición española: *El camino pascual*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1990]).

[Inicio documento](#)

Día 21

Viernes de la 33ª semana del tiempo ordinario año impar

Presentación de la Bienaventurada Virgen María. Memoria obligatoria

Sólo los apócrifos imaginan y se extienden en la descripción de la presentación de María en el templo de Jerusalén. Junto a este templo decretó construir el emperador Justiniano una iglesia mariana, que fue dedicada el 21 de noviembre del año 543 y destruida setenta años después.

Esta memoria se instauró como celebración litúrgica en Constantinopla en el siglo VIII. Su difusión en Occidente fue lenta y tuvo lugar primero en el ámbito local; en 1472, fue extendida a toda la Iglesia latina. Ésta figura entre las memorias que, «prescindiendo del aspecto apócrifo, proponen contenidos de alto valor

ejemplar, continuando venerables tradiciones» (*Marialis cultus*, 8).

Del Martirologio romano:

Memoria de la Presentación de santa María Virgen. Al día siguiente de la dedicación de la basílica de Santa María la Nueva, construida junto al muro del antiguo templo de Jerusalén, se celebra la dedicación que de sí misma hizo a Dios la futura Madre del Señor, movida por el Espíritu Santo, de cuya gracia estaba llena desde su Concepción Inmaculada.

LECTIO

Primera lectura: 1 Macabeos 4,36-37.52-59: *Celebraron la consagración, ofreciendo con alegría holocaustos.*

En aquellos días,

³⁶ Judas y sus hermanos dijeron: -Nuestros enemigos han sido vencidos; vayamos a purificar y consagrar el templo.

³⁷ Reunieron todo el ejército y fueron al monte Sión.

⁵² El veinticinco del mes de Casleu del año ciento cuarenta y ocho, se levantaron de madrugada

⁵³ y ofrecieron un sacrificio según la ley en el altar de los holocaustos que habían hecho.

⁵⁴ El altar fue inaugurado al son de himnos, cítaras, arpas y címbalos, en el mismo día y hora en que había sido profanado por los paganos.

⁵⁵ Todo el pueblo se postró rostro en tierra, adoró y bendijo a Dios, que les había dado la victoria,

⁵⁶ y celebraron la dedicación del altar durante ocho días, ofreciendo con alegría holocaustos y sacrificios de comunión y de acción de gracias.

⁵⁷ Adornaron la fachada del templo con coronas de oro y con escudos; restauraron las entradas y salas y pusieron puertas;

⁵⁸ el pueblo se alegró muchísimo y quedó borrado el oprobio causado por los paganos.

⁵⁹ Judas, sus hermanos y toda la asamblea de Israel acordaron que la dedicación del altar se celebrase con alegría y regocijo cada año, durante ocho días, a partir del veinticinco de Casleu.

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

****.** El fragmento cuenta la purificación y la nueva consagración del templo después de las primeras victorias de Judas Jacobeo (vv. 36ss). Tras el lamento y el luto por la desolación a la que había sido reducido el santuario, se decide lo que van a hacer y se procede a los trabajos de reconstrucción.

Por último, llega el momento del rito. Por la mañana se ofrecen sacrificios sobre el altar reconstruido, consagrado de nuevo con cantos y músicas (w. 52-54). El pueblo se postra en adoración dando gracias al Señor (v. 55) y prosiguen los ritos durante ocho días (v. 56). El templo ha sido renovado por completo y ha quedado cancelada la vergüenza de la dominación pagana (w. 57ss). Judas establece que la fiesta se celebre cada año, durante ocho días, con alegría (v. 59).

Salmo responsorial

1 Crón 29, 10bc. 11abc.11d-12a. 12bcd. (R.: 13b)

R. Alabamos tu nombre glorioso, Señor.

V. Bendito eres, Señor, Dios de nuestro padre Israel,
por los siglos de los siglos. **R.**

V. Tuyos son, Señor, la grandeza y el poder, la gloria, el esplendor, la majestad,
porque tuyo es cuanto hay en cielo y tierra.
R.

V. Tú eres rey y soberano de todo.
De ti viene la riqueza y la gloria. **R.**

V. Tú eres Señor del universo,
en tu mano está el poder y la fuerza,
tú engrandeces y confortas a todos. **R.**

Aleluya

Jn 10, 27

R. Aleluya, aleluya, aleluya.

V. Mis ovejas escuchan mi voz —dice el Señor—,
y yo las conozco, y ellas me siguen. **R.**

Evangelio: Lucas 19,45-48: *Habéis hecho de la casa de Dios una cueva de bandidos.*



En aquel tiempo,

⁴⁵ Jesús entró en el templo e inmediatamente se puso a expulsar a los vendedores,

⁴⁶ diciéndoles: -Está escrito: *Mi casa ha de ser casa de oración, pero vosotros la habéis convertido en cueva de ladrones.*

⁴⁷ Jesús enseñaba todos los días en el templo. Los jefes de los sacerdotes, los maestros de la Ley y los principales del pueblo trataban de acabar con él.

⁴⁸ Pero no encontraban el modo de hacerlo, porque el pueblo entero estaba escuchándolo, pendiente de su palabra.

Palabra del Señor.

R. Gloria a ti, Señor Jesús.

****.** Los sinópticos colocan el episodio de la purificación del templo casi para introducir los relatos de la última cena y de la pasión. En este pasaje evangélico de Lucas se distinguen dos unidades: la expulsión de los vendedores (w. 45ss) y la enseñanza de Jesús, que provoca la reacción de sus adversarios (w. 47ss). En ambos casos entra Jesús en el templo como cualquier judío observante, pero actúa con una autoridad que sorprende y desconcierta. Lucas no insiste en la descripción de los detalles particulares,

sino que se limita simplemente a decir «*los vendedores*», reuniendo así todos los comportamientos que, aunque no estén prohibidos, representan un ultraje para el lugar sagrado. Jesús los expulsa con dos citas proféticas, una de Isaías y otra de Jeremías. En la segunda parte, se dice simplemente que Jesús «*enseñaba todos los días*»: la normalidad de su presencia en el templo y la serenidad de su actividad de maestro hacen resaltar el contraste entre los jefes y el pueblo. En efecto, mientras este último le escucha y le sigue, los jefes buscan un pretexto para condenarle a muerte, aunque no saben cómo arreglárselas. La Palabra de Jesús es, una vez más, el «*signo de contradicción*» que revela los pensamientos secretos de los corazones y distingue a los creyentes de los incrédulos.

MEDITATIO

Los documentales y las adaptaciones de los relatos evangélicos favorecen la creación de una imagen edulcorada y desteñida de la actividad pública de Jesús, una imagen que nos ha sido transmitida más por la costumbre que por la tradición. Nos sorprende que también Lucas, el más dócil de los evangelistas, muestre, sin embargo, en Jesús una actitud firme e incluso ruda, una decisión que desorienta a sus adversarios y los reduce al silencio.

Mantenerse fieles a la Palabra, sin ceder a componendas, impone decisiones difíciles: el Reino de los Cielos se conquista con la violencia, dice Mateo (11,12), y precisamente Lucas afirma, en el momento decisivo, la necesidad de no sustraerse al combate: «*Pues ahora, el que tenga bolsa que la tome, y lo mismo el que tenga alforja, y el que no tenga espada que venda su manto y se la compre*» (22,36).

Nos impresiona Judas Macabeo, que

consagra el templo casi con las manos aún sucias de la sangre de los enemigos. También nos impresiona Jesús cuando no vacila en molerse contra los poderosos, sabiendo que también el pueblo le dará la espalda en seguida. Se requiere valor y fuerza para sostener posiciones impopulares, pero dictadas por la conciencia y por el Evangelio. Se requiere discernimiento, humildad y un prolongado trato con la Palabra de Dios para conjugar el rigor de los principios con la atención a las personas.

ORATIO

Señor, hazme fuerte.

Haz que no enmascare mi cobardía con la mansedumbre, que no confunda el respeto a las opiniones ajenas con la incapacidad de dar testimonio del Evangelio.

Concédeme el discernimiento necesario para reconocer lo que es sagrado porque tú lo has querido, distinguiéndolo de lo que nosotros hemos revestido de un carácter sagrado porque así convenía a nuestros intereses humanos.

Concédeme el valor de hablar cuando es necesario y de callar cuando es bueno hacerlo, sin que mi palabra y mi silencio estén guiados por el miedo o por el deseo de obtener ventajas para mí.

Guíame tú, Señor, en todo instante de mi vida y en todo lugar, porque el mundo entero es sagrado para ti, como y más que los templos o las iglesias.

CONTEMPLATIO

La oración auténtica es oración de la Iglesia: una oración sincera obra algo en la Iglesia y es la Iglesia misma la que ora, porque el Espíritu Santo que la anima es también el que en cada alma «*intercede por nosotros con gemidos inefables*» (Rom 8,26). Ésta es la verdadera oración, porque «*nadie puede decir: "Jesús es Señor" si no*

está movido por el Espíritu Santo» (1 Cor 12,3). ¿Qué sería la oración de la Iglesia si no fuera don de los que aman con un gran amor al Dios que es amor? El don total de nuestro corazón a Dios es el estado más elevado accesible a nosotros, el grado más alto de la oración. Las almas que lo han alcanzado constituyen verdaderamente el corazón de la Iglesia: en ellas vive el amor sacerdotal de Jesús. Difunden en otros corazones el amor divino que las posee y colaboran así a la perfección de todos.

Todo es unitario para las almas bienaventuradas que han llegado a la unidad profunda de la vida divina: reposo y acción, contemplar y actuar, callar y hablar. Mientras estamos en camino, y más aún mientras la meta está lejana, permanecemos bajo la ley de la vida temporal y, sin embargo, estamos seguros de que, en el Cuerpo místico, la vida divina en plenitud llegará a ser realidad para nosotros en virtud del mutuo y recíproco progresar de los miembros.

Las formas tradicionales de oración también son necesarias, y debemos participar en el culto público, tal como lo establece la Iglesia, para que nuestra vida interior se sienta estimulada, permanezca en su justo equilibrio y se exprese del modo adecuado. La alabanza solemne de Dios debe tener sus santuarios en la tierra, para ser celebrada con toda la perfección de la que los hombres son capaces.

En ellos y en nombre de toda la Iglesia, puede subir al cielo, actuar sobre todos los miembros, mantener despierta la vida interior y estimular su esfuerzo fraterno (E. Stein, *Lapriére de l'Église*, París 1965, pp. 51-55).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra: «*Mi casa ha de ser casa de*

oración» (Lc 19,46).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

La Iglesia tiene como única misión hacer presente a Jesucristo en medio de los hombres. Debe anunciarlo, mostrarlo, darlo a todos. El resto está de sobra. Sabemos que no puede faltar a esta misión. La Iglesia es y será siempre, con toda verdad, la Iglesia de Cristo: «*Yo estoy con vosotros hasta el fin del mundo»* (Mt 28,20). Ahora bien, es menester que lo que la Iglesia es en sí misma lo sea también en sus miembros. Lo que ella es para nosotros debe serlo también por medio de nosotros. También nosotros debemos ser anunciadores de Cristo, dejándole aparecer continuamente a través de nuestro ser. Todo esto es algo más que una obligación; es, podemos decir, una necesidad orgánica.

¿Responden siempre a ello nuestros hechos? ¿Anuncia la Iglesia, verdaderamente, a Jesucristo a través de nosotros? [...]. ¿Ha conservado nuestro mensaje la pureza de los primeros anunciadores? No por ello está siempre, necesariamente, iluminado o libre de consideraciones humanas un celo activo y sincero.

La fe de quien procede puede no ser suficientemente pura [...]. Creamos, y sostenemos después, obras de todo tipo, y cada una de ellas responde a una necesidad indiscutible. Están las técnicas para cristianizar, técnicas que, por consiguiente, hemos de conocer antes que nada [...]. Hay una imponente variedad de tareas especializadas que requieren dotes adecuadas y requieren entrega, oscura o brillante. Todas estas cosas tal vez sean necesarias. Sin embargo, hemos de estar atentos siempre a presentar la Iglesia - y antes que nada a comprenderla- en su verdad total. En la Iglesia y a través de ella

nos preocupamos constantemente por escuchar a aquel a quien ella anuncia, de remontarnos hasta aquel que es la única razón de su existencia.

Cada uno de nosotros es miembro del único Cuerpo. Cada uno de nosotros, en el modesto sector en el que se mueve, es la Iglesia. La Iglesia debe anunciar el Evangelio por medio de cada uno de nosotros; debe hacer brillar su luz a los ojos de cada hombre que viene a este mundo, como el candelabro que sostiene la antorcha (H. de Lubac, *Meditazioni sulla Chiesa*, Milán 1993 [edición española: *Meditación sobre la Iglesia*, Encuentro Ediciones, Madrid 1980]).

MEDITATIO para la Presentación de la Virgen María

El acontecimiento de la "presentación" no aparece en ningún texto neotestamentario, y, además, es improbable lo que cierta tradición le atribuye, a saber: confiar una niña al clero de Jerusalén, en un templo inaccesible, por otra parte, a las mujeres. Ahora bien, el leccionario litúrgico ofrece una propuesta unitaria para dar verosimilitud a la interpretación del acontecimiento: es la *tipología de la presencia*. Ambas lecturas se detienen en torno a esa modalidad relacional.

El oráculo de Zacarías proclama la presencia de Dios en el templo y transmite la palabra del mismo Dios, que se presenta desplegando el sentido y el significado de esa deliberación suya.

El evangelio según Marcos refiere una presencia de María en el lugar en el que se encuentra Jesús, y las palabras de éste hacen las veces de presentación de la identidad de quien él considera su auténtica familia. El mensaje se presenta bastante claro: el Señor está presente ante la

persona humana, y a ésta se le abre la vía para presentarse ante el Señor. El templo asume la función de hacer visible el encuentro entre dos presencias. Sobre el fondo de un símbolo delicado como es la presencia de una niña en la solemnidad de un templo, o sea, precisamente la susodicha "presentación", la liturgia nos invita hoy a meditar sobre el sentido de una *presentación de nosotros mismos ante el Señor*. Nuestra propia presencia ante el Señor se convierte en presentación cada vez que ésta es iluminada, explicada, motivada, cultivada por una conciencia.

El símbolo de la presentación de María en el templo, por consiguiente, equivaldría a la conciencia de la identidad de María y de su función junto al Mesías, que va creciendo poco a poco: primero, por parte de sus familiares -o sea, la de los otros-; a continuación, por parte de la misma María y, por último, por parte de los posteriores creyentes. El sentido sustancial es éste: María está siempre en presencia del Señor, totalmente dedicada a servir, peregrina en el conocimiento.

ORATIO

Santa María, hija del Israel y guardiana del Evangelio, salve. Mujer casta, florecida a la luz del amor del Señor, socórrenos en el trabajo de apartar los velos que obstaculizan la pureza de nuestro corazón para ver a

Dios; mujer humilde, crecida a la sobra del Omnipotente, guíanos a la alegría del testimonio de que hemos encontrado al Señor.

Virgen orante en las liturgias de tu pueblo, peregrina ante Dios en su templo santo, presencia materna en la Iglesia en oración, acompáñanos cuando nos presentemos ante la Santísima Trinidad para implorar misericordia y contemplar su

rostro.

Templo santificado por el Espíritu, custodia en los santos braseros los granos de incienso de nuestros sacrificios y las luces encendidas de nuestras esperanzas mediante tu caridad agradable a Dios. Sierva presente en toda fiesta de fraternidad, acoge la oración de tus siervos.

CONTEMPLATIO

Preocupaos más, hermanos míos, preocupaos más, por favor, de lo que dijo el Señor, extendiendo la mano sobre sus discípulos: *Estos son mi madre y mis hermanos, y quien hiciere la voluntad de mi Padre, que me envió, es para mí un hermano, hermana y madre* (Mt 12,49-50).

¿Acaso no hacía la voluntad del Padre la Virgen María, que en la fe creyó, en la fe concibió, elegida para que de ella nos naciera la salvación entre los hombres, creada por Cristo antes de que Cristo fuese en ella creado? Hizo sin duda Santa María la voluntad del Padre; por eso, es más para María ser discípula de Cristo que haber sido madre de Cristo. Más dicha le aporta el haber sido discípula de Cristo que el haber sido su madre. Por eso era María bienaventurada, pues antes de dar a luz llevó en su seno al Maestro. Mira si no es cierto lo que digo. Mientras caminaba el Señor con las turbas que le seguían, haciendo divinos milagros, una mujer gritó: *¡Bienaventurado el vientre que te llevó!* Más, para que no se buscara la felicidad en la carne, ¿qué replicó el Señor?

Más bien, bienaventurados los que oyen la Palabra de Dios y la guardan (Lc 11,27-28). Por eso era bienaventurada María, porque oyó la Palabra de Dios y la guardó: guardó la verdad en la mente mejor que la carne en su seno. Verdad es Cristo, carne es Cristo; Cristo Verdad estaba en la mente de María, Cristo carne estaba en el seno de María:

más es lo que está en la mente que lo que es llevado en el vientre. Santa es María, bienaventurada es María, pero mejor es la Iglesia que la Virgen María. ¿Por qué? Porque María es una porción de Iglesia, un miembro santo, un miembro excelente, un miembro supereminente, pero al fin miembro de un cuerpo entero.

Si es parte del cuerpo entero, más es el cuerpo que uno de sus miembros. El Señor es cabeza y el Cristo total es cabeza y cuerpo. ¿Qué diré? Tenemos una cabeza divina, tenemos a Dios como cabeza (Agustín de Hipona, *Sermón 72/A, 7*).

ACTIO

Permanece largo tiempo en la iglesia ante una imagen de María y repite hoy: *"Bienaventurado el que cumple la voluntad de Dios"*.

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Y cuando la niña llegó a la edad de tres años, Joaquín dijo: "Llamad a las hijas de los hebreos que estén sin mancha y que tome cada cual una lámpara, y que estas lámparas se enciendan, para que la niña no vuelva atrás y para que su corazón no se fije en nada que esté fuera del templo del Señor". Y ellas hicieron lo que se les mandaba, hasta el momento en que subieron al templo del Señor. Y el gran sacerdote recibió a la niña y, abrazándola, la bendijo y exclamó: "El Señor ha glorificado tu nombre en todas las generaciones. Y en ti, hasta el último día, el Señor hará ver la redención por él concedida a los hijos de Israel". E hizo sentarse a la niña en la tercera grada del altar, y el Señor envió su gracia sobre ella, y ella danzó sobre sus pies y toda la casa de Israel la amó. Y sus padres salieron del templo llenos de admiración y glorificando al Omnipotente, porque la niña no se había vuelto atrás. Y María permaneció en el templo del Señor, nutriéndose como una

paloma, y recibía su alimento de manos de un ángel (*Protoevangelio de Santiago* Vil, 2-VIII, 1).

Inicio documento

Día 22

Sábado de la 33ª semana del tiempo ordinario año impar

Memoria obligatoria de Santa Cecilia

Al igual que la de otros mártires de los primeros siglos cristianos, la vida de santa Cecilia nos es casi desconocida. Las *Actas del martirio* (siglos V-VI), aunque no tienen un carácter histórico y calcan esquemas hagiográficos típicos, reciben, no obstante, la confirmación de la historicidad de la mártir por el culto que se le atribuía ya antes del año 313, atestiguado por la inserción del nombre de Cecilia en los antiguos martirologios y en el canon romano, por la dedicación de la basílica homónima en el Trastevere y por la dotación del sarcófago que inicialmente contuvo sus restos (siglo III).

A Cecilia se la considera patrona de la música y del canto a causa de la interpretación que la piedad popular dio a la expresión de las *Actas*: «*Actibus organis Caecilia decantabat in corde suo*».

Del Martirologio romano:

Memoria de santa Cecilia, virgen y mártir, que, según la tradición, consiguió la doble palma por amor a Jesucristo, en el cementerio de Calixto, en la vía Apia de Roma. El título de una iglesia en el Transtíber lleva desde antiguo su nombre (s. inc.).

LECTIO

Primera lectura: 1 Macabeos 6,1-13: *Por las desgracias que hice en Jerusalén, muero de tristeza.*

En aquellos días,

¹ el rey Antíoco recorría las regiones del

norte, cuando se enteró de que Elimaida, en Persia, era una ciudad famosa por su riqueza en oro y plata

² y de que había en ella un templo riquísimo, con armaduras de oro, corazas y armas que había dejado Alejandro, hijo de Filipo, rey de Macedonia, primer rey de los griegos.

³ Fue e intentó apoderarse de la ciudad y saquearla, pero no pudo, porque los de la ciudad se enteraron de sus planes

⁴ y salieron contra él para atacarlo. Antíoco tuvo que huir, contrariado, para volver a Babilonia.

⁵ Estando en Persia, le llegó la noticia de las derrotas que habían sufrido los ejércitos enviados a Judea;

⁶ que Lisias, aunque había ido con un ejército poderosísimo, había sido puesto en fuga, y que los judíos se habían reforzado con las armas y el abundante botín tomado a los ejércitos vencidos;

⁷ que habían derribado el altar sacrílego levantado por él sobre el altar de los holocaustos que está en Jerusalén y habían rodeado el templo de altas murallas, igual que antes, así como la ciudad de Betsur, ciudad que pertenecía al rey.

⁸ Al oír esto, se aterró, se conmovió profundamente y cayó enfermo en cama con una gran depresión, porque las cosas no le habían salido como quería.

⁹ Así estuvo muchos días, profundamente deprimido. Dándose cuenta de que se iba a morir,

¹⁰ llamó a sus amigos y les dijo: -El sueño ha huido de mis ojos y mi corazón desfallece de angustia.

¹¹ Me pregunto: ¿A qué estado de tribulación he llegado y en qué mar de tristeza me encuentro, yo, que era feliz y amado cuando era poderoso?

¹² Ahora me acuerdo de los males que hice en Jerusalén, de los objetos de plata y oro

que robé y de los habitantes de Judea que exterminé sin motivo.

¹³ Por eso me han venido estas desgracias y me muero de tristeza en tierra extraña.

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

****.** El fragmento narra la derrota y la muerte de Antíoco IV, presentada, según el estilo del primer libro de los Macabeos, como manifestación del juicio divino. El comienzo (w. 1ss) insiste en la codicia del rey, que intenta apoderarse de una rica ciudad, seguro de que se apropiará en seguida de ella, pero el v. 3 muestra de inmediato la inversión de la suerte de Antíoco: «*No pudo porque los de la ciudad se enteraron de sus planes*». Es una primera derrota (v. 4), a la que pronto siguen otras malas noticias: tras vencer a las tropas de Lisias en Judá (w. 5ss), los israelitas han destruido los ídolos y fortificado el santuario (v. 7).

La derrota golpea al rey como una enfermedad (w. 8ss): Antíoco es la personificación del mal, anulado por completo en su misma vida física cuando ya no consigue llevar a buen fin sus malvados proyectos. El rey, sintiéndose a punto de morir, toma conciencia del merecido castigo (w. 10-13). No es un verdadero arrepentimiento el que muestra a sus amigos, sino más bien la resignación y el reconocimiento de que la desgracia que se abate sobre él es la justa consecuencia de la profanación cometida contra Israel: «*Por eso me han venido estas desgracias y me muero de tristeza en tierra extraña*» (v. 13).

Salmo responsorial

Sa/9, 2-3. 4 y 6. 16 y 19. (R.: 15c)

R. Gozaré con tu salvación, Señor.

V. Te doy gracias, Señor, de todo corazón,

proclamando todas tus maravillas;
me alegro y exulto contigo,
y toco en honor de tu nombre, oh Altísimo.

R.

V. Porque mis enemigos retrocedieron,
cayeron y perecieron ante tu rostro.
Reprendiste a los pueblos, destruiste al
impío
y borraste para siempre su apellido. R.

V. Los pueblos se han hundido en la fosa que
hicieron,
su pie quedó prendido en la red que
escondieron.
Él no olvida jamás al pobre,
ni la esperanza del humilde perecerá. R.

Aleluya

Cf. 2 Tim 1, 10

R. Aleluya, aleluya, aleluya.

V. Nuestro Salvador, Cristo Jesús, destruyó
la muerte,
e hizo brillar la vida por medio del
Evangelio. R.

Evangelio: Lucas 20,27-40: *No es Dios de muertos, sino de vivos.*

†

En aquel tiempo,

²⁷ se acercaron entonces unos saduceos, que niegan la resurrección, y le preguntaron:

²⁸ -Maestro, Moisés nos dejó escrito: *Si el hermano de uno muere dejando mujer sin hijos, su hermano debe casarse con la mujer para dar descendencia a su hermano.*

²⁹ Pues bien, había siete hermanos. El primero se casó y murió sin hijos.

³⁰ El segundo

³¹ y el tercero se casaron con la viuda, y así hasta los siete. Todos murieron sin dejar hijos.

³² Por fin murió también la mujer.

³³ Así pues, en la resurrección, ¿de quién de ellos será mujer? Porque los siete estuvieron casados con ella.

³⁴ Jesús les dijo: -En la vida presente existe el matrimonio entre hombres y mujeres;

³⁵ pero los que logren alcanzar la vida futura, cuando los muertos resuciten, no se casarán,

³⁶ y es que ya no pueden morir, pues son como los ángeles, son hijos de Dios porque han resucitado.

³⁷ Y el mismo Moisés da a entender en el episodio de la zarza que los muertos resucitan, cuando llama al Señor *el Dios de Abrahán, Dios de Isaac y Dios de Jacob*.

³⁸ No es un Dios de muertos, sino de vivos, porque todos viven por él.

³⁹ Entonces unos maestros de la Ley intervinieron diciendo: -Maestro, has respondido muy bien.

⁴⁰ Y ya nadie se atrevía a preguntarle nada.

Palabra del Señor.

R. Gloria a ti, Señor Jesús.

**. Los saduceos que se acercan a Jesús para plantearle una pregunta tendenciosa eran uno de los grupos religiosos que existían en aquellos tiempos en Israel. Ligados a la clase sacerdotal y al culto del templo, y más tradicionalistas que los fariseos en el cumplimiento de la ley, los saduceos desaparecieron tras la destrucción del año 70 d. de C. Lucas observa que no creían en la resurrección (v. 27), una doctrina surgida hacía poco en la historia de Israel.

La pregunta (w. 28-33) está planteada con el estilo típico de las disputas rabínicas, presentando un caso y pidiendo al *rabí*, aquí Jesús, que proponga la solución; se trata, claro está, de un caso límite, pensado a propósito para poner en dificultades a Jesús: ¿de quién será esposa la mujer que se ha casado con siete maridos?

Jesús, como suele hacer con frecuencia, responde trasladando el ámbito de la cuestión a otra dimensión, la suya, la del Reino de los Cielos: después de la resurrección, las relaciones humanas ya no son comparables a las de esta vida (vv. 34-36). En la segunda parte de su respuesta (w. 37ss) Jesús expone un argumento bíblico en favor de la resurrección, remitiendo de este modo a los saduceos a lo que ya deberían saber, si leyeran con espíritu puro las palabras de Moisés (*cf.* Ex 3,2-6): el Dios de Abrahán, Isaac y Jacob no es un Dios de muertos, y esto significa que Abrahán, Isaac y Jacob viven en él.

Ante la respuesta de Jesús, los que le habían interrogado enmudecen y ya no se atreven a dirigirle otras preguntas (w. 39ss): una observación característica de Lucas.

MEDITATIO

La muerte es la línea divisoria que separa, sin posibilidad de confusión, lo verdadero de lo falso. Es el momento culminante de la vida, más importante que el mismo nacimiento, del que no éramos conscientes, crisol en el que se templan las decisiones fundamentales que determinan nuestro destino. La vida de cada uno de nosotros dura lo necesario para prepararnos a morir, y el modo como lo hayamos hecho decidirá la calidad de la vida nueva que nos está preparada desde siempre.

La «novela» de los Macabeos lo muestra a su manera, con la tardía toma de conciencia de Antíoco IV: «*Por eso me han venido estas desgracias y me muero de tristeza en tierra extraña*», reconocimiento de una justicia cruel, pero irreprochable. La palabra liberadora del Evangelio le ha quitado a la muerte su «*aguijón*» (*cf.* 1 Cor 15,55), restituyéndole su auténtica característica de paso de una vida

imperfecta y precaria a la vida plena y eterna según el proyecto del Creador.

ORATIO

Señor, ayúdame a vivir esperándote.

Tengo miedo de la muerte, Señor. Tengo miedo de la muerte de los otros, de las personas queridas de las que no podré prescindir. Dame unos ojos puros para que sea capaz de ver más allá de las apariencias, más allá del «muro de sombra» que me separa de ti. Concédeme un corazón sencillo para que no sucumba ante las preguntas sin respuesta.

No busco, Señor, razonamientos profundos ni soluciones geniales. Pero tengo necesidad de encontrar un sentido a la vida y a la muerte, la tengo cada vez que la mirada de un hermano que sufre se cruza con la mía. Ayúdame a aceptar el silencio y la falta de respuestas. Ayúdame a creer que eres tú el Señor de la vida, aun cuando la vida sea una cosa frágil y se me escape de las manos.

CONTEMPLATIO

Oh Jerusalén celestial, casa luminosa y espléndida, amo desde siempre tu belleza y el lugar donde habita la gloria de mi Señor. Por ti suspira mi peregrinación. He ido errante como oveja perdida, pero sobre los hombros de mi pastor -de tu arquitecto- espero ser llevado de nuevo a ti. Jerusalén, morada eterna de Dios, que no se olvide de ti mi alma; sé tú mi alegría; que el dulce recuerdo de tu nombre dichoso me alivie de la tristeza y de lo que me oprime. No está, en efecto, aquí abajo nuestra ciudadanía estable: nuestra patria está en los cielos, de donde esperamos al Señor Jesucristo, que transfigurará nuestro miserable cuerpo mortal para configurarlo con su cuerpo glorioso.

Jerusalén santa, te suplico por la caridad de la que eres madre que no te olvides

nunca de la Iglesia que anda todavía peregrina por la tierra. No te canses de rezar por esta parte de ti y sostenía con tu protección para que un día consiga unirse a ti para siempre.

Felices santos de Dios que ya habéis cruzado el mar turbulento de esta condición mortal y ya habéis llegado al puerto de la quietud infinita, de la seguridad y de la paz: vosotros, que ahora estáis seguros, tened cuidado de nosotros. Os lo suplico: acordaos de nosotros, miserables, sacudidos todavía en el mar de esta vida por las olas que se levantan a nuestro alrededor. Interceded y rogad por nosotros, y que en los brazos de vuestras oraciones podamos ser llevados también nosotros a nuestro Dios. Somos frágiles, hombres de nada, sin virtud. Lo sabéis bien. Nos sostiene en realidad el leño de la cruz, y en él tenemos la esperanza de realizar la travesía hasta el puerto. Que, por vuestros méritos y vuestras santas oraciones, se nos conceda llevar salva la nave e íntegra su carga hasta la entrada en el puerto tranquilo de la gloria eterna. Tú sobre todo. Reina del cielo y Señora de la tierra, siempre Virgen santísima, Madre de Dios y de nuestro Señor Jesucristo, ora por nosotros e intercede asiduamente por tus hijos (Juan de Fécamp, *Confessione teológica*, Milán 1986).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra: «*Dios no es un Dios de muertos, sino de vivos, porque todos viven por él*» (Lc 20,38).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Ante nosotros se impone esta alternativa: o persuadirnos de que, más allá del tiempo, no existe una eternidad que nos espera, y entonces este caminar nuestro sobre la tierra -más aún, este correr nuestro- se quedaría sin meta y por

consiguiente sin justificación y sentido, o convencernos de que, más allá del tiempo, hay para nosotros un atracadero, un destino de plenitud, una casa última y segura tras la continua mudanza del espíritu, y entonces sólo a la luz de la eternidad debemos valorar todos los actos y todos los acontecimientos.

Hay quien considera que el pensamiento de la vida eterna impide saborear plenamente las alegrías de la vida presente. La verdad es lo contrario: encuentro más gusto en vivir los días que me son dados aquí abajo cuando sé que tienen un sentido y un objetivo, cuando sé que no constituyen una carrera hacia la nada; vivo con mayor placer cuando estoy persuadido de que no vivo para nada.

Nunca ha estado el hombre sumergido como hoy en lo llamativo y en lo efímero, y nunca como hoy ha tenido necesidad de lo que es sustancioso y no perecedero. Se deja trastornar por ritmos y sonidos que le quitan la capacidad de reflexionar, se deja encaminar de una manera pasiva y estólida hacia la catástrofe de la muerte, y nunca como hoy ha sentido tantos deseos de vivir. Tiene necesidad de una vida verdadera, no de un frenesí que remedie sólo exteriormente la exuberancia del espíritu; tiene necesidad de una vida plena, no de sensaciones epidérmicas que proporcionan la ilusión de la satisfacción, mientras que el corazón permanece árido y la mente está desierta de toda verdad y toda certeza. La «vida eterna» -esa que ya puede ser nuestra desde ahora-, según nos ha dicho el Señor, es ésta: «*Que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a aquel que has enviado, Jesucristo*» (Jn 17,3). No se trata de dos conocimientos: es el mismo e idéntico conocimiento que conduce, a quien ha descubierto de una manera existencial al

Señor Jesús y se ha entregado a él, a la comunión de vida con el Creador de todo, principio y meta de toda aventura humana (G. Biffi, *La meraviglia del*)'evento cristiano', Cásale Monf. 1996, pp. 436-438).

Meditatio para la memoria de santa Cecilia

MEDITATIO

El amor con el que Dios nos ama es personal, intenso, profundo; no tiene límites ni condiciones. Es un amor fiel, que nunca desaparece, que siempre ofrece la posibilidad de nuevos inicios. La iniciativa es constantemente de Dios, que, sin embargo, nos deja a cada uno la responsabilidad y la alegría de adherirnos.

Santa Cecilia, con su vida personal, nos muestra la disponibilidad de una creyente para dejarse amar y para responder con todo su ser a tanto amor. Es tan precioso para Cecilia el don recibido del Señor que no se olvida de nada a fin de estar preparada para el encuentro con él. Cecilia, que a través de la fe ha conocido al Señor, invita a otros -y en primer lugar a su esposo- a la comunión con él, animándole a la perseverancia en las dificultades.

La oración, que alimenta su relación con el Señor, la mantiene vigilante en la espera de la venida de él, fuerte y alegre cuando ésta tenga lugar a través de una muerte cruenta.

Cecilia, que se nos da a nosotros como testigo de una fidelidad a toda prueba, nos recuerda que la fe es un don que se refuerza compartiéndolo. El Señor lo otorga a todos, pero nos corresponde a nosotros animarnos los unos a los otros para acogerlo. Cecilia nos invita a hacer todo para no ajar este don en la Trivialidad y en el «dado por descontado», sino a vivirlo con firmeza y con alegría, convirtiendo nuestra existencia en un canto de alabanza al Señor.

ORATIO

Señor Jesús, tú fuiste enviado por el Padre a este mundo para hablar a los hombres de su amor, de suerte que volvieran a vivir la amistad con él.

Confirma en la fe a los que ya han recibido el bautismo: sé su fuerza en la adversidad, y sostenlos y confórmalos en la certeza de la vida bienaventurada y sin fin.

Haz que la espera de tu venida gloriosa fortalezca su don de amor en el presente, seguros de que quien pierde su propia vida la recobrarán para siempre.

CONTEMPLATIO

Una cosa es decir «no» a alguien que adelanta propuestas hábiles y lisonjeras y permanecer así en la verdad y mantener los votos pronunciados; otra es permanecer firmes también frente a los tormentos y las heridas. Son éstos los recursos que se esconden en la intimidad del alma y de sus facultades: la tentación los descubre, la prueba concreta los da a conocer.

Adelante, santos de Dios, niños y jovencitos, hombres y mujeres, solteros y solteras. Proseguid con perseverancia hasta el fin. Alabad al Señor tanto más dulcemente cuanto más intensamente penséis en él. Esperad en él con tanta más felicidad cuanto mayor sea el celo con el que le servís. Que tanto más ardiente sea vuestro amor por él cuanto mayor sea el cuidado en complacerle. Con los lomos ceñidos y las lámparas encendidas, esperad al Señor a su regreso de las bodas. En las bodas del Cordero cantad un cántico nuevo, acompañándoos con vuestras cítaras. A buen seguro, no será ese canto el mismo que cantará la tierra entera, a quien se dice: «*Cantad al Señor un cántico nuevo; cantad al Señor toda la tierra*» (Sal 95,1). Será un canto que nadie podrá cantar, sino vosotros.

(Agustín de Hipona, *La verginitá*

consacrata, Roma 1982, 152.117.)

ACTIO

Repite a menudo y vive hoy la Palabra: «*Ya está ahí el esposo, salid a su encuentro*» (Mt 25,6b).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

El creyente está siempre colocado frente a la elección entre los ídolos y Dios, para lo que tiene que pagar el precio del martirio, del exilio y hasta el de la huida al desierto, la persecución. [...]. Toda criatura a la que se le dé un valor absoluto, perdiendo su referencia al Creador, se convierte en un ídolo, puesto que se separa de Dios, se insinúa entre el hombre y su único Señor usurpándole su señorío. En realidad, todo puede convertirse en nuestra vida y en nuestro mundo en un ídolo: las cosas que son y las que nosotros elaboramos a través del trabajo (a. Sab 13,1 -7.10-19), si se convierten en absoluto, si capturan nuestra libertad, si concentran sobre sí nuestras atenciones produciéndonos vértigo, no son sino nuevos *Baalim*, «amos», «ídolos». No queda más que desenmascararlos y abatirlos no con nuestras fuerzas, sino en nombre de quien los venció en la cruz: Jesús el Mesías, cueste lo que cueste, aunque sea incluso el martirio. [...]

Ahora bien, existe en la eucaristía una realidad muy exigente, que es unir nuestra comida de ofrenda y sacrificio a la de Cristo: en la eucaristía no es posible detenerse antes de la ofrenda de toda nuestra vida al Padre, una ofrenda total, completa, hasta el martirio. Si nuestra celebración eucarística diaria significa realizar «*el culto espiritual en la ofrenda de nuestros cuerpos vivos*» (cf. Rom 12,1), también es cierto que el *télos* al que debemos tender es el martirio, porque en el martirio no está sólo la *res*, es más la *res tantum*. Es temible acercarse a la eucaristía

con esta conciencia, pero si no queremos ofrecer un «sacrificio cadavérico», es decir, la ofrenda de nuestra vida real y sólo más allá de nuestra muerte natural, debemos estar dispuestos a ser destrozados, entregados, muertos violentamente como el Señor.

El cristiano, asociado a la pascua de Cristo, ya está muerto y sepultado con Cristo en el bautismo; por eso, no le queda más que ser glorificado, en el sentido joánico del término, a través de una participación en la muerte del Señor en la realidad de su carne. Así, la eucaristía es el martirio, acto supremo de unión total y definitiva con Cristo (E. Bianchi, // *radicalismo cristiano*, Turín 1980, pp. 23.24.123.124.130ss. 133.134).

[Inicio documento](#)

Día 23

Domingo de la 34ª semana del tiempo ordinario ciclo "C"

NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, REY DEL UNIVERSO, solemnidad

Solemnidad de nuestro Señor Jesucristo, Rey del Universo. A él el poder, la gloria y la majestad para siempre, por los siglos de los siglos (elog. del Martirologio Romano).

Misa de la solemnidad (blanco).

- **2 Sam 5, 1-3.** *Ellos ungieron a David como rey de Israel.*

- **Sal 121.** R. *Vamos alegres a la casa del Señor.*

- **Col 1, 12-20.** *Nos ha trasladado al reino del Hijo de su amor.*

- **Lc 23, 35-43.** *Señor, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino.*

En la fiesta de hoy contemplamos el misterio del reino de Dios, que alcanzará su plenitud al fin de los tiempos (cf. 1.ª orac.).

La unción de David como rey de Israel (1

lect.) ya anunciaba a Cristo glorioso y resucitado como Rey del universo, ungido por el Espíritu Santo con el óleo de la alegría (cf. Pf.). Para alcanzar esa plenitud del reino de Dios que esperamos, tenemos que vivir con el Señor el misterio de la cruz, donde Él reina coronado de espinas. En la cruz Cristo consumó el misterio de la redención humana y sometió a su poder la creación entera (cf. Pf.).

Y, como el buen ladrón (Ev.), tenemos que pedir todos los días: «Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino». La eucaristía es siempre la prenda del reino futuro que esperamos alcanzar, obedeciendo los mandatos de Cristo, Rey del universo (cf. orac. después de la comunión).

LECTIO

Primera lectura: 2 Samuel 5,1-3: *Ellos ungieron a David como rey de Israel.*

En aquellos días,¹ todas las tribus de Israel acudieron entonces a David, en Hebrón, y le dijeron: -Somos de tu misma carne y sangre.

² Ya antes, cuando Saúl reinaba sobre nosotros, eras tú quien guiabas a Israel. El Señor te ha dicho: «Tú apacentarás a mi pueblo; tú serás el jefe de Israel».

³ Vinieron, pues, todos los ancianos de Israel a Hebrón, donde estaba el rey. David hizo con ellos un pacto en Hebrón ante el Señor, y ellos ungieron a David como rey de Israel.

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

****.** Es la tercera unción que recibe el gran rey, ahora solemnemente reconocido también por las tribus de Israel (cf. 2 Sam 2,4). El texto presenta a David como figura ideal de soberano, y lo hace a través de algunos elementos que encierran un particular significado. «Somos de tu misma carne y sangre» (cf. 19,13ss; Gn 2,23; 29,14) es una expresión que indica los lazos familiares que mantiene el soberano con

todo el pueblo, el vínculo de sangre, el típico de los clanes patriarcales, recordados por la ciudad de Hebrón, donde están sepultados Abrahán y sus descendientes (cf. Gn 23; 49,31; 50,13). La gran epopeya de David prevé que todas las tribus -tanto las del norte como las del sur- se reúnan bajo la guía de un único soberano y se reconozcan entre ellas como «*de tu misma carne y sangre*». En David se crea la unidad y la cohesión de todo el pueblo. Las palabras de los israelitas legitiman, por otra parte, la sucesión de David respecto a Saúl, tras la eliminación del descendiente de este último, contada en el capítulo precedente.

El soberano tiene *una tarea pastoral*: proteger la vida de todo el pueblo y guiarlo al bienestar sobre la tierra (cf. Sal 23; 72). Esta misión no le es requerida sólo por los representantes de las tribus del norte, sino por el mismo Dios, que ha dirigido su promesa al hijo de Jesé (cf. 1 Sam 16,1-13; 2 Sam 7,8). Sobre la base del juramento de Dios se estipula ahora el pacto entre el rey y las tribus, un pacto de fidelidad y de lealtad que remite a las mismas prerrogativas de Dios, el verdadero rey que está por encima de todos los hombres. Así pues, toda soberanía sobre el pueblo de Dios *remite a la soberanía de Dios* y no puede seguir otros modelos monárquicos, basados en la divinización del rey (cf. Ez 28,1). David, para poder estar al frente de todas las tribus y guiarlas como jefe, debe estar ante el Señor y ser guiado por su Palabra.

Salmo responsorial

Sa/121, 1bc-2. 4-5 (R.: 1bc)

R. Vamos alegres a la casa del Señor.

V. ¡Qué alegría cuando me dijeron:
«Vamos a la casa del Señor»!

Ya están pisando nuestros pies
tus umbrales, Jerusalén. **R.**

V. Allá suben las tribus, las tribus del
Señor,
según la costumbre de Israel,
a celebrar el nombre del Señor;
en ella están los tribunales de justicia,
en el palacio de David. **R.**

Segunda lectura: Colosenses 1,12-20:
Nos ha trasladado al reino del Hijo de su amor.

Hermanos:¹² Demos gracias al Padre, que nos ha hecho dignos de compartir la herencia de los creyentes en la luz.

¹³ Él es quien nos arrancó del poder de las tinieblas y quien nos ha trasladado al reino de su Hijo amado,¹⁴ de quien nos vienen la liberación y el perdón de los pecados.

¹⁵ Cristo es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda criatura.

¹⁶ En él fueron creadas todas las cosas, las del cielo y las de la tierra, las visibles y las invisibles: tronos, dominaciones, principados, potestades, todo lo ha creado Dios por él y para él.

¹⁷ Cristo existe antes que todas las cosas, y todas tienen en él su consistencia.

¹⁸ Él es también la cabeza del cuerpo, que es la Iglesia. Él es el principio de todo, el primogénito de los que triunfan sobre la muerte, y por eso tiene la primacía sobre todas las cosas.

¹⁹ Dios, en efecto, tuvo a bien hacer habitar en él la plenitud

²⁰ y, por medio de él, reconciliar consigo todas las cosas, tanto las del cielo como las de la tierra, trayendo la paz por medio de su sangre derramada en la cruz.

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

*» El fragmento se abre con una acción de gracias, última de una serie de actitudes

que los colosenses deben adoptar para agradar a Dios (cf. 1,10-12): dar fruto, aumento del conocimiento, fortaleza en la tolerancia y en la paciencia, el agradecimiento.

El autor invita a los colosenses a dar gracias al Padre, que ha llevado a cabo en ellos el paso del reino de las tinieblas al señorío del «Hijo de su amor» (así al pie de la letra). A ellos les ha sido asignada la misma suerte de los ángeles y de todos los que están junto a Dios, una vez obtenidos, «en Cristo», el rescate y el perdón de los pecados. El momento crucial está determinado, pues, por la presencia del Hijo, que la carta escruta a fondo. Comprenderle a él significa comprender todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia (cf. 2,3). La confesión cristológica pretende garantizar al cristiano la certeza de su liberación. Toda potestad depende de la acción creadora y redentora de Cristo y encuentra en él su origen. Nadie tiene capacidad para anular la obra del Hijo, porque nadie es como él. En consecuencia, la Iglesia no puede inclinarse ante otras cabezas o tenerles miedo, dado que la única «cabeza» es Cristo, su Señor. La *primacía* de Cristo tenemos que entenderla no sólo como antecedente -está «antes» de todos-, sino sobre todo como *preeminencia* y *excelencia* «cualitativa» de su ser. Sin él no habría posibilidad de vida, de unidad y de armonía en el interior de la creación y del universo.

La serie de títulos aplicados a Cristo {«imagen» o icono, «primogénito», cabeza, «reconciliador») en este texto es notable y apunta hacia la unicidad del ser de aquel por medio del cual y por el cual fueron hechas todas las cosas.

Aleluya

Mc 11, 9b-10a

R. Aleluya, aleluya, aleluya.

V. ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!

¡Bendito el reino que llega, el de nuestro padre David! **R.**

Evangelio: Lucas 23,35-43: Señor, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino.

†

En aquel tiempo,³⁵ el pueblo estaba allí mirando. Las autoridades, por su parte, se burlaban de Jesús y comentaban: -A otros ha salvado, ¡que se salve a sí mismo, si es el Mesías de Dios, el elegido!

³⁶ También los soldados le escarnecían. Se acercaban a él para darle vinagre³⁷ y decían: -Si tú eres el rey de los judíos, sálvate a ti mismo.

³⁸ Habían puesto sobre su cabeza una inscripción que decía: «Éste es el rey de los judíos».

³⁹ Uno de los malhechores crucificados le insultaba diciendo: -¿No eres tú el Mesías? Pues sálvate a ti mismo y a nosotros.

⁴⁰ Pero el otro intervino para reprenderle, diciendo: -¿Ni siquiera temes a Dios tú, que estás en el mismo suplicio?

⁴¹ Lo nuestro es justo, pues estamos recibiendo lo que merecen nuestros actos, pero éste no ha hecho nada malo.

⁴² Y añadió: -Jesús, acuérdate de mí cuando vengas como rey.

⁴³ Jesús le dijo: -Te aseguro que hoy estarás conmigo en el paraíso.

Palabra del Señor.

R. Gloria a ti, Señor Jesús.

****.** Lucas pinta la escena de la coronación de Jesús con un admirable juego de perspectiva. En el fondo encontramos al pueblo, que está mirando; más cerca, los jefes y los soldados, a los pies de la cruz, burlándose de Jesús; en primer plano, los

dos malhechores que hablan con él y, por último, sus palabras de salvación. *El pueblo* constituye el numeroso público que asiste al espectáculo.

En relación con las frases dichas por los otros protagonistas, representa un motivo más para que el rey decida responder a las peticiones que seguirán. La primera es la de los *jefes*, que tientan a Jesús con la tercera de las argumentaciones de Satanás (cf. 4,9): le ponen a prueba recordándole que es el protegido, el amado, el ungido de Dios. Se mofan a partir de una realidad muy seria: la relación Padre-Hijo. *Los soldados* recuerdan el valor político del título de mesías: un rey dispone de poder; ya se lo había insinuado Satanás a Jesús en la segunda de las tentaciones, cuando intentó corromperle con la posesión de todos los reinos de la tierra, no sólo del de los judíos (cf. 4,6ss). *El malhechor* colgado en la cruz al lado de Jesús presenta la tentación más fuerte, porque también él está sufriendo en la cruz junto a Jesús. La escena está cargada de *pathos*: ¿por qué el Salvador de los hombres, que se ha conmovido ante los sufrimientos humanos, no responde al grito de los míseros de la tierra? Ésta es la más diabólica de las pruebas, porque, una vez más, intenta romper la unión Padre-Hijo: «¿No eres tú el Mesías?». Desaparece la Palabra de Dios, la referencia a su voluntad; se afirma el instinto de supervivencia a toda costa (cf. 4,3).

Por último, la escena culmina en la inauguración solemne del Reino en el hoy: el «buen ladrón» -como le llamamos tradicionalmente- roba el paraíso en el último instante de su vida, confiándose a Jesús, del mismo modo que éste se entregará confiadamente en los brazos del Padre (cf. 23,46).

MEDITATIO

El pasaje de la Carta a los Colosenses nos pregunta si podemos prescindir de Cristo, dado que él es el artífice de la vida, de la nuestra y de la del mundo. Dado que hemos sido introducidos en su Reino, ¿podemos rechazar su primacía o escoger otras? Sería verdaderamente difícil comprender el sentido de nuestra vida. Es como si debiéramos actuar sin un modelo de referencia, sin una base, sin un principio unificador de nuestras capacidades: de la mente, del corazón, del cuerpo. Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito, el principio, la cabeza, el primado, el pacificador. En él está la plenitud de la vida divina. El «buen ladrón» decide confiarse a Jesús pidiéndole entrar a formar parte de su Reino. Reconoce la justicia de este rey precisamente en la hora en que parte para su más largo viaje, como en la parábola (cf. Le 19,11-27). Jerusalén, sin embargo, que no ha reconocido ni acogido a Jesús, está a punto de hundirse (13,34ss; 19,41-44). Tenía el tesoro entre sus murallas, pero no lo apreció. No obstante, dejó que su rey fuera reconocido por todas las tribus de la tierra, lo ofreció en rescate por toda la humanidad. Según Lucas, el artífice de toda la creación llevó a cabo su designio desde Jerusalén, desde el centro de la historia de la salvación y del universo, reconciliando todo desde el interior de la creación. Ahora, todas las tribus de la tierra se reúnen en torno a él para ser pacificadas de nuevo en su sangre.

El mundo y el universo pueden tomar del tesoro de Cristo la sabiduría necesaria para crear las condiciones fundamentales para la vida de todo ser vivo. La fiesta de Cristo Rey es, pues, la fiesta de toda criatura que no encuentra espacio en esta tierra porque está aplastada por lógicas que no responden a la verdadera Sabiduría, lógicas de poder y

de beneficio, lógicas que responden a la ley del más fuerte y no a la ley del perder la vida para que todos la tengan en abundancia.

ORATIO

Señor Jesús, hijo del amor de Dios, no por nuestros méritos hemos obtenido en herencia formar parte de tu Reino, sino que nos lo ha concedido el Padre, precisamente él, que mediante ti y por ti creó todas las cosas.

Tú, que padeciste la injusticia humana para encontrar a un condenado a muerte, ayúdanos a realizar hoy la justicia de tu Reino: el perdón del pecador, la fiesta para cada hombre arrebatado al reino de la muerte.

Aleja de nosotros la tentación de la violencia que reprime la violencia, el deseo de venganza, la voluntad de hacernos justicia nosotros mismos.

Haz que nuestros ojos, cegados por los espejismos del beneficio, puedan contemplar el tesoro de tu sabiduría; que nuestras mentes necias puedan intuir políticas de desarrollo y de paz; que nuestros corazones endurecidos se apasionen de nuevo ante el misterio de la vida contenido en el universo; que nuestras manos ensangrentadas trabajen en la construcción de tu Reino. A ti, Señor, el honor, el poder y la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

CONTEMPLATIO

El Hijo de Dios es el rey de los cielos. Más aún, por ser la verdad misma y la misma sabiduría y justicia, con razón afirmamos que se identifica con el mismo Reino. Este Reino, por tanto, no tiene sede ni por debajo ni por encima de nuestra dimensión, sino en todo lo que recibe el nombre de «cielo». En efecto, aunque eliminases aquel pasaje en el que se lee: *«De ellos es el Reino de los Cielos»* (Mi 5,3), podrías afirmar, no

obstante, que el reino de esos -mientras dura- es Cristo mismo, dado que extiende su poder incluso sobre cada uno de los pensamientos de aquel que deja de ser esclavo del pecado; ese pecado que, por el contrario, de señor lo convierte en el cuerpo mortal de aquellos que están prostituidos. Al decir, pues, que Cristo domina sobre cada pensamiento de alguien, pretendo dar a entender que allí donde haya justicia y sabiduría y verdad junto con todas las otras virtudes, allí ejerce el Señor su poder sobre aquel que se ha convertido él mismo en «cielo», llevando en sí mismo la imagen de realidades celestiales (Orígenes, *Comentario al evangelio de Mateo*, 14, 7).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra: *«Acuérdate de mí cuando vengas como rey»* (Lc 23,42).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Es menester que pidamos la gracia de sentir el cielo a través de la mirada de Cristo, que nos dice: *«Te aseguro que hoy estarás conmigo en el paraíso»*. Jesús ha abierto las puertas, y desde ahora en adelante podemos ser poseídos por su gloria en la oscuridad de la fe. Ahora empezamos a entrever el misterio de la misericordia.

Se cuenta, entre los Padres del desierto, la historia de un miserable zapatero remendón de Alejandría al que un ángel había presentado al gran san Antonio como un hombre más adelantado que él, a pesar de los esfuerzos heroicos del eremita, apasionado, fuertemente preocupado por hacer progresos. No poco desconcertado por esta revelación, Antonio se fue enseguida a la ciudad de perdición para aprender de labios del zapatero el secreto de su perfección: *«¿Qué haces de extraordinario para santificarte en semejante ambiente?»*. *«¿Yo? Hago*

zapatos». «Sin duda. Pero debes de tener algún secreto. ¿Cómo vives?». «Divido mi vida en tres ámbitos: la oración, el trabajo y el sueño». «Yo oro siempre, lo que haces tú no está bien. ¿Y la pobreza?». «También en este caso hago tres partes: una para la Iglesia, otra para los pobres y otra para mí». «Pues yo he dado todo lo que tenía... Debe de haber alguna otra cosa. ¿No crees?». «No». «¿Y consigues soportar a todas estas personas que ya no saben distinguir el bien del mal, que se dirigen claramente al infierno?». «Ah, eso no lo hago, no lo soporto. Pido a Dios que me haga bajar vivo al infierno con tal de que ellos se salven». San Antonio se retiró de puntillas confesado: «No soy así». La misericordia es el desconcierto de los que están en el cielo frente a los que no lo están. Para conocer esta reacción es necesario haber accedido al Reino de los Cielos y mirar a los que están excluidos de él. Ya no se «ejercita» en la misericordia y en la contrición. Todo lo que se puede hacer es aceptar (o rechazar) que la misericordia haga dar la vuelta a nuestra barca, lo que no es poco, puesto que barre todo a su paso. Entonces podremos escribir con santo Domingo: «¿Qué será de los pecadores?», y con el mísero zapatero: «Que yo baje al infierno, pero que ellos se salven». Teresa estaba poseída por este espíritu de misericordia. Todo lo que podemos hacer es no resistirnos demasiado cuando se presente esta locura. Pidamos la gracia de no decir: «Es interesante; de momento, déjeme su dirección. Ahora no puedo comprometerme. ¿Qué vamos a hacer? Tengo que defender un equilibrio» (M.-D. Molinié, *Chi comprenderá il cuore di Dio? Meditazioni per il tempo di Pasqua*, Cásale Monf. 2000, pp. 140-142).

Memoria libre cuando proceda:

San Clemente I. Papa y mártir

Memoria libre

Después de los discretos pontificados de Lino y Cleto, Clemente pasa a ser el tercer sucesor de Pedro. Según San Ireneo, "Clemente había visto a los Apóstoles, y su predicación resonaba en sus oídos". En la carta que, hacia el año 95 escribió a los corintios para exhortarlos a la unidad, Clemente evoca con emoción el recuerdo de Pedro y Pablo.

Del Martirologio romano:

San Clemente I, papa y mártir, tercer sucesor del apóstol san Pedro, que rigió la Iglesia romana y escribió una espléndida carta a los corintios, para fortalecer entre ellos los vínculos de la paz y la concordia. Hoy se celebra el sepelio de su cuerpo en Roma (s. I).

O bien:

San Columbano. Abad

Memoria libre

Monje irlandés, Columbano pasó el canal de la Mancha hacia el año 590 y evangelizó el nordeste de Galia, así como la región de Renania. Se instaló en Luxeuil (Francia) donde fundó un monasterio al que dotó de una regla austera. Luego, abandonando una comunidad floreciente, marchó a Italia y fundó un nuevo monasterio en Bobbio, donde murió.

Del Martirologio romano:

San Columbano, abad, irlandés de nacimiento, que por Cristo se hizo peregrino para evangelizar las gentes de las Galias. Fundó, entre otros muchos, el monasterio de Luxeuil, que él mismo rigió con estricta observancia, y obligado después a exiliarse, atravesó los Alpes y construyó el cenobio de Bobbio, en la Liguria, famoso por su disciplina y estudios, en el cual se durmió en la paz, lleno de méritos para con la Iglesia. Su cuerpo recibió sepultura en este día (615).

Inicio documento

Día 24

Lunes de la 34ª semana del tiempo ordinario año impar

Memoria obligatoria de: **San Andrés Dung-Lac, presbítero, y compañeros, mártires**

Son los 117 mártires de Vietnam canonizados por Juan Pablo II el 19 de junio de 1988. En el siglo XVII comenzaron las persecuciones contra los católicos, que habían ido creciendo en Vietnam desde el siglo anterior. Los cristianos martirizados en distintas fechas y regiones fueron cerca de 130.000, de los que se ha introducido la causa de beatificación de casi 1500. Entre los 117 canonizados hay 8 obispos, muchísimos sacerdotes seculares y religiosos, y un gran número de laicos de ambos sexos y de toda edad y condición. 96 son vietnamitas, 11 españoles y 10 franceses. **San Andrés**, hijo de padres paganos muy pobres, llegó a sacerdote con la ayuda de un catequista, ejerció el ministerio en diferentes localidades y murió decapitado en Hanoi el 21 de diciembre de 1839. Los once españoles, todos ellos dominicos, son los siguientes: **Mateo Alonso de Leciniana**, de Nava del Rey (Valladolid), decapitado el 22 de enero de 1745. **Francisco Gil Federich**, de Tortosa (Tarragona), decapitado el 22 de enero de 1745. **Jacinto Castañeda**, de Játiva (Valencia), degollado el 7 de noviembre de 1773. **Ignacio Clemente Delgado**, de Villafeliche (Zaragoza), obispo, falleció a causa de los malos tratos el 21 de julio de 1838. **Domingo Henares**, de Baena (Córdoba), obispo, decapitado el 25 de junio de 1838. **José Fernández**, de Ventosa de la Cuesta (Valladolid), decapitado el 24 de julio de 1838. **Jerónimo Hermosilla**, de Santo Domingo de la Calzada (La Rioja), obispo, degollado el 1 de noviembre de 1861.

José María Díaz Sanjurjo, de Santa Eulalia de Suegos (Lugo), obispo, decapitado el 20 de julio de 1857. **Melchor García Sampedro**, de Cortes, parroquia de Cienfuegos (Oviedo), obispo, descuartizado el 28 de julio de 1858. **Valentín de Berrio Ochoa**, de Elorrio (Vizcaya), obispo, decapitado el 1 de noviembre de 1861. **Pedro Almato**, de San Feliu Saserra (Barcelona), martirizado el 1 de noviembre de 1861.

Del Martirologio romano:

Memoria de santos Andrés Dung Lac, presbítero, y de sus compañeros, mártires. En una común celebración se venera a los ciento diecisiete mártires de las regiones asiáticas de Tonquín, Annam y de la Cochinchina. Ocho de ellos eran obispos, otros muchos presbíteros, amén de ingente número de fieles de ambos sexos y de toda condición y edad, todos los cuales prefirieron el destierro, las cárceles, los tormentos y finalmente los extremos suplicios, antes que pisotear la cruz y desviarse de la fe cristiana (1839).

LECTIO

Primera lectura: Daniel 1,1-6.8-21: *No se encontró a ninguno como Daniel, Ananías, Misael y Azarías.*

¹ El año tercero del reinado de Joaquín, rey de Judá, Nabucodonosor, rey de Babilonia, se dirigió contra Jerusalén y la sitió.

² El Señor entregó a Joaquín, rey de Judá, en poder de Nabucodonosor, quien se apoderó también de parte de los utensilios del templo de Dios, los llevó al país de Senaar y los agregó al tesoro del templo de sus dioses.

³ El rey ordenó a Aspenaz, jefe del personal de palacio, que escogiera entre los israelitas de estirpe real o de familias nobles

⁴ a jóvenes sin ningún defecto físico, de buen parecer, bien instruidos, cultos,

inteligentes y aptos para servir en el palacio real, y que les enseñara la lengua y la literatura de los caldeos.

⁵ El rey les asignó una ración diaria de la mesa real y del vino que él bebía. Ordenó también que fuesen educados convenientemente durante tres años, al cabo de los cuales entrarían al servicio del rey.

⁶ Entre estos jóvenes estaban Daniel, Ananías, Misael y Azarías, todos ellos de la tribu de Judá.

⁸ Daniel se propuso no contaminarse con los manjares ni con el vino de la mesa real y suplicó al jefe de palacio que no le obligara a contaminarse.

⁹ Hizo Dios que Daniel se granjeara la simpatía del jefe del personal de palacio,

¹⁰ quien dijo a Daniel: -Tengo miedo de que el rey, mi señor, que os ha asignado lo que debéis comer y beber, encuentre vuestros rostros más flacos que los de los jóvenes de vuestra edad, y así pongáis en peligro mi cabeza ante él.

¹¹ Entonces Daniel dijo al inspector a quien el jefe del personal de palacio había confiado el cuidado de Daniel, Ananías, Misael y Azarías:

¹² -Por favor, haz con nosotros una prueba durante diez días: que nos den legumbres para comer y agua para beber.

¹³ Después, compara nuestro aspecto con el de los jóvenes que comen manjares de los que se sirven al rey y trátanos según el resultado.

¹⁴ Él aceptó la propuesta y los puso a prueba durante diez días.

¹⁵ Al cabo de diez días tenían mejor y más sano aspecto que todos los jóvenes alimentados con los manjares que se servían al rey.

¹⁶ Así que el inspector les retiró su ración de comida y de vino y les daba sólo

legumbres.

¹⁷ Concedió Dios a estos cuatro jóvenes un profundo conocimiento de la literatura y de todas las ramas del saber; en cuanto a Daniel, era experto en interpretar toda clase de visiones y sueños.

¹⁸ Cuando se cumplió el plazo fijado por el rey, el jefe de personal de palacio presentó a los jóvenes ante Nabucodonosor.

¹⁹ El rey conversó con ellos y, entre todos, no encontró ni uno que pudiera compararse con Daniel, Ananías, Misael y Azarías, así que fueron admitidos al servicio del rey.

²⁰ En todos los asuntos que requerían sabiduría e inteligencia, y sobre los que el rey les pedía su parecer, los halló diez veces mejor preparados que todos los adivinos y magos de todo su reino.

²¹ Daniel estuvo allí hasta el año primero del rey Ciro.

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

****.** El libro de Daniel, colocado entre los profetas en el canon católico y entre los «Escritos» en el canon judío, une narraciones de tipo sapiencial y oráculos del género apocalíptico. El protagonista no es un personaje histórico, sino una figura simbólica, modelo de sabiduría y de fidelidad a la Ley. La historia está retrotraída, de una manera ficticia, a la época del exilio, aunque la composición del libro, que incluye también tradiciones anteriores, se remonta al siglo III, aproximadamente.

El capítulo 1 ambienta los hechos en tiempos de la deportación de Nabucodonosor (w. lss), siguiendo, con algunas incongruencias históricas, los relatos de los libros de las Crónicas. Al autor sólo le interesa presentar el cuadro sobre el que hacer resaltar la figura de Daniel. El rey ordena escoger a algunos jóvenes israelitas, nobles y bien dotados, e

instruirlos para que presten servicio en la corte. Entre ellos está Daniel, junto con otros tres compañeros, todos de la tribu de Judá (w. 3-6). Daniel muestra de inmediato (v. 8) su personalidad y su decisión de no transgredir la ley. En el exilio, era esencial para los judíos mantenerse fieles a los pocos preceptos que podían ser observados también fuera de la Tierra Santa, y que los distinguían de los paganos: la circuncisión, el sábado, las prescripciones alimentarias.

El relato procede como una fábula. El buen aspecto de los cuatro jóvenes, exonerados de los alimentos impuros, es un prodigio que les preserva de transgredir la ley. Se les presenta como «sabios», según la tradición bíblica (v. 17), y entran al servicio del rey, de quien se convertirán en los principales consejeros.

Salmo responsorial

Dan 3, 52. 53. 54. 55. 56. (R.: 52b)

R. ¡A ti gloria y alabanza por los siglos!

V. Bendito eres, Señor, Dios de nuestros padres,
bendito tu nombre santo y glorioso. **R.**

V. Bendito eres en el templo de tu santa gloria. **R.**

V. Bendito eres sobre el trono de tu reino.
R.

V. Bendito eres tú, que sentado sobre querubines
sondeas los abismos. **R.**

V. Bendito eres en la bóveda del cielo. **R.**

Aleluya

Mt 24, 42a. 44

R. Aleluya, aleluya, aleluya.

V. Estad en vela y preparados,
porque a la hora que menos penséis
viene el Hijo del hombre. **R.**

Evangelio: Lucas 21,1-4: *Vio una viuda pobre que echaba dos monedillas.*

†

¹ Estaba Jesús en el templo y veía cómo los ricos iban echando dinero en el cofre de las ofrendas.

² Vio también a una viuda pobre que echaba dos monedas de poco valor.

³ Y dijo: -Os digo en verdad que esa viuda pobre ha echado más que todos los demás,

⁴ porque éstos han echado de lo que les sobra, mientras que ésta ha echado, de lo que necesitaba, todo lo que tenía para vivir.

Palabra del Señor.

R. Gloria a ti, Señor Jesús.

****.** Son cuatro versículos sencillos; el primer par, para mostrar dos comportamientos que contrastan fuertemente entre sí, el segundo, para extraer una enseñanza.

Jesús «*observaba*» (*anablépsas*) y «*veía*» (*éiden*, de *horáó*, dos veces) dos actitudes diferentes frente al cofre de las ofrendas del templo. La primera es la de aquellos que echan de manera habitual sus ofrendas, calificados con un simple adjetivo que, en su carácter genérico, implica un juicio: «*ricos*». La segunda es un gesto único y ejemplar; a la persona que lo realiza se la califica de inmediato con precisión: una mujer, «*viuda*», «*pobre*», que echa dos monedas de poco valor.

El segundo par de versículos muestra que el «*ver*» de Jesús no se queda nunca en la superficie, sino que penetra en los corazones hasta descubrir las motivaciones profundas del obrar humano. Al verbo «*ver*» que se encuentra al comienzo del v. 1 y del v. 2 le corresponde, al comienzo del 3, el

verbo «*decir*», acompañado del adverbio «*en verdad*»: lo que Jesús ve, y revela, es la verdad del ánimo humano, que ni la hipocresía de los ricos ni la humilde modestia de la viuda logran esconder. Y ésta es la enseñanza: el valor del don no ha de ser medido con criterios contables, sino en función de la generosidad y de las condiciones de partida del donante. La medida es dar sin medida: «*Toda la vida que posees*» (así, al pie de la letra, el v. 4).

MEDITATIO

La adhesión a la ley no es nunca puro formalismo. Nosotros somos muy acomodaticios, y nos parece excesivo el firme rechazo que Daniel y sus compañeros oponen a la orden de alimentarse con alimentos impuros de la mesa del rey. No sabemos leer el valor simbólico de las normas alimentarias, que ponen aparte al pueblo consagrado al Señor para dar testimonio de la veracidad de su Palabra: nos parecen preceptos de escasa importancia.

Damos importancia a lo que se ve, no al significado profundo e interior de las cosas: para nosotros, vale más la ofrenda de los ricos, y despreciamos la modesta moneda de la viuda pobre.

Sin embargo, Jesús y -antes que él- las Sagradas Escrituras de Israel nos enseñan a leer en el interior de los corazones y a considerar el sentido auténtico de cada gesto. Nos hacen comprender que también es posible arriesgar la vida para dar testimonio de la fidelidad a un pequeño precepto, que procede, no obstante, de la boca del Señor; nos hacen comprender que lo importante es darnos a nosotros mismos, dar nuestra vida, y no simplemente el dinero que nos sobra o que no nos sirve, aun cuando se trate de una gran cantidad.

ORATIO

Concédeme, Señor, el discernimiento necesario para reconocer el verdadero valor de las cosas. Es demasiado fuerte la tentación de dejarme llevar por las opiniones que corren, de seguir la moda del «es lo que hacen todos», de ceder al vivir tranquilo.

La responsabilidad de dar testimonio de tu Palabra me resulta, con frecuencia, demasiado dura. Ayúdame a serte fiel, Señor. También yo tengo miedo de que el seguimiento de tus mandatos me debilite a los ojos del mundo; también yo admiro y sigo a los ricos y no a los pobres. Perdona mi fragilidad y mi incoherencia.

CONTEMPLATIO

Carísimos: no nos mostremos avaros con lo que tenemos como si fuera nuestro, sino hagámoslo producir como si nos hubiera sido dado como préstamo. Nos ha sido confiada, en efecto, la administración y el uso temporal de los bienes comunes, no la posesión eterna de una cosa privada. Recordad a los que, en el Evangelio, habían recibido los talentos del Señor y lo que el padre de familia, a su vuelta, dio a cada uno como recompensa: entonces os daréis cuenta de que es más ventajoso poner en la mesa del Señor el dinero que nos da, para que lo hagamos fructificar, que conservarlo intacto.

Acordémonos de aquella viuda que, olvidándose de sí misma por amor a los pobres, echó todo cuanto tenía para vivir, pensando sólo en el futuro. Ofreció todo lo que tenía para poseer los bienes invisibles. Aquella pobrecita no despreció las normas establecidas por Dios en orden a la conquista del premio futuro; por eso el mismo legislador no se olvidó de ella; más aún, el juez del mundo anticipó su sentencia y preanunció en el evangelio que sería coronada en el día del juicio.

Hagamos, pues, deudor a Dios con sus mismos dones. Nada poseemos que él no nos haya dado. Y, sobre todo, ¿cómo podemos pensar que tenemos algo nuestro, nosotros, que no nos pertenecemos a nosotros mismos por tener contraída una obligación particular con Dios, no sólo porque hemos sido creados por él, sino también redimidos? Alegrémonos porque hemos sido comprados de nuevo a un precio elevado (cf. 1 Cor 6,20) con la sangre del mismo Señor y por eso hemos dejado de ser personas viles como esclavos; en efecto, querer ser independientes de la ley divina es una libertad más despreciable que la esclavitud.

Restituyamos, por consiguiente, al Señor los dones que son suyos; démoselos a él, que recibe en la persona de cada pobre; démoselos con alegría, lo repito, para recibir de él en la exultación, como él mismo dijo (cf. Sal 125,5) (Paulino de Nola, *Lettere* 34, 2-4).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra: «*Ha echado, de lo que necesitaba, todo lo que tenía para vivir*» (Lc 21,4).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Dios está inclinado siempre hacia nosotros; es, podríamos decir, alguien que se entrega a sí mismo y se hace don perfecto, total, eterno, y eso sin *tregua*. Somos nosotros, los destinatarios del don, los que estamos cerrados, los que no le acogemos, y por eso recibimos o no recibimos en absoluto lo que nunca cesa de ofrecérsenos. Pero él escucha todas las plegarias, realiza todos los milagros, consume todos los misterios de la salvación.

Somos nosotros quienes no estamos dispuestos a acogerlos. El don de Dios es infinito, se ofrece siempre, pero nosotros siempre podemos, por así decirlo, anularlo, restringirlo, rechazarlo [...]. No hay

grandeza sino en el amor, en la entrega de uno mismo, y amar es, precisamente, vaciarnos de nosotros mismos, ser pobres de nosotros mismos, hacer de nosotros mismos un espacio en el que el otro pueda respirar su propia vida. Ahora bien, precisamente porque esa pobreza en su infinita fuente está en Dios, precisamente porque nosotros nunca podremos ser pobres como Dios, podemos encaminarnos hacia ese despojo y aumentar cada día nuestra generosidad, pero nunca conseguiremos ser pobres como lo es Dios. Por otra parte, si Dios nos llama a la alegría de la entrega total, lo hace justamente porque quiere nuestra grandeza, y la lleva a su colmo cuando nos confía su propia vida, cuando pone en nuestras manos su destino en la historia (M. Zundel, «Salvare Dio da noi stessi», en *La Vie* Sp/r/W/e725[1997],715ss).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Durante la persecución que la Iglesia católica vietnamita sufrió durante muchos siglos, nuestra Señora no quiso ser indiferente a esta situación siendo, como es, nuestra mayor intercesora por lo que, en este contexto de gran sufrimiento Ntra Sra de La Vang vino al pueblo de Vietnam. El nombre La Vang se cree se origina por el nombre de una remota foresta en la región central de Vietnam (ahora conocida como Ciudad de Quang Tri) donde abunda un tipo de árbol que lleva el nombre: La' Vang. También se dice que su nombre viene de la palabra vietnamita que significa "Súplica", por los desesperados gritos de auxilio de ese pueblo católico en persecución.

La primera aparición de Ntra Sra de La Vang fue conocida en 1798, cuando la persecución de los vietnamitas católicos comenzó. Muchos católicos del cercano pueblo de Quang Tri buscaron refugio en las

profundidades de la foresta de La Vang. Un gran número de estas gentes sufrieron del frío, del acecho de las bestias salvajes, enfermedades de la selva y hambruna. Por las noches se congregaban en pequeños grupos para rezar el Santo Rosario y para orar. Inesperadamente, una noche fueron visitados por la aparición de una bella Señora que vestía un largo manto, sostenía un niño en sus brazos y tenía dos ángeles a su lado. Reconocieron a la Señora como a Nuestra Santísima Madre.

Nuestra Santísima Madre los confortó y les enseñó como hervir las hojas de los árboles a su alrededor para usarlos como medicina. También les dijo que desde ese día en adelante, todo aquel que viniese a ese lugar para orar, sus oraciones serían escuchadas. Esto tomó lugar en un área de prado cerca de un viejo árbol baniano donde los refugiados oraban. Todos los presentes testimoniaron el milagro. Después de esta aparición, la Santísima Madre continuó apareciéndosele muchas veces a los fieles en el mismo lugar por casi un siglo de persecución religiosa. Entre los muchos grupos de católicos vietnamitas que fueron quemados vivos por su fe se encuentra un grupo de 30 fieles que fueron apresados después de salir de su refugio en la foresta de La Vang. Haciendo caso a su súplica fueron llevados a la pequeña capilla de La Vang donde fueron inmolados. La Vang es así tierra de mártires.

Desde el tiempo en que Ntra. Sra. de La Vang apareció por primera vez, el pueblo que tomó refugio allí levantó una pequeña y desolada capilla en su honor. Durante los años siguientes, su nombre se esparció entre la gente de la región y otros lugares. A pesar de su retirada localidad en las altas montañas, grupos de fieles entraban en las profundidades y los peligros de la selva para

honrar a Ntra. Sra. de La Vang. Al principio peregrinos iban con hachas, lanzas, cañas y tambores para ahuyentar a las bestias salvajes. Más tarde eran más visibles los estandartes, flores y rosarios. Las peregrinaciones sucedían todos los años a pesar de la continua campaña de persecución.

En 1886, después que la persecución oficialmente cesó, el obispo Gaspar ordenó edificar una iglesia en honor a Ntra. Sra. de La Vang. A consecuencia de su remota localidad y la limitación de fondos tomó 15 años en completar la iglesia de La Vang. Fue inaugurada por el obispo Gaspar en una ceremonia solemne donde participaron más de 12,000 personas y duró desde agosto 6 a agosto 8 de 1901. El obispo proclamó a Ntra. Sra. de La Vang como Protectora de los Católicos.

[Inicio documento](#)

Día 25

**Martes de la 34ª semana del
tiempo ordinario año impar**

**Memoria libre: santa Catalina de
Alejandría, virgen y mártir**

Nació en Alejandría a finales del s. III en el seno de una noble familia. Dotada de gran inteligencia destacó, muy pronto, por sus extensos estudios que la situaron al mismo nivel que los más grandes filósofos de la época. Una noche se le apareció Cristo y decidió consagrarle su vida, considerándose, desde entonces, su prometida. El Emperador Maximiano acudió a Alejandría, momento que aprovechó la Santa para intentar su conversión, lo que desató su cólera. Para ponerle a prueba, Maximiano le impuso un debate filosófico con 50 sabios a los que convirtió. Irritado el emperador hizo ejecutar a los sabios y sometió a Catalina a tortura con una rueda

dentada que se destrozó al tocar el cuerpo de la Santa. Maximiano ordenó su ejecución y fue decapitada. Su tumba se halla al pie del Monte Sinaí siendo lugar de peregrinaciones de todo el mundo. Durante las Cruzadas la leyenda de Santa Catalina se extendió por Occidente y actualmente es la Patrona de los filósofos. Se le representa con el pie derecho sobre la cabeza del emperador Maximiano portando en sus manos espada y palma de mártir, con la rueda dentada del tormento y ropajes verdes por su sabiduría y rojos por el martirio.

Del Martirologio romano:

Santa Catalina, mártir, que, según la tradición, fue una virgen de Alejandría dotada tanto de agudo ingenio y sabiduría como de fortaleza de ánimo. Su cuerpo se venera piadosamente en el célebre monasterio del monte Sinaí (s. inc.).

LECTIO

Primera lectura: Daniel 2,31-45: *Dios suscitará un reino que nunca será destruido, y acabará con todos los reinos.*

En aquellos días, dijo Daniel a Nabucodonosor:

³¹ Tú, rey, tuviste esta visión: una enorme estatua, de extraordinario esplendor y terrible aspecto, comenzó a levantarse frente a ti.

³² Su cabeza era de oro puro; el pecho y los brazos, de plata; el vientre y los lomos, de bronce;

³³ las piernas, de hierro, y los pies, parte de hierro y parte de arcilla.

³⁴ Mientras mirabas, una piedra se desprendió de un monte, sin intervención de mano alguna; vino a dar contra los pies de la estatua, que eran de hierro mezclado con arcilla, y los pulverizó.

³⁵ Todo se hizo pedazos: hierro mezclado con arcilla, bronce, plata y oro; todo quedó pulverizado como la paja de la era en verano

que el viento arrebató y se lleva sin dejar rastro. Pero la piedra que había chocado contra la estatua se convirtió en una gran montaña que llenó toda la tierra.

³⁶ Éste fue el sueño; ahora se lo interpretaremos al rey.

³⁷ Tú, majestad, rey de reyes, a quien el Dios del cielo ha dado imperio, poder, fuerza y gloria,

³⁸ en cuyas manos ha dejado todos los hombres, las bestias del campo y los pájaros del cielo, y a quien ha dado dominio sobre todo ello, tú eres la cabeza de oro.

³⁹ Después de ti surgirá otro reino, inferior al tuyo, y luego un tercer reino de bronce, que dominará sobre toda la tierra.

⁴⁰ Y por fin un cuarto reino, fuerte como el hierro; lo mismo que el hierro destroza y pulveriza todo, así ese reino destruirá y pulverizará a todos los demás.

⁴¹ Viste que los pies y los dedos eran parte de arcilla y parte de hierro; eso significa que será un reino dividido: en cierto modo, tendrá la solidez del hierro, pues, aunque mezclado con arcilla, viste hierro.

⁴² En cuanto a los dedos de los pies, que eran parte de hierro y parte de arcilla, significa que el reino será fuerte y frágil a la vez.

⁴³ Viste el hierro mezclado con la arcilla, y eso significa que distintos linajes se mezclarán entre sí, pero sin llegar a fundirse, del mismo modo que el hierro y la arcilla no pueden fundirse.

⁴⁴ En tiempo de estos reyes, el Dios del cielo hará surgir un reino que jamás será destruido y cuya soberanía no pasará a otro pueblo. Pulverizará y aniquilará a todos los otros y él mismo subsistirá por siempre;

⁴⁵ eso significa la piedra que viste desprenderse del monte, sin intervención de mano alguna y que pulverizó hierro, bronce, arcilla, plata y oro. El gran Dios ha revelado

al rey los acontecimientos del futuro. El sueño es verdadero, y su interpretación es fidedigna.

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

*• Daniel, consejero del rey e intérprete de sueños, se ofrece para explicar al rey un sueño en el que habían fracasado todos los adivinos del reino: Daniel sabe que la revelación del misterio le vendrá de Dios (v. 28). Nabucodonosor pone a prueba a los sabios pidiéndoles que adivinen su sueño antes de explicarlo; ninguno lo consigue, salvo Daniel. Es la visión de una estatua construida con materiales diversos: oro, plata, bronce, hierro y arcilla. Se desprende una piedra desde un monte y se precipita contra los pies de la estatua, pulverizándola. La enorme estatua se hunde y se hace añicos, mientras que la piedra se convierte en un monte que llena la tierra (w. 31-35).

Sigue la explicación del sueño, o sea, la sucesión de cuatro reinos después de Nabucodonosor. Cada uno de ellos suplantará al anterior, en una progresiva decadencia hasta el último, debilitado por la amalgama imperfecta de hierro y arcilla (w. 36-43). Surgirá entonces, por obra de Dios, un reino eterno que aniquilará a los otros, un reino simbolizado por la piedra. Es posible que el autor piense en la disgregación del imperio de Alejandro Magno en los reinos de sus sucesores; se afirma el señorío eterno de Dios, que pone término a todo dominio humano con la imagen escatológica de la unificación mundial.

Salmo responsorial

Dan 3, 57. 58. 59. 60. 61. (R.: 52b)

R. ¡Ensalzadlo con himnos por los siglos!

V. Criaturas todas del Señor, bendecid al Señor. R.

V. Cielos, bendecid al Señor. R.

V. Ángeles del Señor, bendecid al Señor. R.

V. Aguas del espacio, bendecid al Señor. R.

V. Ejércitos del Señor, bendecid al Señor. R.

Aleluya

Ap 2, 10c

R. Aleluya, aleluya, aleluya.

V. Sé fiel hasta la muerte —dice el Señor— y te daré la corona de la vida. R.

Evangelio: Lucas 21,5-11: *No quedará piedra sobre piedra.*

†

En aquel tiempo,

⁵ al oír a algunos que hablaban sobre la belleza de las piedras y exvotos que adornaban el templo, dijo:

⁶ -Vendrá un día en el que todo eso que veis quedará totalmente destruido; no quedará piedra sobre piedra.

⁷ Entonces le preguntaron: -Maestro, ¿cuándo será eso? ¿Cuál será la señal de que esas cosas están a punto de suceder?

⁸ Él contestó: -Estad atentos, para que no os engañen. Porque muchos vendrán usurpando mi nombre y diciendo: «Yo soy, ha llegado la hora». No vayáis detrás de ellos.

⁹ Y cuando oigáis hablar de guerras y de revueltas, no os asustéis, porque es preciso que eso suceda antes, pero el fin no vendrá inmediatamente.

¹⁰ Les dijo además: -Se levantará nación contra nación y reino contra reino.

¹¹ Habrá grandes terremotos y, en diversos lugares, hambres, pestes, apariciones terroríficas y grandes portentos en el cielo.

Palabra del Señor.

R. Gloria a ti, Señor Jesús.

*»• Es el comienzo del «discurso escatológico» del evangelio de Lucas. Jesús se encuentra en el templo, donde enseña públicamente, y ha tenido ya algunas disputas con los maestros de la Ley y con los saduceos. Su discurso se apoya precisamente en la admiración que le produce la belleza del templo (v. 5). La predicción es drástica y fulminante: «Vendrá un día...» (v. 6), hasta tal punto que provoca en sus oyentes la inmediata petición de signos premonitorios (v. 7). La respuesta de Jesús pone primero en guardia contra los falsos signos que pueden inducir a engaño a los discípulos (w. 8-11) y, a continuación, predice la persecución como signo inequívoco (w. 12-19). «*Estad atentos, para que no os engañen*» (v. 8): se trata de un verbo típico de la terminología apocalíptica. Son muchos, en efecto, los que hablarán en nombre de Jesús, pero lo harán en falso; por eso las guerras y revoluciones no deberán asustar a los discípulos (v. 9a).

Lucas escribe en una época en la que el «retraso de la *parusía*» supone ya un problema para la comunidad, que padece persecuciones y desgracias, pero no sabe cuándo vendrá el fin: de ahí que sea necesario reforzar la paciencia y la esperanza y tranquilizar respecto al cumplimiento del futuro. Todo esto, dice Jesús, deberá suceder *antes* del fin, pero el fin no «*vendrá inmediatamente*» (v. 9b). La descripción de los acontecimientos que precederán al fin es incluso detallada (w. 10ss), para hacer entrever la posibilidad de un tiempo intermedio (el tiempo de la Iglesia) muy largo, en el que la comunidad deberá perseverar en el testimonio.

MEDITATIO

Las visiones apocalípticas tienen siempre una fuerte carga simbólica. Es menester ir

más allá de las imágenes coloridas para captar su sentido. Jesús nos invita a no quedarnos en las apariencias: por muy grandioso y espléndido que sea el templo, no quedará piedra sobre piedra de él. La enorme estatua aparecida en el sueño de Nabucodonosor se hace añicos, golpeada por una piedra pequeña. No siempre los signos resultan de fácil lectura; es más, también sobre esto nos pone en guardia Jesús.

Quisiéramos saber siempre por anticipado lo que nos espera, y nos sentimos aterrorizados por los «profetas de mal agüero», como los llamaba el papa Juan XXIII. Jesús nos tranquiliza, pero sin permitirnos que nos hagamos ilusiones: habrá, es cierto, trastornos y desastres, pero el futuro está en manos del Señor y debemos confiarnos con sencillez a él. También el libro de Daniel, con sus descripciones de prodigios tremendos, resulta tranquilizador: la estatua se derrumbará y con ella desaparecerán los reinos de la tierra; la piedra pequeña simboliza el Reino eterno de Dios, preparado desde siempre para los justos. No hay ningún motivo para tener miedo.

ORATIO

Señor, tengo miedo.

Me gustaría parecer desinhibido y moderno y sonreír ante las terribles previsiones apocalípticas, como si fueran fábulas de otros tiempos. Sin embargo, tengo miedo del mañana, tengo miedo del sufrimiento, tengo miedo de lo que no conozco.

También me gustaría preguntarte cuándo tendrá lugar todo esto, pero no me atrevo a hacerlo. Concédeme, Señor, unos ojos puros y un corazón sencillo, para que sepa situar cada cosa bajo el juicio de la Palabra y para que sepa leer los signos de los tiempos. Me gustaría pedirte que me ahorraras las

calamidades de las que hablas.

Me gustaría pedirte que alejaras de la tierra las guerras, las destrucciones, las carestías, las pestilencias. Hazme comprender, Señor, por qué es necesario que todo esto tenga lugar. Sostenme, Señor, para que la fe que me has dado me ayude a vencer el miedo.

CONTEMPLATIO

Tiende, oh Padre, una vez más tus manos para acoger al pobre. Ensancha tu seno para acoger en él a un número mayor. Nosotros iremos junto a los que reposan en el Reino de Dios, junto con Abrahán, Isaac y Jacob [...].

Iremos al lugar donde se encuentra el paraíso de las delicias, allí donde Adán, que tropezó con los bandidos, ya no tiene ninguna razón para llorar por sus heridas, allí donde el mismo ladrón se alegra por haber entrado a formar parte del Reino de los Cielos, allí donde no hay nubes ni truenos ni relámpagos, allí donde no hay tempestades de vientos, ni tinieblas, ni sombras, donde ni el verano ni el invierno cambiarán el curso de las estaciones; allí donde no hará frío, ni granizo o lluvia, ni habrá necesidad de este sol o de esta luna, ni habrá los globos de las estrellas, sino que sólo brillará el fulgor de la gloria de Dios, pues el Señor será la luz de todos, y la luz verdadera que ilumina a cada hombre resplandecerá sobre todos. Iremos al lugar donde el Señor Jesús ha preparado a sus siervos muchas moradas (Ambrosio de Milán, *Tratado sobre el bien de la muerte*, XII, 53, *passim*).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra: «*El Dios del cielo hará surgir un Reino que jamás será destruido*» (Dn 2,44).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Desde el único acontecimiento del

nacimiento-vida-muerte-resurrección de Jesús hasta la *parusía*, todos los años son iguales para nosotros los cristianos: nos encontramos, en efecto, en los últimos tiempos, entre un «ya», acaecido en Jesucristo, y un «todavía no», esperado por toda la humanidad. Estos «*últimos tiempos*» no tienen nada de amenazador, ni de catastrófico para el hombre ni para la creación: no son el *chronos* que devora a sus hijos, sino el *kairós*, el tiempo propicio iniciado por Cristo y que cualifica a todo el resto del tiempo. Deben aparecer, por consiguiente, como un tiempo de gracia, como el tiempo favorable, como el día de la salvación en el que acoger la fe y vivir de ella. En consecuencia, este tiempo es siempre un «*hoy*», el hoy de Dios en el hoy de nuestra vida vivida, el hoy que Dios fija de nuevo para nosotros [...].

Así es como el cristiano conoce y vive el tiempo: éste es siempre un «*hoy*», es siempre un «*tiempo favorable*» (2 Cor 6,2), es siempre un tiempo dejado por Dios para la conversión y para vivir de un modo bello y bueno en comunión y solidaridad con todos los hombres. Eso significa aprovechar el tiempo y hasta, como escribe Pablo (*cf.* Ef 5,1 6), redimir, rescatar, salvar el tiempo como hombres provistos de sabiduría. Y nuestro tiempo, precisamente porque está marcado por el hoy de Dios, es un tiempo abierto a la eternidad, a la vida para siempre [...]. Si Dios está en el inicio de mi tiempo, si el Dios-hombre está en la plenitud del tiempo, ¿cómo podría no estar al final de mi tiempo?

Si Cristo «*es el mismo ayer, hoy y siempre*», ¿cómo podríamos no estar con él para siempre nosotros, que lo hemos conocido en el tiempo, hoy? Nuestros días tienen un término, pero tienen también una finalidad: el encuentro con el Dios que

viene, la vida eterna (E. Bianchi, *Da Forestiero*, Cásale Monf. 1995, pp. 49-52).

Inicio documento

Día 26

Miércoles de la 34ª semana del tiempo ordinario año impar

LECTIO

Primera lectura: Daniel 5,1-6.13-14.16-17.23-28: *Aparecieron unos dedos de mano humana escribiendo.*

¹ El rey Baltasar celebró un gran banquete en honor de sus dignatarios, que eran unos mil, y en el decurso del banquete se sirvió vino en abundancia.

² Excitado por el vino, mandó traer las copas de oro y plata que su padre, Nabucodonosor, se había llevado del templo de Jerusalén, para que bebieran en ellas el rey, sus dignatarios, sus mujeres y sus concubinas.

³ Se trajeron las copas de oro y plata arrebatadas al templo, es decir, a la casa de Dios en Jerusalén, y el rey, sus dignatarios, sus mujeres y sus concubinas bebieron en ellas.

⁴ Bebían vino y alababan a sus dioses de oro y plata, bronce, hierro, madera y piedra.

⁵ En aquel momento aparecieron, frente al candelabro de la sala, unos dedos de mano humana que escribían sobre el revoque de la pared del palacio real. El rey, al ver la mano que escribía,

⁶ cambió de color, se le turbó la mente, le fallaron las articulaciones de sus caderas, y sus rodillas entrecrocaban una con otra.

¹³ Daniel fue introducido en la presencia del rey, el cual le preguntó: -¿Así que tú eres Daniel, uno de los judíos que mi padre, el rey, trajo cautivos de Judea?

¹⁴ He oído decir que posees una inspiración divina, que tienes clarividencia, una inteligencia y una sabiduría superiores.

¹⁶ He oído decir que tú puedes

dar interpretaciones y resolver problemas. Así pues, si consigues leer e interpretarme lo escrito, serás vestido de púrpura, llevarás al cuello un collar de oro y serás el tercero en el reino.

¹⁷ Daniel tomó la palabra y respondió al rey: -Guarda tus regalos y da tus obsequios a otro; en cualquier caso leeré e interpretaré para el rey lo escrito.

¹⁸ Te has alzado contra el Señor del cielo. Has mandado traer las copas de su templo, y tú, tus dignatarios, tus mujeres y concubinas habéis bebido en ellas. Has dado alabanza a los dioses de oro, plata, bronce, hierro, madera y piedra, que ni ven ni oyen ni saben nada, y no has glorificado al Dios que tiene en sus manos tu vida y tus caminos.

²³ Por eso él envió la mano que escribió esas palabras.

²⁴ Lo escrito es: *mene, tequel y peres*.

²⁵ Y ésta es la interpretación: *Mene*, es decir, «contado»: Dios ha contado los días de tu reinado y ha señalado un límite.

²⁶ *Tequel*, es decir, «pesado»: has sido pesado en la balanza y hallado falto de peso.

²⁸ *Peres*, es decir, «dividido»: tu reino ha sido dividido y entregado a los medos y a los persas.

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

*• Baltasar, señalado como hijo y sucesor de Nabucodonosor, no es una figura histórica. El relato tiene el desarrollo de una parábola. El rey da un banquete y ordena poner en la mesa las copas sagradas que Nabucodonosor había llevado de Jerusalén a Babilonia. La profanación de las copas sagradas, en las que beben el rey y sus invitados, provoca un prodigio que siembra el terror en la sala del banquete: una mano misteriosa escribe en la pared unas palabras incomprensibles (w. 1-6).

Como sucediera con el sueño de

Nabucodonosor, nadie está en condiciones de explicar el prodigio hasta que la reina sugiere llamar a Daniel. El rey reconoce la sabiduría del judío deportado (v. 13ss) y le promete una recompensa (v. 16). Sin embargo, Daniel no ejerce su poder de adivinación, que le viene de Dios, por amor a recompensas (v. 17). El sabio, recorriendo la historia del reino, muestra las consecuencias de la arrogancia y del sacrilegio del que el rey es culpable. El pecado de Baltasar consiste en haberse opuesto al Señor del cielo y haber adorado a los ídolos (v. 23). Por eso Dios ha pronunciado su juicio, un juicio que Daniel interpreta de este modo: el señorío de Baltasar acabará, su poder ya no tiene peso, su reino será dado a otros.

Salmo responsorial

Dan 3, 62. 63. 64. 65. 66. 67. (R.: 52b)

R. ¡Ensalzadlo con himnos por los siglos!

V. Sol y luna, bendecid al Señor. **R.**

V. Astros del cielo, bendecid al Señor. **R.**

V. Lluvia y rocío, bendecid al Señor. **R.**

V. Vientos todos, bendecid al Señor. **R.**

V. Fuego y calor, bendecid al Señor. **R.**

V. Fríos y heladas, bendecid al Señor. **R.**

Aleluya

Ap 2, 10c

R. Aleluya, aleluya, aleluya.

V. Sé fiel hasta la muerte —dice el Señor—
y te daré la corona de la vida. **R.**

Evangelio: Lucas 21,12-19: *Todos os odiarán a causa de mi nombre, pero ni un*

cabello de vuestra cabeza perecerá.

†

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

¹² Os echarán mano y os perseguirán, os arrastrarán a las sinagogas y a las cárceles y os harán comparecer ante reyes y gobernadores por causa de mi nombre.

¹³ Esto os servirá para dar testimonio.

¹⁴ Haced el propósito de no preocuparos por vuestra defensa,

¹⁵ porque yo os daré un lenguaje y una sabiduría a los que no podrá resistir ni contradecir ninguno de vuestros adversarios.

¹⁶ Seréis entregados incluso por vuestros padres, hermanos, parientes y amigos, y a algunos de vosotros os matarán.

¹⁷ Todos os odiarán por mi causa,

¹⁸ pero ni un cabello de vuestra cabeza se perderá.

¹⁹ Si os mantenéis firmes, conseguiréis salvar vuestras almas.

Palabra del Señor.

R. Gloria a ti, Señor Jesús.

****.** El segundo de los «signos premonitorios» que precederán al fin es la persecución: también ésta es ya una realidad cuando Lucas escribe su evangelio. Antes que todo lo demás, antes de los cataclismos y de las guerras, los discípulos serán detenidos y llevados a juicio «*por causa*» del nombre de Jesús (v. 12). Esto les proporcionará, dice Jesús por medio de Lucas, la ocasión de dar testimonio (v. 13): es una lectura positiva de la persecución.

Lucas dirige a los discípulos desorientados, que no saben cómo defenderse (v. 14), un mensaje de esperanza; más aún, les transmite la certeza de la victoria: Jesús mismo les dará el lenguaje y la sabiduría necesarios para contradecir las acusaciones (v. 15). El contraste entre el v. 12 y el v. 15 es paralelo

al que se da entre los w. 16ss y los w. 18ss: a pesar de las traiciones, del odio y del aislamiento, *«ni un cabello de vuestra cabeza se perderá»*, y las *«almas»* (*psychás*, las «vidas») de los discípulos se salvarán.

MEDITATIO

El lenguaje imaginativo y fuertemente evocador de los textos apocalípticos infunde terror; sin embargo, su mensaje es de esperanza. Las persecuciones, los abandonos y las traiciones no podrán nada contra quien se confía con sencillez al Señor. Los días del adversario están contados, dice Daniel; yo os daré lenguaje y sabiduría, dice Jesús, para reanimar los corazones desconcertados de los discípulos.

La Escritura no guarda silencio sobre las pruebas que pondrán en peligro la vida de los testigos, no se muestra engañosa o falsamente consoladora. Cuanto más vivo y realista es el cuadro de la catástrofe, tanto más resalta la firmeza de la fe: palidece de terror el arrogante Baltasar mientras resuenan seguras las palabras de Daniel: *«Dios ha contado los días de tu reinado y ha señalado un límite»*.

ORATIO

Señor, haz que no se turbe mi corazón, que no tiemble cuando se me pida que dé cuenta de mi fe. Me falta el valor, no sé hablar, mi mente está confusa. Necesito la confortación de los otros, no soporto estar abandonado y solo.

Perdóname, Señor, pero también estoy atormentado por la duda: *«Ni un cabello de vuestra cabeza se perderá»*.

Perdóname, Señor, pero tengo miedo de que sea sólo una piadosa ilusión.

Sólo tú puedes darme fuerza, Señor. Sólo tú puedes darme la fe, volver a dar esperanza a mi ánimo marchito.

Sólo tú puedes darme *«lenguaje y sabiduría»* para resistir los ataques de tus

adversarios y de los míos.

Gracias, Señor, por no haberlo dejado todo sobre mis frágiles espaldas. Gracias porque precisamente mi fragilidad prueba que sólo en ti hay vida y salvación.

CONTEMPLATIO

Sedme fieles. No temáis: maestros de la Ley y fariseos, autoridades y poderosos serán vuestros enemigos. Pareceréis abandonados -en realidad, estaréis seguros-. ¿Dónde? En lo más seguro que el Señor ha ofrecido: en la Providencia. Ya hemos visto una vez lo que significa Providencia: no es el orden de la naturaleza, que se impone de por sí, sino el que el Padre establece en el hombre, que se le da por fe, siempre que el hombre reconozca a Dios como su Padre, se confíe a él y se tome a pecho, como ninguna otra cosa, el celo por su Reino.

De este modo, los apóstoles no se espantarán frente a la persecución, porque estarán protegidos, y aunque tuvieran que perecer, ni siquiera entonces temerán, pues estarán convencidos de que lo que cuenta es inviolable.

Quien los mate matará sólo el cuerpo; no pueden perjudicar al alma, pues está recogida en la fe de Jesús.

También al alma le llega la hora de decidir entre la vida y la muerte: ante Dios, en el tribunal supremo. Dios la puede lanzar a la muerte eterna. Esto es lo único que deben temer los discípulos. Pero si han optado por Jesús, están vivos ante Dios y gozan de la vida eterna. La decisión mediante la que alguien se pone de parte de Jesús se lleva a cabo en lo exiguo de un instante, pero funda la eternidad [...].

¿Cómo debe comportarse, entonces, el hombre? Concentrando el espíritu en lo que dura eternamente y dejando que las cosas caducas pasen su tiempo. En Dios, no en el tiempo, debe estar su posesión. Ahora bien,

esto sólo es posible cuando se tiene fe en Cristo. Entonces el hombre, viviendo de esta fe, puede obtener frutos de inmortalidad en las mismas cosas terrenas (R. Guardini, *II Signore*, Milán, 1949, pp. 222-224, *passim* [edición española: *El Señor*, Rialp, Madrid 1964]).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra: *«Yo os daré lenguaje y sabiduría»* (Lc 21,15).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Frente a la pérdida del sentido, los creyentes están llamados sobre todo a poner a Cristo en el centro, calificándose como discípulos suyos, apasionados por su verdad, lo único que libera y salva. *«Ven y Sígueme»* es la llamada que resuena hoy más que nunca para los creyentes, porque hoy más que nunca es menester decir con la vida que hay razones para vivir y para vivir juntos, y que estas razones no están en nosotros mismos, sino en ese último horizonte que la fe nos hace reconocer como revelado y dado en Jesucristo. Se trata de redescubrir el primado de Dios en la fe y, por consiguiente, el primado de la dimensión contemplativa de la vida, entendida como fiel unión a Cristo en Dios, manteniendo el corazón atento al horizonte último que se nos ofrece en él. Tenemos necesidad de cristianos adultos, convencidos de su fe, expertos en la vida según el Espíritu, dispuestos a dar razón de su esperanza. En este sentido, la caridad más grande que se pide hoy a los discípulos del Crucificado resucitado es ser, con su vida, discípulos y testigos de aquel que es el verdadero sentido que no defrauda, la verdad que salva. En segundo lugar, los cristianos están llamados, hoy más que nunca, a hacerse siervos por amor, viviendo el éxodo de sí mismos sin retorno, siguiendo

al Abandonado, construyendo el camino en comunión, mostrándose solidarios especialmente con los más débiles y los más pobres de sus compañeros de camino. Si Cristo está en el centro de nuestra vida y de la vida de toda la Iglesia, si él es aquel al que estamos suspendidos, atados a su cruz, iluminados por su resurrección, entonces no podemos considerarnos fuera de la historia de sufrimiento y lágrimas a la que él ha venido y donde ha hincado su cruz, para extender en ella el poder de su victoria pascual. Los discípulos de la verdad que salva no están nunca solos; están con él, al servicio del prójimo, viviendo así en la compañía del Dios con nosotros (B. Forte, *// laici nella Chiesa e nella società avile*, Cásale Monf. 2000, pp. 77-79, *passim*).

[Inicio documento](#)

Día 27

Jueves de la 34ª semana del tiempo ordinario año impar

LECTIO

Primera lectura: Daniel 6,12-28: *Mi Dios envió a su ángel a cerrar las fauces de los leones.*

En aquellos días,

¹² unos hombres hostiles entraron de repente y sorprendieron a Daniel orando e invocando a su Dios.

¹³ Inmediatamente se presentaron al rey y le recordaron el decreto real: -¿No has firmado una prohibición según la cual todo aquel que en el espacio de treinta días dirija una oración a cualquier dios u hombre, fuera de ti, majestad, será arrojado al foso de los leones? Respondió el rey: -Sí, así está establecido, según la ley de medos y persas, que es irrevocable.

¹⁴ Ellos replicaron: -Pues Daniel, ese deportado judío, no te respeta a ti ni a la prohibición que has firmado, sino que tres

veces al día hace su oración.

¹⁵ Al oír esto, el rey se disgustó sobremanera y se propuso salvar a Daniel; hasta la puesta del sol estuvo buscando el modo de librarlo.

¹⁶ Pero aquellos hombres de nuevo acudieron al rey en tropel y le dijeron:

-Recuerda, rey, que, según la ley de medos y persas, ninguna prohibición o edicto dado por el rey puede ser revocado.

¹⁷ Entonces el rey ordenó traer a Daniel y arrojarlo al foso de los leones. El rey dijo a Daniel: -¡Que tu Dios, a quien sirves tan fielmente, te salve!

¹⁸ Trajeron una piedra, la colocaron en la boca del foso y el rey la selló con su anillo y con el de sus dignatarios, para que no se cambiara la sentencia dada contra Daniel.

¹⁹ El rey regresó a su palacio y no quiso comer ni admitir concubinas en toda la noche, ni pudo conciliar el sueño.

²⁰ Al rayar el alba, el rey se levantó y fue a toda prisa al foso de los leones.

²¹ Al llegar junto a él, llamó a Daniel con voz angustiada: -Daniel, siervo de Dios vivo, ¿ha podido tu Dios, a quien sirves con tanta fidelidad, librarte de los leones?

²² Daniel respondió al rey: -¡Que el rey viva para siempre!

²³ Mi Dios ha mandado a su ángel, que ha cerrado las fauces de los leones, y no me han hecho ningún daño, porque Dios sabe que soy inocente, y tampoco he hecho nada malo contra el rey.

²⁴ Entonces el rey se alegró mucho y mandó sacar a Daniel del foso. Sacaron a Daniel y no tenía ni siquiera un rasguño, porque había confiado en su Dios.

²⁵ Por orden del rey, fueron traídos y arrojados al foso de los leones los hombres que habían calumniado a Daniel, sus mujeres y sus hijos. Y aún no habían tocado el fondo del foso, cuando los leones se abalanzaron

sobre ellos y trituraron todos sus huesos.

²⁶ Entonces el rey Darío escribió a las gentes de todos los pueblos, naciones y lenguas que pueblan la tierra: -Que vuestra paz crezca sin cesar.

²⁷ Ordeno que en todo mi imperio sea respetado y temido el Dios de Daniel, porque él es el Dios vivo que subsiste por siempre; su reino no será destruido y su imperio no tendrá fin.

²⁸ El es quien libra y quien salva; el que realiza prodigios y signos maravillosos en el cielo y en la tierra; él ha salvado a Daniel de las garras de los leones.

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

*.. El célebre episodio del foso de los leones muestra, una vez más, la figura ejemplar de Daniel, que, a pesar de la prohibición del rey, sigue orando al Señor. Sus enemigos le espían y le denuncian al rey (w. 12-14). El rey Darío queda entristecido, pero no puede salvar a Daniel, porque los decretos reales son irrevocables (y precisamente con esto contaban los autores de la denuncia: w. 15ss). Por consiguiente, el héroe es echado, como en las fábulas, en el foso, un foso que el mismo rey sella para evitar cualquier irregularidad, pero deseando que el Dios de Daniel intervenga para salvarle y hasta orando con su ayuno (w. 17-19).

A la mañana siguiente, el rey se muestra ansioso por conocer el destino de Daniel y éste le responde desde el foso (w. 20-23). La fábula concluye, del modo más tradicional, con la liberación del héroe y el castigo de sus enemigos, que son descuartizados por los leones (w. 24ss).

El acontecimiento queda sellado por el nuevo decreto del rey, que proclama por todo su reino el culto al Dios de Daniel (w. 26-28). Es el triunfo del monoteísmo de Israel sobre las naciones paganas, que

acaban reconociendo, por sus prodigios, al Dios vivo.

Salmo responsorial

Dan 3, 69. 70. 71. 72. 73. 74 (R.: 52b)

R. ¡Ensalzadlo con himnos por los siglos!

V. Témpanos y hielos, bendecid al Señor. **R.**

V. Escarchas y nieves, bendecid al Señor. **R.**

V. Noche y día, bendecid al Señor. **R.**

V. Luz y tinieblas, bendecid al Señor. **R.**

V. Rayos y nubes, bendecid al Señor. **R.**

V. Bendiga la tierra al Señor. **R.**

Aleluya

Lc 21, 28

R. Aleluya, aleluya, aleluya.

V. Levantaos, alzá la cabeza;
se acerca vuestra liberación. **R.**

Evangelio: Lucas 21,20-28: *Jerusalén será pisoteada por gentiles, hasta que alcancen su plenitud los tiempos de los gentiles.*

†

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

²⁰ Cuando veáis a Jerusalén rodeada de ejércitos, sabed que se acerca su devastación.

²¹ Entonces los que estén en Judea que huyan a los montes; los que estén dentro de la ciudad que se alejen, y los que estén en el campo que no entren en la ciudad.

²² Porque son días de venganza en los que se cumplirá todo lo que está escrito.

²³ ¡Ay de las que estén encintas y criando en aquellos días! Porque habrá gran tribulación en la tierra y el castigo vendrá sobre este

pueblo.

²⁴ Caerán al filo de la espada e irán cautivos a todas las naciones, y Jerusalén será pisoteada por los paganos, hasta que llegue el tiempo señalado.

²⁵ Habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas, y en la tierra la angustia se apoderará de los pueblos, asustados por el estruendo del mar y de sus olas.

²⁶ Los hombres se morirán de miedo al ver esa conmoción del universo, pues las potencias del cielo quedarán violentamente sacudidas.

²⁷ Entonces verán al Hijo del hombre venir en una nube con gran poder y gloria.

²⁸ Cuando empiecen a suceder estas cosas, cobrad ánimo y levantad la cabeza, porque se acerca vuestra liberación.

Palabra del Señor.

R. Gloria a ti, Señor Jesús.

*+ La caída de Jerusalén es una clásica profecía *ex eventu*: sabemos que Lucas escribe después del año 70 d. de C. La descripción, con fuertes tonos apocalípticos, recurre al lenguaje de los profetas y presenta un cuadro terrible de los acontecimientos que se producirán cuando se cumpla el juicio sobre la ciudad santa («días de venganza»: v. 22).

La desolación golpeará sobre todo allí donde se opone a los signos de vida (las mujeres encintas, los niños de pecho); el destino de muerte atravesará los mismos confines del pueblo de Israel para golpear a los gentiles (v. 24a), «hasta que llegue el tiempo señalado», esto es, el tiempo de la Iglesia de los testigos y de los mártires (v. 24b).

Los acontecimientos cósmicos se reflejan en la angustia de todas las naciones (v. 25) y en el temor de lo que está por llegar (v. 26). La inspiración universal de este lenguaje, que engloba a toda la creación, aleja la

determinación del tiempo preciso en el que todo esto sucederá, y, de este modo, Lucas puede introducir el acontecimiento decisivo, cuyo momento no puede ser conocido: la venida del Hijo del hombre, juicio para algunos, liberación para los creyentes (w. 27ss).

MEDITATIO

Parece que los enemigos de Daniel van a triunfar sobre él, pues provocan su condena, a pesar de la benevolencia del rey. Jerusalén está destruida, y exterminada la población de Judea, aunque se trate de la ciudad santa. Sin embargo, precisamente en lo profundo de estas espantosas desventuras, se invierten las suertes: los leones que han respetado a Daniel devoran a sus adversarios, y, mientras los hombres mueren de miedo, los discípulos de Jesús levantan la cabeza, porque está cerca su liberación.

No olvidemos que tanto el autor del libro de Daniel como el evangelista Lucas escribieron estas páginas en tiempos de persecución, en unos tiempos en los que la solución positiva y el fin de las tribulaciones se presentaban inciertos y lejanos. Los w. 21-24 del capítulo 21 de Lucas no son fruto de la fantasía, sino más bien un artículo de corresponsal de guerra que describe lo que sucede ante sus ojos. Dejaríamos de llorar por nosotros a causa de nuestras dificultades cotidianas si tuviéramos sólo una brizna de la fe atestiguada por las lecturas de hoy.

ORATIO

Señor, tu Palabra me hace temblar hoy. Estoy entre los perseguidos que huyen a los montes, abandonando la ciudad, aterrorizados por signos celestes y por el estruendo del mar. Huyo porque ahora cae la «ciudad santa» que me daba refugio: la piedad tradicional en la que he crecido ya no

me basta, ya no encuentro respuestas a mis dudas.

Ayúdame, Señor, a leer tu voluntad incluso dentro de estas calamidades. Ayúdame a hacerles frente con un corazón sereno, como Daniel a los leones: si tú estás conmigo, no me descuartizarán. Ayúdame a mirar más allá de los cielos descompuestos: si tú estás conmigo, mis ojos verán venir al Hijo del hombre sobre las nubes y me darás la fuerza necesaria para levantar la cabeza.

CONTEMPLATIO

En todo el mundo visible está inscrito el misterio del tránsito. El misterio de la muerte. Nadie duda de que las cosas de aquí abajo padecen la destrucción y que, de este modo, pasa el mundo visible. Nadie duda de que el hombre muere en este mundo - y de este modo pasa el hombre-. A través del pasar del mundo, a través de la muerte del hombre, se revela Dios, aquel que no pasa. Él no está sometido al tiempo. Es eterno. Es aquel que al mismo tiempo *«es, era y viene»* (cf. Ap 1,8). Aquel que es totalmente trascendente respecto al mundo, como Espíritu infinito, abarca al mismo tiempo todo lo que ha sido creado y todo lo que respira: *«En él, en efecto, vivimos, nos movemos y existimos»* (Hch 17,28).

Por consiguiente, no está sólo fuera del mundo, no está sólo en su inescrutable divinidad. Está al mismo tiempo en el mundo. El mundo está penetrado por su presencia. Y esa presencia habla siempre de su venida. De su venir. Así pues, Dios, como Creador y Señor del mundo, viene eternamente a este mundo, al que ha llamado de la nada a la existencia.

Siempre vivimos en espera *«de lo que deberá suceder sobre la tierra»*, como dice Cristo en el evangelio. Pues bien, Dios no está sólo «fuera del mundo». Entra en el destino del hombre sobre la tierra. Los

hombres le verán como «Hijo del hombre» (Lc 21,27). «Redención» significa, precisamente, la presencia del Justo en medio de los pecadores. «*Alcemos y levantemos la cabeza*»: en efecto, en esta venida del Justo se encierra «*nuestra salvación*». La historia del hombre sobre la tierra no es sólo el tránsito hacia la muerte; es, sobre todo, una maduración para la vida en Dios (Juan Pablo II, *Homilías*, 1 de diciembre de 1985).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra: «*Cobrad ánimo y levantad la cabeza, porque se acerca vuestra liberación*» (Lc 21,28).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Esperar es mucho más que desear, pero nosotros confundimos a menudo lo uno con lo otro. Esperar es aguardar lo que la fe nos hace conocer: se trata, a buen seguro, de cosas oscuras, aunque incomparablemente más plenas. Esperar es aguardar con una confianza ilimitada lo que no conocemos, pero de parte de aquel cuyo amor sí conocemos. Recibimos en la misma medida con la que esperamos. Esperar así es amar, amar con amor de caridad a Dios y a los otros, porque es hacer nuestras las «ideas» de Dios sobre él y sobre lo que cada uno debe recibir de él. O esperar o actuar, según las circunstancias... En ambos casos nos pide el Señor radicalismo, esto es, o esperar a fondo o actuar a rondo. Esperar lo que no depende de nosotros es una buena ocasión para poner en Dios una confianza sin fisura.

Cuando debemos intervenir en algo que verdaderamente supera nuestras posibilidades, es preciso confiarlo a Dios. Y confiarlo a Dios significa fiarse de él. Para que esta confianza sea real, efectivamente buena, no debemos dejar sitio en nosotros a

la inquietud. Lo que el Señor nos pide es creerle Dios, esperar en él, porque él es tan poderoso como Dios. Esperar, de bruces sobre la tierra, inmóviles. Pero esperar con una esperanza vital, indestructible (M. Delbrél, *Inaivisibile amore*, Cásale Moni. 1994, pp. 77-79, *passim*).

[Inicio documento](#)

Día 28

Viernes de la 34ª semana del tiempo ordinario año impar

LECTIO

Primera lectura: Daniel 7,2-14: *Vi venir una especie de hijo de hombre entre las nubes del cielo.*

² Yo, Daniel, en mi visión nocturna pude ver cómo los cuatro vientos del cielo agitaban el inmenso mar

³ y cómo cuatro bestias gigantescas, diferentes una de otra, salían del mar.

⁴ La primera era como un león y tenía alas de águila. Mientras yo miraba, le arrancaron las alas, se alzó sobre el suelo, irguiéndose sobre sus dos patas como un hombre, y se le dotó de mente humana.

⁵ En esto, apareció una segunda bestia, semejante a un oso; se erguía sobre uno de sus costados, llevaba entre las fauces tres costillas y una voz le decía: «¡Anda, levántate, devora toda la carne que puedas!»

⁶ Después vi otra bestia, como un leopardo, con cuatro alas de ave en su dorso y cuatro cabezas; a ésta se le dio el poder.

⁷ Vi todavía en mis visiones nocturnas una cuarta bestia; era terrible, espantosa y muy fuerte. Tenía grandes dientes de hierro, lo devoraba y trituraba todo, y con sus pezuñas pateaba las sobras; era diferente de todas las bestias anteriores y tenía diez cuernos.

⁸ Estaba yo observando los cuernos cuando

entre ellos despuntó otro cuerno pequeño; para hacerle sitio hubieron de ser arrancados tres de los diez cuernos anteriores. Y vi que este pequeño cuerno tenía ojos como los de un ser humano y una boca que profería insolencias.

⁹ Mientras yo continuaba observando, alguien colocó unos tronos y un anciano se sentó. Sus vestiduras eran blancas como la nieve y sus cabellos como lana pura; su trono eran llamas; sus ruedas, un fuego ardiente;

¹⁰ fluía un río de fuego que salía de delante de él; miles de millares lo servían y miríadas de miríadas estaban de pie ante él. El tribunal se sentó y se abrieron los libros.

¹¹ Estaba yo fascinado por las insolencias que profería aquel cuerno, cuando vi que mataron a la bestia, destrozaron su cuerpo y lo arrojaron a las llamas ardientes.

¹² A las otras bestias se les quitó también el dominio, y sólo hasta un determinado momento se les permitió seguir con vida.

¹³ Seguía yo contemplando estas visiones nocturnas y vi venir sobre las nubes alguien semejante a un hijo de hombre; se dirigió hacia el anciano y fue conducido por él.

¹⁴ Se le dio poder, gloria y reino, y todos los pueblos, naciones y lenguas le servían. Su poder es eterno y nunca pasará, y su reino jamás será destruido.

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

*• La visión de Daniel forma parte del género literario apocalíptico. La revelación por medio de sueños es frecuente tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento.

Daniel describe con una dramática viveza el mar agitado y las cuatro bestias, monstruos terribles, que emergen de él. El mar tiene aquí un valor negativo: simboliza el caos primordial o el conjunto de las fuerzas que se oponen a Dios y a sus justos. También las bestias (el cuatro indica totalidad) representan las fuerzas enemigas

o los reinos paganos, que, a pesar de su arrogancia, son simples instrumentos de los que se sirve Dios para llevar a cabo sus juicios. En las bestias podemos identificar el reino de Babilonia, el de los medos, el de los persas y, por último, en la cuarta y más terrible, el de los seléucidas de Siria. Siria se asimilaba antiguamente con Asiría, y aquí, en la visión de los diez cuernos (símbolo de poder) y del cuerno más pequeño y más arrogante, se superpone en la de Antíoco IV la imagen de Asur.

La visión continúa ahora como una teofanía: aparece una especie de tribunal celestial presidido por un anciano con vestiduras blancas sobre un trono de fuego. La imagen del trono móvil provisto de ruedas remite a Ezequiel. La muchedumbre de los que sirven al anciano es innumerable, se abren los libros del juicio y matan a la cuarta bestia, mientras que a las otras se les deja, misteriosamente, un tiempo limitado de vida: el mal amenaza todavía a los fieles, pero su fin está marcado. La visión teofánica culmina con la aparición del Hijo del hombre, figura mesiánica a la que se entrega el señorío eterno sobre todos los pueblos y las naciones.

Salmo responsorial

Dn 3, 75. 76. 77. 78. 79. 80. 81. (R.: 52b)

R. ¡Ensalzadlo con himnos por los siglos!

V. Montes y cumbres, bendecid al Señor. **R.**

V. Cuanto germina en la tierra, bendiga al Señor. **R.**

V. Manantiales, bendecid al Señor. **R.**

V. Mares y ríos, bendecid al Señor. **R.**

V. Cetáceos y peces, bendecid al Señor. **R.**

V. Aves del cielo, bendecid al Señor. R.

V. Fieras y ganados, bendecid al Señor. R.

Aleluya

Lc 21, 28

R. Aleluya, aleluya, aleluya.

V. Levantaos, alzad la cabeza
se acerca vuestra liberación. R.

Evangelio: Lucas 21,29-33: *Cuando veáis que suceden estas cosas, sabed que está cerca el reino de Dios.*



En aquel tiempo,

²⁹ puso Jesús también a sus discípulos esta comparación: -Mirad la higuera y los demás árboles.

³⁰ Cuando veis que echan brotes, os dais cuenta de que está próximo el verano.

³¹ Así también vosotros, cuando veáis realizarse estas cosas, sabed que el Reino de Dios está cerca.

³² Os aseguro que no pasará esta generación antes de que todo esto suceda.

32 El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.

Palabra del Señor.

R. Gloria a ti, Señor Jesús.

*»• «¿Cuándo sucederá todo esto?», preguntan los discípulos (21,7). Jesús se toma las cosas con calma, y casi parece querer evitar una respuesta directa; por último, proporciona un criterio muy simple, tomado de la experiencia.

Una brevísima comparación o parábola en tres versículos relaciona la sabiduría campesina, que reconoce en los fenómenos naturales la llegada de las estaciones (w. 29ss), con la venida del Reino preanunciado por los fenómenos cósmicos que acaba de describir. Lo que cuenta para Lucas no es la

previsión exacta de los tiempos, sino la proximidad del Reino (y de la liberación: cf. v. 28): el Reino está cerca, ya está incluso en medio de nosotros.

La afirmación «os aseguro que no pasará esta generación antes de que de todo esto suceda» (v. 32) se refiere, probablemente, a la caída de Jerusalén, de la que tanto Lucas como su comunidad ya han tenido experiencia; sin embargo, paradójicamente, también resulta verdadera aplicada a los acontecimientos escatológicos, porque la medida del tiempo resulta secundaria respecto al deber de la vigilancia y al valor eterno de la Palabra de Jesús (v. 33). La preocupación por conocer de manera anticipada lo que sucederá y cuándo tendrá lugar queda vaciada de sentido: responder a la llamada y adherirse a la Palabra introduce ahora y de inmediato al cristiano en la realidad nueva del Reino.

MEDITATIO

Es sencillo comprender cuándo será el fin del mundo, nos dice Jesús con ironía. Basta con observar cuándo germina la higuera para saber que el verano está cerca.

Es algo natural, algo que se repite todos los años, algo por lo que el campesino experto no se deja sorprender. No pasará nuestra generación antes de que tenga lugar: no se trata de fantasías milenaristas, sino que se trata de vivir plenamente nuestra vida, que nos ha sido dada precisamente para eso. No es preciso esperar al fin del mundo para convencernos de que su Palabra permanece para siempre y para optar, de una vez por todas, por confiarnos a él, antes que a las potencias de este mundo, que parecen mejor dispuestas.

Las aterradoras bestias del sueño de Daniel no resisten la visión del trono radiante sobre el que se sienta el anciano de los días; Daniel, en cambio, la resiste muy

bien con los ojos puros de la fe, y se le concede ver la conclusión positiva de la visión. El poder de las fuerzas del mal está limitado en el tiempo y en el espacio, a pesar de que infunda terror. Los creyentes han elegido otro poder, un poder que no tiene límites: es innumerable el ejército de los que sirven al anciano de los días, es eterno el reino entregado al Hijo del hombre.

ORATIO

Señor, cada vez me sorprendes más. Me pierdo detrás de un montón de pensamientos enmarañados y no consigo comprender el sentido de las cosas, mientras tú me remites a los pequeños signos cotidianos y a la antigua sabiduría campesina. Hazme capaz de ver los brotes en las ramas, Señor; hazme capaz de volver a dar valor a las cosas sencillas y grandes que has preparado para nosotros.

Tú has venido a nosotros *«semejante a un hijo de hombre»*: has llevado en nuestra propia carne el milagro sublime de tu presencia entre nosotros. Hazme capaz, Señor, de mirar a cada *«hijo de hombre»*, a cada hermano, buscando en él tu imagen. Hazme comprender, Señor, que estás ya aquí, en medio de nosotros: no sirven los prodigios extraordinarios, nos basta con tu Palabra.

CONTEMPLATIO

Sólo una vez al año, pero al menos una vez, el mundo que vemos deja aparecer sus posibilidades escondidas, en cierto sentido se manifiesta. Brotan hojas, yemas y flores en los árboles y nacen la hierba y el trigo en los campos.

Es como una irrupción, imprevista y violenta, de la vida escondida que Dios ha introducido en el mundo material. Pues bien, todo esto es como una pequeñísima demostración de lo que el mundo puede

hacer a una orden de Dios cuando él dice una palabra. Del mismo modo que ahora explota esta tierra en una primavera de hojas y yemas, así un día se abrirá, transformándose en un nuevo mundo de luz y de gloria, y veremos allí a los santos y a los ángeles que habitan en él.

Así será la llegada de esa primavera eterna que todos los cristianos esperan. Vendrá ciertamente, aunque se retrase. Esperémosla, porque *«es seguro que vendrá y no tardará»* (Heb 10,37). Por eso nos decimos cada día: *«Venga a nosotros tu Reino»*. Y eso significa: *«Muéstrate, Señor, manifiéstate; tú que te sientas entre los querubines, muéstrate»*; *«Despierta tu poder y ven a salvarnos»* (Sal 79,3). La tierra que está ante nuestros ojos no nos satisface: es sólo un comienzo, es sólo la promesa de algo que está más allá; incluso cuando está en completa fiesta con sus flores, incluso cuando muestra, de modo conmovedor, todo lo que vive escondido en ella, ni siquiera entonces nos basta. Sabemos que hay mucho más de lo que podemos ver. Un mundo de santos y de ángeles, un mundo lleno de gloria, la morada de Dios, el monte del Dios de los ejércitos, la Jerusalén celestial, el trono de Dios y de Cristo: todas esas maravillas que nunca tendrán fin, todo lo que es precioso, misterioso, incomprensible y está oculto en lo que vemos. Lo que podemos ver no es más que la envoltura de un Reino eterno, y hacia ese Reino se dirigen los ojos de nuestra fe (J. H. Newman, *Parochial and Plain Sermons*, vol. IV, Sermón 13, *passim*).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra: *«Su Reino jamás será destruido»* (Dn 7,14).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Hay también algo más en este mundo, en

Día 29

Sábado de la 34ª semana del tiempo ordinario año impar

LECTIO

Primera lectura: Daniel 7,15-27: *El reinado y el dominio serán entregados al pueblo de los santos del Altísimo.*

¹⁵ Yo, Daniel, me sentí profundamente turbado a causa de las visiones que cruzaban por mi mente.

¹⁶ Me acerqué a uno de los que estaban allí y le pedí que me dijera la verdad acerca de todo aquello. Él me respondió y me dio a conocer la interpretación de la visión:

¹⁷ -Estas cuatro bestias gigantescas son otros tantos reyes que dominarán el mundo,

¹⁸ pero después recibirán el reino los fieles del Altísimo y lo poseerán por toda la eternidad.

¹⁹ Entonces quise saber la verdad sobre la cuarta bestia, que era diferente de las otras, extraordinariamente terrible, con dientes de hierro y garras de bronce, que todo lo devoraba y trituraba y que con sus pezuñas pateaba las sobras.

²⁰ Quise saber la verdad sobre los diez cuernos que había en su cabeza y sobre el que despuntó y ante el cual habían caído tres, aquel cuerno que tenía ojos y una boca que profería insolencias y que parecía mayor que los otros cuernos.

²¹ Yo había visto cómo este cuerno declaraba la guerra a los fieles y estaba a punto de vencerlos,

²² pero entonces vino el anciano e hizo justicia a los fieles del Altísimo, porque había llegado el tiempo en el que los fieles tomasen posesión del reino.

²³ Y me dijo: -La cuarta bestia es un cuarto reino que vendrá a la tierra, distinto a los otros, y que devorará toda la tierra, la

este tiempo, en esta vida de vigilia. Dios no se retrasa en el último día, sino que viene ya: existe un futuro y existe un presente, un futuro que es una plenitud y una riqueza de esperanza, y un presente que posee ya una belleza, una plenitud, una felicidad única. Pues bien, estos encuentros, estos momentos de felicidad o de facilidad son momentos de Dios; allí donde hay belleza, riqueza, dulzura, bienaventuranza, tranquilidad, sentido de vida, verdadera claridad, allí hay presencia de Dios, porque Dios es todo eso.

Debemos administrar bien esos momentos, del mismo modo que el viajante que caminara de noche y lamentara la oscuridad bendeciría la centella de un relámpago. Es un momento, pero a ese momento se le ha dado la certeza que da la luz, la certeza de que el camino por el que va es el bueno, de que no camina en vano.

Así es la economía de Dios: el Señor concede relámpagos, resplandores, fulgores que orientan el corazón y le dan una advertencia y una orientación: es el toque de Dios, el *digitus Dei*, que nos indica cómo debemos caminar.

Y, después, Dios vuelve a estar casi ausente, desaparece y calla. Este Amigo vigilante deja de hablar; está presente y calla. No importa. Si Tiernos gozado bien de los buenos momentos, no debemos temer a los oscuros, pues no son peligrosos. No serán momentos de plenitud, sino de deseo, de fidelidad, de amor no afectivo, sino efectivo; serán los documentos que prueban que deseamos amar al Señor aunque no nos dé sus dones. Le queremos a él, no sus dones. En un cielo que no tiene nombre, en una ebriedad que no tiene confines, en una luz que no tiene parangón posible, el último don es él mismo (G. B. Montini, *Meditazioni*, Roma 1994, pp. 131-134, *passim*).

pisoteará y la triturrará.

²⁴ En cuanto a los diez cuernos, son diez reyes que surgirán en ese reino. Después de ellos vendrá otro distinto de los precedentes, que derribará a tres de ellos.

²⁵ Proferirá palabras insolentes contra el Altísimo, oprimirá a los fieles del Altísimo, tratará de cambiar las festividades religiosas y la ley, y los fieles le serán entregados por un periodo de tres años y medio.

²⁶ Pero cuando el tribunal haga justicia, le será arrebatado el poder y será definitivamente destruido y aniquilado.

²⁷ Y la realeza, el poder y el esplendor de todos los reinos de la tierra serán entregados al pueblo de los fieles del Altísimo. Su Reino es un reino eterno y todo poder le servirá y obedecerá.

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

****.** Prosigue la visión escatológica de Daniel, que esta vez no consigue comprender por sí solo su sueño y pide a una de las figuras del tribunal celestial que se lo explique.

Las cuatro bestias son cuatro reinos que, a pesar de su poder, serán suplantados por el Reino de «los fieles del Altísimo». La cuarta bestia, diferente a las otras, aterroriza a Daniel, que pide aún explicaciones al ángel. El cuarto reino devorará toda la tierra; se sucederán diez reyes y, por último, otro rey -el cuerno pequeño- más feroz y blasfemo que los anteriores. Sustituirá el culto a Dios por el culto a los ídolos. Este rey tendrá manos libres, pero durante un tiempo limitado. Después, será juzgado y aniquilado. El Reino eterno será entregado al final a los fieles del Altísimo, a las potencias angélicas que representan el dominio de Dios. Podemos ver aquí una alusión a la insurrección macabea contra Antíoco IV: a los

insurrectos que combaten para salvaguardar la pureza de la fe les está asegurado el consuelo de la previsión de la victoria final.

Salmo responsorial

Dn 3, 82. 83. 84. 85. 86. 87. (R.: 9bc)

R. ¡Ensalzadlo con himnos por los siglos!

V. Hijos de los hombres, bendecid al Señor.
R.

V. Bendiga Israel al Señor. R.

V. Sacerdotes del Señor, bendecid al Señor.
R.

V. Siervos del Señor, bendecid al Señor. R.

V. Almas y espíritus justos, bendecid al Señor. R.

V. Santos y humildes de corazón, bendecid al Señor. R.

Aleluya

Lc 21, 36abd

R. Aleluya, aleluya, aleluya.

V. Estad despiertos en todo tiempo, pidiendo manteneros en pie ante el Hijo del hombre. R.

Evangelio: Lucas 21,34-36: *Estad despiertos, para que podáis escapar de todo lo que está por suceder.*

†

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

³⁴ Procurad que vuestros corazones no se emboten por el exceso de comida, la embriaguez y las preocupaciones de la vida, porque entonces ese día caerá de improviso sobre vosotros.

³⁵ Ese día será como una trampa en la que caerán atrapados todos los habitantes de la

tierra.

³⁶ Velad, pues, y orad en todo tiempo, para que os libréis de todo lo que ha de venir y podáis presentaros sin temor ante el Hijo del hombre.

Palabra del Señor.

R. Gloria a ti, Señor Jesús.

****.** La exhortación a la vigilancia, que aparece insistentemente en todo el «discurso escatológico», se vuelve explícita aquí, en los versículos conclusivos. Jesús transforma el ansia de los discípulos por el «cuándo» en una *atención constante*: todo momento es bueno, el juicio llegará de improviso y es preciso estar siempre preparados para que sea un juicio de salvación y no de condena.

«Que vuestros corazones no se emboten», dice Jesús: se trata de un mensaje de liberación de las trabas que nos atan y nos distraen de lo que verdaderamente cuenta.

«Ese día» será como un lazo, como una trampa, como el ladrón que intenta sorprender por la noche al dueño de la casa (cf. Lc 12,39). Estas palabras de Jesús producen escalofríos; sin embargo, no son amenazadoras: la «vela» y la «oración» nos proporcionarán la fuerza necesaria para escapar de lo que va a suceder, de los peligros que siempre nos acechan -y no sólo al fin del mundo-, y nos permitirán comparecer (*stathénai*, «estar seguros», «resistir») ante el Hijo del hombre.

El significado global de este discurso de Jesús es una exhortación a la confianza: suceda lo que suceda, la venida del Hijo del hombre la esperan con nostalgia quienes confían en él como en el momento de la liberación definitiva del mal.

MEDITATIO

«Ese día», el día del Señor, es un tiempo sin tiempo, apenas más allá del instante que

estamos viviendo. Es un tiempo de juicio y de salvación que viene cuando menos lo esperas y trae lo que no sabes. Ahora bien, no es un tiempo desconocido o un tiempo fuera de nuestro alcance: es hoy, es ese hoy que vivimos día a día, el momento de nuestra decisión, de todo encuentro que tengamos, de toda alegría que hayamos recibido y de todo sufrimiento con el que seamos medidos.

Daniel se siente turbado por la visión que ha tenido, pero el ángel le proporciona una explicación tranquilizadora: se celebrará el juicio y al cuerno -el rey- que habla con altivez se le quitará el poder. Velar para que ese día no nos sorprenda no significa, a buen seguro, vivir en la angustia. Al contrario, significa vivir en plenitud cada instante, como si fuera el único o el más significativo para nosotros. Hemos de vivir incluso con alegría, recibiendo cada acontecimiento como un don y como una oportunidad. Vivir con atención, buscando en los otros que pasan a nuestro lado el rostro único y múltiple de aquel que nos llama. Velar y orar en cada momento significa llenar de sentido nuestra vida y la de los otros, e incluso gozarla, transformándola en un canto de alabanza. De este modo, como dice Pablo, cada acto de nuestra vida, incluso los que parecen más profanos y triviales, se convertirá en oración. Así, su presencia colmará nuestros corazones y nos acompañará hasta presentarnos sin temor ante el Hijo del hombre.

ORATIO

Quisiera velar y orar mientras te espero, Señor. Pero mis ojos están llenos de sueño y me pesa el corazón, fatigado por demasiadas ansias. No soy capaz de velar contigo ni una sola hora, y tú lo sabes, Señor.

Enséñame a orar, Señor. Como Daniel,

siento que desfallecen mis fuerzas y mi mente se siente turbada, porque es duro el sentido de tus palabras. Enséñame a no malgastar el tiempo de vida que me das; haz que sepa servirme de él para preparar mi encuentro contigo.

Libérame del miedo, Señor. Haz que sienta con alegría el momento de comparecer ante el Hijo del hombre como la invitación a un banquete de bodas.

CONTEMPLATIO

Los cristianos siempre han esperado a Cristo, siempre han recordado los signos de su retorno, pero nunca han pretendido que ya hubiera vuelto. Han afirmado simplemente que estaba a punto de llegar, que estaba a las puertas. Sus verdaderos discípulos no han pretendido fijar nunca una fecha para su vuelta. Se han contentado con esperar. Así, cuando vuelva, le podrán reconocer [...]. No hay nada de malo ni de ridículo, efectivamente, en pensar que los acontecimientos del mundo se dirigen hacia una meta. Es el modo de interpretar todo a la luz de la Escritura: leer el sentido de todas las cosas, considerarlas como signos y manifestaciones de Cristo, de su providencia, de su voluntad.

Se podría objetar que este mundo habla con frecuencia un lenguaje adverso a Dios. ¿Cómo podría decirse entonces que lleva en él signos de la presencia de Cristo y, por consiguiente, que se acerca a él? Sin embargo, es así. Pese al carácter opaco de este mundo, Dios está presente en él, Dios nos habla a través del mundo. Cristo está siempre aquí, susurra a nuestros oídos y nos hace señas. Pero el rumor de este mundo es tan ensordecedor, sus signos siguen siendo tan misteriosos, el mundo se muestra tan agitado, que no sabemos reconocer cuándo habla ni qué nos quiere decir (J. H. Newman, *Parochial and Plain Sermons*, vol. VI,

Sermón. 17, passim).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra: *«Velad, pues, y orad en todo tiempo»* (Lc 21,36).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Puesto que Jesús está siempre a punto de venir, la Iglesia debe velar de manera incesante. Ella misma es vela, vigilia. Ella misma *«aguarda con perseverancia»* (cf. Rom 8,19.25), para esperar a su Señor y Esposo. En consecuencia, se impone siempre la vigilancia. El día y la noche, la vela y el sueño, constituyen un ritmo cósmico que recibe en Jesús un nuevo significado.

La noche designa la ausencia de él, mientras que el alba y el día anuncian su venida. La Iglesia, que vive esperando la venida de Jesús con la certeza de su misteriosa presencia, no puede «dormir», sino que vela. En su vela, el cristiano lleva toda el ansia de la Iglesia, que, en el Espíritu Santo, espera a su Señor. La fuerza del Espíritu penetra en su vela hasta tal punto que ésta, de una manera misteriosa, influirá ahora en el ritmo cósmico del tiempo. Este influjo justifica la fuerza de la palabra de Pedro cuando escribe que el cristiano, velando y orando, apresura la llegada del día del Señor.

Velar con Jesús es siempre velar en torno a su Palabra. La única lámpara de la que disponemos en nuestras tinieblas es la Palabra de Dios. En espera de que apunte el Día, Jesús resplandece ya, por medio de su Palabra, en lo más hondo de nuestro corazón; la venida de Jesús al fin de los tiempos se anticipa en nuestros corazones cuando velamos en torno a su Palabra. En la noche de los tiempos en la que seguimos viviendo hoy, la vela de oración es un primer vislumbre, todavía inseguro, que se eleva sobre el mundo: es la señal de que Jesús

está cerca.

La vela, por tanto, no puede cesar nunca, y la oración debe crecer siempre. La espera y la vela nos arrancan de nosotros mismos y nos dejan en manos de Dios, de quien depende toda consumación, y que tendrá lugar cuando él quiera, cuando el mundo, a fuerza de velar, esté maduro para la cosecha (A. Louf, *Lo Spiríto prega in noi*, Magnano 1995, pp. 103-107, *passim* [edición española: *El Espíritu ora en nosotros*, Narcea, Madrid 1985]).

[Inicio documento](#)

FIN DEL AÑO LITÚRGICO 2024-2025

Comienzo del año litúrgico 2025/2026; año "par" ciclo litúrgico "A"

COMIENZA EL TIEMPO DE ADVIENTO DEL AÑO 2025, CICLO "A"

PRIMERA SEMANA DE ADVIENTO Primera semana del Salterio

Día 30

Primer Domingo de Adviento. Ciclo A

Primer domingo del Adviento de nuestro Señor Jesucristo; en este tiempo se recuerda la primera venida del Hijo de Dios a los hombres y se espera, a la vez, su segunda venida al final de los tiempos (elog. del Martirologio Romano).

Misa del Domingo (morado).

LECC.: vol. I (A).

- **Is 2, 1-5.** *El Señor congrega a todas las naciones en la paz eterna del Reino de Dios.*

- **Sal 121.** R. *Vamos alegres a la casa del Señor.*

- **Rom 13, 11-14a.** *La salvación está más cerca de nosotros.*

- **Mt 24, 37-44.** *Estad en vela para estar preparados.*

LECTIO

Primera lectura: Isaías 2,1-5: *El Señor congrega a todas las naciones en la paz eterna del Reino de Dios.*

¹ *Visión que tuvo Isaías, hijo de Amos, acerca de Judá y Jerusalén.*

² Al final de los tiempos estará firme el monte del templo del Señor; sobresaldrá sobre los montes, dominará sobre las colinas.

Todos los pueblos afluirán al templo del Señor,

³ vendrán pueblos numerosos. Dirán: «Venid, subamos al monte del Señor, al templo del Dios de Jacob. Él nos enseñará sus caminos y marcharemos por sus sendas». Porque de Sión saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra del Señor.

⁴ Él será juez de las naciones, arbitro de pueblos numerosos. Convertirán sus espadas en arados, sus lanzas en podaderas. No alzarán la espada nación contra nación, ni se prepararán más para la guerra.

⁵ *Estirpe de Jacob, venid, caminemos a la luz del Señor.*

*.. Es sugestivo el título con que comienza la primera lectura: «*Visión que tuvo Isaías... acerca de Judá y Jerusalén*» (v. 1). El profeta, aquí más que nunca, es el que sabe mirar al fondo de las cosas y al plan de Dios, vislumbrando lo que todavía no existe y anunciándolo para mejorar la existencia.

Varios son los elementos esenciales de la visión, a partir de una presencia renovada de Dios que remueve las más enconadas resistencias. Dios se manifiesta en el monte. El camino trazado es pura ascensión. Pero el poder de atracción de la verdad de Dios es tal que los pueblos osarán emprender un camino difícil: «*Todos los pueblos afluirán al templo del Señor*» (v. 2). Si es cierto que ordinariamente los ríos discurren hacia abajo, el profeta indica que el poder de atracción de la verdad del Señor es tan fuerte que el río de los pueblos fluye cuesta arriba.

Hay que subrayar, sin embargo, que la fuerza que empuja a los pueblos a subir es

el don de la Palabra de Dios, con frecuencia olvidada, pero capaz de suscitar en los pueblos aspiraciones nobles y mover nuevas energías.

No se trata de una palabra fácil; de hecho, los pueblos serán juzgados en Jerusalén. Pero dejándose juzgar y calibrar por Dios los hombres podrán encontrar la propia verdad y el valor de trabajar por la paz a costa de laboriosas transformaciones: las armas se convertirán en herramientas de trabajo y promoción.

Como último elemento de la visión está el pueblo de Dios, pequeño rebaño conocedor del rostro de Dios y que guiará al cortejo de las gentes caminando «a la luz del Señor» (v. 5).

Salmo responsorial.

Sa/121, 1bc-2. 4-5. 6-7. 8-9 (R.: cf. 1bc)

R. Vamos alegres a la casa del Señor.

V. ¡Qué alegría cuando me dijeron:
«Vamos a la casa del Señor»!
Ya están pisando nuestros pies
tus umbrales, Jerusalén. **R.**

V. Allá suben las tribus,
las tribus del Señor,
según la costumbre de Israel,
a celebrar el nombre del Señor;
en ella están los tribunales de justicia,
en el palacio de David. **R.**

V. Desead la paz a Jerusalén:
«Vivan seguros los que te aman,
haya paz dentro de tus muros,
seguridad en tus palacios». **R.**

V. Por mis hermanos y compañeros,
voy a decir: «La paz contigo».
Por la casa del Señor,
nuestro Dios, te deseo todo bien. **R.**

Segunda lectura: Romanos 13,11-14ª: *La salvación está más cerca de nosotros.*

Hermanos:

¹¹ Daos cuenta de momento en que vivís; ya es hora de que despertéis del sueño, pues nuestra salvación está ahora más cerca de nosotros que cuando empezamos a creer.

¹² La noche está muy avanzada y el día se acerca; despojémonos de las obras de las tinieblas y revistámonos de las armas de la luz.

¹³ Portémonos con dignidad, como quien vive en pleno día. Nada de comilonas y borracheras; nada de lujuria y libertinaje; nada de envidias y rivalidades.

¹⁴ Por el contrario, revestíos de Jesucristo, el Señor.

****.** Una exhortación inicial en el v. 11 abre las clarificadoras palabras de Pablo: «Daos cuenta del momento (*kairós*) en que vivís. El adviento es una buena ocasión para tomar conciencia del "tiempo" que vive el cristiano como momento de gracia. De la visión de Isaías que se situaba «al final de los tiempos», se pasa ahora al momento presente, el «del final», es decir, el tiempo decisivo, al tiempo de la luz en el que uno puede orientar la propia libertad por los magníficos y amplios caminos de la verdad y del amor.

Pablo invita ante todo a la comunidad cristiana a sopesar el valor del camino recorrido: desde que recibió el don de la fe se ha acercado a Dios acrecentando el deseo de vivir para él. Presenta, a continuación, una imagen que inyecta esperanza: la noche está avanzada, el día se echa encima. La señal consiste en que los creyentes ya se han pertrechado con las «armas de la luz». En el lenguaje paulino significa que ya se han revestido del Señor Jesús como de un hábito que les da nueva

personalidad.

Pero esta nueva personalidad se robustece precisamente luchando con las armas de la luz ya descritas en otro lugar por el Apóstol: *«Pero nosotros, que somos del día, debemos vivir con sobriedad, cubiertos con la coraza de la fe y del amor, y con la esperanza de la salvación como casco protector»* (1 Tes 5,8). Finalmente Pablo afirma que el día, aunque próximo, todavía no ha llegado del todo; de todos modos los cristianos viven ya como *«en pleno día»*, cultivando, no los deseos carnales, es decir, el egoísmo, sino los nuevos deseos, los de Cristo.

Aleluya

Sal/84, 8

R. Aleluya, aleluya, aleluya.

V. Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación. R.

Evangelio: Mateo 24,37-44: *Estad en vela para estar preparados.*

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

³⁷ Cuando venga el Hijo del hombre sucederá lo mismo que en tiempos de Noé.

³⁸ En los días que precedieron al diluvio, la gente comía, bebía y se casaba, hasta el día en que entró Noé en el arca;

³⁹ y no se dieron cuenta hasta que vino el diluvio y los arrastró a todos. Pues así será también la venida del Hijo del hombre.

⁴⁰ Entonces, de dos que haya en el campo, uno será tomado y otro dejado.

41 De dos que estén moliendo juntas, una desaparecerá y otra quedará.

⁴² Así que velad, porque no sabéis qué día llegará vuestro Señor. 43 Tened presente que si el amo de casa supiera a qué hora de la noche iba a venir el ladrón, estaría en vela y no le dejaría asaltar su casa.

⁴⁴ Lo mismo vosotros, estad preparados; porque a la hora en que menos penséis, vendrá el Hijo del hombre.

*» En el contexto precedente a la presente perícopa, Mateo recoge una frase de Jesús que sirve de guía a todo el discurso: *«Por la maldad creciente se enfriará el amor de la mayoría»* (24,12). Es la gran tentación ante la que Jesús nos pone en guardia: a lo largo de la vida, tras haber recibido la fe y el amor de Dios, se corre el peligro de dejar enfriar estos dones y perderlos. A Jesús no le importa echar mano de la imagen -severa e incluso ambigua, pero llena de fuerza- del ladrón que viene inesperadamente.

¿Es una amenaza? Ciertamente, también es una amenaza para quien, justificándose con la ignorancia de su venida, vive como la generación de Noé, en la total ignorancia del Evangelio. El peligro serio es gastar el tiempo que tenemos a nuestra disposición, nuestra existencia, sin optar de verdad por algo grande, sin decidirse de veras a dar a la libertad ese gran aliento que sólo puede provenir de haber encontrado en Jesús la verdad y el amor. Para esto, el creyente goza del don de vivir en la Iglesia, custodia de la verdad del Evangelio, ya que sólo en el encuentro con la verdad del amor de Dios podemos abrirnos a una verdad de inmensos horizontes.

Si se olvidase esto, sucedería lo que al hombre que no vela por su casa: le roban lo más valioso. El descuido nos podría hacer perder -y para siempre- la gracia de Cristo que hace verdadera la vida cristiana. Por consiguiente, vale la pena velar, tener despierta la fe, porque ya está aquí la luz. No hagamos como los contemporáneos de Noé, que fueron incapaces de levantar la cabeza para "acogerse" al don de Dios.

MEDITATIO

«Dios todopoderoso, aviva en tus fieles, al comenzar el Adviento, el deseo de salir al encuentro de Cristo, que viene, acompañados por las buenas obras». Con estas palabras se abre la oración inicial de la liturgia de hoy. Nos indican, exactamente, el sentido de cuanto estamos viviendo. Dios, como Padre, está en el origen de todo bien y de nuestra misma vida, y nos pone como punto de llegada de nuestro camino «Cristo que viene». Nuestra existencia se desarrolla totalmente entre esta gracia de Dios que nos precede y la plena configuración con Cristo hacia la que nos encaminamos. Es, pues, su gracia la que suscita en nosotros esa capacidad para emprender el camino con obras buenas.

Mientras estamos de camino, la Palabra de Dios nos exhorta a ser como el profeta capaces de tener "visiones". No en el sentido de abrigar sueños ilusorios, sino en el sentido de saber mirar a lo lejos: incluso si la ciudad está llena de idolatría, infidelidad, injusticia, el papel de la Iglesia es el de volverse hacia Dios, testimoniando que él es el único y llama a todos a sí.

Orientándose y orientando a los otros a Dios, nuestra comunidad creyente manifiesta también el deseo de justicia que está en todos nosotros. Por otra parte, la Palabra nos invita a ser como el dueño prudente de una casa que sabe vigilar el tesoro que posee. Jesús no teme usar la imagen del ladrón, y es que corremos el gran riesgo de no acoger la gracia de Dios que se nos brinda y que nos la puedan robar por nuestra pereza, nuestra ignorancia, nuestra irresponsabilidad. No basta construir el signo del arca, como en tiempos de Noé, si luego esta arca no nos enseña a volver a Dios.

ORATIO

Es tu amor, Padre, el que nos pone de

nuevo en camino hacia tu Hijo que viene. Te agradecemos este tiempo que nos regalas para poder acogerte y todas las ocasiones que nos brindas. Concédenos dejarnos visitar por tu gracia y que nuestra voluntad se deje sacudir por tu venida.

Padre, destierra de nosotros la pereza, la desgana y la desidia de ver "siempre lo mismo" y enséñanos a ponernos de nuevo en camino. Vence nuestra ignorancia que piensa conocerte ya lo suficiente. Vence nuestra tibieza que nos lleva a pensar que te amamos bastante. Vence nuestras rutinas que nos hacen creer que ya no podemos descubrir nada nuevo en tu compañía.

Después de conocer la luz, ayúdanos a no desear más el mundo de las tinieblas; después de haber intuido el camino de la paz, no permitas que seamos tentados por la arrogancia y el egoísmo; después de que nos has revestido del Señor Jesús y de introducirnos en la vida del Espíritu, no permitas que nos dejemos seducir por los deseos carnales.

CONTEMPLATIO

Escogió para sí, aunque fuera tarde, a los que se han dejado vencer por el sueño, e incluso a los que han perdido a Cristo. De hecho, no se pierde a Cristo hasta el punto de que no vuelva si se le busca; pero vuelve a los que velan y siempre está disponible para los que se levantan; es más, está cercano a todos, porque está en todas partes y lo llena todo. Él no falla a nadie; superabunda para todos; de hecho abundó el pecado para que superabundase la gracia. La gracia es Cristo, la vida es Cristo, Cristo es la resurrección. Quien se levanta del sueño lo encuentra presente (San Ambrosio, *Tratado sobre el evangelio de Lucas*, V).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra: *«Muéstranos, Señor, tu*

misericordia» (Sal 84,8).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Arsenio fue un romano culto con rango de senador que vivió en la corte del emperador Teodosio como tutor de los príncipes Arcadio y Honorio. Cuando vivía aún en el palacio, el *aoba* Arsenio oró a Dios con estas palabras: «Señor, guíame por el camino de la salvación». Y oyó una voz que le contestó: «Arsenio, huye del mundo y te salvarás».

Después de navegar secretamente de Roma a Alejandría y de vivir una vida solitaria en el desierto, Arsenio oró de nuevo: «Señor, guíame por el camino de la salvación» y de nuevo oyó una voz que le respondía: «Arsenio, huye, guarda silencio, ora continuamente porque éstas son las fuentes de la vida».

Las palabras *huye, guarda silencio y ora* resumen la espiritualidad del desierto. Indican tres formas de evitar que el mundo nos configure a su imagen, tres formas, por lo tanto, de vida en el Espíritu (H. J. M. Nouwen, *El camino del corazón*, Madrid 1986, 13).

Cuando proceda: San Andrés.

Apóstol.

Fiesta

Andrés, hermano de Pedro y pescador como él en Betsaida, fue el primero de los futuros apóstoles que Jesús encontró a la orilla del Jordán. Es quien llevó a Pedro hacia Jesús. Según la Tradición, habría sido crucificado en Patras, después de haber predicado el Evangelio en Grecia. La Iglesia de Constantinopla lo escogió como patrono y lo nombra como "el primer llamado".

Del Martirologio romano:

Fiesta de san Andrés, apóstol, natural de Betsaida, hermano de Pedro y pescador como él. Fue el primero de los discípulos de Juan el Bautista a quien llamó el Señor Jesús junto al Jordán y que

le siguió, trayendo consigo a su hermano. La tradición dice que, después de Pentecostés, predicó el Evangelio en Acaya y que fue crucificado en Patras. La Iglesia de Constantinopla lo venera como muy insigne patrono (s. I).

[Inicio documento](#)